Laura García-Martín

Maelstrom



Maelstrom

LAURA GARCÍA-MARTÍN

MAELSTROM

Copyright © 2025 Laura García-Martín

Todos los derechos reservados.

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-09-72515-1

Primera corrección: Isabel No

Segunda corrección: Mónica Lune

Ilustraciones: Adela Aragon Art

© Maquetación: Magia de la Lectura Servicios Editoriales

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo

Nota de la autora
Acerca del Autor
Otras Obras de Laura García-Martín

A todas las personas que conviven con ese monstruo que se alimenta de la ilusión, la esperanza y la fuerza de su alma.

A todos los que aman la música y vibran con su intenso poder para arrancar emociones.

A todos los que desean soñar, luchar por la vida y arriesgarse a ganar a pesar de los fracasos.

A todos los que creen que la eternidad cabe en un solo instante si lo escribes con tinta indeleble.

En *Maelstrom,* la música es un elemento muy importante que te acompaña a lo largo de toda la historia.

Escanea el código QR y disfruta de esta *playlist* que te hará viajar junto a Sei y Mar.

«No somos cenizas, Sei. Quizás no somos un poema de amor, pero no somos cenizas».

Mar

«La vida no se acaba con un momento perfecto. Existen varias posibilidades, finales distintos, pero todos ellos te pertenecen a medias, ninguno lo has escrito tú. ¿Podría tachar las últimas líneas y escribirlas de mi puño y letra? ¿Tendría el valor para hacerlo?»

Sei

Capítulo Uno

NICCOLÒ PAGANINI: CAPRICHO N°24



POSEIDÓ

—Como pieza escogida interpretaré el *Capricho n.º 24* de Paganini. —El imponente silencio reinante en la sala se tornó sepulcral. Miré las caras de los miembros del tribunal, ¿estaban asustados? María Martí, que de los tres era la única que tenía sentimientos y a la que yo le caía bien, me transmitió con la mirada que reconsiderara mi decisión. No iba a hacerlo. Todos los que dicen que es una de las composiciones para violín más difíciles que existen deberían dedicarse a aporrear la pandereta en las fiestas de su barrio, no a tocar un instrumento en una orquesta sinfónica.

No era para tanto. Paganini la había compuesto y tocado, yo también podía hacerlo, a pesar de no tener aún un título que lo certificara. Por supuesto, sabía que ninguno de los miembros del tribunal era capaz de interpretar esa pieza más allá de lo aceptable. Yo tocaba mil veces mejor que ellos tres juntos hasta con las manos rotas, pero eran esas personas las que tenían que examinarme, el mundo es así de absurdo y de injusto. Les sonreí, ellos dirían que con suficiencia, no era así, era la sonrisa de un vencedor, porque eso era Poseidó Balcells. Sí, Poseidó, ese es mi nombre, ni le falta la «n» ni le sobra la «e».

Empecé a tocar. Como siempre las notas me transportaron a otro lugar, a una realidad sublimada, mil millones de veces mejor que este mundo asfixiante, anodino y gris en el que estamos condenados a existir. Existir por llamarlo de alguna manera, porque vivir era algo que yo solo hacía cuando la música me enredaba entre sus brazos y me fundía con ella en el acto más íntimo que jamás podría experimentar un ser humano.

Acabé la interpretación, escuché en la lejanía los aplausos, los elogios y los murmullos de admiración. Aún no había vuelto a la realidad, estaba en el limbo, en algún lugar entre las luces de neón y las sombras grises. Escuché a María decir que había estado muy bien. No era cierto, había hecho una interpretación magistral, sublime. Mucha gente me consideraba presuntuoso, tampoco era

cierto, no era modesto, claro que no, era un hombre joven, guapo, rico, inteligente y con un talento impresionante para la música. No, no era humilde, tampoco prepotente, era realista. A la gente le jode ver la excelencia en los demás, especialmente cuando carecen de ella. Incluso podía llegar a entenderlos, debía de ser terrible existir anclado a esa zona gris llamada mediocridad.

Me desperté confundido en el suelo del cajero automático donde me solía resguardar las noches de frío intenso. La voz del encargado de la limpieza de la sucursal bancaria me sacó de mi sueño, arrancándome del pasado y devolviéndome de un golpe seco a la cruda realidad. Llevaba tanto tiempo viviendo en ella que ni siquiera podía recordar cuándo comenzó a ser así.

—Buenos días, Brahms. Recoge y lárgate, está amaneciendo.

—Buenos días, Lewis. Te he dicho cien veces que Brahms no era violinista; casi todos los compositores clásicos lo eran, y tú has elegido llamarme por el nombre del que no tocaba ese instrumento. —Cogí mis pocas pertenencias y salí al húmedo amanecer. Corría una brisa pausada que se enredaba en la piel estremeciéndola con suavidad.

No me sentía demasiado bien. Hacía dos días había conseguido algunas pastillas tranquilizantes, y la noche anterior me había metido tres con una mezcla de agua y alcohol etílico, que había conseguido llevarme de la unidad móvil del Samur cuando vinieron a curarme una brecha enorme que me había hecho, no recordaba si en una pelea o en una caída. El caso es que la mezcla me había sentado fatal, me costaba mantenerme en pie, me sentía mareado y me ardía el estómago. No solía tomar tantos tranquilizantes juntos, y menos mezclarlos con algo tan fuerte como el alcohol de noventa grados, aunque lo rebajara con agua era una bomba de relojería, pero había sido una jornada muy dura.

Vivir en la calle no es un paseo, algunas veces se hacía cuesta arriba. La mañana anterior me habían despertado con una navaja en el cuello, solo para robarme medio cartón de vino. La gente con la que convivía no solía pedir las cosas por favor. Se lo había dado y, aun así, recibí dos patadas en el estómago antes de conseguir levantarme.

El resto del día no fue mucho mejor. A última hora, en el metro, tuve que aguantar las burlas de algunos niñatos, que se dedicaron, entre otras cosas, a tirarme cacahuetes en la funda del violín. Aunque salieron corriendo en cuanto dejé de tocar, abrí los ojos y los encaré con gesto amenazante. Todo esto provocó que mi pasado golpeara con fuerza mi memoria. En el único momento en que la suerte se puso de mi parte fue cuando llegué al cajero automático del banco y lo encontré vacío. Por ese motivo, la noche pasada había necesitado algo más fuerte de lo habitual, algo que me desvinculara de forma eficiente de la realidad. Un poco de crack hubiera sido perfecto, sin embargo, lo único que me metía eran benzodiacepinas con alcohol para potenciar el efecto del fármaco. Era adicto a los tranquilizantes, solo eso, ni siquiera solía beber alcohol si no lo mezclaba con las pastillas. Necesitaba desconectar mi mente y descansar un rato de vez en cuando y esa era la única manera de conseguirlo que tenía.

Vi detrás de la columna de la esquina los cartones que había dejado abandonados Alien. Lo llamaba así porque aseguraba que venía del cuarto anillo de Saturno y que muy pronto sus compañeros vendrían a buscarlo. La noche anterior se había puesto en pelotas en la acera, con los brazos abiertos hacia el cielo y gritando que lo recogieran de una vez por todas. Paró un vehículo con lucecitas y se lo llevaron, aunque creo que no fue a Saturno. El caso es que sus cartones seguían en el suelo, me metí dentro y me tapé como pude para conseguir algo de intimidad y resguardarme de las miradas de la gente, la ciudad empezaba a despertar.

Si alguien quería un ejemplo gráfico de tocar fondo debería hacerme una foto, era un indigente que estaba de ocupa en los cartones de otro sin techo; brutal. Yo no tenía ni eso, mis únicas posesiones eran una bolsa de deporte que contenía algo de ropa, un mechero, la botella casi vacía de alcohol de 90º y un violín con las cuerdas desgastadas. Intenté dormir un rato, pero me fue imposible, el ardor en el estómago y el terrible dolor de cabeza aumentaban cuando cerraba los ojos. Decidí levantarme y caminar por la ciudad, la actividad física solía sentarme bien.

Vagué por las calles hasta que mi estómago protestó. Necesitaba comer algo, tal vez me encontrara mejor después de hacerlo; estaba temblando como una hoja, a pesar del calor asfixiante potenciado por la humedad del ambiente.

Me acerqué al hotel Roc Blanc. Los cocineros, Ignacio, Juan y Pascual, siempre estaban dispuestos a ponerme un plato de comida o prepararme un bocadillo, eso no me lo habían negado jamás. Ignacio era una de esas personas que parecen demasiado buenas para ser reales, sobre todo a mí, que estaba acostumbrado a ver la peor cara de la humanidad. La primera vez que hablé con él fue hace unos tres años. Yo solía esperar a la noche, que era cuando sacaban los cubos de basura, para rebuscar en ellos algo comestible. En esa ocasión, mientras lo hacía, escuché una voz a mi espalda: «No hagas eso. Si necesitas comer algo, llama a la puerta. No vamos a darte dinero ni bebida, pero si no tienes nada que llevarte a la boca, aquí siempre tendrás un bocadillo y un vaso de agua». Me sorprendió tanto que aún hoy recuerdo la conversación. Al preguntarle por qué haría eso por mí, su respuesta fue: «Tú tienes hambre y yo tengo pan, por ahora es lo único que importa». A partir de entonces empecé a llamar a la puerta. Tal y como Ignacio me había dicho, siempre me daban un bocadillo.

Cuando no era Ignacio, era Pascual el que me lo entregaba. El interés que compartíamos por la música, él tocaba la guitarra, nos hizo entablar charlas cada vez más largas. Él era abierto y bromista, muy diferente a Juan, el tercero de la ecuación, más serio al menos de entrada, aunque cuando lo conocías descubrías que tenía un maravilloso humor ácido y un corazón tan grande como el de sus compañeros. Sin darme cuenta, empecé a ir más por el trato que por la comida. Aquellos cocineros me miraban como a una persona, no como a un apestado, que era lo común. Sabía que tenía mucha suerte, la mayoría de los que estaban en la calle en mi misma situación no contaban con la ayuda que me prestaban en aquel hotel, aunque para ser fiel a la verdad, no todo era producto del azar, me había ganado su confianza con respeto, educación y mostrando siempre un trato correcto y agradecido con ellos.

En una de nuestras charlas, Ignacio me había explicado que muchos años atrás había querido ser misionero. Tenía la firme convicción de que, por difícil que sea la situación, siempre hay esperanza si te ayudan a encontrar el camino. Por eso pasó casi un año intentando salvarme a pesar de que le dije mil veces que perdía el tiempo. Juan y Pascual aceptaron mucho antes que lo único que podían hacer por mí era darme algo para comer y un poco de conversación. Al final Ignacio también entendió que nadie sería capaz de redimirme; para sacar a alguien de su infierno este tiene que querer salir. Yo había entrado por mi propio pie, había cerrado la puerta y había tirado la llave.

Aun así, no se dio del todo por vencido. Si hacía mal tiempo, me dejaba entrar para calentarme. La primera vez que lo hizo fue una tarde que llegué empapado y temblando a causa de la lluvia y el frío de diciembre, al verme en ese estado me dijo que bajara a los vestuarios y me duchara mientras él me buscaba algo de ropa seca. Me prestó un uniforme y me dio de comer. Entretanto, su mujer, Amalia, que trabajaba en la lavandería, lavó mi ropa, la metió en la secadora y me la devolvió perfectamente planchada. Ese día, en señal de agradecimiento, toqué varias piezas para ellos.

Casi sin darme cuenta, los cocineros del hotel Roc Blanc se convirtieron en un apoyo para mí. Sabía que Ignacio, a su manera, seguía intentando sacarme de la calle, aunque ya no insistía en ello. Eso sí, se preocupaba por mí y siempre me decía que si necesitaba algo no dudara en decírselo. Me costaba creer que existieran personas tan altruistas y desinteresadas, no obstante, no dejaba de dar gracias por haberlos encontrado.

Esa... ¿mañana?, ¿mediodía?, ni siquiera sabía qué hora era, el caso es que en ese momento necesitaba la ayuda de las únicas personas a las que podía recurrir. Toqué a la puerta de la cocina y me abrió Ignacio.

—¿Qué te pasa, hijo? No tienes buen aspecto. Entra, te pondré algo para comer. Después podrás bajar al vestuario, asearte y dormir un rato. Cuando te despiertes, si no estás mejor, te puedo acompañar a urgencias. Venga, majete, siéntate.

—Estoy bien, Ignacio. Anoche me pasé un poco con la medicación, eso es todo.

—Tienes que cuidarte, te vas a matar. Cualquier día te encontrarán tirado sin vida en un callejón.

—Exageras. Te prometo que tendré cuidado. —Hice lo que Ignacio me recomendó. Después de la comida, la ducha y una siesta de casi dos horas me sentía mucho mejor. Casi no me temblaba el pulso, así que decidí bajar al metro a tocar un rato. Mi viejo violín sonaba fatal y mis manos, temblorosas a veces, no ayudaban a la ejecución. Por lo general sacaba suficiente dinero para poder comprar un brik de vino y, si tenía suerte, podía conseguir algo un poco más fuerte para volar bastante más lejos.

Me senté en el frío suelo del metro, saqué el violín de su funda, acaricié sus curvas, aspiré su olor y rocé despacio las cuerdas con la yema de los dedos antes de hacerlo con el arco, este le arrancó unas notas perdidas, un quejido lastimero, como si le doliera que lo hiciera sonar así. Cerré los ojos: «Como pieza escogida interpretaré el *Capricho n.º 24* de Paganini». No, ya no podía tocarlo. ¡Joder, cómo dolía soñar con aquel pasado! No, lo que resultaba desgarrador era despertar.

Empecé a tocar el *vals n.º 2* de Shostakovich, la música me abrazó fuerte, seguía allí conmigo, aún me amaba como yo la adoraba a ella. A pesar de todo y de todos, ella continuaba a mi lado, yo era especial en sus brazos, todavía era brillante perdido en esa realidad paralela, allí aún era un vencedor, Poseidó Balcells no había dejado de existir. Seguí tocando con los ojos cerrados *Para Elisa* y *Just give me a reason* de Pink, tocar algo más actual solía traer más beneficios. Escuché los aplausos y el tintineo del metal. Justo cuando abrí los ojos, una niña estaba echándome unas monedas, le sonreí.

—¿Podrías tocar *Thinking out loud*? Fue la canción con la que mi marido y yo abrimos el baile en nuestra boda —preguntó su madre. Le sonreí a ella también y empecé a tocarla.

Cuando acabé me puso un billete de cinco euros en la funda mientras me decía lo bien que tocaba. No era cierto. Lo fue en otra vida, ahora era solo uno más. La gente se fue alejando al parar la

música, entonces reparé en una chica que estaba frente a mí con las mejillas surcadas por las lágrimas, inmóvil, solo mirándome y llorando.

—¿Quieres que toque algo en especial para ti? —pregunté.

—No. Hoy ha sido un mal día, escucharte tocar es lo único bueno de él. ¿Sabes alguna canción para superar un mal momento? —Sonreí, asentí y empecé a tocar el *Himno de la Alegría*. Se rio con tristeza, rebuscó en su bolso y me puso un montón de calderilla en la funda—. Lo siento, me gustaría darte algo más, pero es todo lo que tengo.

—Quédatelo, me lo voy a gastar en alcohol para colocarme, así que no merezco el esfuerzo, seguro que tú le darás mejor uso que yo.

—No, tu música lo merece. Gracias por tocar, gracias por compartirla. —Sin más se alejó deprisa hacia la salida.

Cogí las monedas que había dejado la chica triste, eran en total 6,25 euros, me los metí en el bolsillo, no iba a gastármelo en drogas, iba a guardarlo para cambiar las cuerdas cuando consiguiera reunir todo el importe, era lo justo.

Me senté en el suelo y cerré los ojos. La imagen de esa chica se coló en mi mente, vi su piel clara e imaginé su tacto cálido y suave. Hacía mucho tiempo que mi piel no se estremecía con el roce de otras manos, tanto como mis dedos no se deslizaban por la mejilla de otra persona haciéndola vibrar a su paso. Años atrás solo tenía que entrar en uno de aquellos selectos actos de la alta sociedad barcelonesa para que las mujeres se me acercaran y me lo ofrecieran todo sin necesidad de pedirles nada.

Aprovechando la grieta que esos recuerdos abrían en mi mente, Helena se coló en mi interior, me agarró con fuerza, me arrastró a esa vida que tanto había luchado por olvidar, y me arrojó con saña en medio de mi pasado. Sin poder evitarlo me vi de nuevo, con apenas veinte años, rodeado de la opulencia en la que siempre había vivido la familia Balcells.



Las fiestas benéficas de Helena Solans siempre habían sido un acontecimiento donde se reunía lo más selecto de la clase «alta» de Barcelona. Me aburrían soberanamente, sin embargo, adoraba a la anfitriona tanto como detestaba el postureo social al que me sometía en esas ocasiones. Daba igual, hubiera hecho cualquier cosa por ella, por mi madre, así que allí estaba, vestido de esmoquin para la ocasión.

Crucé la sala hacia ella mientras escuchaba los murmullos y las risas nerviosas, acompañadas de miradas impregnadas de deseo y admiración que siempre me acompañaban fuera donde fuera. En ocasiones, alguna de aquellas mujeres reunía el valor para acercarse a saludarme, las que me conocían un poco me besaban las mejillas pegando su cuerpo al mío más de lo razonable y las que habían tenido una relación más «intensa» conmigo me recriminaban, medio en broma, medio en serio, que no las hubiera vuelto a llamar, que hubiera desaparecido y otras faltas de interés similares. Yo sonreía, les dedicaba algún cumplido, las adulaba un poco, les prometía, sin intención alguna de cumplirlo, enmendar mi comportamiento y las hacía reír.

Llegué hasta donde me esperaba mi madre, siempre me miraba con orgullo, aunque en ese momento también había algo de recriminación en sus ojos.

—¿Cuándo vas a sentar la cabeza?

—¿Estás segura de que eso es bueno para el cuello?

—Sei —me riñó divertida, alargando la «e» del diminutivo que solía utilizar para llamarme.

—¿Dentro de treinta años? Tengo veinte, mamá. Cuando esté cansado de recorrer el mundo siendo el mejor primer violín que se haya escuchado jamás en la Royal Concertgebouw Orchestra quizás empiece a considerar ser un aburrido padre de familia.

—Tú serás cualquier cosa que te propongas, eres la persona más brillante que he conocido jamás, cariño, pero primero tienes que

acabar Administración y Dirección de Empresas. Sabes que tu padre no te permitirá hacer nada si no la terminas con buenas notas.

—Tranquila, cumpliré el pacto. Acabaré la carrera, seré el mejor de mi promoción, me haré una foto preciosa sonriendo con la toga, el birrete y el título para las páginas de sociedad y después utilizaré el diploma para limpiarme el culo y me iré a Ámsterdam a cumplir mi sueño.

—Sei, compórtate, no seas vulgar. Ahora sube al escenario y consigue fondos para la nueva ala del hospital, hazlo como tú sabes; haz que todos se rasquen el bolsillo.

—Tranquila, ya puedes llamarlos y decirles que vayan pidiendo los materiales para su construcción, y que no escatimen en gastos, les va a sobrar dinero. —Le guiñé el ojo y subí a la plataforma para hacer mi discurso.



Abrí los ojos y me levanté del suelo. Ahora no solo no me admiraba nadie, sino que pasaban por mi lado y ni siquiera me veían, los sintecho tenemos el superpoder de la invisibilidad. Para mí es perfecto, aunque entiendo lo desolador y frustrante que puede resultar para otras personas. Abandoné la estación cabizbajo, yo tampoco estaba demasiado interesado en verlos a ellos; ya no me interesaba nada.

Capítulo Dos

DMITRI SHOSTAKOVICH: VALS N°2



MAR

El despertador sonó con su estridente melodía, sus notas se colaron por mis oídos zarandeando las células grises de mi cerebro. Quizás, si las neuronas fueran de color verde menta, azul cobalto o amarillo verano, nuestros pensamientos serían más alegres, más luminosos… Abrí los ojos y me quedé mirando la negra mancha de humedad que decoraba la esquina superior derecha de mi habitación. ¿Era una cabeza?, parecía una cara, aunque no como las de Bélmez, esta se parecía a alguien que salía por la tele. ¿Cómo se llamaba aquel director de cine que rodaba siempre esas películas tan poéticas? ¿Heras?, ¿Lasheras?, como fuera, la mancha se parecía a él.

Resoplé, tenía que levantarme y meterme bajo el agua helada de la ducha; quince días atrás me habían cortado la luz por falta de pago, no tenía agua caliente ni posibilidad de calentarla, la cocina también era eléctrica. Aunque hiciera calor no soportaba el agua fría. Me desnudé despacio, me metí bajo el chorro congelado y dejé de respirar unos momentos por la impresión.

Cuando salí del baño saqué de mi armario un vestido recto azul marino, bastante gastado, que llevaba siendo mi ropa de entrevista de trabajo por lo menos cinco años, y me puse los zapatos de salón que lo acompañaban desde el primer día. La suela de uno de ellos se había despegado un poco por la parte delantera, dándole la apariencia de una boca. La miré cansada y me pareció que preguntaba: «¿Cómo hemos llegado aquí? ¿Cuándo vamos a levantar cabeza de una vez?». No sabía qué responder. Me puse en pie y busqué el pegamento en el cajón de la cómoda, iba a cerrarle la boca a ese zapato inquisidor de una vez por todas.

Mientras pegaba la suela, traté de centrarme en la entrevista. Optaba a un puesto de recepcionista en un centro médico. Era un empleo ideal, ya que me darían uno de esos pijamas que llevan los sanitarios, así que ni siquiera tendría que invertir dinero en ropa, podría pagar las facturas pendientes, volver a comer caliente… Tenía que conseguir el trabajo como fuera.

Llegué pronto. Quería sentarme, respirar y relajarme antes de estar cara a cara con el entrevistador, sin embargo, no fue posible. Ni siquiera tuve tiempo de saludar a la recepcionista. La persona que estaba citada antes que yo no había comparecido, por lo que me hicieron pasar directamente.

Fue un desastre. No tenía experiencia ni en el ámbito sanitario ni como recepcionista, no conocía el programa informático que utilizaban y tampoco hablaba alemán. Cuando el entrevistador me dijo que ya me llamarían, me entraron unas ganas terribles de llorar, de pedirle que no me mintiera y gritarle que podía aprender todo aquello, incluso el idioma, porque necesitaba el trabajo desesperadamente, pero no hice nada de eso. Sabía que cuando en una entrevista empiezan a solicitarte requisitos que por teléfono no habían nombrado es una forma de descartarte, una manera de que sepas que no encajas en su perfil. No les había gustado y en vez de decirlo, me pedían todo aquello que no podía cumplir. Así que solo le di las gracias y salí.

Pasé el resto del día repartiendo currículos, buscando anuncios de trabajo y recorriendo las calles de Barcelona con mis desgastados zapatos hasta que no pude más. Me colé en el metro, aún tenía algo de calderilla, pero no iba a gastarla en un billete para dos paradas. Cuando llegué a la ciudad me producía taquicardia la simple idea de intentar viajar sin pagar, sin embargo, el ser humano tiene una increíble capacidad de adaptación, nos acabamos acostumbrando a todo, y ahora ya me daba igual. No tenía dinero para pagar la multa, llamarían a la policía, ¿y qué?, ¿qué iban a hacerme? Lo desconocía y, con franqueza, me daba igual. Es muy fácil arriesgar cuando no tienes nada que perder.

Escuché las notas tristes de un violín que se desperdigaban por el ruidoso ambiente de los túneles de la estación de Drassanes, parecía estar un poco desafinado. No, era algo más profundo que eso, estaba herido y su música repartía briznas de dolor en cada roce de sus cuerdas, era la melodía más maravillosamente imperfecta que había escuchado jamás. Me dieron ganas de gritarle a toda aquella gente apresurada y bulliciosa que guardara silencio,

que mostrara respeto. ¿No escuchaban que aquel instrumento sangraba notas al aire?

Caminé hacia el lugar de donde provenía la música. Un hombre alto y desaliñado interpretaba un vals que me sonaba muchísimo, aunque no sabía ponerle nombre. Estaba absorto en su música, cada vez más sublime, cada vez más perfecta. Tenía el cabello castaño mal cortado y una barba desordenada que le cubría parte de las mejillas y el mentón, incluso así se veía que tenía unos rasgos perfectos. En otra situación, si su vida fuera otra en lugar de un sintecho, sería un hombre muy atractivo. A pesar de eso, lo que más llamaba la atención al mirarlo era que podías sentir que no estaba tocando el violín apoyado en la pared del metro, sino que estaba en otro lugar, uno mil veces mejor. Cerré los ojos y sentí resbalar las lágrimas, yo también necesitaba evadirme, precisaba viajar al lugar que se adivinaba tras la expresión del violinista.

Lo oí dar las gracias a una mujer que le hizo un cumplido, tenía una voz grave y aterciopelada. Luego preguntó si quería que tocara algo en particular; abrí los ojos y en ese instante me di cuenta de que la gente se había marchado y yo estaba sola frente a él. Le pedí una canción que hiciera que el momento actual fuese menos amargo. Empezó a tocar *El himno de la alegría*, era algo tan tópico que clamaba a gritos. Ese hombre, al igual que yo, creía que la música podía calmar el dolor mientras suena, pero no curarlo. El sufrimiento volverá a hincar sus colmillos con saña en cuanto las notas se diluyan en el viento.

Cuando acabó, rebusqué en mi bolso, recopilé las monedas que me quedaban y las puse en la funda del instrumento, mi situación era muy complicada, pero tenía un techo, aunque estuviese cubierto de humedades, una cama y una ducha. Tenía una casa, a pesar de que jamás hubiera tenido un hogar. ¿Lo habría tenido él alguna vez? Me dijo que no le diera el dinero porque pensaba gastarlo en drogas, me dio igual. Adicto o no, tenía un talento descomunal y estaba viviendo en la calle, se lo había ganado, tenía derecho a gastarlo en lo que le diera la gana, eso no hacía que fuera menos suyo.

No volví a pensar en el violinista hasta que mi cuerpo se relajó con el contacto de las desgastadas sábanas de mi cama, por un

momento su imagen ocupó mi mente y me pregunté dónde dormiría esa noche, dónde lo harían todos los que como él no tenían nada. Me sentía desamparada y sola entre mis cuatro paredes, no quería ni imaginar cómo sería dormir en la calle. ¿Yo podría terminar así? ¿Cómo se llega a esa situación? ¿Cómo había acabado de esa manera el hombre del metro? ¿Tenía familia?

Fue pensar en ello y las imágenes de aquel día lóbrego inundaron mi habitación con la fuerza de un tsunami, obligándome a sumergirme en ellas sin dejarme escapatoria. Volví a ver a mi abuela sentada en el sofá, con su falda de franela negra y su jersey de punto del mismo tono. No recordaba haberla visto vestir nunca de otro color, primero llevó luto por sus padres, después por su hermana y más tarde por su marido y su hijo. Me miró con expresión cansada, ni triste ni desesperada, solo hastiada y hueca.



—Mari Mar, siéntate aquí. Tengo que explicarte algo, algo muy importante, y tienes que ser fuerte. Ya tienes diez años, eres una niña mayor y voy a necesitar que me ayudes.

—De acuerdo, abuela. ¿Qué tengo que hacer?

—No voy a andarme con rodeos ni con tonterías. La realidad va en línea recta, no es dulce ni amable, es terriblemente cruel y descarnada; todos tenemos un día en que descubrimos esto y nos vemos obligados a aprender a vivir con ello. Bien, el momento ya ha llegado, el tuyo, niña, es hoy. Tus padres no van a volver a casa. Su coche se salió de la carretera, han tenido un accidente y ya no están con nosotros. Ahora están con el abuelo, en el cielo, te cuidarán desde allí y siempre estarán contigo. En este mundo, ahora estamos solas tú y yo. Así es la vida. Lo siento; nadie puede cambiarla.

Un frío intenso penetró mi corazón, fue como si un carámbano se hubiera clavado en él para no derretirse jamás. Mi cuerpo y mi mente también se congelaron impidiéndome reaccionar. Más tarde aprendería que los psicólogos llamaban a esa reacción: shock

emocional. En aquel momento solo sentí frío, un helor tan tremendo que me impedía hasta temblar.

Desde aquel día mi abuela y yo nos quedamos ancladas en aquella cueva desolada, cada una inmersa en las profundidades de su tristeza. Soledades paralelas que discurrían compartiendo espacio sin llegar a tocarse jamás, unidas por la necesidad mucho más que por el cariño, pero aliadas, al fin y al cabo, un día tras otro, un mes y otro mes... Cuando llevábamos casi dos años viviendo encadenadas al mismo día, las cosas empezaron a variar. La vida nos la volvió a jugar, y los cambios no fueron para mejor.

Debuté como solista del coro del instituto en la función de Navidad cuando cursaba primero de secundaria. No era una simple representación, nuestro coro estaba integrado dentro del proyecto *Vozes,* que ofrece una propuesta musicosocial para que alumnos aventajados, pero sin recursos puedan acceder a una formación musical que sus familias no pueden pagar. Después de un par de años de trabajo intenso, yo había conseguido hacerme con el puesto de solista en la formación, era una noche muy importante.

Todos mis compañeros tenían a sus padres haciendo fotos y grabando vídeos, orgullosos. Busqué a mi abuela entre el público y no la encontré. Tampoco lo hice a la hora de volver a casa. Aquella noche, con solo doce años, caminé durante casi dos horas bajo el intenso frío de diciembre hasta que conseguí llegar a nuestro domicilio. Cuando entré, la abuela estaba sentada en el sofá, como siempre, con las desgastadas fotos de su marido y su hijo en las manos y la vista perdida más allá de las titilantes luces navideñas de la ciudad. Me quedé un momento mirando la iluminación en las ventanas de los edificios de enfrente, era mi pasatiempo favorito y mi consuelo, observaba las ventanas e imaginaba a las familias felices y alegres que vivían dentro haciendo cosas divertidas, explicándose vivencias, anhelos y sueños, tal vez riendo o abrazándose. En mi casa no hablábamos demasiado y, por supuesto, no reíamos nunca. Para la abuela suponía una ofensa hacia los que ya no estaban.

—Abuela, ¿qué ha pasado? ¿Por qué no has venido a la función? ¿Por qué no has venido a buscarme?

—¿Yo? ¿No han ido tus padres?

Ese fue el nuevo giro en nuestro día a día. Hacía meses que mi abuela había empezado a tener pequeños olvidos, despistes. A veces me llamaba Lali, que era el nombre de esa hermana suya a la que yo ni siquiera había conocido, se corregía en cuanto se lo hacía notar, pero esa noche…

—Da igual, abuela, no pasa nada. Vamos a dormir, es tarde. Te prepararé un vaso de leche caliente mientras te cambias.

Cuando se durmió, fui yo la que se sentó en el sofá con la foto de mis padres en las manos. Lloré de rabia mientras le preguntaba a aquel Dios benevolente, del que siempre hablaba mi profesor de religión, qué le había hecho yo para merecer aquella vida. Me dormí en el comedor.

Tan pronto como los primeros rayos de sol empezaron a invadir la estancia, abrí los ojos, me levanté, preparé el desayuno y fui a despertar a la abuela.

—Buenos días, niña. ¿Cantaste anoche? Se me olvidó lo de tu debut de solista. Tengo muchas cosas en la cabeza, Mari Mar, no es fácil tener que encargarme de ti sin ayuda de nadie, ¿sabes?

—Sí, lo sé. No pasa nada. Abuela, últimamente se te olvidan muchas cosas, tendríamos que ir a un especialista y explicárselo. Quizás podría ayudarte...

—¡No! ¿Ayudarme a qué? Nadie nos va a echar una mano a ninguna de las dos, ¿aún no lo has entendido? Estamos solas. Escúchame bien, Mari Mar, no voy a ir a ningún otro doctor, mi médico de cabecera ya me ha dado unas pastillas, no hace falta nada más y tú no vas a contarle a nadie lo que pasa en casa, sé cómo acaba esta historia, lo viví con mi padre y antes con mi abuela. ¿Sabes lo que sucederá si alguien se entera de que a veces olvido cosas y les da por decir que es algo más grave que simples despistes? ¿Quieres acabar en un centro de acogida?, porque te llevarán allí y a mí a una residencia, mi padre murió solo en una de ellas, cuando nos avisaron ya se había ido. Esta es mi casa, nadie me va a obligar a marcharme. Esto vamos a solucionarlo juntas, tú y yo, solo nosotras como siempre.

Eso fue lo que hicimos, aislarnos más para que nadie supiera que el Alzheimer me estaba quitando también a mi abuela. Apartarnos para que no la obligaran a pasar sus últimos años en un geriátrico.

Me ocupé de todo, convertí las mentiras en mi única verdad y seguí adelante, porque no hay manera de ir en otra dirección en el camino de la vida.



Suspiré de vuelta a la realidad y me arropé con las sábanas de mi cama, me pareció que tenían una calidez reconfortante en comparación con la frialdad de los recuerdos que me habían golpeado.

Capítulo Tres



Poseidó

Durante los últimos tres meses, la chica de mirada triste no faltó ni un día a mi concierto vespertino en el metro. Siempre insistía en darme alguna moneda, a pesar de que le dijera que no tenía que hacerlo. Estaba claro que su situación no era nada buena; me hacía sentir mal que me diese un dinero que necesitaba para ella misma, aunque gracias a ello ya tenía casi veinte euros para las cuerdas nuevas. Esa tarde, después de tocar algunos temas populares como *Piratas del Caribe* y *El padrino*, decidí tocar el segundo movimiento de la Sinfonía *La Sorpresa* de Haydn. La chica solía cerrar los ojos y transportarse con mi música, y yo quería provocarle un sobresalto, el que sentiría con aquel acorde *fortissimo* si no conocía la composición y no lo esperaba. Me salió bien.

—¿Qué haces? ¿Qué ha sido eso? —preguntó divertida.

—Es así. Es la *Sinfonía n.º 94 en sol mayor* de Haydn, más conocida como *La del toque de timbal* o la *Sinfonía de La Sorpresa*. Él dijo que había introducido ese acorde porque buscaba algo diferente, nunca hecho antes, pero yo siempre he creído que quería ver cómo saltaban las pelucas de los representantes de la alta sociedad al sobresaltarse.

—¿Te gusta la idea de molestar a la burguesía?

—No te haces una idea.

—¿Eres un antisistema?

—Soy un antigilipollas, hipócritas de mierda, tan pagados de sí mismos que se creen con el derecho de decidir sobre la vida de los demás, y lo más triste es que «sí» pueden hacerlo. El dinero y el poder que este confiere mueven el mundo, nos guste o no. —La vi rebuscar en su bolso—. No me des nada, de verdad.

—No voy a darte dinero, no tengo, pero te he traído una cosa. —Me tendió una maquinilla de afeitar y la miré interrogante—. Me gustaría saber qué cara tienes debajo de esa maraña de pelo. —Me reí.

—Solía ser un tío guapo, en serio, me iba bastante bien, tenía mucho público. Aunque eso fue hace mil años. No voy a afeitarme, pero te agradezco el regalo, nunca había tenido una maquinilla de color rosa, es muy mona, me gusta.

—Es una maquinilla de chica, tiene una loción para dejar la piel suave. ¿Seguro que no quieres probarla?

—Seguro. Además, por mucha loción que tenga, no creo que pueda afeitarme sin espuma, soy un hombre sensible y tengo la piel muy delicada.

—Bueno. Tengo otra cosa para ti. ¿Te gusta el chocolate?

—Sí, no está mal, aunque prefiero meterme cosas un poquito más fuertes.

—El de comer. Toma, te he guardado todos los M&M's rojos.

—¿Para mí? ¿Por qué los rojos? ¿Y por qué me guardas cosas?

—Sí, para ti, porque los rojos son los mejores y ahora mismo no tengo ni céntimos. Tu música se ha convertido en mi momento favorito del día, últimamente el único bueno. Es maravilloso y quiero agradecértelo.

—Oye, no me des tus M&M's rojos, cómetelos. Mira, en la funda debe de haber unos treinta euros y tú no tienes ni céntimos, por lo que estás peor que yo. Hagamos una cosa, te doy cinco euros y te los compro.

—Ni hablar. No puedes comprar algo que te están regalando. Hasta mañana, violinista. —Me sorprendí a mí mismo sonriendo mientras la seguía con la mirada hacia la salida. Antes de empezar a subir las escaleras, se giró para mirarme una última vez, vio que la estaba observando y se despidió jovial con la mano.

Me di cuenta de que mis ojos estaban pegados a su culo y la sangre se agolpaba en mis mejillas. No me moví. «¿Qué estás pensando, capullo?», me pregunté a mí mismo. Respiré hondo, era imposible que a esa distancia la chica triste supiera lo que estaba mirando, lo que sí habría notado era que no apartaba la vista de ella. Enfadado conmigo mismo, recogí mis cosas. Necesitaba sentir la brisa del mar en la cara, calmarme y despejarme un poco.

La noche helada envolvía con furia la ciudad, la playa estaba desierta y el mar rompía salvaje contra la costa. La luna acariciaba el horizonte vertiendo su blanca luz sobre la ondulada superficie del Mediterráneo, dibujaba sinuosas curvas que me hacían evocar recuerdos que no quería desempolvar. A veces, como esta noche, echaba de menos algunas cosas de mi vida anterior, de cuando aún era Poseidó Balcells.

No podía permitirme echar en falta nada de aquello. No lo iba a hacer jamás. «Estoy en el mejor lugar del mundo —me recordé a mí mismo—, sentado bajo el cielo salpicado de estrellas, ante la belleza inconmensurable de la naturaleza. Tengo una cena estupenda: nada más y nada menos que una bandeja de *sushi* que solo lleva unas horas caducado. Tengo vino blanco de marca: Don Simón, todo un lujazo, no es un Castillo de Ygay, pero no está nada mal, incluso tengo una copa de cristal para no beberlo directamente del cartón, y soy libre, absolutamente libre de todo y de todos, somos solo el mar, el cielo y yo, nadie puede hacerme daño ni desgarrar mis sueños. Ahora puedo hacer cualquier cosa cuando quiera. Lástima que ya no quiera nada, que ya no tenga sueños».

Saqué el violín de la funda y empecé a tocar *Penas de amor* de Kreisler. Hacía muchos años desde la última vez que la había tocado…

Lo había hecho a petición de Vera, después de aquella áspera discusión con mi padre. Desde aquel día ese vals me transmitía la sensación de desolación que me invadió tras escuchar las cortantes palabras de El·ladi Balcells, por ese motivo no soportaba interpretarla y por eso necesitaba hacerlo en ese momento.



Las primeras notas me transportaron al salón de los vitrales, lo llamábamos así porque las ventanas estaban formadas por preciosas vidrieras que hacían que los rayos del sol entraran a la estancia danzando, disfrazados de mil colores. De pronto la voz de mi padre tronó en la sala:

—¡Tocar el violín no es un trabajo, es un *hobby*! ¡Por el amor de Dios! ¿Qué le pasa a tu hijo, Helena? ¿Un artista? ¿Un alma libre? ¡Dejad de decir estupideces! Eres un Balcells, eres Poseidó Balcells, no eres un músico, sino un hombre de negocios. Tenemos un imperio empresarial y eso es justo lo que vamos a seguir teniendo. Has estudiado en las mejores universidades del mundo para hacerte cargo de nuestros negocios, para trabajar conmigo y tu hermano, y eso es a lo que te vas a dedicar. Ni vas a irte a Ámsterdam ni a realizar ninguna de esas estupideces que estáis diciendo.

—No son tonterías, papá. Soy músico, digas lo que digas y a pesar de llevar tu ilustre apellido que, por cierto, no es una elección mía.

—Esto no admite discusión alguna. ¿Te ahoga esta vida? Este verano, mientras te dedicabas a pasearte en yate, ir de fiesta en fiesta y follarte a todas las modelos que se te ponían por delante, no te asfixiaba ser un Balcells; lo que no soportas es tener que trabajar para seguir disfrutando de todo eso.

—El·ladi, por favor. No le hables así a Poseidó. Él ha hecho todo lo que le has pedido. Escucha sus argumentos y después…

—Cállate, Helena. Salid de mi vista los dos. Llévate al consentido de tu hijo de aquí. —Se volvió hacia mí, apuñalándome con su gélida mirada—. ¿Sabes qué, chico? No veo a un Balcells. Cuando te miro solo veo a un Solans, pero eres mi hijo y voy a hacer que merezcas llevar mi apellido, ese que tú no has elegido ni sabes valorar —escupió con su venenoso desprecio—. Lo haré me cueste lo que me cueste. ¿Me oyes? Así que fuera. ¡Fuera de mi vista!, ¡ya!



En el fondo siempre supe que la reacción de mi padre sería esa. Creí estar preparado para ella pero, en realidad, me seguía doliendo y me hería profundamente volver a defraudarlo. Siempre había sido una decepción para el gran El·ladi Balcells. Yo era su segundo hijo. Cuando se casó con Helena, él ya tenía uno de un matrimonio anterior, mi hermano Neptú. Sí, nos habían bautizado a los dos con el nombre del dios del mar, el griego y el romano. Yo debería haberme llamado Posidó, sin embargo, alguien se equivocó al inscribirme y llevaba toda mi vida defendiendo mi nombre erróneo. Para mi padre el error en mi inscripción se hacía extensivo a todo lo que tenía que ver conmigo. Mi madre, en cambio, me adoraba, siempre había estado muy orgullosa de mí; todo lo que para nosotros eran virtudes para El·ladi eran defectos. Cuando hablaba con Helena solía referirse a mí como «tu hijo», como si yo no fuera nada suyo, siempre tuve la certeza de que hubiera deseado que así fuera.



—Escúchame, Sei, tu padre está muy estresado, no es un buen momento, tiene problemas de negocios, se está jugando mucho. Empieza a trabajar en la empresa, cuando los ayudaste hace unos meses todo fue bien, hazlo una temporada hasta que todo se calme y después volveremos a hablar con él.

—¡No! ¡No puedo! No soy ejecutivo, soy violinista, mamá, eso es lo que soy. No puedo trabajar en la empresa, me ahogo, no lo soporto. Este no era el trato, yo he cumplido mi parte, he acabado la carrera y los másteres que me pedisteis. Me esperan en Ámsterdam para la audición, ¿sabes lo difícil que es conseguir que te escuchen

allí? No, no voy a trabajar en la empresa de papá. No puedo, mamá, no puedo.

—Si te vas, tu padre te cerrará las puertas de esta casa para siempre, sabes que lo hará. ¿Qué voy a hacer yo sin ti? Eres lo único que tengo, Sei, no puedo perderte, no te vayas, por favor, hijo.

—Joder, mamá, no me hagas esto, no me pidas que renuncie a mi vida.

—Sei, eres tú quien me pide que renuncie a la mía. Tú eres mi única razón para vivir, si te pierdo, no me queda nada. Eres mi hijo, te necesito a mi lado.

—Vente conmigo. Sabes que no puedo ser feliz aquí. Si me necesitas, acompáñame a Ámsterdam.

—Nosotros dos juntos, empezando de nuevo. Suena muy bien, pero ¿de qué vamos a vivir allí, Sei?

—De mi trabajo. ¿Sabes lo que voy a cobrar como primer violín en la Royal Concertgebouw Orchestra? Podemos vivir perfectamente sin el dinero de papá.

—¿Y si no entras? ¿Qué haremos entonces?

—¡Claro que voy a entrar!, me has escuchado tocar. Yo no nací para ser el segundo violín sino el *concertino* en la Royal Concertgebouw. Soy el mejor, lo sé, lo sabes y ellos también tienen que saberlo; te lo he dicho mil veces y lo diré un millón más hasta que me dejéis demostrarlo. Vámonos, mamá, tengo que hacerlo, necesito hacerlo. La música es mi vida. No permitirme tocar es lo mismo que matarme, lo sabes. Te lo suplico, ayúdame.

—De acuerdo, Sei, le diremos a tu padre que te vas unos días fuera con tus amigos antes de ponerte a trabajar en serio en la empresa, yo me quedaré aquí y en cuanto todo quede arreglado me reuniré contigo en Ámsterdam. Tienes razón tendrían que estar locos para decirte que no.

No estaban locos, mi audición los dejó sin palabras. Me dijeron que había sido el mejor Mahler que habían escuchado en sus vidas, que nunca habían oído un Strauss tan limpio de polvo y paja. La noche que debuté en la Concertgebouw creí que no iba a soportar la emoción. Al terminar el concierto, el público se puso en pie, el auditorio se venía abajo, aunque lo mejor no fue eso, fue la

oportunidad, tocar junto a los mejores en un lugar con aquella acústica tan sublime, tocar con *Il Canonne*. Me sentí plenamente feliz y a la vez algo abrumado, con solo veinticuatro años ya tenía todo lo que deseaba en la vida, solo aspiraba a seguir allí para siempre, nada más…y nada menos. Lo había conseguido y había sido gracias a mi esfuerzo y mi pasión por la música.

En aquel momento, a pesar de sentir una inmensa plenitud, no sabía que estaba viviendo el mejor momento de toda mi vida, no sabía que no volvería a tocar con la Royal Concertgebouw Orchestra ni con ninguna otra orquesta sinfónica, que mi sueño se acababa la misma noche en que se cumplía. No imaginaba cuan largos eran los tentáculos de El·ladi Balcells ni que tuviese el poder para romper mi contrato con la sinfónica de Ámsterdam y conseguir que no me contrataran en ninguna otra, nunca más.



Los últimos acordes de *Penas de amor* se me quedaron prendidos en el pecho. Dolía, dolía más de lo que imaginé, y me alegraba de ello. A veces es necesario clavarse la uña en la herida y abrirla de nuevo. La memoria actúa como un sicario que se vende al mejor postor. La mía no podía obrar por conveniencia ni atenuar los daños porque una chica de mirada triste y sonrisa radiante me hubiera hecho desear volver a ser un hombre. Por fortuna, el vals de Kreisler había hecho un trabajo exquisito. Era otra vez yo, volvía a no ser nadie.

Me quedé dormido en la arena con la melodía de las olas de fondo, acariciado por la luna y cobijado por la arena. Por suerte el sopor producto del alcohol, aderezado con la última pastilla que guardaba, me transportó a un mundo sin sueños.

Capítulo Cuatro

IGOR STRAVINSKY: SUITE ITALIENNE



MAR

La tarde siguiente cuando llegué al metro, el chico del violín estaba acabando de tocar algo que no reconocí. Lo hacía con los ojos cerrados, perdido en su mundo, como acostumbraba a hacer. Justo después empezó a tocar *My heart will go on.* Sonaba tan maravillosamente triste que la música y mi estado de ánimo fluyeron a la par. No sé de dónde saqué el valor, me coloqué a su lado, me apoyé en la pared y temblando por los nervios empecé a cantar, primero casi en un susurro, pero poco a poco fui olvidando la inseguridad, hasta que volví a cantar como cuando lo hacía en el coro. Con los ojos cerrados al igual que él, su música y mi voz se fundieron, se abrazaron con desespero y volaron juntas a ese universo paralelo al que huía el violinista y al que yo había intentado entrar cada tarde desde hacía noventa y tres días. Por primera vez conseguí franquear la barrera y perderme arrullada por las notas perfectas que aquellos dedos largos y hábiles arrancaban a las cuerdas del cansado instrumento.

Cuando la canción acabó y nos miramos a los ojos, sentí una nueva conexión con ese hombre, como si acabáramos de compartir un momento muy especial, algo profundamente íntimo, sin contacto físico, aunque con un intenso contacto emocional. Nuestras pieles no se habían ni siquiera rozado, sin embargo, nuestras almas se habían acariciado hasta temblar de emoción, hasta diluirse y convertirse en una, y seguían vibrando separadas de nuevo, presas en nuestros respectivos cuerpos.

—Perdona, igual no tendría que haber hecho esto, pero me encanta la canción. Tú la tocas con una sensibilidad maravillosa, me he sentido arrastrada por ella y no he podido resistirme.

—Muchas gracias, tú tienes una voz espectacular. Me has sorprendido y no es fácil lograr eso.

—¿Puedo proponerte una cosa? Me vendría bien conseguir algo de dinero. Tengo una entrevista de trabajo en una gran empresa pasado mañana y necesito arreglar un zapato que se ha roto.

¿Podemos hacer otra canción juntos y pongo el gorro en el suelo a ver si me dan algo?

—Vamos por partes. Yo soy solista. Cuando tocas con alguien que canta, eres el que acompaña y a mí eso no me va, siempre he sido un narcisista y un egocéntrico de mierda, no son mis únicas cualidades, pero son de las que más orgulloso estoy.

—Ya…Olvídalo. No tendría que haberte propuesto esto. No te conozco de nada, solo que…

—Déjame acabar. No se interrumpe a un ególatra.

—Lo siento. No quería molestarte —se excusó en voz baja, apesadumbrada.

—Has vuelto a hacerlo. Escúchame, en el caso de que acepte y te deje *acompañarme* con tu voz, tenemos que ponernos de acuerdo antes de empezar porque, a pesar de que cantas muy bien, me has hecho trasponer toda la composición.

—¿Qué te he hecho hacerle a la música?

—Subirla un semitono para adaptarla a tu voz porque has empezado alto, lo que ha provocado que al final gritaras un poquito

Me dedicó una mirada triste y me di cuenta de que mis palabras estaban sonando más duras de lo que deseaba. Ella no me conocía, no sabía que mi sentido del humor tenía ese toque sarcástico y borde. Así que le aclaré:

—Lo has hecho genial, aunque ibas medio tono por encima de lo ideal. No pasa nada, la podemos volver a hacer, esta vez empezando en el tono correcto y así estaremos más cómodos los dos.

—Vale, ¿he gritado bien? Te agradezco el cumplido. Debes de ser un experto si utilizas palabras como «trasponer»—. Dijo con cierta ironía. Me gustó, revelaba que tenía más carácter del que me había mostrado hasta el momento.

—Dicho esto, y hablando en serio —proseguí en un tono más amigable y con una leve sonrisa —, tengo guardado casi todo el dinero que me has ido dando, así que no necesitas actuar en el metro para pagar el zapatero. Aunque… ¿sabes qué?, creo que podríamos intentarlo y comprar unos zapatos nuevos. ¿Qué me dices?

—No tienes por qué hacerlo. Esto no ha sido una buena idea.

—Quiero hacerlo. Perdóname, he sido muy brusco contigo. A veces puedo parecer muy estúpido y arrogante, sin embargo, si llegas a conocerme, descubrirás que es parte de mi encanto. —Sonrió un poco—. ¿Lo ves? Empiezas a apreciarlo.

—De acuerdo. Esta vez intentaré hacerlo bien.

—Tranquila, estoy seguro de que soy el único que ha reparado en ese pequeño fallo. Soy un experto y un tocapelotas, no sabría decir si más lo primero o lo segundo. Soy capaz de reparar en minucias mucho más técnicas que la trasposición de medio paso. No estaba siendo una buena tarde antes de que empezaras a cantar, así que no hace falta que te quites el gorro, lo que echen en la funda lo podemos compartir.

—Me parece una idea estupenda, pero el dinero que te he dado estos días atrás es para ti. Te lo has ganado. No aceptaré que me lo devuelvas, y de la recaudación de hoy solo quiero lo que necesite para los zapatos. El resto es tuyo.

—Compraremos tus zapatos, alguna cosa para cenar y si sobra algo nos lo repartiremos o nos lo jugaremos a cara o cruz. ¿Trato hecho?

Nos estrechamos las manos e interpretamos cuatro canciones juntos, no volví a sentir esa sensación de intimidad tan intensa hasta que volvimos a interpretar la canción de *Titanic*, esta vez en el tono correcto y, al menos yo, con los ojos abiertos. Me gustaba mirarlo tocando el violín, sintiendo la música, interpretándola con todo el cuerpo y vibrando con toda el alma. No sabía cómo llamar a lo que me hacía sentir cuando tocaba de esa manera, lo que sí sabía es que era lo más bonito que había sentido jamás.

Al finalizar la tarde, contamos nuestras ganancias en un recodo del parque resguardados de las miradas, la recaudación obtenida me sorprendió.

—Está bien, ¿verdad? Es un poco raro esto de recibir limosna. No sé, ¿no te hace sentir mal?

—Claro. Soy consciente de que no me pagan ni una milésima parte de lo que merezco; de que la mayoría de esa gente, si yo estuviera tocando donde debería, no podría permitirse la entrada,

sin embargo, soy un don nadie sin techo así que no voy a ponerme exquisito.

—No… —Se echó a reír y yo con él.

—Toma el dinero de esta tarde y el que me has dado estos días…

—No, no quiero que me lo devuelvas, ya te lo he dicho, y la mitad de este dinero es tuyo. Me dijiste que te lo ibas a gastar en alcohol o droga, y no lo has hecho.

—El tuyo no. Decidí guardarlo para cambiar las cuerdas, el violín sonaría bastante mejor si pudiera hacerlo. A ti te urge comprar unos zapatos nuevos y yo no necesito este dinero hoy. Cuando tengas trabajo ya me lo devolverás, es un préstamo. Tu situación es terrible.

—¡Oye, tampoco estoy tan mal!

—Tu prestamista es un indigente que toca en el metro por unas monedas, estás fatal; jodida, pero que muy jodida. Pasado mañana tendrás trabajo y estarás bien, pero hoy por hoy, tu situación es dramática.

—Hagamos una cosa, violinista: acompáñame a comprar los zapatos y te quedas lo que sobre.

—¿Me quieres llevar de compras? ¿Estás loca? Solo hay dos motivos por los que un tío iría de compras con una mujer: quiere acostarse con ella y está dispuesto a lo que sea o ya se acuesta con ella y tiene que hacer lo que sea, aunque no esté dispuesto. Yo no estoy en ninguno de los dos supuestos. No cuentes conmigo.

—Venga, no quiero ir sola. Solo son unos zapatos, no es un traje de novia. —Conseguí convencerlo para que viniera conmigo a una zapatería que había unos metros más abajo en la misma calle. No quiso entrar, me dijo que nos mirarían mal, aunque limpio, iba desaliñado y su imagen generaba desconfianza.

Me probé varios modelos, todos me quedaban grandes, llevaba un treinta y cinco, lo que hacía muy difícil encontrar zapatos de tacón. Al final me sacaron unos que además de ser preciosos me quedaban como un guante, y encima tenían un 50 % de descuento. Sumando a la recaudación íntegra el dinero que le había ido dando al violinista, aún me faltaban cuatro euros. Salí de la tienda y le expliqué la razón por la que no me los había quedado.

—¡Los tengo! No hay problema. Toma. Arreglado.

—No puedo aceptarlo. Hay que comprar comida. Yo tengo algo de pasta y arroz en casa, pero tú tendrás que cenar.

—Vamos a hacerlo. Si quieres cenar conmigo en la playa, creo que puedo conseguir algo mejor que tu pasta hervida. Cómprate esos zapatos. Permítete un capricho, hazme caso. Los necesitarás si vas a trabajar en una empresa prestigiosa; tendrás que llevarlos todos los días, por lo que tienen que ser buenos.

—Voy a hacer una entrevista para trabajar de secretaria en BMN Enterprises, aún no tengo el trabajo.

—Lo vas a conseguir, lo sé.

—Yo no estoy tan convencida.

—Soy muy bueno apreciando cuando alguien tiene talento, y tú lo tienes. —Se sonrojó, no parecía estar habituada a recibir elogios. Así que cambió de tema.

—¿Qué querrá decir BMN? Siempre me producen curiosidad esas cosas.

—Balcells Mare Nostrum. Balcells es el apellido del fundador, el padre del actual propietario; Mare Nostrum es porque El·ladi Balcells está obsesionado con el mar. Cree que es algo así como la poción mágica de Astérix y Obélix, se bebe un vaso de agua de mar cada día en ayunas y obliga a sus hijos... a su hijo, perdón, solo tiene uno, a hacer lo mismo. Cree firmemente que en otra vida fueron divinidades marinas.

—¿De dónde has sacado esa historia?

—No sé, lo escuché en algún sitio. En cualquier caso, sea cierta o no, las siglas significan eso. ¿Quién te va a hacer la entrevista?

—La jefa de personal.

—Obvio. Te pregunto el nombre de esa persona. ¿Helena Solans?

—Sí. ¿La conoces? ¿Conoces a los Balcells?

—Una vez, hace mil años, Helena creyó en mí. Pero el señor Balcells no estuvo de acuerdo. Ese es el resumen de mi experiencia con ellos.

—¿Cómo es ella? ¿Debo tener miedo? Porque estoy aterrada.

—Helena Solans…—Dudó un momento, nuestras miradas se encontraron y me sentí sobrecogida. Había tanto dolor diluido en el azul de sus ojos. Jamás había visto tanto sufrimiento concentrado en

un mismo lugar—. Es una persona maravillosa, es amable, dulce, suave, empática y muy respetuosa, te va a tratar muy bien. No, no tienes que estar ni nerviosa ni mucho menos asustada. Es implacable y tiene un sexto sentido para saber si alguien vale la pena o no, por eso es la encargada de seleccionar el personal de BMN. ¿Tienes la preparación para el puesto que solicitas?

—Sí, la tengo. Aunque no tengo experiencia. ¿Qué le digo para convencerla de que me contrate?

—Utiliza un símil. Dile que, si BMN fuese la Royal Concertgebouw, tú sin duda serías el *concertino*. No has nacido para segundo violín porque eres la mejor y vas a dejar constancia de ello cada día; tendrían que estar locos para no darte la oportunidad de demostrarlo.

—¡Claro, para que me eche de allí por prepotente!

—No es prepotencia, es seguridad. Estáis tan equivocados los que vivís con la bandera de la modestia como emblema.

—No es modestia, es respeto y educación. Ella es la jefa, no puedo hablarle de esa manera. La primera impresión es muy importante.

—No hay nada de malo en creer en uno mismo por encima de todo. No estás diciendo que los otros candidatos sean malos, pueden ser extraordinarios, solo que «tú» eres la mejor. Tienes que creerlo y cumplirlo. Tienes la preparación y la motivación para hacer lo que estoy diciendo, hazlo y si te cuesta el doble de trabajo que a otro, entonces, trabaja el triple; cree en ti y cúmplelo.

—Es muy fácil decirlo, lo complicado es llevarlo a cabo.

—A Helena Solans no le impresiona la modestia, sino la seguridad. Usa mis palabras, utiliza el símil, muéstrate firme y el trabajo será tuyo.

—He ido a un montón de entrevistas, he sido supercorrecta y no me han vuelto a llamar. Solo falta…

—Ahí lo tienes —la interrumpí—. Hazlo de otra manera esta vez. Tú método no ha funcionado, usa el mío. En el peor de los casos te quedarás igual que estás. No pierdes nada. ¿Y si tengo razón? ¿Vas a quedarte con la duda?

—¿Puedo decir la Orquesta Sinfónica de Berlín? No sé pronunciar eso que has dicho.

—No. Tienes que decir la Royal Concertgebouw. Repítelo conmigo, te va a salir bien, no es tan difícil. Tiene que ser esa orquesta. Para ella esa y no otra sinfónica tiene un significado muy especial. Dile exactamente lo que te he indicado.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada.

—Genial, odio las promesas, la gente tiende a olvidarlas, sin embargo, yo tengo una memoria privilegiada.

—Es una forma de hablar.

—¿Qué te vas a poner para la entrevista? El vestido ese azul de monja que llevas por regla general no, hazme el favor.

—¿Qué le pasa a mi vestido? ¿De monja? ¿Qué dices? ¿Qué sabes tú de moda? ¡Mírate! ¡Anda ya! ¿Quién eres, Versace?

—Ese vestido es horrible, te queda bastante bien porque tienes un cuerpo precioso y lo contrarresta, aun así, es muy feo.

—Pues no tengo otro vestido de arreglar, así que tendrá que ser ese. Opto a un puesto de secretaria, no de modelo, eso debería dar igual.

—Y yo debería estar tocando el violín en Ámsterdam o en Berlín; el mundo es muy injusto. La imagen importa y tu vestido es muy poco BMN. Buscaré una solución, tú no te preocupes. Dejé escapar un suspiro. A lo mejor tenía razón en todo lo que estaba diciendo, pero me abrumaba un poco la forma tajante que tenía de exponer sus ideas.

Me extrañaba que conociera tan bien BMN Enterprises y a su jefa de personal. Quizás se lo estaba inventando todo y yo estaba escuchándolo y planteándome hacerle caso. ¡Estaba tan desesperada y ese hombre parecía tan seguro!

—Por cierto, atacar es la defensa de los que no tienen argumentos. —Sonrió con sorna, su tono era más suave y jovial, como si quisiera dejar claro que bromeaba—. La próxima vez que vaya a Cáritas a buscar ropa les pediré algo de Calvin Klein a ver si hay suerte, aunque yo era más de Tom Ford. Ahora vamos a por la cena.

Llegamos paseando hasta la puerta de atrás de un hotel precioso, tocó y un cocinero moreno con bigote y una simpática sonrisa picarona lo saludó.

—Buenas noches, Nico. Llevábamos días sin verte y estábamos preocupados. Ahora mismo te preparo un bocadillo de tortilla.

—Buenas noches, Pascual. Sabes que no soy delicado, pero tengo una cita —explicó acercándose a él un poco, como si le hiciera una confidencia, y señalándome con la mirada—. ¿No podrías ponerme algo un poco mejor que eso? No es para mí, algo un poco más elaborado para ella, yo puedo comer pan duro.

—¿Esa chica tan guapa quiere cenar contigo? Los músicos siempre habéis tenido algo que las vuelve locas, otra explicación no hay. Voy a preguntarle al jefe a ver qué se puede hacer.

Al rato salió otro hombre alto, serio, con gafas y la nariz un tanto prominente, lo miró y tuve claro que su idea de la cena no iba a salir bien.

—¿Cómo estás, majo? —preguntó jovial y con acento navarro. La seriedad que me había parecido ver en su rostro se había tornado ternura—. ¿Qué le gusta a tu chica? Un día es un día.

—Estoy bien, Ignacio. Dame lo que puedas, cualquier cosa que hayáis cocinado vosotros es un manjar, le va a encantar, estoy seguro.

El hombre volvió a entrar y salió unos minutos después con una bolsa donde había metido algunas bandejas de aluminio con comida.

—¿Dónde vais a pasar la noche? Llévala a un albergue, Nico, sabes que la calle es peligrosa, más todavía para una chica joven como ella.

—No te preocupes, ella no vive en la calle. Solo vamos a cenar y después la dejaré en su portal, en la seguridad de su casa.

—Igualmente. Tú duerme en un refugio, no pases la noche en la calle. Hazme caso, majete.

—No voy a dormir a la intemperie. Cenaremos, la dejaré en su casa e iré al refugio, tranquilo. Gracias por todo. Os debo muchos favores, solo que este es un poco más grande.

Nos sentamos en la playa. Lo miré a sus inquietos ojos de aquel azul tan profundo y le dije:

—Así que te llamas Nico.

—No. Ellos me llaman así porque cuando me preguntaron mi nombre fue lo primero que me vino a la cabeza. Nico, como Paganini, que se llamaba Niccoló. Otras veces digo Antonio, como Stradivarius, o Ludwing, como Beethoven, depende del día. Yo no tengo nombre.

—¿Qué quiere decir que no tienes nombre? Yo me llamo…

—No. No me lo digas. Sin etiquetas, ¿vale? Los nombres son etiquetas superfluas que no sirven para nada, sigue llamándome como lo has hecho hasta ahora.

—Sirven para denominar a las personas de una forma más personal e íntima que llamarlas por una característica.

—Te aseguro que no me puedes llamar nada más personal, íntimo o que me defina mejor que *violinista.*

—¿Cómo vas a llamarme tú? ¿Me llamas de alguna manera cuando piensas en mí?

—¿Quién dice que alguna vez pienso en ti? —bromeó—. Te he llamado de varias maneras, aunque últimamente eres Mar.

—¿Mar? ¿Por qué?

—¿No te gusta? Quizá te lo cuente algún día; esta noche no será.

—¿Inventar un nombre no es poner una etiqueta?

—Probablemente sí. Sin embargo, esta me gusta; me gusta lo que significa para mí.

—Y eso es algo que tampoco me dirás esta noche, ¿verdad? —Él negó con la cabeza—. ¿Me dirás cómo acabaste en la calle?

—Es bastante simple. Perdí todo lo que importa en esta vida.

—¡Venga ya! El dinero, el trabajo y la vivienda son cosas muy importantes, aunque no son las únicas.

—Yo no he mencionado ninguna de ellas. Perdí la ilusión, la esperanza, la alegría, la capacidad de soñar y el ansia de vivir. Perdí incluso las ganas de morir, por eso estoy aquí. Solo me quedan tres cosas: Barcelona, el mar y la música. No tengo nada más, no quiero nada más. Únicamente estoy dejando correr el tiempo, esperando saber si voy a volver a ilusionarme con algo alguna vez o voy a seguir sin hacerlo para siempre.

—¿Tan grave es lo que te pasó?

—Sí, para mí lo fue, lo es y siempre lo será. Tengo la vida que quiero tener, me gusta.

—A nadie le puede gustar dormir en la calle. No te entiendo.

—No tienes que hacerlo. Solo tienes que respetarme, es así de sencillo y de complicado al mismo tiempo. —Nos miramos profundamente a los ojos. En el fondo de los suyos pude ver con claridad un remolino inmenso, un agujero negro que amenazaba con tragarse cualquier cosa que se acercara a él, aunque en la superficie fuesen un océano insondable y calmo.

Maelstrom. Una vez, un marinero me explicó que en el archipiélago noruego de las islas Lofoten se hallaba la entrada al mismísimo infierno, una boca hambrienta en medio del mar, conocida como Maelstrom, que significa corriente trituradora. Un torbellino capaz de tragarse un barco de 362 metros de eslora y 64 de manga en apenas unos segundos y sin dejar rastro de él. Nunca supe cuánto de leyenda había en esta historia, la olvidé enseguida, aunque algunas noches soñaba con el terror que empapaba los ojos de aquel hombre al relatarlo. Esa puerta al infierno era lo que empañaba la preciosa mirada de aquel violinista sin hogar. Me dio miedo y al mismo tiempo entendí que nadie estaba más asustado que él mismo, atrapado en medio de las corrientes, luchando a la vez contra la voluntad de hundirse y el instinto de supervivencia que lo hacía seguir a flote.

—¿Tu familia lo sabe? ¿Tus padres saben dónde estás? ¿Cómo vives?

—Los padres no existen, es una mentira que se inventaron los Reyes Magos para que creyéramos en la magia y el amor incondicional. Nos engañan para que nos sintamos seguros y no sepamos que estamos solos, que nadie nos quiere y a los demás no les importamos una puta mierda.

—Yo tuve una familia maravillosa, unos padres estupendos que me querían y una abuela que a su manera también lo hacía.

—¿Y dónde están ahora? No parece que te estén ayudando demasiado.

—Murieron. Mis padres en un accidente de tráfico cuando yo tenía diez años; mi abuela, nueve años después.

—Lo siento mucho. Debió de ser muy duro. La soledad no es fácil, ni siquiera cuando la escoge uno mismo como en mi caso. No quiero imaginar lo que debe pesar si es la vida la que la impone como en el tuyo. Ojalá pudiera hacer algo, pero ya me ves, no soy una buena opción para nada ni para nadie.

—No digas eso. Me gusta hablar contigo.

—Mi concepto de la familia es bastante distinto al tuyo. Si mis padres hubieran muerto cuando yo era un niño, mi discurso ahora quizás sería diferente. Tal vez, incluso diría que tuve una madre genial, puede que ni siquiera mi padre me pareciera tan malo. Aunque entiendo que el destino fue muy injusto contigo.

—La muerte es inevitable.

—¿Y que no pueda evitarse hace que te deje menos desamparada?

—Supongo que no.

—La muerte es parte de la vida y esta, en ocasiones, muestra una crueldad terrible.

—Eso tampoco se puede cambiar. Nadie tiene la culpa de ello.

—Yo no he hablado de culpabilidad. Tampoco el que no es capaz de sentir amor por los demás, aunque sean sus propios hijos, es responsable de ello. Eso no se decide, pero a pesar de ello el daño producido es irreparable, y que no sea intencionado no cambia el resultado final.

—Eso es muy triste…

—Da lo mismo, no me hagas caso, estoy seguro de que tu familia te sigue queriendo y cuidando desde donde estén.

—¡Venga ya! Tú no crees eso. Se contradice con todo lo que has expuesto hasta el momento —rebatí con una carcajada.

—Digo muchas tonterías, nunca fui especialmente inteligente y ahora con el alcohol y las pastillas la cosa va cada vez peor.

—Quizás deberías dejar de tomarlas, entonces.

—¡No! Eso sí que no. No intentes salvarme. Ni siquiera lo pienses un momento. No hay salvación posible para mí. Escogí condenarme y no tiene vuelta atrás. Es tarde para cualquier otra cosa, ya es muy tarde. Podemos hablar, cantar, cenar e incluso ir de compras, pero nunca jamás intentes redimirme de mis pecados o librarme de mis

demonios, eso no va a pasar. Necesito que lo aceptes o no volveremos a vernos. He dicho que me gustaría ayudarte, también he dejado claro que no puedo hacerlo. No me mires nunca como una posibilidad, no lo soy. Es imprescindible que no tengas dudas sobre esto.

—No quiero salvarte, no sabría cómo lograrlo. Lo que he dicho es que quizás podrías hacerlo tú.

—Veo que no soy el único que dice tonterías. Vamos a comer, es tarde y tienes que volver a tu casa.

—¿Irás al refugio?

—Claro, no te preocupes por mí. Llevo tres años en la calle, sé cuidarme solo.

Capítulo Cinco

JOHANNES BRAHMS: CONCIERTO PARA VIOLÍN EN RE MAYOR



POSEIDÓ

Por supuesto, no pasé la noche en ningún refugio. Vivía en la calle porque había decidido que jamás volvería a acatar ninguna norma ni regla de nadie. No iba a ir a un sitio donde a cambio de una cama dura y una ducha caliente tenía que agachar la cabeza y pasar por dentro de veinte aros como los delfines que viven «felices» en los acuarios. No iba a agachar la cabeza nunca más; no volvería a hincarme de rodillas ni una noche ni un minuto de la existencia de mierda que me quedase por vivir. Si a cambio de eso tenía que morir apaleado o incluso quemado vivo, como había pasado alguna vez por terrible que suene, lo haría, me compensaba, porque a fin de cuentas es imposible tenerle miedo a la muerte cuando sientes que ya no estás vivo.

Fui directamente a buscar a Dulce, admiraba el talento profético que tuvieron sus padres para escoger su nombre.

—¿Qué pollas quieres, Antoni? ¿Tienes pasta? No tengo ni Trankimazin ni Diazepan, solo Orfidal, y no es barato, son cinco euros por pastilla.

—¿Estás loca? No voy a darte más de dos euros por cada una.

—Vas a darme lo que te pida.

—Sabes que tienes mucha competencia, ¿verdad? Me largo.

—Espera, tres euros y una bajadita al pilón, y te regalo una.

—Vete a la mierda, Dulce.

—Si me follas bien te las doy gratis.

—Lo siento, soy un puto adicto, no se me levanta. Además, nunca supe hacerlo bien.

—Eres un gilipollas, Antoni.

—Sí, eso también. Te doy cinco euros por dos, y es mi última oferta. La aceptas o me voy a comprarle a Toti.

—Tengo jaco del bueno.

—Esa no es mi liga, Dulce, ya lo sabes. Además, no tengo liquidez para lujos.

Me llevé las pastillas y me las tomé con el vino que me había sobrado del día anterior. Al aceleramiento y nerviosismo que sentía se unió una sensación muy extraña, una ansiedad desesperante que a la vez no era del todo desagradable; una emoción a la que no estaba acostumbrado, aunque no me era totalmente desconocida. Me obligué a buscar en mi archivo de historias. ¿Ilusión? ¿Era eso? ¿Me sentía alegre? ¡Oh, no! ¡No, no, no! ¡De eso nada! ¡Eso no iba a pasar!

Las pastillas empezaron a hacer efecto; me sumergí en un profundo sopor y fui arrastrado dulcemente a otro tiempo y otro lugar.



El salón donde se celebraba la fiesta de presentación de la temporada de conciertos de Ámsterdam estaba animado. Todos iban de aquí para allá, hablando y riendo, aunque nadie estaba más eufórico y feliz que yo.

De pronto, toda la atención se centró en un punto, un silencio preñado de admiración y profundo respeto conquistó el ambiente. Envuelta en un chal negro de pedrería, que entregó a su ayudante para mostrar un vestido de noche del mismo color que se ceñía a las curvas vertiginosas y perfectas de su cuerpo, con aquella impactante melena ondulada roja y larga derramándose por su espalda descubierta, sus desafiantes labios rojos, bajo unos ojos de un color esmeralda tan chispeante que parecía irreal, pisando segura con mirada altiva, riéndose despreocupada y consciente de su inmenso poder y el efecto que provocaba su rutilante belleza, Simonetta Bethencourt hizo su entrada adueñándose de todas las miradas. Ella era a la ópera lo que yo al violín; era la reina, la mejor con diferencia, la nueva María Callas, y lo sabía. Eso, y no su físico perfecto, fue lo que llamó mi atención. Nuestras miradas se cruzaron provocando una explosión. Caminé directo hacia ella, que siguió mirándome sin moverse, recorrí la mitad del camino y me paré

retándola con la mirada. Tardó unos segundos en entender que yo no era como todos los demás, que estaba frente a un igual y, por lo tanto, yo no daría un paso más, el camino que quedaba iba a tener que recorrerlo ella. Dudó un segundo antes de venir resuelta hacia mí.

—Buenas noches, supongo que sabes quién soy.

—Buenas noches. Por supuesto, Simonetta.

—Pues yo no sé tu nombre. No te conozco, solo sé que eres el mejor violinista que ha tocado en la Concertgebouw y el mejor que tocará jamás.

—Entonces sí me conoces. Mi nombre es Poseidó Balcells. Aunque eso no es importante, es una simple etiqueta que me colgaron mis padres.

—Vamos —dijo agarrándome de la mano e instándome a seguirla.

—¿A dónde?

—Voy a sentar las bases de la relación que vamos a tener tú y yo de una forma tan gráfica que ni te van a quedar dudas ni las vas a olvidar jamás.

Me llevó a un rincón escondido del jardín, me empujó con determinación contra el tronco de un enorme sauce, me aflojó la pajarita y desabrochó deprisa los primeros botones de mi camisa para morderme el cuello tórridamente. Clavó los dientes sin rastro de delicadeza. Me quejé y la aparté algo molesto, vi que tenía un leve rastro de mi sangre en sus labios. Se dejó caer de rodillas, abriéndome el pantalón y liberando la intensísima erección que me había provocado. Hizo todo de una forma tan rápida que cuando quise abrir mi boca para protestar, la suya ya se había cerrado alrededor de mi miembro de forma que lo único que salió de mis labios fue un grave gemido de placer intenso. Siguió con las caricias, cada vez más y más estrechas, duras y profundas. Cuando ya estaba seguro de que no iba a aguantarlo más, subió relamiéndose los labios, enlazó sus largas piernas alrededor de mi cintura y me introdujo hondamente en su cuerpo a la vez que me apresaba la boca. Lo reclamó todo, exigió con ansia y lo tomó sin pedirlo y sin

permiso, como el que coge algo que por derecho siempre fue suyo. Mi cuerpo tembló extasiado.

Simonetta me mordió el lóbulo de la oreja y me dijo:

—Ni se te ocurra correrte, lo harás cuando yo diga que puedes hacerlo.

—Lo haré cuando a mí me dé la gana, después de que tú lo hayas logrado todas las veces que yo quiera. No te equivoques conmigo, no soy uno de esos peleles que bailan al son que tú tocas. —Tras mis palabras perdió la poca cordura y dominio de sí misma que aún conservaba, obligándome a llevar las riendas. No había problema, también me encantaba hacerlo.

Acabamos exhaustos por la pasión desbocada. Mientras yo me arreglaba la pajarita y ella secaba el sudor de mi frente con sus bragas, me avisó:

—Ahora, cuando vuelvas adentro y todas esas mujeres intenten seducirte para que esta noche acabes en su cama, piensa que tú y yo estamos unidos. Recuerda que llevo lo más íntimo de ti en mi interior y tu piel está impregnada de mí. Ríe, baila, juega, seduce…, pero no olvides que tú y yo ya nos pertenecemos. Esto solo ha sido una pequeña introducción. —Sonrió satisfecha de la elección de las palabras—. Quedan los cuatro movimientos completos y te aseguro que me los vas a tocar íntegros después de la fiesta.

Fue tal y como había dicho. Durante el resto de la velada, Simonetta se dedicó a provocar mucho, coquetear sin medida y despertar anhelos y fuegos a todos aquellos con quienes se cruzaba. No volvió a acercarse a mí, aunque tampoco dejó de mirarme en toda la noche. Le gustaba jugar, intentaba hacerme sufrir, ponerme celoso… No lo consiguió. Para ello tendría que haberme sentido inseguro, y mi sensación era todo lo contrario.

Salimos juntos de aquel acto y volvimos a follar rápido y duro en la limusina de camino a su casa. No estaba seguro de si la mampara que nos separaba del conductor aislaba suficientemente los espacios como para que él no estuviera escuchando todo lo que estábamos haciendo, en realidad no me importaba demasiado y a Simonetta no parecía interesarle en absoluto.

La noche fue una auténtica locura; desplegué todo mi repertorio habitual, el ocasional y probé todo lo que alguna vez me había imaginado y no me atreví a llevar a la práctica, nada parecía suficiente, Simonetta siempre exigía más. Me sorprendió de mil formas diferentes. Me creía experimentado hasta ese momento en el que sentí que me faltaba mucho que aprender; eso no me intimidó, sino que me excitó mucho más. A ella le encantaba enseñarme y yo era un alumno sobresaliente capaz de mejorar de forma espectacular todo lo aprendido con muchísima rapidez.

Bien entrada la mañana, después de una noche sin dormir, Simonetta se puso sobre mí para acariciarme la cara y decirme mirándome a los ojos:

—Llevo veinte años esperándote, ¿dónde estabas? ¿Por qué has tardado tanto? Llevo veinte años preparándome para ti, para estar a tu lado y darte todo lo que mereces; para darte lo mejor y hacerte feliz. Es la primera vez en mi vida que siento y digo esto, a ti y únicamente a ti.

—¿Veinte años?

—Sí, desde que empecé a interesarme por los hombres y el sexo a los quince años.

—Bueno, yo hace veinte años tenía cuatro, igual por eso he tardado en llegar.

—No importa, siempre que no vuelvas a marcharte jamás, porque, escúchame bien, Poseidó, yo ya no podría seguir viviendo sin tenerte a mi lado. Dime que no me dejarás nunca, que siempre vamos a estar juntos.

—No voy a ir a ninguna parte. No quiero estar en ningún otro lugar ni con ninguna otra persona. Sei, llámame Sei. Mi nombre completo me recuerda a mi padre y sus delirios de grandeza, me parece absurdo, ridículo y rimbombante. Es un nombre genial para quien soy en el mundo, pero a puerta cerrada, en la intimidad absoluta, cuando soy solo yo mismo con el reducido número de personas que he elegido para mostrarme sin adornos y sin corazas, soy Sei, solo Sei.

—No digas solo. Es como si le quitases valor a lo que realmente eres y no puedes hacerlo. Tú no, Sei.

Tal como dijimos aquella primera noche, Simonetta y yo no nos volvimos a separar durante el resto de la existencia de Poseidó Balcells. En el sexo éramos un volcán explotando cada vez con más fiereza y menos control, dos trenes de alta velocidad chocando una y otra vez de frente y sin frenos. En el resto de los aspectos nos entendíamos sin palabras, nos divertíamos juntos, compartíamos aficiones y pasiones, nos respetábamos y admirábamos. Éramos felices, la vida nos sonreía, creíamos en el futuro. Nos convertimos en la pareja de moda, tan perfectos que dábamos un poco de rabia. Jóvenes, guapos, ricos, exitosos… La gente creía que lo teníamos todo, y acertaban de pleno.



Volví a la realidad al sentir que me empujaban con algo duro. ¿Un palo? Mierda, no, una porra, era una pareja de policías.

—Espabila, ¡eh, tú, despierta!

—¿Está muerto? ¿Aviso a la central? ¿Es un código 60?

—No estoy muerto, ya me voy.

—No quiero volver a verte por aquí. Le has dado un susto de muerte a la señorita, que solo viene a hacer su trabajo y contribuir con la sociedad. Me voy a encargar personalmente de que eso no vuelva a ocurrir —dijo, con autoridad, uno de los agentes antes de volverse y sonreír seductoramente a una chica joven y bastante guapa, que entendí que debía sustituir a Lewis, el empleado que solía encargarse de la limpieza de ese cajero y de la sucursal, el hombre que me solía despertar llamándome Brahms.

—Lo siento, no quería asustarte.

—Nada de cháchara, despeja el lugar. —Me cogió del brazo y tiró de él. Me solté de un estirón.

—Esto no es necesario, ya he dicho que me voy.

—Pon las manos contra la pared y separa las piernas. —Dudé un momento—. ¡Vamos! ¿O quieres que te detenga por resistencia a la autoridad? —Hice exactamente lo que me dijo, ya no me enfrentaba

a ellos, en el pasado lo había hecho, algo no muy inteligente por mi parte. Abrió el violín y lo miró como si fuera una bomba—. ¿Esto es tuyo? ¿Lo has robado?

—No. Es mío. Tiene un número de serie y está a mi nombre. Podéis consultarlo.

—Bueno, vamos a dejarlo, no es un Stradivarius, ¿verdad? ¿Scala Vilagio? —leyó en el extremo de la funda.

—Es un violín para principiantes, no tiene ningún valor. —Pasé al lado de la chica al salir, levanté despacio el rostro para no intimidarla y cruzamos miradas un instante, había cierta pesadumbre en ella—. No pasa nada, está todo bien —murmuré saliendo a la calle.

Era tarde, casi las siete de la mañana, y tenía que encontrar a Sissí. A ella le gustaba definirse como *personal shopper*, si necesitabas algo, te lo conseguía a precios bastante razonables, y yo tenía un encargo importante. La encontré desayunando en una cafetería cerca de Diagonal mar, entré y me senté a su mesa.

—Buenos días, Sissí, necesito un café doble muy muy cargado.

—Buenas días, Francisco Javier.

—José, el emperador se llamaba Francisco José.

—Pues eso, como sea —pidió mi café y un bocadillo de queso al camarero—. ¿Por qué te estoy invitando a desayunar?

—Porque me quieres y porque hoy soy un cliente con un encargo muy especial, de los caros. Necesito un vestido bonito, bueno, elegante y con estilo, para trabajar en una oficina muy pija.

—Por muy bien cortado que esté te va a quedar como el culo, no tienes piernas para falda. ¿Cuántos años tiene ella? También necesito la talla, color de piel, pelo, ojos y una descripción de su cuerpo. ¿Tienes una foto? —Negué con la cabeza.

—Es joven, delgada, piel clara, ojos azules, pelo rubio y mide 1,60 más o menos.

—Sé más preciso. Si tiene mucho pecho le favorecerán los escotes en «v» no los redondos; si tiene poca cintura, pero es ancha de cadera, el corte evasé. Necesito datos para hacer bien mi trabajo, no es curiosidad.

—Tiene menos de treinta años, diría que no mucho pecho, pero tampoco escaso, la cintura estrecha, las caderas marcadas, un culo

espectacular y unas piernas preciosas.

—Y vas a comprarle un vestido porque se lo quieres quitar.

—No, claro que no. Solo quiero ayudarla a conseguir el trabajo, no quiero que acabe cantando en el metro y durmiendo en portales.

—Lo que pides no es barato, Francis, puedo traerte algo de Guess o Ralph Lauren. Conseguir un vestido de gama alta es muy complicado, la seguridad de esas tiendas es casi imposible de burlar. Necesito tiempo, me la juego mucho y no puedo cobrarte menos de trescientos euros, y es un regalo por ser para ti.

—No, Sissí. Te lo agradezco, la gama media servirá. Lo necesito hoy, esta noche a las nueve como muy tarde.

—Claro que sí, alteza, sin presión. Ven aquí a las siete, tendré algo para ti. Aunque no te garantizo que sea magnífico, con tan poco tiempo no puedo hacer milagros.

A las siete en punto estaba en el lugar de la cita. Me había pasado todo el día tocando aquí y allí: en el metro, en la plaza Catalunya, ante la Sagrada familia y en los vagones del tren; no me gustaba obligar a la gente a escucharme y presionarlos pasando después la gorra en un sitio del que no podían irse, muchos te daban algo porque se sentían obligados, y yo odiaba hacer eso, pero ese día necesitaba el dinero con urgencia, así que no me quedó más opción. Sissí llegó unos minutos después.

—Bien, Francis. Te he traído un vestido precioso color rubí, con un cinturón estrecho con detalles dorados, una americana entallada y cortita en color negro con un poquito de pedrería discreta en el cuello, todo de Ralph Lauren. También un *clutch* elegantísimo de Clementeye, un pintalabios divino de Chanel, ideal para el tono de ese vestido, máscara de pestañas, polvos matizantes, unas sombras de ojos preciosas y, para acabar, este perfume de Chopard, Magnolia Bliss, le va a encantar todo.

—Sissí, solo te he pedido un vestido. No tengo dinero para pagar todo eso.

—Me parece precioso que quieras hacer esto para ayudar a esa chica. ¿Por qué crees que me llaman Sissí? No me llamo así, ni siquiera me llamo Isabel. Es porque soy una cursi y una romántica.

El vestido son treinta euros y la chaqueta veinte, los complementos te los regalo. Cincuenta euros por todo el pack.

—Joder, Sissí. Gracias. Toma, tengo sesenta y siete.

—Cincuenta, Francis, son cincuenta.

Capítulo Seis

JOHANN STRAUSS II: EL DANUBIO AZUL



MAR

Llegué al metro a las ocho y cuarto de la noche, era un poco más tarde de lo habitual. No escuché la música, por lo que caminé deprisa hacia donde solía ponerse el violinista con una sensación de angustia y pesadez en el corazón. No estaba allí. La angustia se intensificó. ¿Y si le había pasado algo? Quizás no fue a un albergue; la noche anterior había llovido y ya empezaba a hacer frío. Tal vez había tenido problemas, una pelea, o había tomado algo…

—Ha estado aquí esta mañana un rato, no tenía muy buen aspecto y no ha vuelto esta tarde. Buscas a Johann, ¿no? —me preguntó un hombre de mediana edad que tenía un quiosco cerca de donde el violinista solía tocar cada tarde.

—¿Johann?

—Como Strauss. Hola, Mar. —De pronto la angustia se deshizo, volví a respirar… Su voz, era él, estaba bien, estaba vivo—. Esta tarde no trabajo.

—Me alegro… Supongo que eso es bueno. —Sonrió y se giró hacia el quiosquero.

—Hola, Albert. ¿No tengo buen aspecto? Tú tampoco eres Brad Pitt, te lo digo desde el cariño.

—Ahí lo tienes —me dijo Albert, luego lo miró a él—. Es muy guapa y, si te busca a ti, tiene muy mal gusto, la suerte llega cuando menos te lo esperas. Hasta mañana —se despidió, volviendo al quiosco con una sonrisa en los labios. El violinista también sonreía socarrón.

—¿Qué te pasa, Mar? Estás blanca, ¿te encuentras bien?

—Sí. Ahora, sí. Me has dado un buen susto, estaba preocupada por ti, no sabía si estabas bien o te había pasado cualquier cosa. Es muy peligroso vivir como tú lo haces y…

—No tienes que preocuparte por mí. Estoy bien y seguiré estándolo. Quizás llegue un día en que no sea así. Solo soy un tío que toca el violín en la calle, no puedes sufrir por lo que me pase, yo no puedo cargar con esa responsabilidad. No quiero ninguna

obligación ni tener ningún tipo de deber hacia otra persona. Mi filosofía de la vida es simple: no espero nada de nadie, no ofrezco nada a los demás. Ni me comprometo ni acepto compromisos. Así nadie puede decepcionarme ni yo causaré ninguna desilusión. Hasta ahora me ha ido muy bien así, no quiero que eso cambie.

—Vale. Me gusta cómo tocas y me preocupaba no volver a escucharte. También me inquietaba saber dónde estaría el violín, es muy bonito. Aunque está rayado y viejo, me gusta. Lo siento si me he expresado mal y has creído que era por ti.

—Perfecto. A veces el lenguaje es muy ambiguo y fácil de malinterpretar. Es lo que me ha pasado con la frase: «Estaba preocupada por ti». ¿Te gusta el violín?

—Me encanta, me pasa totalmente lo contrario que con el sarcasmo del que haces gala.

—Lo siento, lo controlaré, me portaré bien. Este violín es un Scala Vilagio modelo Guarneri, construido de forma artesanal con maderas de calidad superior, barnizado a mano… Lo rayé de forma intencional para que parezca viejo y malo, aun así, es un instrumento de orquesta profesional. Está muy lejos de ser el que yo solía tocar, un Guarneri auténtico, pero este es un muy buen violín; me alegro de que lo hayas visto. Bajo toda esa capa de pobreza y dejadez que lo envuelve, en realidad se esconde una joya. Y como te gusta y te preocupa su bienestar, si me pasa algo, es tuyo. Te apuntaré dónde tienes que llevarlo para que te lo valoren y te paguen lo que realmente vale.

—¿Y eso cuánto es?

—Tendrás que esperar a que me muera para descubrirlo.

—Entonces no quiero saberlo, además, no lo vendería. Podría aprender a tocarlo, ¿no? ¿Es muy tarde para eso?

—Nunca es tarde. ¿Quieres probar?

—¿Aquí? ¿Quieres que nos tiren piedras en vez de monedas?

—No, mejor no. En algún sitio tranquilo y solitario.

—Dicen que el violín es uno de los instrumentos más difíciles que existen.

—No es difícil, pero tampoco se entrega a cualquiera. Hay que saber tratarlo, acariciarlo de la manera correcta, con tanta pasión

como amor y respeto. Si lo haces así, te devolverá lo mismo y será tuyo para siempre.

Lo que dijo me pareció tan sexi que sentí una corriente en el vientre. ¿Qué me estaba pasando? ¿En qué estaba pensando? Cuando había dicho que debajo del aspecto del instrumento se escondía una joya, no pude evitar pensar en el paralelismo que había entre el violín y el violinista. Ahora tampoco podía sacar de mi cabeza la imagen de sus manos resbalando por mi piel, tratándome como si fuese un violín. Yo solía ser cauta y recelosa, tampoco me atrevía ni deseaba entregarme a cualquiera, sin embargo, anhelaba ponerme en las manos de ese hombre al que casi no conocía, ese hombre que no tenía hogar, ni siquiera nombre. Y lo peor de todo, no tenía ni esperanza ni futuro.

—¿Vamos? Conozco un lugar donde no nos molestará nadie, podemos estar un ratito hasta las diez o las once. No estaremos solos, es el almacén del hotel donde trabajan Ignacio, Pascual y Juan. Me permiten entrar, utilizar la ducha y quedarme un rato cuando llueve o hace mucho frío. Ellos me dejarán darte una clase de violín.

—¿En el almacén del hotel? ¿Estás seguro?

—Lo estoy, son lo más parecido a unos amigos que tengo. Por cierto, tengo una cosa para ti.

Me tendió una bolsa. La abrí un poco, era un vestido, una prenda preciosa, obviamente buena. Vi la etiqueta: Ralph Lauren. ¿Estaba loco? ¿De dónde había sacado algo así? Se lo pregunté.

—Bueno, conozco a una chica que se dedica a conseguir cosas por encargo, tú le explicas lo que necesitas y ella lo encuentra y te lo trae a un precio muy competitivo.

—¿Es un vestido robado?

—¡No! Yo no he robado nada, lo he pagado. A precio de oferta. No es robado, es comprado.

—No lo has robado tú, lo ha robado esa chica por encargo para vendértelo a ti. ¿Es así? Eso es lo que estás diciendo, ¿no? Oye, te lo agradezco, pero yo no puedo…

—Sin embargo, sí puedes comprar en cualquiera de esas cadenas en las que hacen la ropa explotando a sus trabajadores en países

pobres. No soy nada populista, creo que al final el mundo es el que es, y es básicamente una puta mierda. Es lo que hay, aunque eso no hace menos cierto lo que he dicho. ¿Sabes? Ralph Lauren cobra por un vestido como este unos 150 euros, ¿crees que los vale? Es cierto que no es escandaloso, algo así en Chanel costaría unos 2000 euros, ¿estás segura de que es Sissí la ladrona? Tú necesitas ese vestido para conseguir un trabajo, es importante, puede cambiar tu vida y mejorarla. Mi amiga necesita el dinero para mantener a sus hijos, lo que comen y el techo que tienen dependen de estos encargos. A Ralph Lauren el hecho de que hayamos «comprado» este vestido no le afecta en nada.

—Estás justificando algo incorrecto y lo sabes.

—Tampoco creo en el bien y el mal. Creo en la oportunidad, en cogerla, aprovecharla y exprimirla al máximo. Esta es la tuya. Todo en la vida es relativo, tienes derecho a tener ese vestido, y yo he trabajado mucho más de lo habitual para conseguirlo, incluso Sissí ha dedicado más tiempo y esfuerzo del que acostumbra para traerlo.

—No sé… Quiero verlo como tú, pero…

—Mar, no te sientas mal, hacemos lo que podemos, como podemos. Hazme caso, a veces la vida decide no darte ni las migajas de lo que por derecho es tuyo, y no te queda más opción que cogerlo sin permiso. A pesar de ello, si no te sientes cómoda, se lo devolveremos a Sissí y compraremos por el mismo precio algo en Stradivarius, no atenta contra tus valores y a mí me gusta el nombre, aún debe de estar abierto, aunque a Helena le va a parecer vulgar… Es una pena porque Sissí es muy buena como *personal shopper* y estoy seguro de que ese vestido te sentaría genial, te daría un aspecto muy elegante y profesional, muy BMN.

—¡Cállate! Vale, tienes razón, a la mierda, no hemos matado a nadie. Tampoco es justo que no me den un trabajo porque no les encaja mi imagen. Tengo que probármelo, a ver si después de tanta historia no me va a quedar bien. Me gustaría tu opinión, eres el experto en BMN —lo pinché a ver si conseguía sacarle alguna información sobre ese tema. No sirvió de nada, ignoró el comentario.

—Puedes probártelo en el almacén del hotel si quieres, aunque estoy seguro de que va a quedarte genial.

—O puedo hacerlo tranquilamente en mi casa.

—Claro, eso sería lo mejor. He dicho lo del almacén porque querías mi opinión, pero no te hace falta.

—Sigo queriéndola. Te estoy invitando a venir a casa conmigo y verlo allí.

—¿Estás loca? ¡No puedes invitar a un sintecho a tu casa! ¡Ni a un tío al que casi no conoces, aunque tenga un castillo! ¡Podría ser un psicópata! No sabes cómo me llamo ni nada de mí. Estás loca, lo afirmo, y esto que has hecho es muy peligroso.

—Entonces ¿vas a venir o no? —Nos echamos a reír los dos, negó con la cabeza con resignación, me miró y suspiró.

—No debo hacerlo.

—Vale. ¿Lo vas a hacer o no?

—¿De verdad quieres llevarme a tu casa? ¿Como en esas películas americanas en las que por Acción de Gracias llevan a un indigente a comer para hacer una buena obra que les redima de todas las mierdas que tienen acumuladas en sus vidas?

—Sí. Aunque esta vez la buena obra la has hecho tú comprándome este vestido. No te voy a preparar una supercena, puedo darte pavo, pero de paquete porque no tengo luz. No puedo cocinar, hace poco más de un mes que me la cortaron.

—¿Por qué no me lo habías dicho? Podríamos haber buscado una solución. Si hubiera hecho lo mismo que hoy durante varios días, seguro que habría sacado dinero para pagar la factura y el recargo.

—¿Por qué ibas a hacer eso?

—Yo qué sé, para tener un objetivo en la vida.

—¿Sabes? Que seas un sinhogar sin nombre y sin pasado no me asusta; que quieras pagar mis facturas, me está dando un miedo atroz.

—Menuda mierda de vida hemos tenido cuando lo que nos asusta es encontrarnos con alguien que se interese por nosotros o nos quiera ayudar. Bueno, la cena puedo pagarla yo. Podemos pedir algo, tengo 17 euros, para kebab, pizza o un par de Mcmenús nos llega.

¿Tienes teléfono?

—Claro. Necesito tener un número en el que puedan contactar conmigo si alguna vez soy elegida para un trabajo, pagar la factura es una de mis prioridades. Lo cargo en las cafeterías, ya sabes: «Hola, me pones un café. ¡Uy!, no tengo batería, ¿me lo conectarías mientras me lo tomo?». Podemos comprar lo que sea de camino a casa.

—Es que me hace ilusión pedirlo a domicilio. Llamar para que lo traigan, dar una dirección… ¿Sabes cuándo fue la última vez que hice eso?

Lo cogí del brazo, acercándome mucho a él, para caminar juntos. Busqué su mano y entrelacé mis dedos con los suyos, me miró con sorpresa y, sobre todo, con miedo.

—A mí me hace ilusión caminar hasta casa de la mano de alguien. ¿Sabes cuánto tiempo hace desde la última vez que hice eso?

—¿Quieres que te vean paseando cogida del brazo de alguien como yo?

—Quiero pasear cogida de tu brazo y apretando tu mano. Sí, me hace sentir bien y muy orgullosa.

—Pero es una ilusión como lo del teléfono, yo no tengo casa…

—Y yo no tengo pareja —lo interrumpí—. Está claro, solo es un ratito.

—¿Quieres que te pase el brazo sobre los hombros? —Sonreí y asentí. Lo hizo y caminamos despacio bajo las estrellas ocultas en el cielo, hablando, riendo o en silencio.

Pegada a su cuerpo, rodeada por su brazo, me sentí tan bien que no hubiera querido llegar a mi piso jamás, porque a casa ya había llegado. La magia se rompió cuando mi vecina de abajo, al pasar por delante de su puerta, abrió y salió con su marido para decirme:

—¿Está todo bien? —El violinista dio un paso al lado y se apartó para dejarme hablar con ellos sin su presencia—. ¿Quién es? ¿Quieres que llamemos a la policía?

—¡No! Es amigo mío, lo he invitado yo. Está todo perfectamente.

—¿Estás segura? Ten cuidado. ¿De qué lo conoces?

—Anabel, no pasa nada, ¿de acuerdo? Es mi amigo.

Me despedí de ellos. Marcos, mi vecino, le dedicó una mirada amenazante al violinista, yo le cogí la mano para subir la escalera y él la apartó. Cuando abrí la puerta de mi casa y me retiré para dejarlo entrar, dudó.

—Vamos, adelante… Me sería más fácil si pudiera llamarte de alguna manera.

—Nico. Llámame Nico. Si tengo que elegir me quedo con Paganini. Puedes llamarme así si quieres.

—A mí me gustaría llamarte por tu nombre, pero si tú prefieres que te llame Nico, te llamaré así.

—Perfecto. No tendría que estar aquí, tus vecinos, que por cierto son unos cotillas que espían tras la puerta, han pensado que te había asaltado en el portal y te estaba obligando a subir conmigo para robarte, violarte o ambas cosas. En realidad, no me extraña.

—¿Y qué más da? A la mierda las apariencias. Venga, toma mi teléfono, pide la cena mientras me pruebo el vestido.

—¿Puedo pedirte algo, ya que estoy aquí?

—Claro, lo que quieras.

—¿Puedo utilizar tu baño? Me gustaría ducharme y cambiarme antes de cenar, hoy no he tenido tiempo de pasar por el instituto.

—No tengo agua caliente.

—Mar, tenemos que solucionar esto ya. A mí me da igual, pero no puedes estar así hasta que cobres el primer mes.

—Te saco toallas limpias. Tienes todo lo que necesitas ahí. También tienes maquinillas de afeitar, el gel de ducha hace espuma.

—No me voy a afeitar, lo siento, aunque puedes seguir intentando convencerme si quieres. Pierdes el tiempo, no voy a cambiar de opinión.

—Es que, entre las greñas, el bigote y la barba solo se te ven los ojos.

—¿Y no es suficiente?

—Los tienes preciosos, nunca había visto unos ojos de un azul tan profundo.

—Gracias. ¿Kebab o hamburguesa? —Me encogí de hombros—. Kebab, entonces.

Después de hacer el pedido entró en la ducha. Desde allí me pidió que le pasara la camiseta limpia que se había dejado en la bolsa de deporte que solía llevar. La abrí y al sacar la prenda se cayó al suelo la cartera, la cogí, dudé un momento, allí estaría su documentación, habría un nombre, quizás una foto, una identidad… Mi mente me pedía abrirla, mi corazón me decía que no debía hacerlo, él no quería compartir esa información conmigo. La guardé deprisa y tomé la prenda.

Me quedé frente la puerta, parada, imaginando que de pronto yo abría la puerta sin llamar y él estaba desnudo con el agua resbalando por su piel, veía su cuerpo de espaldas como si fuese una foto difuminada por el vapor, la imaginación es libre. Entonces él se giraba, sus labios dibujaban aquella sonrisa pícara, sus ojos me atravesaban con la intensidad que los caracterizaba, abría la puerta de la mampara, me tendía la mano, se la cogía, tiraba fuerte, aplastándome contra su cuerpo bajo el chorro cálido, besándome desesperadamente, aprisionando mi cuerpo contra la pared. Quería tocarlo, bajar las manos, clavarle las uñas en las nalgas, pero era imposible porque él retenía mis muñecas por encima de mi cabeza con una mano, mientras con la otra recorría mi pecho sobre la ropa empapada y con la lengua surcaba el río que bajaba por mi cuello. Fue él quien abrió la puerta sobresaltándose y asustándome a mí.

—¿Mar? ¿Has llamado? No te he oído.

Se había vestido, solo faltaba la prenda que le tenía que dar yo. Llevaba la toalla de baño sobre los hombros de forma que le tapaba casi por completo el pecho y el abdomen. Pensé en agarrarla, tirar de ella hacia mí, unir nuestros cuerpos. Lo deseaba. Ni siquiera era capaz de explicarme a mí misma por qué lo deseaba de esa manera tan vehemente, aun así, lo hacía y no podía evitarlo.

¿Y si lo intentaba? ¿Y si lo besaba? ¿Qué era lo peor que podía pasar, que me rechazara? ¿Y si me correspondía y acabábamos enredados en el suelo del pasillo devorándonos la piel hasta arder en la misma hoguera?

Iba a hacerlo. Cogí aire, me armé de valor, di un paso al frente, sonó el timbre, él cogió la camiseta, se giró para tirar la toalla sobre el lavamanos y se la puso deprisa. Tuve tiempo de ver una espalda

ancha, de músculos bien definidos. Tenía un cuerpo delgado pero armonioso. Me sentí más atraída por lo poco que había visto. Me giré, abrí la puerta y recogí el pedido de manos de un repartidor en el que ni siquiera me fijé, toda mi mente la ocupaba ese violinista tan sexi que estaba en mi lavabo.

Capítulo Siete

RICHARD STRAUSS: SONATA PARA VIOLÍN



MAR

Puse la cena en la mesita baja del salón, tendríamos que comer sentados en el suelo, sobre unos cojines. A cambio podríamos disfrutar de las vistas hacia el barrio, con sus calles casi desiertas. Era el lugar más bonito de la vivienda, me encantaba sentarme frente al ventanal.

Cenamos, hablamos, nos reímos mucho y le expliqué mi afición a mirar las luces de los edificios de enfrente e inventarme la vida que tendrían esas personas, a imaginarme viviendo una de esas historias en una casa bonita, sin humedades, con calefacción y agua caliente.

—Cuéntame, ¿quiénes son los vecinos del tercero de ese edificio de la izquierda? —preguntó sonriendo con ternura y pronunciando las palabras con suavidad.

—No los conozco. Son historias que me invento.

—Lo he entendido. Te pido que compartas conmigo lo que imaginas.

—Bueno, pues creo que son una familia, una pareja de unos cuarenta años. Tienen tres niños. La mayor, de doce años, está en una edad difícil en la que no es ni niña ni adolescente, eso, a veces, desespera al padre. La madre intenta ayudarlo a entenderlo con cariño y paciencia, porque sabe que él solo quiere proteger a su niña para que no sufra. La mujer adora a su marido, se quieren desde que se conocieron hace más de veinte años. El segundo es un niño, tiene ocho años. Con él todo es más fácil. El más pequeño tiene solo seis meses, ya sabes, una noche loca. A veces la pasión aún les nubla la mente y pasan esas cosas. Hoy están todos juntos en el salón, van a ver una película en familia, toda la casa huele a palomitas. El padre hace bromas con sus hijos mayores y la madre los mira con el pequeño en brazos; se siente orgullosa de todos ellos y de lo que han construido juntos. ¿Qué te parece?

—¿Las palomitas son saladas o de esas de colores?

—¿Qué?

—Que espero que no sean dulces porque si le metes más azúcar a tu historia van a reventar.

—¡Tú eres tonto, chaval! Cuéntame, según tu visión, ¿quiénes son los del ático?

—Fácil. Son una pareja de unos treinta, no tienen niños ni quieren por el momento. Buscaban un piso para vivir juntos y se enamoraron del ático por las vistas y porque él le susurró a su chica, intentando que la agente inmobiliaria no lo oyese, que quería vivir allí y hacer el amor todas las noches en la terraza con la ciudad a sus pies, viendo las lucecitas de los vecinos y jurando por lo más sagrado que jamás serían una de esas familias que se sientan a ver pelis y comer palomitas de maíz. —Me guiñó el ojo divertido—. Ahora juegan a volverse locos el uno al otro cada noche, cuando regresan de trabajar. Cada día dedican un ratito a pensar cómo van a sorprender a su pareja. A veces se llaman en medio de una tediosa reunión para decirse las ganas que tienen de estar juntos, para contarse cómo se arrancarían la ropa con los dientes, cómo deslizarían la lengua por el cuerpo del otro hasta que se estremeciese, primero despacio y después violentamente. Se prometen hacerlo realidad cuando vuelvan a casa y siguen con el trabajo. Como la llama ya está encendida, se van mandando mensajes de texto o fotos subidas de tono hasta que por la noche coinciden en esa terraza y todo lo que se han dicho durante el día se queda corto. —Vi cómo se humedeció los labios y se retiró el pelo de la frente, acalorado, y casi se me escapó la risa—. Buff, dame un poco de tu Coca-Cola fría y perdona el relato erótico, es lo que me he imaginado.

—Un erotismo muy *light*, ¿no?

—¿Me estás pidiendo que te haga un relato erótico con más detalles?

—¿Se quieren?

—Se adoran, están locamente enamorados. Su relación es muy apasionada porque también se desean con vehemencia. Tienen lo mejor de los dos mundos.

—Entonces a veces simplemente se sientan uno al lado del otro a ver cómo brillan las luces del barrio.

—Y como ella es friolera, él la envuelve con sus brazos —añadió mientras hacía justo lo que iba diciendo—. Hace que recueste la espalda en su pecho. Apoya la mejilla en la sien de ella mientras la mece levemente con su cuerpo porque quiere que sienta que, igual que puede provocarle las explosiones más violentas, también será siempre quien le dé la paz y la seguridad más absoluta.

—En ese momento ella se gira y le pasa los brazos alrededor del cuello, haciéndole recostar la frente en su hombro para abrazarlo fuerte, estrechándolo contra su cuerpo. Hay cosas de las que a él no le gusta hablar, ella aún no sabe por qué su chico ha construido un muro entre él y todo lo demás, un muro enorme casi infranqueable. Se ha convencido a sí mismo de que no necesita el calor de nadie, no necesita abrazos ni caricias tiernas, ni besos en los labios de los que se sienten en el corazón. Sin embargo, es mentira, los necesita, los necesita tanto o más que su novia, y ella lo sabe, lo supo antes que él.

Le acaricié el rostro sobre su espesa barba, deseando poder tocar su piel desnuda, esa que él se resistía a mostrar. Aun así, me gustaba; con su calor y cercanía era suficiente.

Acerqué despacio mis labios a los suyos, sin llegar aún a tocarlos. Los entreabrió y, al mismo tiempo, retrocedió para evitar el contacto. Puse mis manos en sus mejillas y aguanté su cabeza con determinación mientras rozaba su boca con la mía, despacio, con mucha suavidad. Tembló, suspiró, estaba tenso. Tiré delicadamente de su labio inferior con los míos, enredé mis dedos en su pelo húmedo, pasándole las uñas por la nuca. Él acarició mis labios con los suyos, abriendo un poco más la boca para besarme suave y sensualmente, le respondí de la misma manera.

Volvió a coger aire, sentí cómo su cuerpo se relajaba, se entregaba, abandonando las reservas. Era mío, ya era mío. Le pasé la lengua por los labios, se los mordí despacio, pero con ansia. Él continuó besándome sin prisas, de forma pausada, un beso ardiente y dulce, solo con sus labios, suaves, cálidos y tórridos.

Volví a rozárselos con mi lengua, toqué la punta de la suya, no rehuyó el contacto, si bien tampoco lo propició ni lo continuó. Nos besamos así mucho rato, solo dos bocas fundiéndose la una en la

otra sin buscar nada más ni ir más allá, disfrutando del contacto y la intimidad. Era bastante, aunque no suficiente, así que mis manos se colaron bajo la tela de su camiseta para acariciarle la espalda mientras la subía despacio para sacársela y tirarla al suelo. Entonces bajé poco a poco, quería besarle toda la piel del torso, dedicándome especialmente al pecho y a la zona justo bajo el ombligo: lo primero por cómo temblaba y suspiraba cuando lo hacía, y la segunda por cómo lo hacía yo cuando bajaba tanto.

Llevaba un pantalón de chándal color gris claro que no permitía disimular nada de lo que se escondía debajo, me gustaba observar la tirantez de la tela. Siempre me había resultado excitante ver cómo se movía, subía, bajaba un poco, volvía a erguirse aún más respondiendo a las caricias, era una parte del cuerpo que funcionaba con voluntad propia, sin que su propietario decidiese si quería que se moviera más o se mantuviera quieta. Siempre me había preguntado cómo lo sentirían ellos, aunque nunca había tenido la suficiente confianza como para preguntárselo a ninguno.

Quería desnudarlo por completo, disfrutar de su cuerpo al natural, y eso que ni siquiera nos habíamos besado con lengua, quizás no era muy adecuado. Escuché su risa algo ahogada, lo miré, estaba observándome. Yo, en cambio, tenía mis ojos clavados justo en su entrepierna.

—¡No! ¡No es lo que crees! No estoy pensando lo que tú crees que estoy pensando.

—¿No? Yo no estaba pensando demasiado y me parece que tú tampoco. Simplemente te gusta ponérmela dura, disfrutas excitándome porque sientes lo mismo y quieres provocarme esto para que responda. —Me cogió la mano y la puso sobre su erección—. Tócame —ordenó con sus labios rozando mi oreja—. Acarícíame, estás loca por hacerlo, y yo lo estoy aún más por sentirlo.

Rocé suavemente la tela, solo con dos dedos, con sutileza y en toda su extensión. Le dediqué más atención al pasar sobre la zona más sensible. Me molestaba la goma de los pantalones para poder acariciarlo como quería, así que metí los dedos bajo ella y encontré que también estorbaba la de los calzoncillos, a pesar de eso, me

resultaba excitante pensar que lo único que separaba mi piel de la suya era la fina tela de la ropa interior. Volví a pasarle el dedo índice y corazón con suavidad hasta llegar a la base para volver a subir y dar unos ligeros toquecitos, él gimió en mi oído.

—Más fuerte. Vamos, tócame de verdad, porque te aseguro que cuando yo empiece no voy a perderme en sutilezas. Párame ahora si no quieres que te dé la noche más intensa de tu vida.

No lo paré, sino que apreté con fuerza sobre el bóxer, lo cogí de la mano y lo llevé hasta el sofá, lo empujé con suavidad para que se dejara caer en él y me arrastrara con su cuerpo. Él tiró con fuerza del pantalón para lanzarlo al suelo con urgencia, seguía llevando demasiada ropa así que levanté la goma y liberé su potente erección tirando la ropa interior muy cerca de donde había caído su pantalón, rodeé con mis labios el punto más receptivo y succioné con fuerza.

—¿Qué haces? —preguntó entre sorprendido y asustado. ¿Le había hecho daño? ¿No le había gustado?

—Querías intensidad, ¿ha sido demasiado intenso?

—Ha sido brutalmente intenso, maravilloso, espectacular, quiero más, quiero mucho más de eso. Quiero que lo repitas hasta que crea que no voy a soportarlo y, entonces, me obligues a aguantar un poco más. Y cuando realmente ya no pueda hacerlo, que me exijas que lo controle, aunque suplique y diga que es imposible, no me des opción, impónmelo sin compasión. Pero antes de empezar necesitamos un condón.

—¡Ya te vale! ¡Qué forma de cortar el rollo! ¡Venga, cógelo!

—Lo siento. ¿Dónde están?

—¿Tú no llevas? Yo no tengo.

—¿Yo? No, esto no entraba en mis planes ni de lejos. ¿Tú sabes el tiempo que llevo sin follar y sin ni siquiera planteármelo? Hace años que no tengo sexo ni conmigo mismo.

—¿Ni contigo mismo? No te creo. ¡Anda ya! No ha nacido el tío que no se haga...bueno, ya me entiendes. —No me atreví a terminar la frase. Él cabeceó aguantando la risa.

—Ni siquiera tenemos dinero para ir a una farmacia a comprarlos.

—De todos modos, puedes cumplir tu palabra. Has dicho que me ibas a dar la noche más intensa de mi vida, supongo que tienes más

repertorio e imaginación, ¿no? Venga, Nico, te deseo, dame lo que me has prometido —pedí jugando con él, provocándolo, mordiéndole el cuello… Inspiró profundamente.

—Sei.

—¿Has dicho sí o seis? Lo segundo no tiene sentido, pero es lo que he entendido.

—Sei. He dicho Sei. Me has llamado Nico. Me llamo Sei, mi nombre, el de verdad, es ese.

—¿Sei? ¿En serio? Es la primera vez que lo escucho.

—Sí, de verdad. Hablo totalmente en serio.

—Sei…Suena dulce, me gusta.

—¿Me vas a decir el tuyo?

—Me llamo Mar.

—Vale, por mí está bien así.

—No, es verdad, puedo enseñarte el DNI. De pequeña me llamaban Mari Mar, pero no me gusta. Cuando me vine a vivir aquí empecé a presentarme solo como Mar. Me llamo así, Sei.

—¿Soy adivino? Es otra salida profesional. ¿Quieres que te eche las cartas? Es bastante más seguro que lo que íbamos a hacer. Creo que, si tú no eres capaz de protegerte, debería hacerlo yo. Es lo mejor. Y ahora no hablo de preservativos, me refiero a la protección emocional.

—Para eso llegas tarde. Asústate, enfádate y sal corriendo si quieres. Hazlo, si crees que es lo que tienes que hacer, si te falta valor para quedarte. Me gustas muchísimo, pienso en ti doscientas veces al día. Siento algo muy intenso y no puedo hacer nada para evitarlo.

—Yo no tengo futuro.

—Yo no quiero tu futuro, quiero tu presente.

—Mar…

Suspiró apesadumbrado. Le cogí la cara con determinación y lo besé profunda e intensamente, enredando mi lengua con la suya con toda la vehemencia y pasión que llevaba acumulando desde hacía días y en especial las últimas horas. Apretó mi cuerpo contra el suyo con fuerza, casi con rabia, con tanta desesperación que me hizo un poco de daño en la cintura y mucho más en el corazón, al sentir

todo aquel dolor que había almacenado y encerrado en su alma. Dudó de nuevo. No se lo iba a permitir.

—Sei, no hagas nada, absolutamente nada. No pienses, déjame hacerlo a mí. Déjame recordarte quién eres, lo que se siente cuando tienes entre los brazos a una mujer que está loca por ti y te desea sin medida. Permítete revivir lo que se siente cuando esa persona te estrecha contra su cuerpo porque quiere sentir que sois solo uno…

—No puedo recordar eso…

—Claro que puedes. Deja de luchar con lo que sea que te atormenta y vive este momento.

—No puedo recordarlo porque nunca lo he sentido. Hubo alguien en mi vida, nos admirábamos, nos deseábamos y nos queríamos. Sin embargo, no era como tú lo expresas, era diferente. Ella amaba todo lo que brillaba en mí y yo me dejé cegar por su luz. Tú estás recogiendo las cenizas de lo que fui y mirándolas como si hubiese algo hermoso en ellas.

—Porque lo hay. Es evidente que no ves lo mismo que yo.

—Mar, en toda mi vida solo ha habido dos personas que me hayan querido de verdad, y no pasé demasiado tiempo con ninguna de ellas. El amor no es mi punto fuerte, sé muy poco sobre el tema.

—¿Qué dices? Sabes todo lo que hay que saber, he visto cómo amas la música. No veo escombros, Sei. Quizás no hemos tenido suerte, puede que nuestra vida no sea maravillosa; no somos un poema de amor, pero tampoco somos cenizas. Me niego a vernos así. No me siento de esa manera cuando estoy contigo ni cuando te beso, en absoluto. Es probable que no tenga la luz que tenía esa mujer…

—¡No! ¡Eso no te lo voy a permitir! ¡Ni se te ocurra! Ella estaba rodeada de mil bombillas de led, como un puto árbol de Navidad que se apaga si tiras del cable, tú eres el sol. No te compares jamás con nadie como ella.

—Vale, yo soy el sol. ¿Y quién eres tú? Nada de cenizas, te lo advierto.

—Ícaro, sin duda —dijo con una provocativa sonrisa—. Deshaz mis alas, deja que me hunda fuerte y profundo en el mar y que pase lo que tenga que pasar. Tengo un par de condones en la funda del

violín, me los dieron unas «buenas samaritanas» que iban haciendo una campaña de prevención de las ETS. He dicho que no llevaba ninguno porque no me acordaba de que aquel día los cogí y los guardé. Cuando he recordado que los tenía me he callado porque no estaba seguro de que fuera una buena idea utilizarlos.

—¿Has cambiado de opinión? —Negó con la cabeza.

—Ahora estoy seguro de que no lo es. Te estás equivocando conmigo, pero es tu error, quieres cometerlo y estás en tu derecho. Te he advertido desde el principio. Tú no quieres escucharme y yo no soy un santo. Nunca lo he sido.

Nos besamos con ardor. Poco a poco fui haciendo el roce más suave para besarlo despacio y hondo, con el sentimiento concentrado para que empezase a sentir aquello que aún no había vivido. Tembló y se apartó un poco.

—No puedo. Siento… es como si me costase respirar…

—No te asustes, no pasa nada, solo tienes miedo. Sei, no hay nada que temer, esto no va a dolerte más que lo que ya has sufrido.

—¿Me lo prometes?

—Claro, te diría cualquier cosa para acostarme contigo. Es broma, perdona. Creo que no debes tener miedo de sentir. Si te gusta, disfrútalo. Si duele, busca la forma de calmar el sufrimiento. Siéntelo, porque sentir es vivir, y no me digas que no estás vivo porque lo estás. El miedo también es una emoción, y tú ahora mismo vas sobrado de ella.

—Me siento perdido. Ahora mismo no sé dónde estoy ni cómo, ni qué debería hacer…

—Estás aquí, entre mis brazos, totalmente desnudo. Y deberías estar haciéndome el amor. Aunque tengo paciencia, tampoco soy una santa. Vamos, Sei, ¿o no eres capaz de cumplir tus promesas?

—¿De verdad crees que soy tan tonto como para caer en esa provocación tan burda?

—¿Lo eres?

—Joder, sí, claro que sí. Solo espero que tus vecinos, los que creen que te voy a violar y asesinar, no llamen a la policía. Porque vas a gritar, eso tenlo por seguro.

—Lo siento, no soy de las que gritan, aunque si eso es lo que te gusta, puedo hacerlo. ¿Qué quieres que grite?, aparte de tu nombre, para eso me lo has dicho, ¿no?

Hundió la cabeza en mi pecho, no con pasión sino buscando cobijo, lo abracé fuerte y me besó en los labios, muchos besos breves tenues, leves.

—En realidad no, quiero escuchar mi nombre en tus labios cuando me abraces, quiero escucharlo en tu voz cuando me mires al fondo de los ojos y tiembles por el roce de mi piel. Cuando se te escape sin quererlo porque tu mente lo está susurrando mientras piensas en mí. Quiero que cuando eso pase el nombre que digas sea Sei; no soy Nico ni Francis ni Johann…

—Sei… —Lo miré a los ojos y me puso los dedos en los labios para hacerme callar.

—No digas nada más, Mar, no estoy preparado para escucharlo, aún no.

Lo besé, rozando mi muslo entre sus piernas. O lo hacía dejar de pensar o el miedo acabaría por paralizarlo. Bajé mis labios por su pecho besándolo despacio. Al hacerlo bajo el ombligo, contrajo los abdominales, haciendo que se marcasen por la tensión. Lo miré y sonrió, en ese momento me pareció mucho más joven, divertido y cercano. Resopló ante la expectativa, lo rocé con los labios y se estremeció. Pasé despacio los dedos de arriba a abajo y deshice el camino con las uñas delicadamente; suspiró y cerró los ojos. Cogí su miembro con determinación, los labios lo ciñeron con fuerza, lo rocé con los dientes y succioné con ímpetu. Su cuerpo se estremeció con violencia, sus labios no pudieron contener un gemido grave, profundo.

—Cierto, tú quieres intensidad. Es lo que te gusta, ¿verdad?

—Sí… No estoy acostumbrado a la delicadeza, a ir despacio, aunque me estaba gustando. En realidad, lo estaba disfrutando mucho, y la intensidad también, claro que sí.

—Bien, entonces vas a tener «lo mejor de ambos mundos» —dije parafraseándolo.

Le di algo más de intensidad, hasta que su respiración y la forma de apretar la funda del sofá me indicaron que empezaba a acercarse

al límite, entonces pasé a la delicadeza besando despacio sus piernas, dibujando senderos intermitentes sobre su piel que morían en sus pies. A pesar de estar segura de que no tenía prejuicios, me sorprendí admirando lo cuidados que los tenía; me dio rabia que me asombrase eso, así que subí y lo besé en la boca con toda la pasión del mundo. Giró con ímpetu colocándose encima de mí, besándome el cuello con tanta fogosidad que durante un momento olvidé todo lo que quería hacerle antes de dejarlo tomar el control de la situación.

—Perdona. Creo que te he dado un mensaje equivocado, no había acabado de…

—¿El mensaje no es que quieres follar conmigo como si esta noche se fuese a acabar el mundo?

—Bueno, sí, pero…

—Entonces no hay peros, lo he entendido perfectamente. —Hundió la boca en mi pecho y comprendí lo que significaba eso de que él no estaba acostumbrado a ir despacio, era un volcán, quizás demasiado brusco para mi gusto, pero maravilloso y apasionado, con una intensidad salvaje, aunque…

—Espera, Sei. ¿Puedes empezar un poquito más suave? Eres impresionante, espectacular, si pudieras hacerlo de una forma más gradual…

—¡No te ha gustado nada! ¡Ay, Dios mío!, esto sí que no me había pasado nunca, nadie jamás se había quejado, al contrario…

—Yo tampoco me estoy quejando, sí me ha gustado, lo que digo es que disfrutes del camino. Cuando tú haces eso buscas que lo disfrute yo, lo que te pido es que vayas despacio y goces tú de lo que estás haciendo, que sientas el roce del pezón en tu lengua, que te acaricies los labios con él, que te estremezcas, y para eso tienes que darte tiempo de sentirlo. Quiero deleitarme con lo que me haces, y al mismo tiempo quiero hacerlo sabiendo que tú también lo estás sintiendo con profundidad. Conectar contigo más allá de la piel y del placer físico, y para eso necesito que vayas por otro camino, uno con más curvas, bastante más largo; lo quiero recorrer contigo, no ir en línea recta. No quiero ir en avión, quiero pasear contigo de la mano.

—Vale, me olvido de todo lo que creía conocer y tú me guías, porque no estoy seguro de saber lo que tengo que hacer.

—Sí lo sabes, quiero que disfrutes de esto como lo haces cuando tocas el violín. No es el… ¿cómo se llama el momento más álgido de una composición?, ayúdame.

—Buff, depende… *¿Allegro vivace?* Supongo que te refieres a que no se disfrutaría igual si el segundo movimiento no fuera un lento *adagio* y el tercero un *scherzo* juguetón, es eso, ¿no? Te entiendo, me entiendes. Hagámoslo.

—Hagámoslo. No te saltes movimientos, ¿de acuerdo? Sobre todo, el *scherzo*, no te saltes ese. No hace falta que sea la noche más intensa de mi vida.

—Pero va a serlo. Si dejamos de hablar de una puta vez y utilizamos la boca, la lengua y todo lo demás para recorrernos el cuerpo hasta que arda la piel.

Sin duda, se entregó y se dedicó a sentir y disfrutar de las caricias, los besos y la intimidad. Aquella se convirtió en la noche más intensa de mi vida, con diferencia. Sei era sencillamente perfecto en la cama, delicado cuando era necesario, y fuerte y un poco brusco cuando la pasión llegaba al límite, y me encantó que fuese así. Terminamos exhaustos y abrazados, escuchando nuestras respiraciones y el latido de nuestros corazones. Se adormiló sobre mi pecho, cerré los ojos ¡Me sentía tan feliz!

Capítulo Ocho

JOHANN PACHELBEL: CANON EN RE MAYOR



MAR

Sentí el roce de sus labios sobre mi frente, abrí los ojos despacio, no estaba dormida, más bien estaba flotando en mi propio mundo perfecto. Lo besé en la punta de nariz, se rio y bajó por la mejilla haciéndome cosquillas con la barba.

—¿Con cuántos años fue tu primera vez? —pregunté sin mostrar demasiado interés.

—¿Para qué quieres saber eso?

—Por curiosidad. ¿Vas a responder?

—Tenía casi quince años.

—¿Qué quiere decir casi quince? —cuestioné sorprendida.

—Que aún tenía catorce.

—¡Eras un niño!

—Tan niño no sería si me interesaba el sexo, y me interesaba muchísimo, así que tuve la oportunidad y lo hice. Ella tenía dieciocho y trabajaba en casa de mis padres; era fácil y cómodo, así que aproveché la situación. Me hacía diez mil insinuaciones por día, al final, acepté.

—¿Trabajaba en casa de tus padres?

—Era la encargada de limpiar la plata y la grifería, de frotar bien las cosas de valor hasta hacerlas relucir.

—¿La plata y la grifería?

—Había mucho de lo uno y de lo otro, mis padres tienen mucho dinero. Aquí donde me ves, en mi casa casi todos los grifos eran de oro. En el baño de mi madre eran de oro blanco y rosa, incluso había uno con diamantes incrustados, el del bidet.

—¡Venga ya! ¿Grifos con piedras preciosas? —Me puse las manos en la boca para contener la sorpresa.

—Sí. No me mires así, hablo en serio. De pequeño nunca me planteé por qué mi padre había decidido poner los diamantes en ese grifo, ahora no me cabe duda de que fue por lo que una mujer se lava ahí.

—¡Sei! No puedes estar hablando en serio. Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—En absoluto. Aargg, aún me da mucha grima pensarlo, me parece fastuosamente cutre, aunque a mi padre le pega mucho hacer algo así.

—¡Venga ya! Te lo estás inventando todo. —Me reí.

—Quizás. No tienes forma de saberlo.

—¿Cuantos años han pasado desde eso?

—Ah, vale. ¿Ahí es donde querías llegar? ¿Cuántos crees tú? No voy a decirte mi edad, pero me gustaría saber cuántos años crees que tengo.

—No lo sé, es muy difícil.

—Arriésgate.

—¿Unos cuarenta?

—¿Sí? ¿Eso es lo que aparento?

—¿No?

—¿Cuantos tienes tú? Espera no me lo vas a decir, me vas a pedir que te diga lo que creo yo. Es justo. Diría que unos veinticinco.

—No. Tengo veintiocho años. ¿Por qué no me quieres decir tu edad?

—Porque no tiene ninguna importancia. ¿Te voy a gustar más o menos dependiendo de eso?

—No te voy a contestar, ya sabes la respuesta a esa pregunta. Me gustaría saber más cosas sobre ti, como, por ejemplo, el recuerdo más bonito que te venga a la mente. Deben de ser muchos si creciste en un castillo con los grifos de oro.

—No tantos. —Su voz me sonó triste y lejana, como si los recuerdos le hubieran robado el color, tiñéndola de tonos grises.

—¿Tienes hermanos?

—Uno. Es doce años mayor que yo, por lo que no tuvimos demasiada relación fraternal. Vivimos juntos hasta que yo cumplí los ocho años. Luego, él se marchó a estudiar fuera. Cuando volvió, retomamos la convivencia durante tres años más, hasta que yo me fui a la universidad.

—Tienes razón, no pasasteis mucho tiempo juntos. Te criaste casi como si fueras hijo único.

—Supongo que los dos lo éramos. Mi hermano era el único hijo de mi padre y yo era el de mi madre.

—No sois hermanos de sangre, entonces.

—Sí, somos hijos del mismo padre. Echó de casa a su primera mujer para casarse con mi madre cuando su hijo tenía cuatro años. Ella desapareció dejando a mi hermano y jamás volvió a dar señales de vida. Mi madre nunca consideró al primer descendiente de su marido como propio y solo se centró y se ocupó de mí. A mi padre el que le sobraba era yo. Así que de alguna manera los dos crecimos solos.

—Eso es muy triste, Sei.

—¿Sabes lo que dicen sobre que los ricos también lloran? Es cierto. Los grifos de oro no dan la felicidad. —Me guiñó el ojo fingiendo despreocupación—. ¿Quieres mi recuerdo más bonito de cuando era un niño?

—Sí, por favor. Me encantaría escucharlo.

—En la mansión de los grifos de oro, había una piscina enorme de agua salada, a mí me daba un miedo brutal, me aterraba meterme en ella y no hacer pie. Siempre imaginaba que del fondo surgía un remolino capaz de absorberlo y engullirlo todo. Un remolino que me arrastraba al fondo y me ahogaba. Solía tener pesadillas horribles con eso. Eran eternas y no podía respirar. Sentía el sabor del agua salada en la boca, una bocanada tras otra. Me hundía, gritaba y pedía ayuda durante lo que parecían horas, sin que nadie viniera a rescatarme, nunca. Estaba solo en medio del vórtice. No hay palabras para expresar esa angustia, ese terror…Era tan real. Cada vez tenía más miedo al agua en general y a esa piscina en particular.

»Un día, cuando tenía ocho años, mi padre decidió que eso tenía que cambiar. Nos hizo bajar con él a mi hermano Abel (vamos a llamarlo así, siempre fue el bueno de la historia) y a mí. Tenía que mostrarme lo bien que nadaba, la excelencia, para remarcar mis carencias y que entendiese que, aunque yo no iba a ser jamás como él, tenía que ser como mínimo competente; el miedo no era una opción. Lo que yo sentía no era miedo, era pavor, un terror paralizante. No podía evitarlo, y mi padre lo sabía. Abel también.

Después de la demostración, mi padre me miró, vio el pánico en mi cara y, sin decir nada, me cogió y me tiró a la piscina. Empecé a mover los brazos y las piernas sin ningún control. Me hundía, no paraba de tragar agua y toser. Le pedí que me ayudase, pero no se movió, solo me dijo que, si no hacía lo que me había explicado mientras Abel nadaba, me iba a ahogar. Sentía que eso ya estaba pasando, así que le supliqué a mi hermano que me sacara. Iba a hacerlo, estaba casi tan aterrado como yo. Cuando fue a saltar para sacarme, mi padre le gritó: «¡No!». Y no lo hizo, se quedó paralizado mirando cómo me hundía.

»Recuerdo a mi madre llorando al borde de la piscina, gritándome: «Por favor, Sei, mueve los brazos, ven hacia aquí», mientras me tendía las manos. No sé cuándo ni cómo llegó hasta allí, y tampoco sé cómo lo hice, pero conseguí llegar y cogerme al borde de la piscina. No le di la mano a mi madre; me sujeté justo al lado, sin tocarla ni permitir que me tocase, y salí solo del agua. Perdí el conocimiento en el mismo momento en que toqué el suelo. Por la tarde, aún estaba en la cama. Mi padre vino a verme para decirme que la primera clase había ido bastante mal por mi culpa, porque me dejaba controlar por el miedo. Luego me miró y me dijo: «Voy a estar tres días fuera. Cuando vuelva haremos una clase de natación cada mañana».

Sei volvió la mirada hacia mí y sonrió. No había amargura en sus ojos, solo tristeza, una pena honda, inmensa y devastadora. Yo estaba horrorizada.

—Sei, esto no te lo estás inventando, ¿verdad? Porque no tiene ninguna gracia.

—No me lo invento. Sé que me has pedido un recuerdo bonito, pero algunas cosas son mejores por contraste, y ahora voy a ello.

»En nuestra casa había una señora que se encargaba de tareas diversas. Era rusa y se llamaba Vera. Casi no habíamos hablado, pero siempre me sonreía y me llamaba *malinki* o *dragotsenny*: pequeño, precioso. Lo hacía cariñosamente; todos creíamos que solo hablaba su idioma. La noche después del incidente de la piscina, Vera entró en mi habitación. Yo estaba despierto, tenía demasiado miedo para dormir. Ella sabía que se jugaba el trabajo si alguien la

sorprendía allí. Se acercó a mi cama y me dijo: «*Malinki*, no te asustes. Voy a ayudarte, pero tienes que confiar en mí y hacer lo que te diga. Todo el mundo duerme; vamos a bajar a la piscina. Aunque no tienes que meterte en el agua, tenemos que ir allí. Por favor, déjame ayudarte». No sé por qué, pero le di la mano y bajé con ella. No me atrevía ni a acercarme, no podía pasar de la puerta. Vera empezó a cantarme una canción tradicional de su país, muy dulce. Me hizo cerrar los ojos y me llevó hasta la piscina cantando suavemente. Se sentó en el borde conmigo en su regazo, abrazándome sin parar de cantar. —Sei, cantó un poco, en voz baja, con una suavidad lacerante y una pena desgarradora. Las lágrimas surcaron las mejillas de los dos. Después prosiguió—: Se mojó las manos, me las pasó por las piernas, los brazos, el pecho y la espalda, y después me mojó un poco el pelo y la cara. Yo temblaba como una hoja, aferrado a su cuello. Ella empezó a meterse muy despacio en el agua. Yo lloraba en silencio, así que me abrazó más fuerte y prometió, mil veces, no soltarme.

»Estuvimos un rato así, abrazados en el agua, ella cantando y meciéndome con su cuerpo. Poco a poco me fui relajando hasta casi dormirme en sus brazos. Arrullado por su voz y acariciado por el agua, me sentí bien, seguro, tranquilo. Me encontraba donde unas horas antes casi me había ahogado, y estaba relajado, sorprendentemente tranquilo. Vera volvió a llevarme a la habitación. Me dijo que en aquellos tres días solo teníamos que conseguir que no tuviera miedo y que pudiera flotar. Me dio un beso en la frente y me cantó hasta que me dormí.

»Cada noche bajó conmigo y repitió más o menos lo mismo, ayudándome e indicándome lo que tenía que hacer para no hundirme. La mañana que bajé con Abel y mi padre, cuando este regresó de su viaje, ella estaba allí, fingiendo limpiar algo. Al empezar a meterme en el agua solo, comencé a temblar. Mi padre me cogió del hombro y me dijo que o bajaba yo o me tiraba él. Sentí que me faltaba la respiración. Ella empezó a cantar aquella canción de cuna rusa y me relajé de inmediato. Por supuesto, mi padre la echó de malas maneras. Yo me metí en el agua con los ojos cerrados, aferrado a la melodía de Vera, y floté.

»Seguimos bajando cada noche a escondidas hasta que aprendí a nadar y dejé de necesitarla. Aun así, incluso al hacerme mayor, cuando discutía con mi padre, Vera entraba tarareando la canción. A mí me calmaba y me daba seguridad, y a él lo desquiciaba, cosa que desde mi perspectiva, era un plus. Todavía la escucho en mi cabeza o la toco cuando estoy nervioso, asustado o simplemente me siento solo. Cuando lo hago puedo notar los brazos de Vera meciéndome en el agua. Ella es una de las dos personas que me han querido de verdad.

—Sei… Lo que has contado de Vera es precioso, pero tu padre, tu hermano, ¡tu madre, Sei!

—Nadie le dice que no a mi padre. Nadie, ni siquiera yo, que siempre he sido la oveja negra de la familia. Olvidé que mi madre había estado en la piscina aquel día; recordaba a Abel y a mi padre. Sin embargo, mi mente borró aquel recuerdo y no me lo devolvió hasta muchos años después.

Le acaricié la mejilla sobre la espesa y desordenada barba, lo miré profundamente a los ojos, intentando atravesar el Maelstrom. «Te quiero, Sei», pensé. Era pronto para decírselo, aunque no tenía dudas de que lo amaba. Me había ido enamorando de él cada tarde con cada pieza que tocaba, con la sensibilidad que derrochaba al hacerlo. Mostraba su alma en cada nota. Él no era consciente de cómo se desnudaba cada vez que cogía el violín y se dejaba transportar por él. Cada expresión de su cara y los movimientos de su cuerpo decían mucho más de lo que jamás podría expresar con palabras. Me había mostrado su alma sin quererlo y, poco a poco, la mía había ido acercándose a ella, hasta no poder vivir separadas. De pronto, cogió mi mano y la separó de su cara; el remolino en sus ojos se hizo más intenso y profundo.

—No puedo enamorarme de ti. No puedes enamorarte de mí. Solo soy… —Su voz temblaba por el miedo que sentía. No lo dejé seguir.

—Un hombre, una persona. ¿Qué tendrías que ser para que pudiera quererte?

Dudó. Cerró los ojos, entreabrió los labios y suspiró apesadumbrado.

—No lo sé. No lo sé, Mar, pero yo no puedo.

—¿Qué sientes? No se trata de poder o no. ¿Qué sientes? ¿Por qué estás aquí?

Se llevó la mano al pecho, cogió aire con fuerza y se levantó deprisa.

—Me voy. Tengo que irme. No me encuentro bien, lo siento.

—No. Sei, espera. Perdona, no tendría que haberte presionado, discúlpame. Acabo de empujarte a la piscina.

—¡No! No es por ti. Yo necesito… Tengo palpitaciones y empiezo a notarme… No me has empujado a ninguna parte, me he sentido mecido entre tus brazos. Ese es el problema, no puedo… no puedo permitirme nada de esto. Soy un adicto, Mar, es lo que soy, no un príncipe azul.

—Eso es obvio. Ni yo soy Cenicienta ni la vida un cuento de hadas. Necesitas pastillas, ¿las tienes? —Asintió. Me levanté y le traje un vaso de vino, lleno hasta arriba. No sabía si estaba bien o si estaba picado; era una de las botellas que guardaba de las cestas que me regalaban en Navidad cuando trabajaba en el supermercado. Yo no bebía. Supuse que, teniendo en cuenta para lo que era, no importaría ese detalle—. Has dicho que las tomas con alcohol, ¿vale así? —Me miró desconcertado—. ¿Esto es lo que necesitas, Sei?

—No voy a hacerlo aquí.

—No quiero que lo hagas en la calle y duermas en cualquier parte, poniendo en riesgo tu vida. Lo que tengas que hacer, hazlo en casa.

—Pero…No puedo, no debo…

—Duerme aquí. Aunque no tenga nada más, tengo un techo y un vestido que enseñarte mañana.

—¿Por qué me tratas tan bien? No lo merezco, no puedo compensarte, no tengo nada que ofrecer.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué va a pasar cuando te las tomes? ¿Qué riesgos hay? ¿Eres peligroso?

—¡No! Primero, estaré desorientado, lento, ido, puede que incluso delire un poco. No me pasa siempre, aunque es posible. Luego, me dormiré, me despertaré desubicado y tardaré un poco en reaccionar, eso es todo

—Vale. Entonces haz lo que tengas que hacer, pero no te vayas.

—No me pongo agresivo porque no lo soy y no me ha pasado nunca.

—Me alegra saberlo.

—¿Ahora entiendes por qué no puedo gustarte?

—No tendrías que gustarme. Pero no puedo evitarlo. —Volví a ofrecerle el vaso de vino. Me daba miedo, pena y rabia que tuviera que hacer eso, aun así, no iba a sermonearlo ni a juzgarlo ni a permitir que se fuera. La suerte estaba echada. Me había enamorado de un violinista, sin hogar, enganchado a los tranquilizantes; esa era mi realidad.

Cogió las pastillas y el vaso y se las tomó. Le cogí la mano, volvimos a tumbarnos juntos en el sofá y lo abracé.

—Estoy aquí, aunque no debo. Estoy porque es donde deseo estar, porque también me gustas mucho. Sí, me aterra reconocerlo, sin embargo, es la verdad. Solo estoy intentando flotar y llegar a agarrarme al borde.

—Genial, dímelo mañana cuando no estés colocado.

—¡Por el amor de Dios! Aún no me han hecho efecto. Estoy bien, sé lo que estoy diciendo.

—Duérmete, descansa. —Le besé la frente, retirándole el pelo de ella, y le acaricié tiernamente la espalda hasta que se durmió.

No tuvo un sueño relajado, todo lo contrario, se movió muchísimo, casi gritó enfrentándose a unos demonios que venían a buscarlo entre las sombras, y que quizás él no recordaría al despertar. Luchó contra algo que solo él veía en medio de un delirio tan paranoico como angustioso. Me exigió que no lo tocara, incluso llegó a empujarme para apartarme, lo único que consiguió fue que lo estrechara más fuerte entre mis brazos, hasta que se calmó y por fin pudo descansar.

Capítulo Nueve

ANTONIO BAZZINI: LA DANZA DE LOS DUENDES



MAR

Estaba sentada frente a la ventana, mirando al exterior con un *chai latte* caliente en las manos, mientras Sei dormía en mi sofá. Los vecinos del ático, que Sei había retratado como la pareja perfecta, mantenían la luz encendida, aunque no se veía movimiento tras su cristal. Desde mi posición podía ver la tele del piso de enfrente, me quedé observando la imagen. Era una película antigua de Hugh Grant. ¿Cómo se titulaba? En la pantalla apareció un ataúd, un funeral ¡Eso era! *Cuatro bodas y un funeral.*

Sin quererlo, me vi a mí misma, diez años atrás, frente al féretro de mi abuela.



La enterré sola. No hubo nadie más que yo en su despedida. Nos habíamos ido aislando del mundo cada vez más para que nadie supiera lo que pasaba realmente en casa y no nos separasen.

Los últimos años habían sido muy duros, el último fue un auténtico infierno. La abuela no recordaba nada ni a nadie, casi no hablaba, por las noches gritaba, lo que me obligaba a inyectarle tranquilizantes para que los vecinos no acabaran llamando a la policía. Aunque les había contado que estaba mal y que tenía un tratamiento, no todos eran empáticos. Cuando la tenía que pinchar se ponía agresiva, me pegaba, pellizcaba y mordía. Incluso un par de veces consiguió apretarme el cuello con tanta fuerza que me faltó muy poco para perder el conocimiento. Después de esos episodios, me ponía jerséis de cuello alto hasta que se iban las marcas. Entre tanto, le decía a su médico que todo iba bien. Era mi gran mentira.

Una noche se levantó y abrió el gas. Me desperté sobresaltada y algo aturdida por los efectos de respirarlo. Por fortuna, pude cerrarlo a tiempo y ventilar la casa. Desde aquel incidente dormí en un

colchón puesto en el suelo de la cocina para impedir que acabara matándonos a las dos. Dormí llorando de angustia, miedo, soledad y desesperación durante casi un año, hasta que la abuela acabó de apagarse y se fue, dejándome más sola que nunca y sin saber qué hacer.

Estuve casi un año viviendo en el pueblo. Cada vez que salía a la calle, la gente me miraba y me señalaba, era una especie de bicho raro que no se relacionaba con nadie. Nunca supe todas las historias que se contaban sobre mí y mi abuela; estaba segura de que habían inventado una mentira oscura en la que se cuestionaba seriamente nuestra salud mental. Había quien contaba que la abuela había intentado matarme, otro decía que habíamos intentado suicidarnos juntas, incluso alguno explicaba que yo había acabado con su vida. El hecho de que mi abuela tuviera una enfermedad tan terrible como el alzhéimer y que yo hubiera sobrevivido a ella, cuidándola como pude y supe hacer desde los doce años, no era ni lo suficiente dramático ni morboso en exceso; ellos necesitaban esas mentiras porque, si aceptaban la realidad, quizás tendrían que cuestionarse por haber mirado siempre hacia otro lado y no haberme ayudado jamás.

El día que recibí el dinero por la venta de la casa fue el más feliz de mi vida. Por fin podía salir del pueblo rumbo a Barcelona, hacia una nueva vida, dejando a Mari Mar entre aquellas paredes y renaciendo como Mar. Solo Mar.

Empezar una nueva vida en Barcelona no fue fácil. Busqué un piso de alquiler, aunque los precios en la ciudad eran una locura, y conseguí uno viejo en un barrio alejado del centro. Me gustaba sentarme en el puerto, mirar los edificios desde donde se podía contemplar la playa e imaginar que vivía en uno de esos pisos con vistas al mar. Soñaba que me despertaba y lo primero que veía desde mi cama era el Mediterráneo a mis pies… Sueños.

Encontré un trabajo cuidando a una señora mayor; tenía una amplia experiencia como cuidadora gracias a la abuela. Me angustiaba tener que volver a hacer eso, pero necesitaba trabajar, la casa de mi abuela no tenía un gran valor y… ¡en la capital todo era tan caro! Me matriculé en un instituto para cursar el grado superior

de secretariado en el turno de tarde y sobreviví durante dos años sin tener demasiada relación con nadie.

Por las mañanas cuidaba a la señora Rosa, por la tarde estudiaba y los fines de semana o descansaba o preparaba trabajos o exámenes. Estaba acostumbrada a estar sola y no me sentía demasiado cómoda saliendo por ahí con la gente del instituto. Con mi título de secretaria me dediqué a llevar currículos y hacer entrevistas. Durante meses no tuve demasiada suerte. Encontré trabajo de reponedora en un supermercado; cobraba más que de cuidadora y era mucho más fácil, así que me despedí de la señora Rosa con pena, aunque seguía yendo a sacarla los domingos por la mañana a tomar el sol por las Ramblas y el puerto, ahora sin cobrar nada, solo para pasar un rato con ella, sus hijos nunca tenían tiempo.

Conocí a Sergio en el trabajo. Estudiaba psicología en la universidad y en verano trabajaba en el supermercado para ayudar y tener dinero para sus gastos. No era de Barcelona, sino de Zaragoza, muchos fines de semana iba allí a ver a sus amigos y su familia. Durante dos años salimos, hicimos planes, incluso hablamos de vivir juntos. Era relajadamente feliz, tenía a alguien que me cuidaba y a quien cuidar. Me imaginaba viviendo una vida sin sobresaltos con él como pareja hasta que una noche fuimos a cenar. Era jueves y desde nuestra mesa del restaurante se veía el mar.

—Mañana me voy a Zaragoza.

—Perfecto, ¿volverás el domingo por la noche o el lunes?

—No voy a volver, Mar. No quiero seguir viviendo en Barcelona. Me vuelvo a casa, quiero volver a mi hogar. He dejado el piso y tengo un trabajo en una empresa en Zaragoza, de momento es en el departamento de personal para pasar psicotécnicos, más adelante ya se verá.

—¿Y has esperado hasta el día anterior a tu marcha para decírmelo? Porque esto no lo has decidido hoy, esto lo tenías pensado desde hace muchísimo tiempo.

—Puedes venir conmigo si quieres.

—No se trata de si yo quiero o no. Eres tú el que no quiere, no has contado conmigo en ningún momento. Si hubieras querido que

fuera contigo, me lo habrías explicado desde el principio, cosa que no hiciste.

—No quería que intentases convencerme para que me quedara.

—¿Tan poco me conoces? Nunca habría intentado convencerte para que hicieras algo que no deseas hacer.

Así, de la noche a la mañana, mi relación con Sergio dejó de existir, y con ella también la poca fe que me quedaba en las relaciones humanas. A partir de ese momento, cuando un hombre intentaba acercarse buscando algo más que sexo, cerraba las murallas y aseguraba la fortaleza. No me di cuenta de que la música es imparable y se salta todos los controles hasta que Sei estuvo tan dentro que ya no pude permitir que se fuera.



La taza se me cayó de las manos sobresaltándome. El ático estaba a oscuras, en la tele del piso de enfrente, un tarotista leía las cartas a alguien aún más desesperado que yo, o quizás no. Tal vez era una persona más afortunada, pues era capaz de creer que hay fuerzas que pueden ayudarte. Ojalá yo tuviera fe en algo sobrenatural y pudiera agarrarme a ello.

Capítulo Diez

JOHANN SEBASTIAN BACH: SONATAS Y PARTITAS



POSEIDÓ

—Despierta, dormilón. —Sentí una mano en mi hombro, unos dedos en la cara—. Sei, ¿estás bien?

—¿Quién eres? ¿Cómo sabes mi nombre?

—Me lo dijiste tú ayer por la noche. ¿Quieres un café? ¿Te iría bien?

—Sí, por favor… —Dudé.

—Mar, me llamo Mar. —Me trajo el café y me lo tomé de un trago.

—Lo siento, me despierto muy embotado, me cuesta situarme y arrancar. Mar, me acuerdo de todo, solo es el primer momento después de abrir los ojos. ¿De dónde has sacado el café?

—He bajado a casa de Anabel y Marcos, les he dicho que se me ha estropeado la cafetera. —Parecía algo triste, quizás empezar el día con un drogadicto resacoso no era motivo para tirar cohetes.

—Ven aquí. —La cogí de la mano y tiré hacia mí haciéndola caer sobre mi cuerpo. Se rio, apoyándose en mi pecho—. ¿Te gustó lo de anoche?

—Sabes que sí. ¿Quieres que te infle más el ego?, porque tú vas bastante sobrado de eso.

—¿Tanto como para repetir? —pregunté mordiéndole los labios y el cuello.

—Una y mil veces. Solo que ahora no hay tiempo, tengo una entrevista de trabajo, ¿recuerdas?

—¿A qué hora?

—Dentro de una hora y media. Tengo que vestirme, maquillarme…

—Sobra tiempo, no vas a necesitar casi maquillaje. Nada da más luminosidad y mejor tono a la piel que la felicidad, la que deja un buen polvo. Eso sí, va a ser rápido, me voy a saltar movimientos. —Me coloqué sobre ella, la besé con toda la pasión del mundo y al mismo tiempo con delicadeza. Siempre me habían pedido que acelerase y lo arrollase todo a mi paso. A mí me costaba muy poco

encenderme, meter la directa y que fuese lo que tuviera que ser, sin embargo, Mar era más emocional, le gustaba sentir y sentirme con intensidad, disfrutar de cada segundo estirándolos para saborearlos. En ese momento no había tiempo para eso, así que mi antiguo yo iba a tomar el control de la situación—. Si no te gusta lo que hago, párame, dímelo y me detendré en el… en unos diez segundos. Iba a decir «en el acto», pero la información no llegaría tan pronto a mi cerebro; me funciona mejor el acelerador que el freno, el segundo es un poco más lento, aunque igual de fiable.

Volví a besarla invadiendo su boca con mi lengua, tomando la suya, enredándolas con ansias. La acaricié y la mordí con decisión y urgencia. Ella apretó con fuerza su cuerpo contra el mío y pasó las piernas alrededor de mi cintura. Había que concentrar en apenas quince minutos el placer que podríamos obtener en varias horas, y eso se hacía de otra manera. La ternura era su campo, la lujuria el mío, y ahora jugábamos con mis reglas.

Me retiré y me puse de rodillas, levanté un poco sus caderas con un brazo, de forma deliberadamente seca y brusca, buscaba sorprenderla, y lo hice. Puse la almohada bajo su pelvis, sus piernas sobre mis hombros, me incliné un poco colocando un brazo a cada lado de su torso y empecé a entrar en su cuerpo despacio, iba a ser lento la primera vez. Me miró a los ojos con algo de desconfianza.

—¿Estás seguro? ¿No va a ser demasiado intenso?

—Del uno al diez, ¿cuántas ganas tienes de follar conmigo?

—Diez mil.

—Entonces nada va a ser demasiado —dije con seguridad mientras invadía, con más decisión, un espacio que me esperaba y cobijaba a la perfección.

Me quedé quieto un momento, sintiendo la humedad y el calor de su cuerpo rodeando el mío, dejando que se acostumbrase y se sintiera cómoda conmigo. Dos movimientos suaves, uno ligeramente elíptico, estaba lista y yo no podía estar más preparado. Retrocedí para volver a entrar rápido, fuerte, potente. Ella gritó y me clavó las uñas en el brazo. Lo repetí un par de veces. Mar apretó los labios ahogando sonidos que no estaba al 100 % seguro de que fuesen de placer, la miré esperando una aclaración.

—Ni se te ocurra parar. Como lo hagas te mato, Vamos, Sei, sigue cielo.

Me clavó las uñas en las nalgas, empujándome hacia sus caderas, que llevó hacia adelante para que impactaran con fuerza contra mí, exigiéndome algo que no hacía falta ni pedirme. Nos volvimos locos. Nuestros cuerpos, ardientes y ansiosos de contacto y placer, tomaron las riendas de forma explosiva. Cuando noté contraerse su cuerpo abrazando con más intensidad el mío, pensé en dejarme ir; controlarlo era casi una tortura, aun así, me la autoimpuse un poco más de tiempo porque quería volver a disfrutar del placer intenso de ver como esa mujer extraordinaria, preciosa, irresistible y sexi se deshacía con mis caricias y explotaba como un volcán por mí, por lo que yo le estaba haciendo. Entonces lo hizo de nuevo, mientras gritaba mi nombre y me llamaba «cariño». Yo me fundí en su cuerpo temblando descontrolado. Me recorría un placer tan intenso que hasta me costaba respirar. Ella bajó las piernas, yo me dejé caer sobre su cuerpo. Mar me abrazó con fuerza, apretando como si fuese a escaparme de entre sus manos y tuviera que evitarlo a toda costa. «Cariño», pensé, por lo que empecé a sentir palpitaciones. Ahora no podía dejarme dominar por el miedo, así que desconecté.

—Me da un poquito de rabia decirte esto porque seguro que te lo han dicho mil veces, pero eres espectacular en la cama, Sei.

—Tengo una memoria selectiva brutal, no recuerdo nada de lo que me han dicho antes, no me interesa, lo único que me importa es lo que piensas tú. Eso y la hora que es, no puedes llegar tarde a la entrevista. —Miró el reloj.

—¡Una hora y cinco minutos! ¿Esto ha durado veinticinco minutos? ¿No has dicho que iba a ser rápido? Me has mentido, Sei.

—¿Yo te he mentido? ¿Es culpa mía que por muy deprisa que vaya, tú siempre me pidas más? Sigue riñéndome si quieres. Si te compensa perder un trabajo por echarme una bronca, adelante, aquí me tienes, te escucho —dije aguantando la risa. Se levantó deprisa.

—No voy a llegar tarde, ¿verdad? Sei, no hagas eso. Me encanta cuando sonríes así. Voy a llegar puntual, ¿sí?, ¿no? ¡Ay, Sei, ayúdame!

—¿Qué hago? ¿Cómo te ayudo?

—Yo qué sé, solo haz algo.

—Vale, voy. Uno: deja de dar vueltas y perder el tiempo, métete en la ducha. Dos: vístete. Tres: ponte en la cara un poco de todo eso que me dio Sissí, aunque realmente no te hace falta. Cuatro: te espero abajo y te acompaño. ¡Ah, bueno!, el cinco es: ¡rápido! Mientras coges la ropa, me paso la ducha, no tardo nada, de verdad. ¡Vamos, vamos, vamos!

Hay situaciones desesperadas que requieren medidas desesperadas.

Después de ducharme y vestirme, bajé a la calle. Nunca dejará de sorprenderme lo fácil que resulta robar cualquier cosa en pleno día, en este caso, una moto. Si tenía que ir hasta la parada del metro, no iba a llegar, y si llegaba tarde, mi madre jamás la contrataría.

Cuando bajó, la esperaba en la puerta con la moto en marcha, la primera vez que me explicaron cómo hacerle un puente a uno de estos vehículos me pareció terriblemente fácil. Lo era. Me miró como si fuera Jack el Destripador con los restos de una de sus víctimas en las manos.

—¡Ay, mi madre! ¡No, no, no! ¡No me refería a esto! Ayer compraste un vestido hurtado y hoy has robado una moto, ¡estás loco!

—Sube y deja de gritar que soy un delincuente. La gente pasa mucho de todo, la verdad, aunque si dices a voz en grito que he robado una moto, igual alguien acaba llamando a la policía. Además, solo la he cogido prestada sin permiso, la voy a devolver. Cuando te deje en BMN llamaré a una comisaría y les diré dónde está. Sube, Mar, el dueño puede volver, ¿sabes?

—Pero es que…, Sei.

—¡Qué te subas, coño! —Lo hizo. Se agarró a mí y arranqué. Aunque hacía años que no conducía una moto, llegamos a BMN diez minutos antes de la hora. Se bajó, se alisó el vestido y me miró. Le sonreí—. Espectacular, estás guapísima, muy elegante, muy profesional. El trabajo es tuyo. Recuerda lo que tienes que decirle a

la señora Solans, no dudes, no titubees, hazlo como hemos ensayado. Te esperaré por aquí para celebrarlo cuando salgas.

Se acercó a mí y me dio un beso en los labios. Mientras me limpiaba con los dedos los rastros de carmín, me dijo seductora:

—Tú también estás muy guapo. Lo estarías aún más si te afeitaras, estoy segura.

—Vamos. Sobre todo, seguridad, este trabajo es para ti, lo sé. —Cuando antes de entrar se giró y me sonrió, le respondí de la misma manera, aunque me sentía extraño e inquieto, en unos momentos Mar se sentaría delante de mi madre, hablaría con ella.

Hacía años que yo no la veía, ¿cómo estaría? La mujer que acababa de besarme, que había pasado prácticamente toda la noche y había empezado el día haciendo el amor conmigo iba a sentarse a hablar con la que me había dado la vida.

Si Helena supiera eso… que la chica que estaba sentada frente a ella, pidiéndole un trabajo, había pasado las últimas horas entre mis brazos… ¿Reaccionaría cómo lo hizo cuando conoció a Simonetta?

Es curioso, ellas se cayeron mal desde la primera vez que se vieron, aunque jamás sospeché que la animadversión que Helena sentía por mi pareja fuera tan grande. Nunca hubiera imaginado que pudiera llegar tan lejos.

¿Se me escapó algo?

¿Pude verlo venir?

Tal vez, ¿haber evitado el desastre?

Había repasado la escena en mi cabeza mil veces y nunca había podido responder a esas preguntas, quizás haciéndolo una vez más…



—¡Oh, Sei, cariño! Estás estupendo, te sientan bien los aires de Ámsterdam. Sentí tanto no poder estar en tu debut en la Concertgebouw, pero no podía ni levantarme de la cama.

—Lo sé. No pasa nada, lo entiendo…

—Cariño, de verdad que quería venir y estar contigo. Incluso mentí a tu padre, le expliqué que era un concierto benéfico donde se presentaba la nueva temporada y que tú solo habías estado como invitado…

—No te preocupes, mamá…

—Tengo mil planes, mil cosas que quiero que hagamos juntos estos días. ¡Tenía tantas ganas de verte y disfrutar de ti! Unas vacaciones madre e hijo, ¡mi niño!

—Mamá, quiero presentarte…

—Soy Simonetta Bethencourt, la novia de Sei, que, por cierto, no tiene nada de niño. Estoy deseando conocerte, Helena, y que los tres podamos compartir algunos ratos juntos. Por desgracia, no creo que podamos hacer mil cosas, Sei y yo tenemos una agenda bastante apretada. Por supuesto, buscaremos algún tiempo para ti.

—¿Sei? ¿Tu novia? ¿De qué va esto?

—Mamá…

—Esto va de que tu niño es un hombre y ya no desea estar bajo las faldas de su mamá; ahora prefiere meterse bajo otras faldas.

—Iba a contártelo, mamá, pero preferí esperar y hacerlo cara a cara.

—No tienes que dar explicaciones, Sei —aseveró cortante Simonetta.

—Déjalo hablar, sabe hacerlo solo —contraatacó Helena.

—Por supuesto y también sabe…

—¡Callaos las dos, joder! ¿Esto es necesario? ¿Tenemos que empezar así? Mamá, sí, Simonetta es mi novia. Simonetta, Helena es mi madre. El tiempo que pase con cada una por separado o en conjunto lo decidiré yo. Dejad de comportaros como si las niñas fueseis vosotras. De momento os invito a desayunar, sentaos. —Ninguna de las dos se movió—. Las dos —dije autoritario—. ¡Ahora! —Me hicieron caso. Saqué un billete, lo puse sobre la mesa y le hice un gesto al camarero para que se acercara—. Las señoras quieren desayunar. —Me giré y di un paso hacia la puerta.

—¿Qué haces, Sei? —preguntó Simonetta extrañada. Mi madre sonrió, me conocía mucho mejor y no necesitaba hacer esa pregunta.

—Yo decido el tiempo que paso con cada una de vosotras, y en este momento es cero. No me necesitáis aquí, estáis hablando como si yo no estuviera presente. Me voy para que podáis seguir hablando por mí. No tengo ni tiempo ni ganas de estas tonterías. —Salí del local y respiré el aire frío del exterior, mi vida acababa de complicarse, aunque aún no sospechaba cuánto.

Ni una ni otra volvieron a montarme ninguna escenita en las dos semanas que Helena estuvo en Ámsterdam. Mi madre sabía que la paciencia no era una de mis virtudes, y Simonetta también captó el mensaje alto y claro. Aun así, la tensión entre ellas y la que me creaba a mí aquella competencia por mi tiempo y mi atención hizo más mella en mi estado de ánimo del que ellas pudieron imaginar jamás. Lo que más me dolía y me frustraba era la incapacidad que sentía de intentar comprender aquella situación.

Las palabras de despedida de Helena fueron:

—Sei, esa mujer no es buena para ti. Entiendo lo que te gusta de ella, solo te pido que no pases esa línea. Yo también he sido joven y he sentido la pasión que sientes ahora, disfrútala. Deja que el fuego domine el cuerpo, pero mantén la cabeza fría o destruirás todo eso por lo que hemos estado luchando tanto tiempo. Hijo, por Dios, no hagas tonterías.

La aportación de Simonetta cuando volví de acompañar a mi madre al aeropuerto fue:

—Sei, no voy a aguantar niños de mamá que pierden el culo por cumplir los deseos de unas mujeres que no son capaces de entender que su momento ya pasó. Tenlo muy claro y decide qué vas a hacer; conmigo no se juega.

—Conmigo tampoco. Helena siempre va a ser mi madre, es imposible que ese momento pase; el de una mujer que llega a mi vida de la nada, ese sí puede pasar. Ha venido unos días de visita, ¿era tanto pedir que intentaras llevarte bien con ella y hacerme las cosas más fáciles? ¿A qué se debe toda esta competición absurda?

—Ella no me quiere contigo. No te quiere con nadie. Lo supe en el mismo momento en que la vi, en cuanto te dijo que esperaba pasar contigo las veinticuatro horas, remarcando que sus planes solo te incluían a ti. Cuando le dije que era tu novia se le demudó el

semblante. Si las miradas tuvieran el poder de matar, yo ya no estaría aquí.

—Te estás excediendo. Ella no sabía que existías, solo estaba sorprendida, nada más.

—No sé qué carencias tiene Helena…

—Respeta a mi madre, no te voy a permitir ningún comentario malintencionado más.

—¡Claro que vas a escucharme! No necesito que «tú» me des permiso para hablar. Tu madre se aferra a ti porque eres lo único que tiene y no está dispuesta a compartirte con nadie. Te considera de su propiedad, por eso yo para ella soy una rival, me ve como la mujer que ha venido a robarle el amor de su niño, a despojarla de su tesoro. Ten mucho cuidado o su amor de madre acabará ahogándote. Esa forma de querer ni es buena ni es sana, Helena no te va a dejar volar fuera del nido. No te confíes y ten muy claro que a mí tampoco me gusta guardar turnos, tampoco voy a compartirte y, por descontado, no voy a soportar que me pise. La decisión es tuya.

—¿Has terminado de decir gilipolleces? Deja de hablar de mí como si fuese un puto juguetito en un parque infantil. No soy algo que podáis o no compartir, porque no soy vuestro. Métete eso en la cabeza. No me hagas elegir, Simonetta, ni se te ocurra.

—¿Porque vas a escoger a tu mamá?, ¿es por eso?

—Porque si me quisieras no me pondrías en esta situación, no te habrías enfrentado a Helena, habrías intentado mantener una relación cordial y ser agradable con ella cuando os presenté. Sin embargo, no lo intentaste en ningún momento. Mi madre necesitaba tiempo para encajar la noticia, fuiste tú la que empezaste la conversación con una soberbia descomunal y marcando terreno. Helena respondió a tu provocación. No lo entiendo, no soy capaz de comprender por qué actuaste así.

—¡Te lo acabo de explicar, solo que no quieres escucharme porque no te gusta lo que digo! Está claro cuál será tu elección.

—Voy a elegirme siempre a mí mismo por encima de las falsas promesas de amor, porque yo sí me quiero y me respeto lo suficiente

como para no permitir chantajes de nadie, especialmente emocionales.

—¿No te quiero, Poseidó Balcells? ¿Entonces qué estamos haciendo? ¿Puedes decírmelo?

—Yo el imbécil, no tengo ni idea de qué haces tú. Me voy a tomar el aire, si no eres capaz de reconsiderar la situación y cambiar de actitud, será mejor que cuando vuelva ya no estés aquí.

—¿Me estás echando, cabrón?

—Me estoy protegiendo.

—Te quiero. Eres lo que más quiero en el mundo. Yo nunca te dejaría, no te abandonaría, te elegiría siempre a ti por encima de todo y de todos. No es de mí de quien tienes que cuidarte, Sei.

—¿Seguro, mi amor? —pregunté con sorna.

—¡Joder, qué ciego estás! Ojalá me equivoque, te juro que lo deseo con todas mis fuerzas. Aunque dudo mucho que sea así…

—Claro, porque la gran Simonetta Bethencourt tiene el don de la infalibilidad. Mi padre, tú y Dios, por este orden, sois los únicos que lo ostentáis.

—A veces eres asquerosamente hiriente y desconsiderado. Aun así, también eres lo más importante de mi vida, mi prioridad más absoluta; está claro que para ti no es igual.

—No, mi prioridad en esta vida soy yo mismo. Quererme, cuidarme y protegerme, y después, cuando eso esté cubierto, podré entregar algo a los demás. No puede dar nada el que nada tiene. No, Simonetta, no voy a permitir que me controlen y me hagan daño en nombre del amor, del altruismo o del sacrificio, ese no soy yo, ni es lo que tú buscas. Y, por cierto, tampoco eres tú, digas lo que digas.

—No me crees. No me crees cuando te digo que lo daría todo por ti y que siempre te pondré por delante de todo.

—No, no lo hago. Solo son palabras, Simonetta.

—Te lo demostraré y tendrás que tragarte las tuyas.

—Lo haré brindando por ti con una copita de Dom Perignon 1959. Aunque, sinceramente, creo que hay muchas más posibilidades de que el champán te lo acabes bebiendo tú.

—Cuándo no quieres razonar eres insoportable. Vamos a dejarlo aquí. Toca algo bonito, toca el *Adagio* de Secret Garden. Venga, tócalo. En este momento el violinista me está sacando de quicio, pero me encanta el violín.



Volví a escuchar la voz, más cerca, más fuerte: «Me encanta el violín, ¿puedes tocar algo? ¿Estás bien? Tú sueles tocar en el metro, ¿verdad?». No, no era la voz de Simonetta, enfoqué la mirada hacia la persona que me estaba hablando. Era una mujer de unos sesenta años, me sonaba su cara. La recordé, era una de mis oyentes habituales.

—Sí, estoy bien, gracias. ¿El *Adagio* de Albinoni? —Ella asintió. Saqué el violín y empecé a tocar.

Capítulo Once

EUGÈNE YSAŸE: SONATA EN RE MENOR



MAR

—Buenos días, soy Helena Solans, jefa del departamento de personal de BMN Enterprises. Tome asiento, señorita García. María del Mar, ¿puedo llamarla así?

—Sí. Bueno, prefiero solo Mar.

—Bien, Mar, veo que tiene un grado superior de secretariado, nivel Advance de inglés y poco más. No voy a mentirle, la mayoría de los candidatos tienen formación universitaria, varios másteres…

—¿En qué? —La señora Solans me miró sorprendida. Yo estaba cansada, muy cansada, de que solicitaran una cosa en el anuncio y otra diferente en la entrevista, de que quisieran un graduado en empresariales para trabajar de secretario. Nadie exigía una licenciatura en medicina para un puesto de celador, ¿por qué en mi trabajo sí pasaba? —No hay una titulación universitaria en secretariado. Tengo la formación y el nivel de inglés que requiere este puesto.

—Y por eso está aquí. Sin embargo, no tiene experiencia. ¿Por qué debería contratarla?

—Porque nadie va a hacer este trabajo mejor que yo. Nadie tiene más motivación para conseguirlo que yo. Puede que alguien se acerque, pero estoy segura de que no se puede tener más. Si me permite el ejemplo, si esto en vez de una empresa fuera la Royal Concertgebouw, yo sería el *concertino,* porque no he nacido para segundo violín. Soy la mejor y puedo demostrarlo.

—Y yo tendría que estar loca para no permitírselo —dijo casi en un susurro, visiblemente afectada, con la mirada vidriosa y perdida en algún lugar muy triste del pasado.

Suspiró. Por un momento creí que iba a echarse a llorar, sin embargo, se recompuso un poco y me miró con tanto dolor en los ojos y de una forma tan atormentada que mi mente me llevó hasta la mirada de Sei, tan cargada de sufrimiento como la de Helena Solans en ese momento. No sabía qué decir, el ambiente se había vuelto pesado, cargado de aquel intenso dolor.

—De acuerdo, empezará el lunes. Espero que cumpla su palabra.

—Claro, le garantizo que lo haré.

Levantó el auricular y dijo:

—Rebeca, he seleccionado a María del Mar García para el puesto, empezará el lunes. Ahora pasa a tu despacho. Encárgate de todo.

Tras esas autoritarias palabras, colgó. Se detuvo unos segundos a mirarme, a repasarme de arriba abajo como si fuera la primera vez que me veía, y luego me informó:

—Rebeca le explicará todo lo que necesita saber. La espera en su despacho, es la tercera puerta a la izquierda. Usted trabajará directamente a las órdenes del señor Carles Balcells. —Bajó la mirada. Me levanté, aunque no estaba muy segura de si era eso lo que tenía que hacer.

—Gracias, señora Solans, no les defraudaré. Que tenga un buen día. —Empecé a dirigirme hacia la puerta.

—Mar —me llamó con la intención de preguntarme algo—. Nada. Es igual, era una tontería. Pase un buen día también.

Cuando salí de la empresa, Sei estaba en la esquina tocando el violín. Me pareció que lo hacía algo descentrado, como si tuviera la cabeza en otro lugar. Tocaba de forma impecable, sin embargo, le faltaba sentimiento. Me senté a mirarlo un rato. Me molestó ver a gente que cambiaba de acera para no pasar cerca de él, así como los comentarios malintencionados o directamente ofensivos de personas que juzgaban sin saber nada de su vida. Es cierto que eran una minoría, la mayoría de los transeúntes sencillamente lo ignoraban como si no estuviera allí, como si fuera invisible. Aunque también había muchas personas que se admiraban de lo bien que tocaba e incluso, rompiendo con la tiranía del reloj y las prisas, se paraban a escucharlo unos minutos. Me acerqué cuando acabó la canción que estaba interpretando y le pedí:

—¿Puedes tocar una canción de cuna tradicional rusa?

—¿Cualquiera?

—No. Una que es muy significativa para la persona más importante de mi vida. No sé el título.

—Con esos datos debo tener mucha suerte o ser adivino para acertarla. Y mírame, la suerte y yo no parece que seamos muy

amigos.

—¿Puedes intentarlo?

—¿Y si acierto qué me das?

—Las gracias, no tengo nada más.

—Bueno, eso es muchísimo. Infinitamente más de lo que estoy acostumbrado a recibir. Aunque no me creo que no tengas nada, me juego algo a que la ropa que llevas es de marca, el perfume también… ¿Me equivoco? —Encogí los hombros devolviéndole la seductora sonrisa que me estaba lanzando—. Un beso.

—¿Qué?

—Si adivino la canción. Eso es lo que quiero: un beso.

Se escucharon murmullos de sorpresa, algunas risitas e incluso alguna persona comentó con indignación: «¿Pero este tío de qué va?».

—¿Eres consciente de lo inapropiada que es tu petición?

—¡Venga ya! ¿Crees que voy a acertar? ¿Cuántas posibilidades hay de que eso pase? Sinceramente, yo diría que son proporcionales a las ganas de besarme que tienes tú, ¿me equivoco?

—Supongo que no.

—¿Trato hecho, entonces?

—Trato hecho. —Empezó a tocar la preciosa melodía, dulce y triste al mismo tiempo, con tanto sentimiento que cuando llegó al final su público se había triplicado. Reinaba un silencio colmado de emoción y admiración. A mí, por supuesto, las lágrimas me surcaron las mejillas, y no era la única ni muchísimo menos. Sei abrió los ojos y me miró conteniendo el llanto, me recordaron más que nunca al insondable océano. Maelstrom. Me dio un vuelco el corazón. Quise abrazarlo con fuerza contra mi pecho, pero entonces sonrió y dijo—: Se llama *Bayu Bayushki Bayu.* ¿Es esta?

—Sí, lo es. Tú ganas.

Me acerqué a él y lo besé con toda la ternura y el amor del mundo ante la atónita mirada de las personas allí congregadas. No sé qué debieron pensar cuando nos fuimos juntos. Aguantando la risa, él me dijo:

—¿Compramos unos espaguetis para comer? Creo que deberíamos recrear la escena, lo pide el guion del destino.

—¿Qué escena? ¿De qué hablas?

—Somos la versión humana perfecta de «La Dama y el vagabundo».

—¡Tú eres tonto!

—Es muy probable. ¿Cómo ha ido? ¿Qué tal te ha tratado Helena? Cuéntame.

—Ha sido muy extraño, Sei. No me quería contratar, estaba claro, así que le he dicho lo que tú me aconsejaste. Su reacción… Se ha venido abajo. Todo cambió como si le hubiese dado un golpe. Había un dolor terrible en sus ojos y algo más, algo que no sabría definir…

—Culpabilidad. No te sientas mal por lo que crees que has visto. Si me corto en la mano mientras te abro en canal y te arranco el corazón, ¿paso a ser la víctima porque me he herido matándote?

—Es obvio que no. ¿De qué la conoces? ¿De qué te conoce? ¿Has tocado alguna vez en la Royal Concertgebouw? ¿Si pongo el nombre de Helena Solans en Google voy a encontrar algo que la vincule contigo? ¿Es la mujer a la que querías, pero no como yo entiendo el amor?

—¡Dios! ¿No esperarás que responda a tus preguntas? Me has hecho diez mil, es imposible que las recuerde todas.

—¿Tuviste una relación sentimental con la señora Solans? ¿Es ella la mujer que estaba envuelta en leds?

—Algo así. Lo que te voy a pedir, si te importo de verdad, tanto como para no abrir mi cartera sin mi permiso, es que tampoco hagas esa búsqueda en la red, no quiero que lo hagas.

—¿Qué ocultas, Sei?

—Nada que valga la pena saber, nada que quiera que conozcas de mi pasado. Ahora tú decides si me respetas y confías en mí o no lo haces, yo no puedo tomar esa decisión por ti.

—De acuerdo. No lo haré, en realidad lo que me gustaría es que me lo contaras tú.

—Sí, una vez toqué con la sinfónica de Ámsterdam, una sola vez. No quiero seguir hablando de mí, Mar, no quiero. —Agachó la cabeza un instante mostrando un segundo de debilidad. Ese fue el tiempo que precisó para enterrar el Maelstrom en el fondo de su mirada.

Después alzó el rostro con una sonrisa radiante—. ¿Te ha dado el trabajo?

—Sí. Empiezo el lunes.

—Genial. ¿Cenamos juntos para celebrarlo?

—Por supuesto. Podríamos ir al Opalescense. ¿Qué te parece? —propuse bromeando. Era el restaurante de moda al que iban todos los ricos y famosos, con listas de espera de más de un año y precios estratosféricos.

—Claro, si consigo vender un riñón en lo que queda de día, igual podemos cenar allí. No vale lo que cuesta.

—¿Has estado?

—Ninguno de esos sitios lo vale.

—Hay una pizzería pequeña, dos cruces más allá de ese restaurante. Es otro concepto. Quizás, si tú tocas y yo canto, podemos conseguir dinero para cenar allí.

—No. Tú tienes trabajo, no conviene que te vean cantando en la calle. ¿Con unos cincuenta euros tenemos suficiente?

—Claro, incluso con menos, unos espaguetis no son tan caros —respondí acariciándole la barba.

—Eso puedo conseguirlo yo solo. Legalmente, tranquila, no soy un delincuente. Vete a tu casa y descansa, has dormido muy poco esta noche. Pasaré a buscarte a las nueve y media. Déjame el teléfono y dime dónde tengo que llamar.

—Puedo hacerlo yo.

—No. Me hace ilusión llamar y hacer una reserva. A las diez, a tu nombre.

—¿Por qué no al tuyo? Prefiero que des tu nombre completo.

—Claro, no hay problema. —Lo miré sorprendida. Marqué el número y le di el teléfono cuando sonó el primer tono.

—Hola, quería reservar una mesa para esta noche a las diez, ¿es posible? —Escuché la voz de la mujer al otro lado del teléfono pidiendo la información—… A nombre de Pablo Sarasate. Eso es. Hasta luego. Gracias.

—¡Eso no vale!

—¿Cómo que no? No me van a pedir el DNI.

—¿Pablo Sarasate? No era lo que quería.

—Pablo Sarasate es uno de los mejores violinistas de la historia. Y ya sé lo que querías, pero ni tú necesitas saberlo ni yo quiero compartirlo. ¿Te acompaño al metro? Puedo conseguir un vehículo…

—Cállate, no hagas nada ilegal. Pórtate bien, Pablo Sarasate —dije con retintín.

—Llámame por mi nombre, me encanta escucharlo en tus labios.

—Dime tu apellido y lo haré.

—No quiero mentirte, no me obligues.

—Nunca te voy a obligar a hacer nada que no quieras. —Me acerqué a sus labios y dije rozándolos despacio—: Sei.

Sonrió. Volví a sentir que tenía la sonrisa más bonita del mundo, una de esas que sientes que te arropan el corazón. Casi me empujó al interior del metro, lo habría perdido de no ser así.

Me intrigaba lo que Sei ocultaba. Su familia tenía mucho dinero o lo había tenido. ¿Había tocado en la Royal Concertgebouw? ¿Había sido el amante de Helena Solans? Ella era mayor que él, aunque no creía que le sacara más de diez años. Era difícil saberlo, ya que no conocía las edades de ninguno de los dos. Helena era una mujer muy guapa y elegante, encajaba con la descripción que Sei dio de su expareja. De ser así:

¿Cómo había acabado viviendo en la calle?

¿Quién era ese hombre, a veces despreocupado, divertido y risueño, y otras veces apasionado hasta la locura?

¿Cómo podía ser en ocasiones duro y en otras profundamente vulnerable, pero siempre peligrosamente sensible y atormentado?

¿Quién era en realidad Sei?

Capítulo Doce

ASTOR PIAZOLLA: NIGHTCLUB 1960



POSEIDÓ

Cuando Mar se fue, me puse a tocar en un pasillo. Me dolían los dedos del sobreesfuerzo del día anterior y, lo peor, me temblaban las manos. Eso significaba, por mucha rabia que me diera, que tendría que ir a ver a Dulce. Sin embargo, necesitaba conseguir unos treinta euros más para la cena. No estaba demasiado centrado, y eso se notaba. Me iba a costar reunir lo que me hacía falta, pero tenía que conseguirlo, así que tiré del repertorio moderno para conectar con la gente, los clásicos tendrían que esperar a otro momento.

No me apetecía tocar nada. Quería correr a casa con Mar, dejarme caer entre sus brazos y que me sostuviera con fuerza, que me calmase y me hiciera creer que todo iba a estar bien, que no iba a pasar nada…

No era verdad. Las cosas siempre pasan por algo, los acontecimientos se entrelazan y encadenan para desembocar en algún lugar, como en una historia que aún no conocemos, aunque ya está escrita. Es como uno de aquellos libros de *Escoge tu propia aventura* que te ofrecen varias opciones: «Si te dejas querer y pasas la noche con la mujer maravillosa que ha sido capaz de mirar dentro de ti, pasa a la página 35». «Si sales corriendo y te pones a salvo, pasa a la página 12».

Hay alternativas, varios finales que son conclusiones de una historia que te pertenece a medias. Ninguno de esos finales lo escribes tú, esa idea me había consumido siempre. Mar había estado hablando con mi madre, iba a trabajar con ella, junto a mi hermano y mi padre, y me hablaría de ellos. Si seguía estando a su lado, me aproximaría a mi familia de forma irremediable. Alejarme, correr, marcharme, desaparecer… eso era lo que tenía que hacer… «Si eres idiota y te quedas con la chica, pasa a la página 20», «si decides huir, pasa a la página 25». En mi cabeza abría el libro por esa página y leía: «Has sido más idiota todavía. Has tirado a la mierda la última oportunidad de que tu vida tuviera algún sentido. Fin».

Todo esto no era una casualidad, no lo era, y aunque avanzara y retrocediera cincuenta veces por las páginas del libro, el final iba a llegar, y no era bueno. No podía serlo, lo sabía, lo sentía, a no ser… No, no era posible. Aun así… ¿Y si tachaba lo que estaba impreso y lo escribía de mi puño y letra? ¿Tenía el valor necesario para hacer eso?

—Johann, chico, ¿qué te pasa? ¿Estás bien? ¿Te puedo ayudar? —La voz de Albert me sacó de la ensoñación y la angustia en la que me había sumido. Solo entonces me di cuenta de que había tocado la op. 20 del segundo acto de *El lago de los cisnes* con tanta desesperación que había conseguido impactar al público, que me miraba en silencio. También fui consciente de que tenía la cara bañada en lágrimas.

Miré a Albert aún desorientado.

—Sí, estoy bien. Solo me he dejado llevar por la música.

Como si el público necesitara una constatación de que no estaba loco y mis palabras se la hubieran dado, un hombre empezó a aplaudir con fervor. Otros lo siguieron y terminé recibiendo la ovación más grande que recordaba en los últimos tiempos, incluso mayor que la de la mañana. En aquel momento había sentido y transmitido nostalgia, en este lo que rebosaba era dolor, angustia, desesperación y miedo en estado puro, sobrecogía más y encima el que lloraba ahora era yo. Me sequé la cara con la manga de la chaqueta. Una señora me ofreció un pañuelo de papel, en el último momento, como si se hubiera dado cuenta de que no lo había hecho bien antes, me tendió todo el paquete instándome a que me lo quedara, se lo cogí y le di las gracias.

La gente continuó su camino, aún con cierto sobrecogimiento. Albert volvió a preguntarme si podía hacer algo por mí, pero volví a declinar su ofrecimiento. Me senté en el suelo con el violín en el regazo y la funda delante. Entonces, vi que el descontrol emocional, aparte de haberme dejado como si acabara de chocar con un tren de mercancías, también había dado sus frutos. Conté el dinero, el hombre que empezó la ovación me había dado veinte euros y tenía algún billete más. En total, había recaudado casi cincuenta euros en tres minutos de música. Si seguía así, iba a cobrar más tocando en

el metro de lo que hubiera ganado en la orquesta sinfónica. Me reí solo, necesitaba aligerar presión en el corazón o estallaría. Albert se acercó a mí, me dio un bocadillo de lomo con queso y una cerveza.

—Come algo, te sentirás mejor. —Me puso otros veinte euros en la funda.

—Albert, no, por favor. No quiero que me des dinero.

—Quédatelo. Déjame dártelo, siempre disfruto de tu arte y nunca te doy nada. Lo he hecho prácticamente todos los días desde hace casi dos años y jamás te había escuchado tocar así, pensaba que siempre tocabas con el alma, pero hoy… hoy ha sido desgarrador. Quédate ese dinero, Johann, hazlo como un favor.

—Me has invitado a comer montones de veces… Está bien. Gracias, muchas gracias.

Sabía lo que había conmovido a Albert. Era cierto que siempre tocaba con el alma, lo que había pasado hoy es que me había olvidado de asegurar las cerraduras y había dejado salir algo que llevaba mucho tiempo confinado, había tocado con la parte oscura de mi alma, un lado tan negro como el Cisne de Tchaikovsky. El lado que siempre salía a la luz cuando recordaba aquel pasaje de mi pasado, el momento en el que toda mi vida se hundió. El horror que comenzó con aquella conversación con Diederik Visser, el gerente de la Royal Concertgebouw…



—Siéntese, señor Balcells. —El señor Visser me miró con dureza y seriedad.

—¿Hay algún problema?

—Nos ha llegado cierto material. Señor Balcells, me piden que le transmita que es usted el mejor violinista que hemos escuchado jamás, y nos consta que podría llegar a ser mucho mejor. Es usted muy joven, tenía mucho recorrido por hacer.

—¿Tenía?

—La Royal Concertgebouw no puede admitir bajo ningún concepto ciertos comportamientos y actitudes. No vamos a colaborar o vincularnos con alguien que actúa como usted lo hace. Sentimos mucho tener que rescindir de manera unilateral nuestro contrato.

—¿Qué? ¿Esto es una broma? ¿Qué se supone que he hecho?

—Podríamos intentar tener paciencia si usted se compromete a solucionar sus problemas de adicciones, pero de ninguna manera podemos ignorar las denuncias por conducta sexual inadecuada.

—¿Qué?¿De qué me están acusando? ¿Con qué pruebas? Yo no me drogo y muchísimo menos me han acusado jamás de abuso, coacción o agresión sexual de ningún tipo. Me ofendería si no estuviera tan sorprendido.

—Tenemos todas las pruebas, todas las denuncias y su historial psiquiátrico.

—Se están equivocando. No pueden tener nada de eso porque no existe. Jamás ha sucedido lo que usted está diciendo.

Empezó a ponerme papeles delante, denuncias por acoso, abuso… «Me arrinconó contra la pared y empezó a acariciarme los pechos. Le pedí que parara. Él se rio y siguió adelante…». En otra ponía: «Me besó. No podía parar de llorar y cuanto más lo hacía más se excitaba él». «Le supliqué que parara, le dije que me hacía daño, que no quería que continuara. Me insultó, me dijo que me iba a dar lo que me gustaba y me penetró con más violencia…».

Estaba mareado, no entendía nada, me costaba respirar. Lo peor de todo es que conocía a la mayoría de esas mujeres, con muchas había mantenido relaciones, por supuesto consentidas y deseadas, las habíamos disfrutado los dos, no me habían pedido que parara nunca, todo eso era mentira…

¿Qué era todo aquello?…

Anna Elisa Gisbert: «Me tiró sobre la mesa, caí de boca y me partí el labio. Me arrancó la ropa interior y me penetró con tanta fuerza que creí que iba a desmayarme. Me sorprendió la sensación de fluidez la segunda vez que embistió, no lo podía entender, solo después supe que en realidad estaba sangrando…». ¿Elisa? ¿Elisa había dicho eso? No, no podía ser cierto. Habíamos salido durante casi seis meses, ella tenía veintidós años y yo dieciocho. Éramos

unos críos y habíamos tenido una relación preciosa. Ella era pianista, estábamos juntos en el conservatorio, teníamos los mismos sueños… Yo le tocaba *Para Elisa* al violín y ella a mí *El Olimpo de los Dioses* al piano. Por ese motivo siempre la llamé Elisa, aunque para el resto del mundo fuera Anna.

Su primera vez fue conmigo, y fue un momento cuidado, bonito. Alquilé una casita en la montaña, encendí el fuego… la traté con toda la delicadeza del mundo. No hubo dramas ni sangre, solo ternura y sentimiento. Elisa no podía haber dicho todo eso sobre mí. Ni siquiera acabamos mal. Yo me fui a Harvard a estudiar la carrera que mi padre había decidido para mí, ella se quedó en Barcelona y continuó en el conservatorio, nos llamábamos y nos escribíamos. Cuando volví en Navidad, lo que había entre nosotros se había enfriado. Me contó que había conocido a otro, que me quería, pero que yo no estaba y el amor a distancia no era amor. No diré que no me dolió, pero lo entendí. Tampoco yo había sido fiel, aunque lo mío solo había sido sexo esporádico sin compromisos ni sentimientos. A pesar de eso, entendía que no quisiera guardarme luto, éramos demasiado jóvenes para hacerlo.

No, Elisa no podía haber declarado que yo la había violado, ella no.

Lo siguiente que recuerdo es que grité, lloré, me desesperé, tiré cosas, rompí otras y acabé en el hospital, atado a una camilla y drogado, después de que la seguridad de las oficinas de la orquesta me redujera y llamaran a urgencias. No avisaron a la policía por la misma razón por la que, según ellos, todas esas denuncias contra mí no habían llegado a cursarse: el gran El·ladi Balcells me protegía y haría o pagaría lo que hiciera falta para evitar el escándalo.

Cuando salí del hospital no fui a casa. Me sentía tan mal que no tenía palabras para describir mi estado. Triste, cansado, dolido, decepcionado, traicionado, abandonado, solo, absolutamente solo, pequeño e insignificante, así me sentía. No quería que Simonetta me viera en esas condiciones, ese no era el Poseidó Balcells que ella conocía. Para ser sincero, yo tampoco lo conocía. Y, por supuesto, mi novia no tenía ningún interés en él. La llamé desde el hospital para

explicarle lo que había pasado, me dijo que las cosas se arreglarían, que hablase con mi padre.

Estuve tres días ingresado con crisis de ansiedad. Simonetta no vino a verme ni me llamó en ningún momento. Estaba claro que ella tampoco deseaba ver esa imagen de mí. Así que del hospital me fui directamente al aeropuerto a coger el primer vuelo a Barcelona. Simonetta tenía razón en una cosa: necesitaba hablar con mi familia.

En el avión precisé dos tranquilizantes bajo la lengua para no montar una escena, si lo hacía acabaría en algún rincón esposado. Mi vida entera se había ido a la mierda y al resto del mundo le importaba tan poco mi situación como a mí, en aquel momento, la de ellos. No sé si esto es egoísmo, ceguera o supervivencia; si somos sinceros, muy pocas veces nos ponemos realmente en la piel del otro. Una mañana me levanté como el joven triunfador que iba a comerse el mundo, el que siempre me habían hecho creer que era; me desperté teniéndolo todo y al mediodía no tenía nada, estaba atado a una cama llorando como un recién nacido, con toda mi vida, sueños, ilusiones y esperanzas hechos añicos. Unos pedazos que sentía clavados en la garganta.

No entendía lo que estaba pasando, no había hecho nada, no merecía lo que estaba sufriendo. No volvería a tocar con la Royal Concertgebouw ni con ninguna otra gran orquesta, nunca más. Al universo le importa una mierda lo que mereces o no mereces, esa bonita enseñanza me acompañaría lo que me quedara de vida. En unos días había crecido diez años, y no imaginaba lo que me quedaba por madurar.



El pitido que anunciaba la inminente salida del metro me devolvió al presente. Guardé el violín y cerré la funda con rabia. Albert me apretó el hombro, pero como si ese contacto le hubiera mostrado con claridad que no era suficiente con eso, me abrazó con fuerza.

—Johann, si alguna vez quieres hablar, yo estaré encantado de escucharte. Solo quiero que sepas que puedes contar conmigo. A veces cuando decimos las cosas en voz alta nos damos cuenta de que no son tan terribles como pensamos. Otras veces no sirve para una mierda, pero, yo qué sé, solo intento ayudarte. —Sonreí. Me hacía gracia y me encantaba la sinceridad de Albert.

—Gracias, ya me has ayudado. Me has arrancado una sonrisa y, te aseguro, que en este momento era casi imposible. Hasta mañana. He recaudado una pequeña fortuna y ahora tengo que comprar algunas cosas. Esta noche voy a ir a cenar con Mar, tengo que arreglarme un poco. —Me felicitó por mi cita, le di las gracias y me fui intentando ignorar la preocupación que impregnaba sus ojos.

Capítulo Trece

WOLFGANG AMADEUS MOZART: DIVERTIMENTO EN RE MAYOR



POSEIDÓ

Tenía casi noventa euros, no solo podía hacerle una visita a Dulce para comprar cuatro o cinco pastillas, sino que también podía ir a ver a Mari Carmen. Trabajaba en el armario de Cáritas, donde alguna vez me habían dado algo de ropa gratis, aunque mi intención hoy era comprar una camisa y un pantalón para ir un poco más en condiciones a la cena. Ahora mismo disponía de tres pantalones: un tejano azul ancho y muy desgastado, uno de chándal gris y uno de pana marrón horrible, que solo me ponía el tiempo necesario para lavar los otros dos en la lavandería de autoservicio donde hacía la colada una vez por semana. En cuanto a camisas, solo tenía una de franela que con toda probabilidad había donado algún leñador de Minnesota de turismo en Barcelona. También contaba con una sudadera negra, con tantas bolas que parecía la versión rastafari de un jersey de angora, y una camiseta que había sido azul marino, aunque ahora era de un azul difícil de definir. Además, tenía mis calcetines desparejados, calzoncillos funcionales, no demasiado sexis, una parka verde militar que pesaba mucho más de lo que abrigaba, ¿de qué estaría hecha?, y, por supuesto, el gorrito de lana y los guantes sin dedos que todo indigente que se precie tiene que lucir por decreto ley.

—Hola, Mari Carmen. ¿Qué tal todo? ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Hola, Pablo. ¿Cómo estás? He estado muy preocupada por ti. Está haciendo mucho frío, ¿vas al albergue? No estarás durmiendo en la calle —me amonestó más que me preguntó—. ¿Comes? Estás más delgado. ¿Necesitas algo? ¿Te encuentras bien?

—¿No tengo buen aspecto?

—Casi no se te ve la cara, tendrías que arreglarte un poco el pelo y la barba.

—Estoy bien. Vengo como cliente. Necesito ropa, esta noche tengo una cita. —Me miró sorprendida y alegre—. Sí. Ya ves, hay una chica maravillosa que quiere ir a cenar conmigo. Vamos a ir a

una pizzería, nada especial, de todos modos, no puedo ir así. Tengo una pequeña fortuna, puedo permitirme comprar ropa.

—¿Seguro? —Asentí.

—Hoy he tocado como hacía mucho que no conseguía hacerlo, he emocionado al público y ha sido generoso. Ahora mismo, con el sentimentalismo controlado, seguro que hay mucha gente arrepintiéndose de ello, aunque ya es tarde.

—¿Qué te parece este pantalón con esta camisa? —preguntó enseñándome un tejano azul oscuro y una camisa azul celeste. No estaba mal, a pesar de que esa combinación siempre me hacía pensar en mi abuelo. Jordi Balcells había vestido de azul marino combinado con azul celeste todos los días del año, durante toda su vida. Por ese motivo me parecía una elección de señor mayor. Daba igual, no estaba para escoger mucho.

—Está bien, servirá.

—Estarás muy guapo. ¿Qué número de pie tienes? También te iría bien renovar los zapatos.

—44. —Me pasó unas deportivas en color gris oscuro que no estaban nada mal, eran un 45, con lo cual me sobraba un poco, aun así, no había problema, siempre podía poner una plantilla para ir más cómodo—. Está todo genial, voy a ir a ducharme al hotel y a comprarle algo bonito, aunque aún no sé qué. Regalar flores es muy cursi, además se mueren y es tirar el dinero; bombones, muy trillado; para joyas no me llega… Bueno, no sé, algo se me ocurrirá.

—¿Qué le gusta?

—No lo sé, nos conocemos muy poco, en realidad. La música, mirar las luces de la ciudad e inventarse historias… Yo.

—Pues intenta meter todo eso en una coctelera y regálale lo que salga de ella.

—Uf, no tengo ni idea de lo que saldría de ahí. Pensaré en ello, gracias.—Me entregó la bolsa con la ropa y el calzado nuevo. Yo le di el importe de la compra.

—Cuídate mucho. Ten cuidado y ni se te ocurra dormir en la calle. ¿Me vas a hacer caso? —Asentí. Siempre me pedía lo mismo y yo respondía que lo haría, aunque nunca lo cumplía.

Fui al hotel a pedirles a Ignacio, Pascual y Juan que me permitieran usar su ducha. Ellos accedieron encantados, como siempre que les pedía algo. Bajo el chorro de agua templada, me sentí un poco culpable, Mar tendría que ducharse con agua helada. Mañana empezaría a trabajar para pagar su recibo y el recargo; me tocaría hacer vagones de metro y tren, pero tenía que solucionar ese problema

Cuando me miré al espejo me costó reconocerme. ¿Quién era ese hombre oculto bajo una maraña de pelo castaño veteado de blanco? Me fijé en que tenía muchísimas canas en el bigote y la barba. Lo había heredado de mi padre, lo recordaba siempre con el pelo blanco, incluso en las fotos de antes de que yo naciera. En cambio, Neptú…, Carles, ahora se hacía llamar Carles, él tenía el pelo negro azabache, sin rastro de canas. ¿Se lo teñiría? ¿Lo haría yo si no estuviera en la calle? Francamente, lo dudaba mucho.

Aun así, no podía saber quién habría sido Poseidó Balcells si no le hubieran dado una patada en el culo, otra mayor en los huevos y lo hubieran echado del Olimpo haciéndolo estrellarse a la velocidad de la luz contra el suelo, si no lo hubieran «ascendido» descarnadamente a la categoría de simple mortal. «Ascendido», sí, los dioses son todos unos gilipollas egocéntricos que ignoran todo lo que realmente importa. Bueno, no lo desconocen todo, en el fondo saben que cuanto más humano sea alguien, más poder tiene y menos valor les confiere a ellos.

Por eso nos tienen miedo, por eso nos oprimen y nos aplastan. Y nosotros lo permitimos porque son dioses. Nos han infundido desde la cuna y grabado a fuego desde que respiramos por primera vez que ellos tienen el poder y la gloria, y que nosotros solo podemos bajar la cabeza, asentir y acatar. Es una puta mentira. Si los de abajo nos uniéramos para zarandear su nube, ellos caerían sin remedio. Nos inculcaron que no podemos y, como en el cuento de *El elefante encadenado*, aquí estamos todos, atados a nuestra endeble estaca, sin estirar, sin revolvernos, diciendo «amén» a todo, sin levantar la voz para no molestarlos.

Yo nací en el Olimpo y moriré en las calles. Sé de lo que hablo, no estoy loco, aunque esa sea la versión que venden desde las

alturas.

Cogí unas tijeras para cortar un poco los pelos rebeldes y desordenados que se escapaban de mi barba terriblemente descuidada. Parecía una oveja sin esquilar a principios de verano, cuando la lana se le levanta y le cubre hasta los ojos. ¿Cómo podía gustarle a Mar con estas pintas? Me hubiera gustado afeitarme, darle ese gusto, hacerle ese regalo; sin embargo, no podía. Traer de entre los muertos a Poseidó Balcells sería un suicidio, ¿o no?

No tenía tiempo para pensar en ello en ese momento, así que solo recorté un poco el vello que crecía sin control para que mi cara dejase de parecer un ovillo de lana que había perdido una batalla cuerpo a cuerpo con un gato salvaje.

—¡Hombre, Nico, pero si te has puesto guapo! A ver si esa chica te va a llevar por el buen camino —dijo, divertido, Pascual cuando salí del baño.

—Guapo no puede estar porque guapo no es, aunque seguro que la chica agradece que se haya peinado —intervino Juan con retintín.

—No les hagas caso, majete, pásalo bien. Y ya sabes que para lo que necesites, estamos aquí —añadió Ignacio, palmeando mi hombro.

—Lo sé, y os lo agradezco de corazón. Incluso a vosotros dos —dije señalando a Pascual y a Juan—. Sé que me decís esas cosas porque a pesar de no ser guapo, soy cien veces más atractivo que vosotros dos juntos, y me tenéis envidia. No pasa nada, yo no sé cocinar, cada uno tiene lo suyo —bromeé—. Vosotros conquistáis por el estómago y yo…

—Por el oído, no te engañes —cortó Juan. Y acabamos riéndonos todos.

De camino a casa de Mar pasé por delante de una floristería y supe con certeza lo que tenía que comprarle. Así que ahí estaba, en su puerta, con mi ropa nueva, que me hacía estar algo incómodo. La camisa no tenía un corte demasiado bueno y me tiraba un poco de los hombros; aunque estaba delgado, siempre había sido ancho de espalda. Me gustaba hacer ejercicio, así que aprovechaba que nadar en el mar y correr por la playa aún era gratis y mil veces mejor que un gimnasio. Siempre me preguntaba qué pensaría la gente al ver a

un tío corriendo por la arena con un violín colgado a la espalda. Gracias a eso tenía unos buenos bíceps que se ceñían a la camisa. El pantalón también lo sentía apretado, no lo era, en realidad era de mi medida, pero llevaba tanto tiempo usando ropa tres tallas más grande o deportiva que sentir el tejano envolviendo mi cuerpo me resultaba extraño.

Cuando Mar abrió la puerta y me sonrió, me quedé sin respiración. Aún no podía creer que aquella mujer tan espectacular quisiera salir a cenar, coger de la mano y hacer el amor con alguien como yo. Conmigo, que quisiera estar conmigo. Llevaba el pelo recogido en un moño informal, una blusa de color malva pálido y un vaquero gris que se ceñía perfectamente a las curvas de su cuerpo y disparaba mis pulsaciones sin control. Los zapatos de tacón fino eran los que habíamos comprado juntos la tarde anterior, ella decía que eran color *nude*. El maquillaje suave resaltaba la dulzura de sus facciones sin añadir nada, porque sería lo más innecesario del mundo. Me miró de arriba abajo y me dijo con coquetería:

—Estás muy guapo. Voy a tener que vigilarte muy de cerca esta noche.

—¿Tú crees?

—Sí, lo creo.

—No necesito vigilancia, no voy ni siquiera a mirar a nadie más. ¿Por qué iba a hacerlo estando con la mujer más guapa y sexi del mundo?

—¿Tú crees?

—No, lo sé.

Nos miramos profundamente a los ojos. Me agaché un poco para besarla, pero me paró poniéndome la mano en el pecho. Señaló divertida hacia el regalo que sostenía en la mano y preguntó aguantando la risa:

—¿Qué es eso?

—Es para ti.

—Es bonito… La gente normal regala flores.

—Se mueren. No me gusta regalar algo que, cuando lo das, ya se está muriendo.

—Nunca lo había pensado así. Un cactus, bueno, no creo que se me muera; hay que ser muy torpe para matar un cactus, ¿no?

—Ni idea, no sé nada de plantas. No es solo un cactus, tiene una flor, es una alegoría. —Ella me abrazó con fuerza.

—Sei, no. No eres un cactus, no eres ceniza, no eres nada de lo que tú piensas. Eres Sei, eres el mejor violinista que he escuchado en mi vida, un hombre sorprendente, increíble, maravilloso, sensible, divertido, inteligente y… excepcional en la cama. Sei, tú no eres un cactus, eres un jardín botánico completo. —Me estrechó más contra su cuerpo—. ¿Ves? No pinchas al abrazarte, al contrario, la sensación es de calidez y ternura, es envolvente, suave… —No la dejé continuar. La besé con los ojos cerrados para sentir más profundo las sensaciones que despertaban su cuerpo y sus labios delicados sobre los míos—. ¿Sabes lo que creo? Es probable que fueras más cactus antes que ahora.

—No sabes nada de mí antes. Aunque seguramente tienes razón. —Le besé el cuello, jugando a deslizar los labios y la punta de la nariz por él, erizándole la piel y haciéndole cosquillas al mismo tiempo, sensual y juguetón. A ella le gustaba el *scherzo,* a mí también, aunque todo el esfuerzo invertido en olvidarlo había dado buenos frutos hasta la noche anterior. Se separó un poco de mí y me miró de arriba abajo deteniéndose descaradamente en mi entrepierna.

—Tenemos que irnos. Hacía un siglo que no tenía una reserva en un restaurante, no quiero llegar tarde. Tú respira hondo y cálmate un poquito, esos pantalones ajustaditos te sientan genial, pero no disimulan nada.

—¿A ti te parece bien estar mirándome ahí? Las señoritas no hacen eso.

—No, las señoritas se reproducen por esporas. En cambio, los señoritos sí que podéis mirar las tetas, porque eso es lo primero que has hecho cuando te he abierto la puerta.

—¡Mentira! ¡Eso es mentira! Ha sido lo segundo, lo primero ha sido la sonrisa tan maravillosa con la que me has recibido.

—Así que voy a mirarte esto —dijo rozándome con la mano—. Y cuando te gires te miraré el culo que también lo tienes perfecto.

Aunque con esa camisa, los brazos, el pecho, la espalda… Uf, es que estás muy bueno, aunque lo habitual es que no se note. Tú tienes permiso para mirar todo lo que quieras, de hecho, quiero que lo hagas, me encanta sentir tu mirada ardiente sobre mi piel acelerándome el pulso en todos los puntos donde se pueden notar las palpitaciones.

—¿Quieres cenar? Porque te aseguro que la comida italiana no es lo que quiero llevarme a la boca para saborear de forma lenta, pausada y con intensidad en este momento —avisé, llevando mis labios hasta el borde de encaje del sujetador. Allí, recorrí la línea con sensualidad, rozando la piel con la punta de mi lengua.

—Cojo el abrigo y nos vamos. ¿No llevas chaqueta? Hace mucho frío. —No la llevaba, mi desgastadísima parka verde militar no encajaba para nada con la imagen que pretendía dar esa noche.

—Duermo en la calle, no me asusta el frío, y no es para tanto. —Me miró con cierta tristeza.

—Me gustaría que dejaras de dormir a la intemperie. Solo te estoy ofreciendo un techo bajo el que pasar la noche, nada más.

—¿Nada más? No me conformo. Quiero más, quiero mucho más. Quiero sexo desenfrenado, apasionado y salvaje. Empezando despacio, muy despacio, lo prometo, y también te garantizo acabar como he dicho.

—Tienes razón, quizás no necesites abrigo, vas calentito, calentito. —Me reí, pero no dije nada, no tenía nada que objetar.

Ella cogió un abrigo de un tono malva, similar a la camisa, y una especie de bufanda enorme que enrolló con gracia sobre sus hombros y cuello. También se puso unos guantes y un gorro con una gran borla, todo en el mismo color rosa suave. Salimos a la calle. Mi temperatura interna no iba a ser suficiente, por elevada que fuera, para contrarrestar el frío en el exterior, aunque podía llevarlo con dignidad, en peores circunstancias me había visto. La segunda noche que dormí en la calle me robaron toda la ropa que tenía. Sobreviví más de un mes con un chándal, unas sandalias y el violín, ese octubre no hacía demasiado frío. Por desgracia para mí, aquel año tuvimos un otoño lluvioso. El resfriado y la fiebre los llevé bien, lo

que me volvía loco eran los hongos que proliferaban, como era de esperar, bajo la ropa mojada.

—¿Dónde estás? ¿En qué piensas?

—En setas, más o menos. De las de comer, no de las de flipar, más o menos también.

—¿Quieres comer setas?

—No, déjalo. Olvida las setas.

—Mira, Sei, vamos a pasar por delante del Opalescense, bueno todo lo cerca que se puede pasar con sus vallas de seguridad y el ejército de élite en la puerta.

—Estarán esperando a cualquier «estrellita» del momento, todos los famosos suelen cenar ahí.

—¿Quién dirías que son la pareja del momento?

—No tengo ni idea. No me interesa mucho la prensa rosa, y cuando digo mucho, quiero decir que me importa una puta mierda la vida de los demás. No me ha importado nunca, siempre he sido terriblemente egocéntrico. Aunque, a decir verdad, a mí me importan sus vidas lo mismo que a ellos la mía, así que estamos en paz. No soy yo el que mira a la gente y se inventa historias sobre su día a día.

—Mira a esos, los que van a entrar, ¿quién crees que son?

—Una pija y un pijo. Nada reseñable.

—Sei, no se juega así.

—No me despiertan el más mínimo interés. Solo veo a dos personas con mucho dinero entrando en un restaurante lleno de gente como ellos. Los dos deben de rozar los sesenta; son jóvenes y guapos a golpe de talonario. Tienen un sofá maravilloso en su salón, el del minibar, donde pasan a los invitados después de las cenas de gala para tomar una copita y unas rayitas de una forma más íntima e informal. Los invitados siempre admiran la suavidad de ese sofá, y ellos sonríen porque lo han tapizado con la piel que les ha sobrado después de los cien mil estiramientos. A él le gusta animarlos a que acaricien la zona del reposabrazos derecho porque esa, precisamente esa piel, es la que le sacaron del escroto.

—¡Sei, por Dios! Mira ese, el que acaba de bajarse del coche.

—Se llama Josep Jordi Vallterra, es violinista. No llegó a ninguna de las grandes sinfónicas a las que aspiraba porque no se atrevió a luchar ni a arriesgar lo suficiente. Siempre fue un número dos, simplemente porque alguien tiene que ser eso. Es una posición maravillosa, siempre que el número uno no esté tan por encima de ti en todo que te convierta en un dos invisible. Eso es lo jodido, la invisibilidad. Suple su falta de talento y sobre todo de huevos con su sobrada liquidez. Es un mecenas, paga para que los que sí tienen verdadero talento y valor puedan explotarlo. Su número uno se perdió, y ahora él puede brillar y ser feliz. La mujer a la que ayuda a bajar del coche, como si tuviera algún problema de movilidad, se llama Simonetta Bethencourt. No le pasa nada en las piernas, solo le gusta que la adoren. Es cantante de ópera. Decían que era la nueva María Callas, se lo creyó y empezó a ser insufrible trabajar con ella. Conoció a Josep Jordi, y ahora él compra espectáculos para ella, para su exclusivo lucimiento. Dicen que son felices, aunque yo creo que no se soportan el uno al otro, solo se necesitan. Salen, se hacen fotos, venden su historia de mentira perfecta y cuando llegan a casa se meten cada uno en su cama fría, pensando qué hicieron con su vida e intentando localizar en qué momento se fue todo a la mierda. Es una putada, porque no lo saben. Al menos yo sé cuál fue el instante exacto en el que mi mundo se hundió.

—¿Y me lo contarás algún día?

—No lo sé. ¿Vamos a cenar o prefieres seguir inventando cuentos?

—¿El último lo era? Porque los nombres son reales. A él no lo había reconocido hasta que la he visto a ella, que es la que llama la atención, es guapísima.

—Sé quiénes son ellos, pero no sé nada sobre sus vidas. Sí, era una historia inventada. Es obvio que no los conozco.

Seguimos caminando hasta nuestro restaurante, era pequeño y modesto. Cuando nos paramos en la puerta, me di cuenta de que había ido hasta allí abstraído y en silencio, con Mar cogida a mi brazo mientras yo malgastaba minutos de mi vida, y aún peor, de la suya, pensando en la última vez que había estado frente a frente

con Simonetta Bethencourt. Borré aquellas imágenes de mi cabeza y sonreí.

Capítulo Catorce

LUDWIG VAN BEETHOVEN: CUARTETO DE CUERDA NO. 14



MAR

Estaba segura de que algo de verdad había en la historia sobre Simonetta Bethencourt y su marido. ¿Podría ser que el número uno de Vallterra hubiera sido Sei? Estaba claro que él era bastante mayor que Josep Jordi, aunque en el conservatorio la gente no estudia por edades sino por niveles, ¿no? En realidad, no lo sabía, aunque tampoco tenía mucho sentido que Sei, tocando como lo hacía, fuese a clase con alguien mucho más joven, quizás se conocían de alguna orquesta… Estaba claro que algo había ahí, porque su humor, después de ver a ese chico, se había vuelto cerrado y sombrío. Al llegar a la puerta de la pizzería, me di cuenta de que no le había dirigido la palabra desde el Opalescense. Me sentí un poco mal por ello, tenía que animarlo, no dedicarme a hacer conjeturas sobre su pasado.

Me miró y sonrió. Entramos y me dirigí al camarero:

—Tenemos una reserva a nombre de Nico Sarasate para las diez.

—Pablo, Pablo Sarasate. Me llamo Pablo. ¿Recuerdas? —corrigió volviéndose hacia mí.

—¡Perdona!, lo siento. Sé que te llamas Pablo, mi ex se llama Nico, me he equivocado por la costumbre. Bueno, por eso y porque llamarte Pablo Sarasate no te pega nada y se me olvida —dije para picarlo.

—¿Te gusto?

—¡Claro que me gustas! Sabes que me gustas.

—Entonces llámame como quieras, a mí me dan igual los nombres. —El camarero nos acompañó a la mesa sonriendo ligeramente, nos dejó la carta y nos preguntó por las bebidas—. ¿Vino tinto o blanco? Los rosados no me gustan —comentó Sei dirigiéndose a mí.

—Lo que tú quieras.

—Tinto entonces.

—Le puedo recomendar un rioja Campillo, es muy bueno —aconsejó el empleado de forma solicita.

—Sí, lo sé, gracias. Esta noche será un tinto de la casa. La estoy invitando a cenar, pero ni siquiera sabe mi nombre, con el de la casa es más que suficiente.

—¡Sei! —le recriminé.

—¿Lo ve? —alegó con expresión resignada, dirigiéndose al camarero—. Me llamo Pablo, eso último que me has llamado dudo hasta de que sea un nombre real.

—Si no me gustaras tanto, esta noche ibas a dormir en la calle. —Los dos nos reímos con complicidad.

El camarero se fue a buscar el vino. Mientras tanto, escogimos una pizza y un plato de pasta para compartir.

Comimos hablando y riéndonos de todo y de nada, brindamos por mi nuevo trabajo, por él, por mí, incluso conseguí que brindase por los dos juntos. Éramos una pareja más cenando una noche cualquiera, aunque en realidad nada era lo que parecía; la normalidad, en nuestro caso, adquiría un cariz extraordinario bajo la luz de las velas de aquel pequeño restaurante italiano. Él pidió de postre un *carpaccio* de piña con crema inglesa, yo, fresas con Mascarpone.

—Sin sirope, por favor —solicitó Sei al camarero.

—Es mi postre, a mí me gusta, no puedes decidir por mí.

—Pero lo vas a compartir conmigo y a mí no me gustan los siropes, ninguno.

—El postre no se comparte, Sei.

—Conmigo sí. Conmigo tienes que compartirlo todo. No te preocupes, vas a querer hacerlo.

—Vale, yo te dejo comer del mío, pero no quiero piña con crema, no me gustan esas combinaciones de ácido-dulce o salado-dulce. Esas cosas que no pegan y no están buenas, aunque queden chic y a los pijos os gusten.

—¿Me estás llamando pijo?

—Es lo que eres, ¿no? En el fondo siempre has sido eso, ¿no es verdad?

—No me acuerdo, ya te dije que tengo problemas de memoria. Lo que sí sé es que, si pruebas mi postre como realmente hay que comerlo, te va a encantar.

—¿Y cómo se come?

En ese momento el camarero dejó los postres en la mesa. Sei cogió un trocito de piña, se aseguró de que no llevase crema y me lo metió en la boca. Luego llenó la cuchara, se la llevó sensualmente a la boca y la chupó, haciéndome pensar en mil cosas, ninguna tenía nada que ver con el postre. Se acercó, unió sus labios a los míos y me besó de una forma tan tórrida que estaba segura de que no era correcto mostrar esa pasión en un lugar público. Me temblaba todo el cuerpo, me sentía transportada, algo mareada, y no era por el vino. Se separó con el trocito de piña que me había metido en la boca atrapado entre sus dientes, mirándome con aquellos ojos ahora oscurecidos por el deseo, de una forma inquietante y salvaje. Me ofreció la fruta.

—Sei, no creo que esto sea correcto, ¿lo harías en el Opalescense? —Se acercó hasta rozar mis labios con la piña que aguantaba en su boca, se la cogí deprisa y me la comí para que se estuviera quieto.

—¡Relájate!, hay solo dos mesas más, no nos está mirando nadie.

—¿Tú crees? Si sigues así nos mirarán.

—A los demás no les importa en absoluto lo que hagamos tú y yo, a no ser que la liemos mucho. Un beso no llama la atención, niña buena, suéltate un poco.

—¿Qué me suelte? No ha sido solo un beso inocente. Solo nos falta desnudarnos.

—Si quieres lo hago, solo tienes que pedirlo.

—Lo que quiero es que te estés quieto, provocador.

—¡Ah!, en el Opalescense haría lo mismo, estoy seguro de que nos mirarían y comentarían más, solo que a mí me daría igual, porque no he hecho nada indecoroso. Lo que sientes no es lo que se ve, las palpitaciones solo las notamos nosotros. —Me sonrió de una forma tan sensual que eliminé cualquier filtro y le dije exactamente lo que sentía.

—Quiero sentir el calor de tu cuerpo junto al mío, tu piel en mi piel. Quiero acariciarte y besarte cada rincón de tu cuerpo, una y

otra vez, durante toda la noche. No hace falta que calientes más el ambiente, ya está al rojo vivo.

—¿Sí? No lo hago por necesidad, lo hago por placer. Este es el primer movimiento, es un *lento moderatto.* No forma, oficialmente, parte de la sinfonía, pero me encanta tocarlo como preludio, ¿no te gusta?

—Ese no es el problema, el problema es que me gusta demasiado.

—Solo es demasiado cuando estás ante algo que no puedes tener, cuanto más lo deseas más desesperante es. Sin embargo, yo estoy aquí, preparado y absolutamente dispuesto a darte todo lo que quieras, solo tienes que cogerlo, es todo tuyo. Soy todo tuyo.

—Pensaba que no sabías ir despacio.

—Si no me tocas, sí. El problema lo tengo cuando paso a la acción, se me nubla la mente. Tengo un acelerador muy suave y un motor muy potente.

—Vale. Ahora que hablamos de música, no me enseñaste a tocar el violín, ya me entiendes. Podríamos hacerlo después de cenar. Cuando acabemos podemos ir a casa, cogerlo e ir a algún lugar donde no molestemos a nadie. ¿Conoces un sitio así?

—Sí, sé dónde podríamos ir. No será después de cenar, no tengo tanto aguante, sino después de follar, si quieres.

—¡Sei!

—¿Qué? Eras tú la que querías sentir mi piel y te quejabas de mi *tempo* hace un momento. Voy a enseñarte a tocar alguna nota, pero primero voy a mostrarte cómo coger el instrumento y lo que se siente al tocarlo. Para eso me situaré a tu espalda con mi cuerpo pegado al tuyo, tú sujetarás el violín, con el mentón, el cuello y el hombro haciendo una gran pinza para sostenerlo; se aguanta de esta manera para no tener que hacer fuerza con el brazo izquierdo y que los dedos queden totalmente relajados a la hora de tocar. Yo sujetaré el diapasón, y tú colocarás tu mano sobre la mía. Hay que crear una sensación de suspensión, jamás de elevación. Yo apoyaré la mejilla en tu sien; tocaré yo y tú acompañarás con tu cuerpo los movimientos del mío que te envolverá. Vas a sentir las vibraciones en cada célula, mi respiración y los latidos de mi corazón cuando se

aceleren y se acompasen con la melodía… Quiero que sientas la emoción intensa de dejarte arrastrar por todo lo que te estoy diciendo y que en ese momento no haya nada más. Después, te enseñaré un poquito la escala, y, si estás pensando en mí con lujuria, no vas a acertar ni una nota. ¿Cómo lo ves?

—Mejor el sexo primero, sí —dije convencida—. Todo eso que has dicho me parece precioso.

—Es brutal, no se parece a nada más en el mundo, te lo aseguro. Pido la cuenta, ¿no?

De camino a casa, jugamos mucho y nos reímos más. Buscábamos cualquier excusa para tocarnos y besarnos. Él estaba helado, así que le puse mi gorro y mi bufanda abierta sobre los hombros, estaba muy tierno rodeado de rosa pastel. Nos hicimos algunos selfis haciéndonos arrumacos y besándonos, le hice fotos envuelto en mi bufanda y con mi gorro puesto.

Al cerrar tras de mí la puerta de mi piso, las prendas empezaron a volar. Las manos, con la torpeza que les traspasa el ansia, buscaban arrebatadas la piel del otro. Mi blusa descansaba en el suelo enredada con su camisa en un perfecto avance simbólico de lo que iba a pasar entre nosotros. Llevé mis manos a la cintura de su pantalón para desabrocharlo, al hacerlo rocé ligeramente la poderosa erección que se mantenía presa bajo su ropa interior. Suspiró con fuerza, apretó mi mano contra ella de forma tan brusca que temí hacerle daño, sin embargo, era él, no yo, el que controlaba la intensidad. Apreté un poco y él perdió el escaso control que mantenía. Él sí me arrancó de forma precipitada y sin contemplaciones la poca ropa que aún llevaba puesta. Se quitó con más brusquedad su pantalón y el bóxer, y me levantó del suelo cogiéndome por las nalgas para besarnos, él era considerablemente más alto que yo. Rodeé su cintura con mis piernas desequilibrándolo un poco y haciendo que chocara mi espalda con el espejo del recibidor. Hundió la boca en mi cuello, en mi hombro, en mi pecho, acababa de empezar y me di cuenta de que ya le estaba arañando la espalda, apretando con fuerza mis uñas contra su piel. Bajó la mano y dejó que sus dedos se perdieran entre mis piernas buscando constatar lo que a mi juicio era más que evidente, podía hacer lo

que quisiera, entregarse a fondo, porque yo no podía estar más preparada para unirme a él. Las caricias de sus manos me arrancaron mil gemidos incontrolables que vertía contra su oído o mordiendo su hombro. Bajé la mano por su pecho perlado ya de pequeñas gotitas de sudor, notarlas entre mis dedos me encendió más. En aquel momento, sentí que ni siquiera tenerle de esa manera era suficiente para calmar la necesidad voraz que mi cuerpo sentía del suyo.

—Sei, cariño, lo quiero todo y lo quiero ya —logré articular como pude, con la respiración tan acelerada y la voz tan empapada de deseo que me costó reconocerla como mía.

Noté su boca alrededor de mi pecho, succionando vigorosamente, la cálida humedad envolviéndolo. Imaginé los senderos rosados labrados en profundidad por sus dientes en mi piel, no me hacía daño, era embriagador y apasionado. Si continuaba así sobre el pezón, estaba segura de que sí me molestaría, y se acercaba con vehemencia. Suavizó la presión cuando llegó a él, lo justo para que no doliera, pero siguiera teniendo la misma intensidad. Dejé que mi mano se perdiera entre la espesa mata de pelo de su nuca. Me llevó en esa postura hasta el salón y me dejó en el suelo, apoyada en el ventanal que se abría hacia ese barrio obrero de la ciudad de Barcelona. Bajó poco a poco hasta estar de rodillas ante mí, hundió la boca trazando figuras imposibles de reconocer. Las sentí de una forma tan impetuosa que me pareció que podía desintegrarme o estallar en cualquier momento. Justo cuando eso iba a pasar, paró y siguió bajando por mis piernas. Me arrodillé frente a él, le besé los labios, el cuello, el pecho, los abdominales, pasé la lengua sobre la delicada piel que se alzaba hacia ellos y la besé con ternura. Inspiró hondo y se estremeció. Luego se levantó y me tendió las manos para ayudarme a ponerme en pie. Movió un poco el sofá para que, apoyándome en el brazo como me indicaba, se viese la calle y los edificios de enfrente.

—Dame un minuto —me susurró al oído—. Mira por la ventana, vuelvo en seguida.

—¿Adónde vas?

—Treinta segundos, dame solo treinta segundos. —Salió de la estancia y me quedé mirando a través del cristal. Me sentí más sola en esos segundos de lo que me había sentido en los últimos años, con el aroma y calidez de su piel empapando la mía, aunque sin tenerlo unido a mí. Volvió rasgando el envoltorio del preservativo, se lo puso deprisa, mostrando su maestría.

—Sei…, me gustaría sentirte piel con piel. —Se pegó a mi cuerpo rodeándome con sus brazos largos y fuertes, hasta que no quedó un milímetro entre nosotros.

—Todo esto también es piel, ¿me sientes? No creo que veinte centímetros más o menos sean tan importantes.

—¿Veinte centímetros?

—Igual exagero o quizás no… Júzgalo tú misma —dijo empezando a abrirse paso en mi interior. Empezó despacio, con suavidad. En cuanto comprobó que mi cuerpo lo reclamaba con fervor, cambió el ritmo de una forma tan radical que tuve que aferrarme al sofá con fuerza para recibirlo—. Si soy muy brusco, dímelo y seré más suave.

—Eres perfecto, cariño. No quiero delicadeza, me gustas tú, acelera todo lo que te apetezca.

No hacía falta incitarlo, aun así, lo hice. Su respuesta no se hizo esperar: más rápido, más fuerte, más potente. Cerré los ojos con fuerza, sentía que el calor empezaba a invadirme entera. Paró, me hizo ponerme de espaldas a él apoyada en el sofá, con la cristalera delante. Si, como en muchas películas, tenía algún vecino que se dedicaba a mirar los otros pisos con prismáticos, le estábamos dando un espectáculo brutal. Volvió a embestir con fuerza desde atrás, una y otra vez, agarrándome con fuerza de la cintura, cosa que le agradecía porque, si no lo hiciera, estaba segura de que mis piernas no me sostendrían. Me gustaba escuchar el sonido que hacían nuestros cuerpos al unirse. Bajó la intensidad, pegó su pecho a mi espalda, acercó los labios a mi oído y me dijo en voz baja:

—No cierres los ojos, Mar. Quiero que veas todas esas ventanas a las que llevas años mirando, imaginando historias felices, momentos más bonitos, vidas más perfectas que la tuya, y pienses que en este momento nadie tiene nada mejor ni más perfecto que lo que tienes

tú, lo que tenemos nosotros. Son ellos los que tienen que mirar a tu ventana con anhelo y con envidia.

Dicho esto, volvió a acelerar el ritmo, a aumentar la intensidad de la cadencia. Hasta que esta vez, cuando mi cuerpo empezó a temblar por el intenso placer que lo recorría, Sei permitió que el suyo hiciera lo mismo, fundiéndonos juntos en un orgasmo tan arrollador como profundo.

Aún temblando, él me abrazó y se dejó caer en el sofá conmigo sobre su cuerpo. Miramos los dos a través del ventanal unos minutos, abrazados, en un silencio ligeramente rasgado con el latido todavía acelerado de nuestros corazones y las respiraciones rápidas que buscaban sosegarse. Sabía que no debía, que él no quería oírlo, sin embargo, yo necesitaba decirlo y Sei necesitaba escucharlo, aunque se negara a reconocerlo incluso ante sí mismo.

—Me enamoré de ti sin remedio escuchándote tocar el violín. Después conocí al hombre que había tras la música, y aún te amé más. Te quiero, Sei. —Ya estaba hecho, cerré los ojos y esperé el desastre. Él suspiró. ¿Se enfadaría? ¿Se asustaría? ¿O quizás sería una combinación de ambas cosas y no lo volvería a ver?

—Lo sé y yo también te quiero, Mar. Te quiero, y lo peor de todo es que quiero que me quieras, y no debería. En el fondo, me gusta y deseo que lo hagas. Soy un puto egoísta de mierda. Eso, tampoco sé cómo evitarlo. —Lo abracé con fuerza, esperaba cualquier reacción menos esa.

Ni siquiera me había atrevido a soñar que confesara sus sentimientos, aunque sabía que los tenía. Lo sentía en cada una de sus caricias y miradas. Su alma se asomaba de forma irrefrenable a sus ojos, y de igual manera que mostraba el terrible dolor que lo consumía, mostraba el amor que se había ido instalando en su pecho.

—¿Qué tiene de malo que quieras sentirte querido y querer? Es lo normal, Sei, no es egoísmo, es lo que deseamos todos, lo necesitamos.

—Te arrastraré conmigo, ¿no lo entiendes? No puedo permitirme tener esperanza y lo he hecho. Me arrepentiré y tendré que pagar por ello. Qué más da, ahora es tarde, muy tarde. He permitido que

me quitaras la coraza, esto nos pasará factura. Y lo peor es que parte de esa cuenta estarás obligada a pagarla tú, y es injusto. Es culpa mía y lo siento.

—No eres el responsable de nada. No decidimos enamorarnos, solo pasó. En cualquier caso, la decisión de estar a tu lado la tomo yo. Si tengo que pagar por ello, lo haré feliz. Has conseguido que viva por primera vez y eso no tiene precio —. Volvió a suspirar de forma profunda y pesada. Busqué su mano, la cogí y enlacé mis dedos con los suyos. Nos perdimos en aquella caricia no sabría decir durante cuánto tiempo.

Cuando lo miré, era él el que había cerrado los ojos. Desenredé con cuidado mis brazos y mis dedos de los suyos y pasé muy despacio sobre su cuerpo. Aunque no quería despertarlo, no pude evitar darle un besito suave en el pómulo, quería apoyar siquiera fugazmente mis labios en su piel. Le di la espalda y, cuando fui a levantarme, me agarró de la cintura y tiró, haciéndome caer de nuevo sobre su cuerpo, sin rastro de delicadeza. Mientras, aún sin abrir los ojos, me preguntó:

—¿Dónde crees que vas, abandonándome así, de forma furtiva?

—No quería despertarte, necesitas descansar.

—¿Para el segundo asalto?

—¡No! Para enseñarme a tocar el violín.

—Hace frío, lo hacemos mañana aquí.

—Claro, tú vas sin abrigo.

—No es por eso, lo tengo abajo, en el cuarto de contadores. Me molestaba para mi entrada triunfal de tío bueno —confesó medio en broma, medio en serio.

—Quiero hacerlo ahora, Sei. Quiero esa experiencia también esta noche.

—Vale, nos duchamos y nos vamos. Te dejo disfrutar del agua helada a ti primero, soy un caballero.

De pronto, se había dibujado en su cara una sonrisa algo triste. Le apreté el hombro, besé el cuello, que tenía ladeado mirando hacia el edificio de enfrente, y lo dejé solo y pensativo en el salón.

Capítulo Quince

LUDWIG VAN BEETHOVEN: CUARTETO DE CUERDA NO. 14



POSEIDÓ

Escuchaba el agua de la ducha al caer. ¿Qué estaba haciendo? ¿En qué estaba pensando? O más bien, ¿con qué lo estaba haciendo? No, no había sido eso. No me había dejado llevar por la pasión ni por las ganas de compartir un momento íntimo, lleno de ternura, calidez y caricias con alguien. Me había enamorado de Mar. ¿Y ahora qué? Yo no podía permitírmelo, me había jurado no volver a entregarme de esa manera después de Simonetta y, sobre todo, tras la traición descarnada de Elisa. Ella y Helena mataron a sangre fría a Sei, y los muertos no se levantan de su tumba.

No quería pensar en la última vez que vi a mi primer amor, y mucho menos en el día en que me quedé huérfano. Helena Solans seguía viva, sin embargo, mi madre había muerto el mismo día que Poseidó Balcells. Aunque no quería, esos recuerdos habían decidido salir a la superficie y eran mucho más fuertes que yo.



Llegué a Barcelona por la mañana. Nada más poner los pies en el aeropuerto de El Prat, sentí una descarga de tristeza y desesperación en mi interior, era como si la ciudad me abrazara y, de pronto, yo no pudiera mantener el muro que contenía todo lo que luchaba por salir. Me sentía fuera de la realidad, como si estuviera atrapado en una pesadilla. No obstante, algo en mi interior repetía una y otra vez: «Es real, nunca volverás a tocar el violín en una orquesta, se ha acabado todo. Un montón de amigas, amantes e incluso tu primera novia te han acusado de ser un enfermo, un degenerado, un monstruo. No es una pesadilla, es real, esto te está pasando de verdad».

Fui hasta el puerto y me senté a ver el mar, a aspirar su olor. Nada podía ser tan malo mientras pudiese sentarme allí y el

Mediterráneo me acariciara. Aún tenía eso, nadie podía quitarme esa sensación… ¿Verdad?

Claro que no, eso no me lo podrían robar. Barcelona, el mar y yo, mientras todavía tuviera eso, todo iría bien, todo se solucionaría. No sé cuánto tiempo estuve allí sentado ni cuánto volví a llorar, solo, pausado, en silencio. Había gritado hasta quedarme sin fuerzas en el hospital, ahora ya no sentía esa necesidad, estaba tan triste que no tenía ánimos para nada que supusiera un esfuerzo, para algo que fuese intenso. Me sentía abandonado, perdido, afligido, derrotado, desolado…

En realidad, ni siquiera lloraba, simplemente las lágrimas me caían de los ojos sin parar y no tenía fuerzas para intentar evitarlo.

Caminé despacio, sin pensar hacia donde iba, sin ser consciente del rumbo de mis pasos, hasta llegar delante de la casa de Anna Elisa. Me apoyé en un banco, tampoco recuerdo cuánto tiempo estuve allí, fue mi primera noche en la calle. No dormí en ningún momento, solo estuve sentado frente a esa casa pensando en Elisa o Anna, quizás debería empezar a llamarla como lo hacía el resto del mundo, ya no existía un «nosotros», lo había aniquilado con su traición.

Ella estaba durmiendo en su cama, tranquila, con toda su vida en orden, con sus sueños intactos y con un futuro por delante, mientras, yo estaba allí solo, en mitad de la noche y sin esperanza alguna. Ella, que era una embustera y que me había destrozado, seguía teniéndolo todo; yo no había hecho nada y eso era con exactitud lo que me quedaba: nada.

Salió a las nueve de la mañana con su perro, risueña, feliz, viva. La contemplé unos minutos jugando con Duc, despreocupada. No reparó en mí hasta que me levanté y avancé un poco en su dirección. Entonces se giró y me miró, no sabía si iba a ser capaz de lograr emitir algún sonido, pero de pronto me oí a mí mismo, cansado y destruido, preguntando:

—¿Por qué? —Solo eso, nada más.

—¡Sei, lo siento! Lo siento, perdóname, no quería hacerlo, te juro por Dios que no quería. Yo no deseaba hacerte daño. Te amé muchísimo, lo sabes, estaba loca por ti, enamorada sin remedio,

mucho más que tú de mí, eso también lo sabes. Aun así fuiste maravilloso siempre, fuiste el primer amor más perfecto que nadie pueda tener. Lo siento, Sei, lo siento tanto. —Lloraba desconsolada, más por la culpa que por la pena.

—¿Por qué, Anna? ¿Por qué? —Me quité las gafas de sol, quería que me mirase a los ojos y me dijera por qué motivo había decidido destrozarme. Debía tener peor aspecto del que yo pensaba porque ella se sobrecogió.

—Me dijeron que no volvería a tocar, que se ocuparían de que no pudiese tocar en ninguna gran orquesta jamás, que se inventarían lo que hiciera falta para conseguir hundirme. Me dijeron que, si no hacía esa declaración sobre ti, me lo quitarían todo. ¿Qué querías que hiciera? Mira lo que te han hecho, y eres su hijo, ¿qué crees que habría pasado conmigo?

—¿Qué quería que hicieras? ¿Qué tal no mentir?

—¡No podía! —Bajó los ojos al suelo, había estado esquivando mi mirada todo el tiempo.

—Mírame a la cara, Anna. Mírame.

—Sei…

—¡No me llames así! Perdiste ese derecho cuando decidiste retratarme como un psicópata que disfruta humillando y agrediendo a las mujeres. De todas las declaraciones, la tuya es la peor con diferencia, la que tiene los detalles más sucios y sórdidos.

—No quería decir esas cosas sobre ti. Siempre te voy a querer.

—Ni se te ocurra. No digas que me quieres después de lo que me has hecho.

—¡No tenía otra opción!

—Eso es mentira, siempre hay otra opción. De hecho, mentir y destrozar a otra persona nunca es una opción.

—Me prometieron que esa declaración solo serviría para traerte de vuelta a casa, no quería hacerte daño. ¡Tú no lo entiendes!

—Claro que lo entiendo, lo entiendo perfectamente. Eso es lo que más me duele.

—Se… Poseidó, por favor, perdóname. Lo siento, lo siento de verdad.

—Genial. Pues ya está todo arreglado, ¿no es así? Sigue con tu vida, sigue tocando, espero que llegues a la sinfónica de New York, que los dejes alucinados y que cada nota que interpretes esté llena de fuerza, de vida; al fin y al cabo, tendrá la tuya y la que me has robado a mí. Sé feliz, pero no me pidas que te perdone, no puedo hacerlo, no creo que lo que has hecho tenga perdón. Vive con ello, a fin de cuentas, fue tu decisión. Asume las consecuencias, no tengas la desfachatez de esperar que yo te exculpe. —Me giré para irme, me di cuenta de que volvía a tener la cara bañada en lágrimas. Me habían dolido mucho los ojos, los tenía en carne viva y las lágrimas al salir parecían cuchillas o fuego dependiendo del momento, ahora ya ni siquiera sentía ese dolor.

—Poseidó, no te vayas así. Tú siempre serás el recuerdo más bonito de mi vida. Mi primera vez contigo fue sencillamente mágica, tú lo hiciste todo tan dulce, tan tierno, tan delicado…

—Sí, lo leí en los papeles que me dieron, es justo lo que declaraste. Yo también tenía un recuerdo precioso, ahora me lo has quitado y me has dado esto a cambio. Gracias, Anna, muchas gracias.

La escuché llorar y gritarme desesperada mientras me alejaba. No me giré, no dejaba nada atrás. Decidí ir a casa, quizás Simonetta tenía razón y yo era «un niño de mamá». Necesitaba a Helena, que me cogiera entre sus brazos y me consolara, necesitaba explicarle todo este despropósito y que me acunara y me convenciera de que todo iba a salir bien, que me dijera que no estaba todo perdido, que ella sabía cómo obligar a mi padre a dar marcha atrás y arreglar las cosas.

No era tan descabellado, ¿verdad? Podía haber una manera de arreglarlo todo. Mi madre me ayudaría, ella no iba a permitir que El·ladi me hiciera esto.

Respiré profundo por primera vez en días. ¿Cómo no lo había pensado antes? Eso era lo que tenía que hacer.

Llegué a la mansión y toqué a la puerta, no llevaba llaves, mi decisión de volver a Barcelona fue tan precipitada que no llevaba nada. Me abrió una chica con el uniforme de servicio, no la conocía y ella a mí tampoco. Supongo que en aquel momento no me parecía

demasiado a las fotos del hijo guapo y triunfador de los Balcells que mi madre tenía por todas partes.

—Buenos días, necesito hablar con la señora Solans,¿está en casa?

—Buenos días. Los señores no pueden atender a nadie en este momento, están reunidos y el señor Balcells ha pedido que no se les moleste bajo ningún concepto.

—¿Ahora El·ladi pide las cosas? Eso sí que es una novedad. —En ese momento vi acercarse a Lucía, una de las limpiadoras que llevaba toda la vida trabajando para mis padres. Se quedó helada, incluso se le cayó el recipiente que llevaba en las manos, haciéndose añicos contra el suelo de mármol.

—Señor Poseidó, ¿qué le ha pasado? ¿Cuándo ha vuelto de Ámterdam? No le esperábamos. —Definitivamente mi aspecto debía de ser terrible.

—No es nada. Se solucionará, no se preocupe, Lucía. Tengo que hablar con mi madre. ¿Está arriba? Quiero darle una sorpresa, no he avisado a nadie de mi regreso.

—No. Está en el jardín, en el rincón de la pérgola, desayunando con el señor Balcells.

—Gracias, Lucía. Y deje de mirarme así, no sufra, estoy bien.

—Perdón, señor Balcells —se disculpó la empleada que no me había dejado pasar—. No sabía quién era usted.

—No, no se disculpe, el fallo ha sido mío, no me he presentado. Suelo ser más educado, solo que hoy no es mi mejor día.

Salí al jardín, el sol pasaba entre las hojas de los árboles haciendo que las sombras bailasen curiosas coreografías. Me quedé extasiado mirándolas, escuchando en mi cabeza la música que solo ellas y yo podíamos oír. La voz airada de mi padre me sacó de la ensoñación.

—¡Sí estoy haciendo algo, Helena! Estoy haciendo justo lo que me pediste. Tengo a mi gente investigando a la cantante de ópera, descubrirán cuál es su punto débil. Si hay algo turbio en su pasado, lo sabremos; si tiene una abuelita a la que adora, la encontraremos; si lo que le da la vida es su carrera, también… Cuando tenga esa información, la atacaré donde más le duela y hará lo que le ordené

como el resto del mundo. No me presiones, solo necesito un poco más de tiempo.

—¿Tiempo, El·ladi? Poseidó está hundido ahora. Si esa zorra lo ayuda y está a su lado en este momento, él no la abandonará jamás. Tú no lo conoces, yo sí, es mi hijo. Te di toda esa información, te dije los nombres de todas las chicas a las que podías presionar y cuáles eran sus puntos débiles para que pudieras asustarlas y que dijeran todas esas cosas horribles sobre Poseidó. La finalidad era que no pudiese volver a tocar, destruir su sueño y que volviera a casa a trabajar en tu empresa, como tú querías. Solo te pedí a cambio que sacaras a esa furcia de su vida. Yo he cumplido mi parte con creces. ¿Sabes de dónde saqué toda esa información tan preciada y valiosa? Me la dio Sei. Él me contó los sueños de Anna, los miedos de Melissa, el punto débil de Clara… Me lo contaba todo. Pero desde que esa zorra pelirroja entró en su vida, ya no me cuenta nada. Siempre fui su confidente, la persona en quien confiaba a ciegas para desahogarse, para que lo aconsejara o lo ayudase. Por eso tenía todas las armas para que consiguieras llevar a cabo tu plan. Nadie más poseía esta información, solo él y yo. Te la di a ti para que me lo trajeras de vuelta a casa y no has hecho nada. ¡Nada!

—Te vuelvo a decir que estoy en ello. Bethencourt dejará a tu hijo en cuanto la amenace o la soborne. Sin embargo, estas cosas hay que hacerlas bien, las prisas no son buenas consejeras. Tendrás a tu niño de vuelta bajo tus faldas ¿Dónde va a ir si no? No tiene más opciones. En casa será tu gatito de angora para que te entretengas con él, y yo lo convertiré en el tiburón de las finanzas que necesito en la empresa. A Neptú la faltan huevos, a este le sobran, solo tengo que conseguir que deje de tener valores y moral. Cuando deja de lado esas tonterías, es un hijo de puta manipulador impresionante. El chico tiene madera, pero mi padre y tú lo habéis ablandado con esas gilipolleces de la música. En fin: «muerto el perro, se acabó la rabia». A la mierda la tontería de ser violinista.

Ojalá tuviera palabras para definir lo que sentí en ese momento. No las hay. Basta decir que, si quedaba algo entero dentro de mí, se partió en ese instante. Si quedaba algo vivo en mi interior, murió

atravesado por esas palabras. De pronto tenía frío, mucho frío, nada más, solo frío. Desanduve mis pasos, Lucía estaba allí, también Vera. Sé que me gritaron algo, no oí nada, solo temblaba. Escuché la voz de mi madre detrás de mí:

—Sei, cariño, ¿qué haces aquí? ¿Qué has oído? Sei, mi amor, ven. ¿Qué te ha pasado, cariño? Déjame explicártelo todo. Lo arreglaremos, mi vida. Ven conmigo.

Corrí hacia la puerta, ahora eran tres mujeres las que me llamaban y gritaban a mi espalda. Me metí corriendo en medio de la Diagonal, los conductores me pitaban. Pude haber provocado un accidente, pudieron haberme atropellado varios coches, motos, autobuses y hasta un tranvía, aun así, llegué al otro lado ileso. Desorientado, sin saber ni quién era, me encontré en un parque. Estaba convencido de que sufría un infarto de miocardio por el dolor y la dificultad para respirar. En Ámsterdam me habían dicho que eso era un ataque de ansiedad. Cogí mis pastillas y volví a meterme dos debajo de la lengua. No iban a ser suficientes, así que me puse otras dos. Quizás no fuera ni lo uno ni otro, tal vez solo fuera el dolor esperable cuando un corazón se parte en dos.

Me despertó una voz que cantaba una canción suave, al principio me costó reconocerla, era *Bayu Bayushki Bayu*. Sentí una mano acariciándome el pelo, estaba soñando. En mi sueño yo estaba tirado en el suelo de un parque, era de noche y Vera me acariciaba y me cantaba aquella canción de cuna que siempre me hacía sentir mejor y me calmaba. Sin embargo, esa noche no lo consiguió, el dolor que sentía era demasiado hondo para calmarse con nada. Abrí los ojos, ella me miró y me dijo: «*Malinki*, pequeño, mi pequeño, ¿qué te han hecho?». No era un sueño, Vera y yo estábamos tirados en el suelo de aquel parque de verdad, yo tumbado, ella sentada a mi lado. Puse la cabeza en su regazo y me hice un ovillo, quería hacerme pequeño, diminuto, insignificante y desaparecer. Ella me acunó, cantándome dulcemente, hasta que volví a dormirme, llorando como un niño, entre los brazos de la que probablemente era la única mujer que me había querido.

Poseidó Balcells murió aquella noche, desangrado, en el suelo de un parque cualquiera de la ciudad de Barcelona. Le faltaban cuatro

días para cumplir veintiséis años. Aunque deambuló como un zombi durante casi dos semanas más entre Ámsterdam y Barcelona, la fecha de la muerte se podía fijar en aquel 3 de abril, sin lugar a dudas.



Sentí unas manos secándome la cara con una ternura infinita y la voz de Mar llamándome. ¿Qué estaba haciendo? Joder, ¿qué estaba haciendo?

Capítulo Dieciséis

HEINRICH WILHELM ERNST :THE LAST ROSE OF SUMMER



—¡Sei! ¡Sei, cariño! Te he dicho que ya me he duchado y me he vestido. —Mar pasó las piernas sobre mí, sentándose alegre en mi regazo. Luego llevó las manos a mi cara—. Cielo, Sei, ¿qué te pasa? —Me secó las mejillas con preocupación, había vuelto a llorar sin darme cuenta.

—Nada. No te preocupes. Me ha venido un recuerdo del pasado, uno que duele mucho, tal vez el peor de todos. Eso fue hace mucho tiempo, y no, no quiero explicarlo, no estoy preparado para hablar de ello.

—De acuerdo. Aunque me gustaría que algún día pudieras hacerlo. Creo que sería bueno para ti.

—Estoy bien. No tiene importancia, es algo que le pasó a otra persona, en otra vida. Lo siento, no quería preocuparte. —Me abrazó fuerte.

—Te quiero, Sei. Te quiero mucho. En esta vida, en la de ahora, te quiero con toda mi alma.

—Sigo sin tener futuro.

—Sigo queriendo solo tu presente.

—Vale, pues en el presente necesito una ducha, y después nos vamos.

Le di un beso en los labios y me encerré en el baño. Abrí el grifo y dejé que el agua helada congelase los recuerdos. Me miré las manos estiradas ante mis ojos, me temblaban muchísimo. No podría tocar así, necesitaba una pastilla para serenarme un poco, solo una, para calmar a la bestia, que aflojara las fauces y dejara de desgarrarme el alma. Me vestí, salí a su encuentro y cogí el violín.

—Listo. Son casi las cinco de la mañana y nos vamos de excursión.

—¿Dónde vamos a ir?

—A la montaña. Necesitaremos un vehículo… Ahora lo soluciono.

—Sei, no. No puedes… —Me reí a carcajadas por la expresión grave y asustada de su cara.

—Es broma. No lo había hecho nunca. Yo no hago esas cosas. Vamos al puerto en metro. Mar, si quieres, hasta podemos comprar el billete. Creo que eso tampoco lo he hecho nunca, pero lo haré si quieres que cumpla todas las leyes de manera escrupulosa.

Me empujó la mejilla con la palma de la mano mientras me decía:

—¡Qué tonto eres, por Dios! Vámonos.

Bajamos en Drassanes y fuimos hasta el muelle. Busqué un recodo bajo una pasarela de madera, me recosté en una columna y ella lo hizo sobre mi cuerpo, se apoyó en mis hombros y me besó con ternura.

—Vale. Vamos a hacer lo que teníamos previsto, no me líes. —Abrí la funda y cogí el instrumento—. Bien, tenemos el violín y el arco. Voy a comprobar la afinación, que consiste en intervalos de quintas. Ufff, soy muy malo como profesor, me enrollo mucho. Voy a intentar evitarlo. Coge el arco con el dedo corazón y el pulgar, así, formando un cero. Ahora colocamos los otros dedos, yo lo cojo de esta manera. —Se lo mostré—. No todo el mundo lo hace igual, cada uno tiene que encontrar su punto.

—¿Lo de los intervalos de quintas era para impresionarme? —preguntó tomándome el pelo a la vez que me lo revolvía—. Cuando te pones tan técnico no entiendo nada de lo que dices. Al menos, ¿estoy cogiendo bien el arco?

—Sí. Sujeta el violín entre el pulgar y el índice de la mano izquierda. Con la mano relajada, no como si te estuvieras sujetando al mástil o como si intentaras estrangularlo. Es todo muy suave y sutil.

—Vale, con delicadeza, ¿así?

—Exacto, relajada. Pon todos los dedos, menos el pulgar, en la clavija. Colocamos la almohadilla sobre el hombro izquierdo. La gente cree que el instrumento se sujeta con los brazos, y no es así, hay que hacer pinza entre la cabeza y el hombro para sostenerlo. Las manos son para tocar.

—Es más difícil de lo que parece.

—¡Qué va! Verás como no lo es. Yo te guío. Dame el arco, deja tus brazos muertos sobre los míos y sígueme, fúndete conmigo.

—Es lo que más deseo, Sei.

—Entonces vamos allá. Voy a intentar tocar la pieza con la que deslumbré al jurado en mi examen final del grado superior. Ahora sí que voy a impresionarte.

—Eso ya lo hiciste hace mucho tiempo.

Erré una nota nada más empezar.

—¡Argg, mierda!

—Sei, no hace falta…

—Espera, déjame volver a probarlo. —Me concentré, cerré los ojos, respiré, me vi a mí mismo tocando esa pieza cuando aún era Poseidó Balcells, firme y seguro. Empecé de nuevo.

Cuando acabé, Mar me abrazó emocionada. Lo había conseguido, lo había tocado mejor de lo que esperaba, no como antes, aunque sí aceptablemente bien. En mi cabeza y en mi alma había sonado como debía ser, lo había sentido, y eso fue lo que mi cuerpo le transmitió a ella.

—No estoy segura de si me ha gustado la música, es una composición un poco complicada. Lo que sí me ha encantado es sentirla y sentirte tocarla.

—Entiendo lo que dices, los *caprichos* de Paganini no son fáciles de escuchar, este es el 24, el más conocido. Engloba todos los recursos técnicos del instrumento, dobles cuerdas, tocar tres notas «casi» a la vez, notas tocadas a gran velocidad, diferentes golpes de arco, saltillo, *staccato*…, los registros más agudos del violín, con los que se consigue una sonoridad fantasmagórica, y un montón de dificultades más con las que no te voy a aburrir. Es un despliegue violinístico casi circense. Es Paganini en estado puro y a mí me encanta, es mi preferido y siempre lo será. Quizás no fue el mejor compositor, pero fue un genio. Decían que tocaba como lo hacía porque tenía un pacto con el diablo.

—¿Un pacto con el diablo?

—Es probable que pudiera tocar de esa manera porque tenía los dedos muy largos, seguramente debido a una malformación. Aunque la otra versión era más interesante, incluso me atrevería a decir que para él mismo. Vamos a tocar otra cosa, algo más relajado, más melódico y fácil de escuchar… Pídeme algo. —Negó con la cabeza—.

¿Elijo yo? De acuerdo. —Toqué, con mi cuerpo unido al suyo para que vibrase conmigo, con la música. Sus manos sobre las mías, las tres almas fundidas en una: la suya, la mía y la del violín.

Al terminar, dejó el instrumento en la funda y me miró profundamente a los ojos, tan hondo que sabía que podía ver todo lo que ocultaba, lo que no mostraba a nadie, ni siquiera a mí mismo. Nadie había mirado nunca tan dentro de mí, y no estaba seguro de si eso era bueno o malo. Me abrazó y me besó de tal manera que supe con total seguridad que Poseidó Balcells había tenido que dejar de existir para que naciera este Sei capaz de provocar esos sentimientos en alguien, que todo había valido la pena por estar en ese momento, viviendo ese instante. Todo lo pasado había tenido la finalidad de llevarme allí, a ese lugar.

Por fin entendía el sentido de mi vida. Sentir y hacer que ella sintiera lo que teníamos en ese amanecer. Ni siquiera fui consciente, perdido como estaba en mis divagaciones, de cómo había pasado, pero me encontré dentro del cuerpo de Mar, embriagados por las sensaciones provocadas por la música, dejándonos mecer por el rumor de las olas. Esta vez fue suave, tierno, intenso y emocional. Estaba traicionándome a mí mismo, rompiendo la promesa que me hice de no volver a ofrecerme nunca así, de no volver a cerrar los ojos y dejar que las sensaciones me empapasen el alma. Sin embargo, allí estaba, totalmente rendido, entregándome como nunca había hecho antes, dando incluso más de lo que tenía. No había vuelta atrás, para bien o para mal, la suerte estaba echada.

Capítulo Diecisiete

PIETRO LOCATELLI: LABYRINTH



MAR

Empecé a trabajar en BMN un lunes 12 de diciembre. Estaba nerviosa y algo insegura en aquel ambiente cargado de lujo y ostentación. Me sentía fuera de contexto, ese no era mi mundo. No, no podía pensar eso. Lo era, era mi trabajo, mi entorno laboral, mío; ahora también pertenecía a ese lugar.

Carles Balcells era un hombre atractivo. Tendría unos cuarenta y cinco años, el pelo negro como el carbón, quizás demasiado oscuro y brillante, la piel morena, probablemente no de forma del todo natural, los ojos de un marrón oscuro casi negro y una sonrisa perfecta como en un anuncio de dentífrico. Era alto y atlético, se notaba que se cuidaba y hacía deporte.

Lo vi entrar seguro, altivo. Era simpático con todo el mundo, saludaba con familiaridad, con una cierta condescendencia, como si el hecho de que el jefazo fuese amable con sus trabajadores fuese un favor hacia ellos. Sonreía a todo el mundo, aunque no lo hacía de la misma manera. Su sonrisa variaba si a quien se dirigía era un hombre o una mujer joven y guapa, y eso me inspiró rechazo. Pero no podía ser paranoica, seguro que las cosas no eran como yo las veía. Carles Balcells simplemente era simpático, no coqueteaba con sus empleadas. Yo veía fantasmas porque no tenía muy buen concepto del género masculino.

Cuando me lo presentaron, me sostuvo la mano unos segundos más de la cuenta, me sonrió ligeramente más de lo correcto y me miró de una forma que me hizo sentir incómoda. Fue una mirada demasiado intensa, me sentí un tanto invadida. No fue una mirada profesional.

—Señorita María del Mar García. ¿Es correcto?

—Sí. Pero prefiero que me llamen Mar.

—Bien, lo recordaré. Aunque yo me refería más bien al trato. ¿Señorita? —preguntó con intención, lo cual lo hizo aún más inadecuado. Notó mi vacilación y añadió riéndose—: Es una broma para distender el ambiente. Ya me conocerá, me gusta que la gente

que trabaja a mis órdenes se sienta cómoda, y usted parece un poco tensa. En realidad no tengo ningún interés en su estado civil, y si lo tuviera tengo una ficha donde consultarlo. Relájese, Mar, le va a encantar trabajar conmigo, con nosotros. —Utilizó de nuevo ese tono de voz que remarcaba la doble intención de sus palabras y volví a sentirme incómoda.

A lo largo de la mañana vi como revoloteaban las mujeres a su alrededor, estaba claro que era el gallo del corral y estaba encantado con ello, lo explotaba y lo incentivaba.

—Es atractivo, guapo y poderoso. Rico, muy rico, y está casado. Todas pasan por su cama, pero ninguna se queda demasiado tiempo, es un picaflor. Mucho cuidado con él. Me llamo Miriam, tengo cincuenta y dos años, llevo quince años aquí porque soy inmune al señor Carles Balcells. Es solo un consejo, aunque te aseguro que es muy bueno.

—¡No! No me gusta, no lo miro por eso. Tengo pareja. Es solo que me parece exactamente lo que tú acabas de decir, pensaba que quizás eran paranoias mías. Me alegra saber que no estoy sola.

—¿Comemos juntas? A partir de las dos tenemos cuarenta minutos para ello, estamos en el mismo tramo horario. Yo soy la jefa de su equipo de ventas.

—Sí, me gustaría. Así hablamos un poco.

—Claro, de inmunología y de esa persona especial que hay en tu vida, a la que te falta tiempo para mencionar. Soy muy cotilla, llevo treinta años casada con el mismo hombre y necesito un poco de salseo en mi día a día.

Comí con Miriam y dos compañeros más: María y Joan. Les hablé de Sei, de Nico en realidad. En un principio no sabía qué contarles. Cuando empecé, simplemente les dije la verdad, omitiendo el problema de la adicción a los tranquilizantes y su historia familiar. A Joan le pareció una historia preciosa, María no dijo nada al respecto y Miriam solo comentó que le parecía bonito, aunque muy complicado.

—No sé si es más complicada que el resto de las relaciones o no, pero lo quiero.

—Entonces vívelo y no te preocupes. Será lo que tenga que ser, así que disfrutad del viaje. Siempre valdrá la pena, sea cual sea el destino final. —Estaba bastante claro que Miriam no apostaba nada por mi relación con Sei; se equivocaba.

Lo hacía, ¿verdad? Lo quería, estaba enamorada y eso era lo único en lo que quería pensar. Como si hubiera percibido que estaba hablando de él, me llamó cuando acabábamos de pedir los cafés. Estuve a punto de no contestar porque era un número desconocido.

—Hola, Mar. ¿Qué tal la vida en las altas esferas? ¿Cómo va el día? Cuéntame.

—Hola, cariño. ¿Qué quieres que te cuente?

—Todo, me interesa cualquier cosa que te pase.

—Es… Bueno, está bien. ¿Desde dónde llamas?

—Desde el móvil de Sissí, y ese «está bien» no ha sonado muy convincente.

—Todo esto es nuevo para mí, tengo que acostumbrarme.

—Está comiendo con gente muy maja. La vamos a cuidar, no te preocupes, Nico, está bien —dijo Miriam levantando la voz y acercándose al teléfono.

—Genial, me alegro de que tengas apoyo ahí dentro. Te dejo comer, hablamos luego. ¿Quieres que vaya a esperarte a la salida y damos una vuelta o hacemos algo?

—¿Necesitas preguntarlo? Claro que quiero. Tengo muchas ganas de verte y aún más de abrazarte.

—Yo también, de verte, de abrazarte, de besarte la boca, el cuello… Quiero que acaricies mis labios con la suave piel de tu pecho, y mi lengua, con el pezón. Sentirlo sin prisas, como me has enseñado… Y voy a dejarlo aquí porque me estoy viniendo arriba, figurada y literalmente, y tú estás comiendo con tus compañeros de trabajo.

—Vale, podemos hacer todo eso después. De hecho, me apetece mucho, es un buen plan.

—No me malinterpretes, yo también tengo ganas de caricias, cariños y arrumacos tiernos y dulces. Solo que después de una sesión de sexo salvaje y desenfrenado que nos deje tan agotados que no nos queden fuerzas ni para respirar.

—Se… Nico…

—No es culpa mía, yo ni siquiera pensaba en ello. Has despertado a la bestia y después de la hibernación está ansiosa y hambrienta.

—Pues igual podrías hacer algo de bricolaje en casa. Creo que te entretendría. Trabajar con las manos siempre distrae la mente y relaja, ¿no?

—Bien, bien, bien… —dijo divertido y con un tono de voz muy provocativo—. Es la segunda vez que me hablas de este tema. Piensas más en ello tú que yo, no sé cómo interpretarlo…

—Solo era una idea, un consejo. ¿Lo vas a seguir?

—Tal vez sí, tal vez no…, no tienes forma de saberlo. Imagina lo que prefieras. —Me encantaba cuando hablaba de esa manera pausada, con la voz profunda, cargada de sensualidad, arrastrando un poco las palabras, inspirando despacio y con intensidad.

—Vale, cielo. Pero si no me dices si vas a hacerlo o no, voy a pasar toda la tarde pensando si al final el perchero… —soltó una carcajada— habrá quedado bien, si lo has acabado o si me va a tocar montarlo cuando llegue a casa.

—¿No quieres montarlo? Creía que te encantaba. No me mientas, tú no vas a pensar en cómo ha quedado el… perchero, a ti no te interesa el resultado final, te interesa el proceso. Lo que te va a desconcentrar esta tarde es imaginarme trabajando con las manos. Nos vemos a las cinco en la plaza. —Colgó y me dejó con tantas ganas de más que quería matarlo, aunque hubiera empezado yo y me lo mereciera.

Debería haber pedido el cortado descafeinado. Sentía unos nervios brutales en el estómago. Respiré profundo. No, la sensación venía de bastante más abajo, no eran nervios, era una excitación salvaje, y no tenía nada que ver con la cafeína. Aunque en realidad no era solo eso. La emoción, el sentimiento, la ilusión… todo aquello que anhelaba y me había repetido hasta la saciedad que no existía, que solo era real en las películas, era lo que me estaba provocando esa sensación en el vientre. Por primera vez en mi vida me sentía querida, realmente valorada, especial. Sei me miraba como Jon Dalmau lo hacía con Alexandra Aimar en la pantalla, como yo había

deseado durante tanto tiempo. Recordar aquel anhelo me llevó de vuelta al pasado, al momento de mi vida en el que decidí que el amor, tal y como nos lo habían vendido en el cine y las novelas, era una gran mentira.



Después del abandono de Sergio, mi vida volvió a ser, por decisión propia, una sucesión de días grises. Iba de casa al trabajo en el supermercado, visitaba a la señora Rosa, paseaba, leía e iba al cine alguna vez. Todo lo hacía sola porque no me apetecía relacionarme con el resto de la humanidad. Había llegado a la conclusión de que no me gustaban las personas. No era una reacción arbitraria, jamás había conocido a ninguna que realmente valiera la pena. Y me daba una pereza enorme invertir el esfuerzo que suele costar mantener una relación de cualquier tipo con alguien para que acabase decepcionándome.

Alguna vez había quedado con algún chico que desde el principio dejaba claro que solo quería salir conmigo para llevarme a la cama. No sabía si no había tenido suerte o es que el sexo tampoco era para tanto. Claro que estaba bien, aunque nunca me había vuelto loca ni había deseado a alguien con la urgencia y la desesperación que muestran en el cine.

En una ocasión, iba dándole vueltas a todo esto cuando vi anunciada la última película de Jon Dalmau, con un cartel muy sugerente de dos personas en penumbra a punto de unir sus labios… Ese tío sí que estaba bueno, con ese hasta podría haber fuegos artificiales. Me reí de la ocurrencia, era muy mayor para ser tan niñata. Fuera de la pantalla, Jon Dalmau seguiría siendo igual de guapo y probablemente también sería un gilipollas. En el mejor de los casos, sería uno de esos guapos a los que les gusta follar mirándose al espejo para verse en acción o de esos que se tumban y te dejan hacer todo el trabajo por miedo a despeinarse. Aunque peinado, realmente bien peinado, ese chico no iba nunca.

Entré en el cine y lloré todo lo que hacía tiempo guardaba dentro. La película tenía un aire poético y nostálgico. No era especialmente triste, no lloraba por ellos. Lloraba por mí, porque yo quería ser Carol, y no porque Alex estuviese bueno para aburrir, sino porque necesitaba vivir lo que ella vivía en la pantalla. Quería ser capaz de sentir esa ilusión, esa emoción, esa pasión, quería sentir todo eso y estremecerme como lo hacía ella. Deseaba derretirme cuando él me mirase y que, como Dalmau en la pantalla, a mi pareja le pasara lo mismo.

¡Dios, qué bien actuaba!

Alexandra Aimar, a la que no conocía de nada, era incluso mejor. Cuando lo miraba se paraba el mundo. Parecía todo tan real. Traspasaba por completo la pantalla y te hacían sentir lo que sentían ellos. Además, los paisajes eran tan bonitos. La película estaba rodaba muy cerca de Barcelona, en Lloret de Mar. Tenía que ir un día a sentarme en alguna de las calas y disfrutar de las maravillosas vistas.

Aun así, me enfadé con Lorenzo Lasheras y Nicolás Salem. ¿Por qué tenían que crear esas ilusiones falsas que te hacían querer ser otra persona y anhelar algo que ni siquiera existía? La guinda del pastel fue una escena de sexo, toda en penumbra, rodada con una delicadeza y una sensualidad brutales. Cada mirada, suspiro, roce y caricia fueron lo más erótico que había visto.

Qué trabajo más bueno tenían algunas, y yo poniendo latas en las estanterías todo el día.

Salí del cine y maldije el momento en que se me había ocurrido entrar. ¿Cómo me libraba ahora de esa necesidad de sentir, de amar locamente y de ser amada de la misma manera?

Entré en Tinder y quedé con el primer tío con el que hice *match*. No quería darle tiempo de demostrarme que era imbécil o, peor aún, de que me enviase una foto de su polla. Necesitaba que nos viéramos y echar un polvo para dejar de sentirme sola, triste y vulnerable. En realidad, no era cierto, quería que fuese un Alex, pero no por fuera sino por dentro. Deseaba que me hiciera soñar, emocionarme y creer en el amor, que me sacara de mi letargo y me hiciera vivir.

No pasó. El chico se pasó todo el tiempo alabando lo guapa que era, no le interesaba nada más. En la cama tampoco hubo ni demasiada sensualidad ni mucho menos cohetes, aunque no estuvo mal.

Cuando se fue, me sentí mucho más sola, vacía y vulnerable que antes, mil veces más enfadada con los que nos contaban cuentos y vendían humo.

Al día siguiente volví al cine para ver, por segundo día consecutivo, la misma película. Lloré mucho más que la tarde anterior, con la convicción de que cada vez que viese ese largometraje lloraría más y sabiendo que iba a verlo cien mil veces.

Su protagonista solía decir: «El cine es para soñar». Yo pensé: «Vete a la mierda, Jon Dalmau, ¿qué sabrás tú? La gente feliz que lo tiene todo, como tú, puede soñar. Para los que no tenemos nada, no es una opción, no tenemos derecho ni a eso. Soñar duele demasiado cuando el mundo te ha demostrado mil veces que para ti solo hay realidad».



—¿Mar? ¿Hola? Deja de pensar en el tal Nico y vuelve con nosotros. Se acabó lo bueno, hay que volver a la oficina. —Miriam me sacó de mi ensoñación. Se lo agradecí, prefería trabajar a rescatar esos recuerdos.

Además, todo eso ya no importaba, tenía mi propio sueño. Sei vendría a buscarme al salir del trabajo para pasear de la mano por las calles. En este momento, él era mi realidad, todo lo que deseaba, y era mil veces mejor que aquella película de Lorenzo Lasheras y Nicolás Salem.

Capítulo Dieciocho

ARNOLD SCHÖENBERG: CONCIERTO PARA VIOLÍN



POSEIDÓ

Estaba sentado en el parque mirando las palomas, sin verlas en realidad. Pensaba en Mar cerca de Neptú, no me gustaba la idea. Conocía a mi hermano, le gustaba demasiado meterse en las bragas de cualquier mujer atractiva con la que se cruzaba, lo intentaba sin descanso, y sabía con total certeza que no haría una excepción con Mar. Supongo que podrían haber dicho lo mismo de mí cuando aún era Poseidó Balcells, aunque no era exactamente igual. Para mí era simple diversión y ellas conocían las reglas del juego. Para él era casi una cacería y no siempre jugaba limpio.

Quizás había cambiado en estos años; pero siendo sincero, lo dudaba mucho. Era atractivo, tenía magnetismo y gustaba a las mujeres, aunque, para ser honestos, el guapo de la familia siempre había sido yo. Él a veces me llamaba Tristan, por el personaje rebelde e inconformista de Brad Pitt en *Leyendas de pasión*. Me decía que él era Alfred, su hermano mayor, el hijo perfecto y responsable, si mal no recuerdo, en aquella película fue interpretado por el actor Aidan Quinn. Me recitaba una frase antológica que él pronunciaba en el *film*: «He cumplido todas las reglas. Las humanas, las divinas…Y tú no has cumplido ninguna. Y todos te han querido más a ti».

Hasta las pelotas, hasta las mismísimas pelotas me tenía con la tontería de la cita. Nunca vi esa película, le cogí una manía brutal solo por las veces que escuché esa frase en boca de Neptú. Además, lo que decía era absolutamente falso, mi padre nunca me había querido, eso era un hecho irrefutable.

De pronto, noté que alguien se agachaba frente a mí y levanté un poco la cabeza. Ella me cogió de la barbilla y me besó con tanta pasión, tantas ansias y tanto deseo que hizo que algunas personas se pararan a mirarnos. Bueno, por eso y porque era una niña bien besando a un desarrapado en un parque como si no hubiera un mañana. Cuando acabó, decidió apoyar la cabeza en mi hombro y morderme el cuello, lo que me supuso un esfuerzo de autodominio

para no gemir, tumbarla en el banco y darle allí mismo lo que me estaba pidiendo a gritos. Me hizo separar las piernas y se sentó sobre mi muslo, con las suyas entre las mías. Según se movía me rozaba la entrepierna. Yo aguantaba con expresión totalmente neutra, ardiendo por dentro. Ella apretaba un poco más…

—¿Te han dicho que es peligroso jugar con fuego? ¿Que es muy probable que acabes quemándote?

—Quiero quemarme, es justo lo que deseo.

—Algo estoy haciendo muy mal, porque no consigo cubrir tus necesidades.

—Evalúa de forma correcta la situación. Quiero más porque lo haces muy bien.

—Vale. ¿Qué tal ha ido todo? Cuéntame.

—Ha ido bien. El trabajo no es difícil y hay gente muy simpática en la oficina, pero la decoración es bastante recargada y ostentosa, parece que a los Balcells les gusta demostrar que tienen dinero. Me siento un poco fuera de lugar.

—¿Un poco? Mierda, ya te están captando. ¿Vas a convertirte en una de ellos? ¿En una niña pija que mira por encima del hombro a la gente como yo?

—Como no me suba en el banco no sé cómo voy a hacer eso.

—¿Qué tal tu jefe? ¿Es agradable?

—¿Tú lo conoces?

—No, yo solo conozco a Helena Solans. Sé que es un tío muy atractivo que se afeita muy bien.

—Exageras. Es atractivo, pero no «muy» atractivo. Verás, su actitud es la de «el guapo que se sabe guapo», entra en los sitios consciente de que es admirado y disfruta de ello.

—¿Y eso es malo? Creo que yo también era así.

—Supongo que no lo es en sí mismo. No sé, Sei, hay algo en él… en su forma de mirar y decir las cosas… ¿Tú eras así?

—Vamos por partes. Yo sabía que era guapo, que gustaba, que no dormiría solo si no quería hacerlo, que me miraban mucho y que incluso se me permitían licencias que a otros no por mi cara bonita. Era joven y me gustaba tenerlo tan fácil. Dicen que a los tíos nos ponen un par de tetas delante y perdemos el norte; a las mujeres os

pasa lo mismo con unos pectorales marcados y una sonrisa provocativa. Y ahora vamos a lo importante. Los hombres como Carles Balcells han aprendido una dinámica muy peligrosa en las relaciones: tienen el poder y lo ejercen, por eso se creen con el derecho a decir según qué, según cómo. Los tíos que hacen eso, en el fondo, son unos inseguros que no se sienten capaces de despertar el interés de una mujer solo por lo que son y no por lo que tienen. No dejes que te haga sentir mal. Si te incomoda, házselo saber. Exígele profesionalidad, es el dueño de la empresa, no de las personas que trabajan en ella, no tiene derecho a nada que cruce la línea de lo laboral.

—Creía que habías dicho que no lo conoces.

—Conocí a muchos «Carles Balcells» en mi otra vida. Dejémoslo así.

—Cómo tú quieras. Puedes estar tranquilo, sé cuidarme sola. No voy a permitirle que se pase de la raya. Aunque espero cobrar por lo menos este mes para cubrir gastos.

—No te va a echar. Si haces bien el trabajo, no lo hará.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque tenemos un amigo en común que, como se pase un pelo, lo va a poner firme. Carles no se atreve con él, se hace pequeñito en su presencia; sabe demasiado y no le conviene cabrearlo. Así que, si se pasa un milímetro, dale recuerdos de Tristan. Así, pronunciado en inglés. Verás cómo le cambia la cara.

—Vale, solo en el caso de que quiera echarme. Más que nada para pararle los pies. ¿Quién es ese Tristan?

—Un tío que no cumple las normas y aun así la gente lo quiere mucho, por lo que tan malo no debe ser.

—No te entiendo.

—Ya me lo imagino. Da lo mismo, tú recuerda el nombre por si te hace falta en algún momento. ¿Vamos a pasear un rato o nos quedamos aquí dando de qué hablar un poco más?

—Dame la mano. Vamos a cruzar la ciudad entera, quiero que me vean contigo, quiero presumir de ti.

—¿Presumir? ¿Qué ves cuando me miras? No se presume de un perdedor.

—No veo eso. Deja de hablar mal de ti mismo. No veo cenizas, ni cactus, ni me pareces un perdedor. ¿Quieres saber qué veo cuando te miro? Veo al amor de mi vida, eso es lo que veo, porque eso es lo que eres. ¿Te cuesta creerlo? —Suspiré.

—No, no exactamente. Lo que me cuesta es entender cómo pude creer en el pasado a otras mujeres que dijeron que me amaban. Nunca fui yo, nunca fue por mí. Ahora lo es, porque no tengo nada más.

—¿Quieres hablar de ellas? ¿Quieres hablar de esa mujer que brillaba como un árbol de navidad?

—No. Ni siquiera deseo pensar en ella. No vale la pena.

Un autobús de urbano paró frente a nosotros y la gente empezó a subir. Hacía tanto tiempo que no viajaba en uno de ellos. Siempre intentaba evitarlo a toda costa, había tenido una mala experiencia en mi primer viaje y desde entonces me provocaban un rechazo enorme. No pude evitar que mi mente volviera a coger aquel vehículo con destino a la capital de los Países Bajos, a la ciudad con la que tanto había soñado.



En aquella ocasión, decidí volver a Ámsterdam en autobús. Tenía casi veintiséis años y solo me había subido a uno en las excursiones del colegio, así que, por algún extraño motivo, hacer un viaje de veintidós horas en ese medio de transporte me pareció una buena idea. No lo fue, a las dos horas ya no sabía dónde meter las piernas. Cuando llegué a mi destino me costaba andar y me dolía todo, estaba tan envarado que me levanté y vacilé un poco. Me paré en el pasillo y un chico me cogió de la mano asustándome.

—Ven, te ayudo a bajar. Es por aquí. ¿Vienen a buscarte a la estación? —Estaba alucinado, ¿qué coño estaba haciendo?—. ¿No tienes un bastón o algo así para ayudarte?

Entonces entendí que pensaba que era ciego, debido a lo desorientado que estaba y lo inseguro que me movía. Ambas cosas

cortesía de los tranquilizantes. Además, su percepción se reforzaba con el hecho de que en ningún momento me hubiera quitado las gafas de sol, pues tenía los ojos destrozados por el llanto. Tenía grietas y heridas, lo de llorar sangre para mí ya no era una simple expresión. Los tenía hinchados, tan rojos que asustaban y con unas ojeras moradas que enmarcaban un conjunto que hacía que pareciese un vampiro, un zombi o cualquier otro tipo de muerto en vida. En fin, es lo que era, aunque no hacía falta mostrárselo al mundo, así que no era buena idea quitarme las gafas en público. También tenía las mejillas irritadas y los labios resecos y cortados. Estaba hecho un cuadro, no me extrañaba que aquel claval se hubiera compadecido de mí.

Cogí un taxi hasta la casa que compartía con Simonetta. En ese momento, pensar en ella me hizo sentir cierto alivio, no me quedaba nada más. Durante el viaje, mi pensamiento había oscilado entre romper con ella para evitar que mi familia le hiciera lo que me estaban haciendo a mí o explicarle con pelos y señales lo que eran capaces de hacer y dejarla decidir por sí misma.

«Nadie le decía que no a El·ladi Balcells», era una verdad irrefutable. Todas esas mujeres que me habían acusado de lo más bajo que un hombre puede hacer eran mis amigas, mis exparejas. Se suponía que me querían, pero ninguna se había atrevido a negarse a las exigencias de mi padre. Ni siquiera mi madre había sido capaz de hacerlo jamás.

Me daba miedo lo que El·ladi intentaría hacerle a Simonetta y también el daño que me haría a mí cuando ella cediera a su chantaje, porque lo acabaría haciendo. ¡Ni siquiera yo había tenido el valor de mirarlo a la cara y decirle un «no» alto y claro!

Debía advertir a Simonetta, pero ¡necesitaba tanto su apoyo y su cariño, el apoyo y el cariño de alguien!

Abrí la puerta y me quedé parado sin cruzarla. Sentí una corriente helada que venía del interior de la casa. Estaba sintiendo cosas extrañas y teniendo algo parecido a las alucinaciones, con toda probabilidad porque me estaba pasando por las pelotas la pauta del médico y tomándome las pastillas como si fueran caramelos.

Simonetta salió corriendo descalza a recibirme, aunque se detuvo antes de llegar al punto donde yo me había quedado anclado. Me miró con una expresión tan desolada que solo pude dejar caer la bolsa que llevaba en las manos, abrir los brazos y echarme a llorar. Ella vino hasta mí y me abrazó. Me fallaron las piernas e intentó sostenerme. Algo imposible: yo era un hombre alto y delgado, más aún después de casi dos semanas sin comer, pero fuerte. Quedamos tirados en el suelo de la entrada, yo llorando de nuevo como un niño, ella estrechándome fuerte entre sus brazos, acariciándome el pelo mientras murmuraba una y otra vez:

—¿Qué te han hecho, Sei? ¿Qué te han hecho?

Lloró conmigo lo que pareció una eternidad. Luego, me llevó al baño, llenó la bañera, me quitó la ropa, yo no tenía fuerzas para hacerlo, y me hizo meterme dentro. Me acarició la mejilla y se fue, dejándome solo. Al terminar, me puse un bóxer sin ayuda y salí. Ella había pedido sopa y algo más que no probé para cenar. Me tumbé en el sofá y Simonetta me curó los ojos. Nos metimos en la cama y volvió a abrazarme, solo que ese abrazo en vez de calor me dio más frío, no era capaz de entender el porqué.

Pasamos así casi dos semanas. Yo estaba siempre en otra parte, mientras tanto, ella intentaba que reaccionase. Lo único que yo hacía en todo el día era mirar por la ventana y tocar el piano.

No podía tocar el violín, me dolía demasiado, así que lo estaba engañando con otro instrumento, y ni siquiera sentía demasiado placer al hacerlo. Yo no era pianista, había aprendido a tocarlo para complacer a Helena.

Me había pasado la vida haciendo cosas para complacer a los demás. Yo que pensaba que era un triunfador, solo era una persona dócil y manipulable. Me había creído que era alguien excepcional porque así me lo habían vendido, sin embargo, igual que me habían subido al pedestal me habían tirado de él, y las dos cosas las habían hecho las personas que debían cuidarme y velar por mi bienestar.

¡Qué jodido es estar tan solo que no te tienes ni a ti mismo! Y no me tenía, porque ya no tenía ni idea de quién era yo, si es que aún era alguien.

Una noche, doce días después de mi vuelta a Ámsterdam, Simonetta se sentó frente a mí y me preguntó a bocajarro:

—¿Quién eres? ¿Dónde está el Sei del que me enamoré? Ese hombre fuerte, seguro, lleno de confianza y energía. El vencedor que hacía que todos los demás pareciesen insignificantes a su lado. El hombre capaz de todo, dueño del mundo, brillante, impactante, el número uno absoluto. ¿Dónde está Sei?

—No existe. Se acabó, eso se acabó.

—¡Haz algo con tu vida, por Dios! Sé empresario o cualquier cosa que puedas ser con éxito. No te hagas esto, ¡no dejes que te hagan esto!

—No soy empresario, soy violinista, uno que no puede tocar. No volveré a ser la persona que conociste, ese hombre está muerto.

—Lo quiero a él. Lo siento, Sei, pero lo quiero a él. No puedo amar a alguien como tú, un hombre que no lucha, que se deja aplastar con esa facilidad. Quiero quererte, pero no puedo. No puedo cuidarte como si fueras un niño desvalido. Eres un hombre, aunque no siento que eso sea cierto. Ni siquiera me has tocado desde que volviste.

—¿Ese es el puto problema, Simonetta? ¿Que no te follo? Todo mi mundo se ha ido a la mierda. Me han fallado todas las personas a las que quería, me ha destrozado la vida la gente en la que confiaba, y no soy confiado, ¡eran mi familia, mis amigas!… Me han robado mi sueño con mentiras. ¡Me han arrebatado todo aquello por lo que había luchado sin descanso! ¡Y a ti lo que te preocupa es que no te follo! ¿Quieres que lo haga? Quítate las bragas.

—Vete a la mierda, Sei. No quiero follar contigo, tu nuevo yo no me pone nada. No puedo con los perdedores, es superior a mí. Igual que fuiste el vencedor más grande que había visto jamás, ahora eres el perdedor más patético que he conocido. Lo siento, no quería ser tan brusca contigo, pero te lo has buscado. No soporto estar a tu lado, no soporto verte así.

—Vete.

—¿Por qué tengo que irme yo? Esta casa la elegimos juntos, la estamos pagando los dos.

—Porque yo no me voy a ir, porque eres tú la que me dejas, porque eres tú la que no me soportas. No me voy a ir porque no me sale de los cojones. ¿Lo he explicado con claridad?

—Esto también es muy duro para mí. ¿No lo entiendes? ¡He perdido al amor de mi vida!

—Vaya, lo tuyo sí que es grave. Estoy seguro de que encontrarás otro, brillante y maravilloso. Solo un consejo: cuando le declares tu amor y le prometas que estarás siempre con él y que lo pondrás por encima de todo, no olvides decirle que será solo en lo bueno, porque en lo malo te parecerá patético y te dará asco incluso mirarlo.

—¡Yo no he dicho eso, Sei! no quería llamarte patético, lo siento. No me das asco, me das pena, eso es lo que he querido decir.

—Vete.

—Sei…

—¡No vuelvas a llamarme así y sal de aquí! No quiero tu lástima, no la necesito. ¡No necesito nada de nadie! Lo único que me hacía falta era vuestro amor. No me queréis, salid de mi vida.

—Se…

—¡No, te he dicho que no quiero volver a oír ese nombre en tus labios! Se supone que es un apelativo cariñoso, no quiero volver a oírlo jamás en boca de nadie. Vete, por favor, por respeto y consideración al que fue el amor de tu vida, sal de la mía. Mándame tu nueva dirección, te enviaré la botella de Dom Perignon 1959 para que brindes por mí.



Esa fue la última vez que estuve frente a frente con Simonetta Bethencourt. No diré que no tenía una parte de razón, sin embargo, nadie me convencerá jamás de que fue solo culpa mía que se fuera. Apenas habían pasado dos semanas desde el derrumbe, quizás con un poco más de tiempo, paciencia y amor hubiera conseguido salir del pozo. O tal vez no, pero eso nunca lo podremos saber. Quizás hubiera habido esperanza.

Ahora, una mujer extraordinaria me veía como alguien valioso. Para ella lo era, lástima que para mí ya fuera tarde.

La voz de Mar y su mano zarandeando mi hombro me trajeron de vuelta a la mejor ciudad del mundo, a mi Barcelona, a mi hogar.

—Sei, ¿has escuchado lo que te he dicho?

—No, lo siento. Mi mente ha decidido hacer un viajecito sin mi consentimiento.

—Si alguna vez deseas hablar de tus relaciones anteriores o de cualquier otra cosa, estaré encantada de escucharte. No te voy a juzgar, digas lo que digas; no lo haría nunca.

—Lo sé, Mar. Es que recordar mi pasado es más aburrido e inútil que un tratado de buena praxis en los negocios. Hagamos algo que valga pena, como disfrutar del momento y vivir el presente. Eso es lo que en realidad me gustaría hacer.

Capítulo Diecinueve

OTTOKAR NOVACEK: PERPETUUM MOBILE



MAR

Llegamos a casa tarde. Nos entretuvimos mirando escaparates, imaginando compras imposibles, mirando la programación teatral y comentando todos los espectáculos que nos gustaría ver y no podíamos permitirnos. Quizás más adelante, con mi sueldo, podríamos ir a alguno de esos sitios.

—Lo que más te ha impresionado ha sido el anillo de diamantes, porque al final todas las mujeres queréis un tío que os regale joyas.

—¿Todas las mujeres? No me puedo creer lo que estoy oyendo. Evoluciona por Dios, no hay nada que nos guste a todas las mujeres. De hecho, hay muchas mujeres que no quieren un tío para nada, toma nota, te va a venir bien. De las joyas ni siquiera voy a hablar.

—Vale, evoluciono. A ti, no voy a hablar del resto de mujeres, te encantaría que te regalaran un anillo como ese.

—Te quiero a ti, y no te veo comprando diamantes.

—No. Ni siquiera uno de esos anillos de bisutería barata. Lo siento, estoy ahorrando para cosas importantes. Tengo que pagar la factura de la luz y cambiarle las cuerdas al violín.

—Lo de las cuerdas me parece bien, pero no tienes que pagar ninguna factura.

—No lo hago por ti, sino por mí. Ahora vivo aquí, quiero tener electricidad, cocina, agua caliente, cafetera… —No dejé que siguiera, me abracé a su cuello y lo cubrí de besos.

—¿Vives aquí?

—Bueno, me quedo, me acuesto, me levanto aquí… Podemos probarlo un tiempo, a ver qué pasa, no lo sé.

—Sí, vamos a probarlo un tiempo. Aun así, no tienes que pagar esa factura.

—Ya sé que eres una de esas mujeres que no necesitan un hombre para nada, pero… Confírmamelo, ¿lo eres?

—Llevo viviendo veinte años sin ninguno, desde que murió mi padre, y me he espabilado muy bien sola. Te aseguro que mi ex lo único que me dio fueron problemas. ¿Alguna duda más?

—En realidad, sí, tengo una —dijo de una forma profundamente erótica. Me empujó al sofá y quedé semirrecostada sobre los cojines. Me abrió las piernas con brusquedad, se colocó de rodillas entre ellas y se quitó la camiseta de manera sensual. Luego, se llevó las manos a la cintura del pantalón, sobre el botón, y sonrió—. Lo que voy a hacer te va a gustar, te va a encantar. A ver si después me puedes explicar cómo disfrutar de ello sin un hombre.

—Pues hay aparatitos que… —Negó con rotundidad, con aquella sonrisa tan provocativa. Su mirada colmada de deseo, con un aire retador, me volvió loca.

—Lo que voy a hacer no puede hacerlo ningún aparatito. —Se desabrochó el pantalón, lo bajó despacio, se lo quitó y lo tiró al suelo. Pasó los dedos bajo el elástico del bóxer, que, a pesar de ser oscuro, marcaba una poderosa erección. Lo separó un poco de la piel, miró dentro y resopló cómicamente—. ¿Sabes lo que pasa? Al final no me ha apetecido hacer bricolaje, así que el… perchero está igual que cuando te has ido. No te enfades, no voy a hacerte montarlo a estas horas. —Se quitó poco a poco la ropa interior, quedándose un momento de rodillas, quieto, en silencio delante de mí, entre mis piernas, mostrándome su cuerpo atlético. Mis ojos recorrieron su piel deteniéndose justo entre sus piernas—. Voy a hacerlo yo solito —dijo colocando la mano sobre el punto que yo estaba admirando y moviéndola despacio. Cogió aire, cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y siguió con las caricias con más intensidad, girando un poco la muñeca y apretando con más fuerza cuando llegaba arriba. Gimió y se mordió el labio suspirando. Siguió bajando, subiendo y haciendo vibrar la muñeca, primero de forma ligera y después con más intensidad—. ¿Lo estoy haciendo bien? —preguntó con voz profunda, entrecortada por la respiración breve, honda y agitada—. ¿Es cómo has imaginado?

—No, es mil veces mejor. Uf, Sei. —Lo miré con todo el deseo del mundo en mis ojos.

—Como sigas mirándome así, te voy a dar un espectáculo muy corto —dijo acercándose para besarme los labios. Le mordí los suyos y lo cogí del cuello con urgencia. Se dejó abrazar y besar un momento, pero se separó en seguida y siguió con lo que estaba

haciendo, más deprisa, más fuerte y más intenso, al igual que los gemidos graves y la respiración acelerada.

—Quiero tocarte, cariño.

—Hazlo, quiero que lo hagas. Puedes acariciarme todo lo quieras, hasta que te canses. —Retiré su mano y tomé el relevo. Se estremeció violentamente, gimió mucho más fuerte cuando lo apreté tal como le había visto hacer a él, de una forma seca, un tanto brusca. Yo siempre había sido más suave, aunque Sei no era delicado de forma habitual.

—¿Hasta que me canse? No creo que vayas a aguantar tanto. —Aceleré un poco más.

—Soy un fantasma, no voy a aguantar nada —suspiró profundamente. Sentí el palpitar más intenso de su cuerpo en mi mano—. Para, no quiero acabar así.

—¿No quieres? ¿Por qué? Quiero que lo hagas, quiero verlo. —Apreté de nuevo, lo miré a los ojos y suspiró. Asintió, recostó la espalda sobre mí, apoyé la cabeza en su hombro y en dos movimientos más se dejó llevar. Se estremeció con intensidad. Poco a poco fue recobrando el ritmo de la respiración. Lo abracé, lo hice girarse y lo besé con la misma pasión y ternura—. Me reafirmo, no necesito un hombre, te necesito a ti. No vale cualquiera, tienes que ser tú. Eres impresionante, te quiero a ti, te deseo a ti.

Hicimos el amor durante toda la noche, a veces con una pasión abrasadora, otras de forma muy romántica y emocional.

Empezaba a ver por qué le costaba ser suave y lento, temblaba como una hoja cuando lo hacía así, y no era solo por las sensaciones, había miedo y angustia en sus ojos. Sentir le dolía y lo asustaba a partes iguales. Quería entregarse, cedía y volvía a blindarse. Cuando era consciente de ello se desesperaba, se enfadaba, suspiraba…, se dejaba llevar de nuevo y vuelta a empezar en una espiral frenética, librando una batalla encarnizada consigo mismo. Yo lo abrazaba y le acariciaba la cara. Él sonreía. Sin embargo, en el fondo de sus ojos, aquel remolino negro que amenazaba con arrasar con todo se hacía más y más profundo.

A mí me asustaba la violencia de aquellas corrientes; a él lo destrozaban por dentro, aunque intentase ocultarlo tras la dulzura

de su sonrisa.

Sei no era ni frío ni duro, era todo lo contrario, era dulce, cálido, cariñoso y sensible. Demasiado tierno y afectivo para el mundo en que vivimos, y eso era lo que lo estaba matando, lo que le había robado el futuro. Solo había que mirarlo a los ojos para entender que no podía pararlo, que era incapaz de evitarlo. Quería pensar que yo podría ayudarlo, aunque, si era sincera, tenía que reconocer que no estaba segura de que fuera capaz de hacerlo, de que existiese algo o alguien en el mundo que lo pudiera ayudar. Hay heridas para las que no existe cura y, aunque me negara a reconocerlo, cada día me parecía más claro que el dolor que Sei intentaba ocultar tenía esa terrible magnitud.

Recordé sus palabras: «No intentes salvarme, yo no tengo salvación». Me estremecí, porque cobraban un sentido nuevo, mucho más tétrico y amenazante que la primera vez que las oí. No quería ni imaginar mis días sin él, no quería recordar cómo era mi vida antes de que Sei entrara en ella. La sucesión de momentos tristes, grises, el miedo, la soledad…Muchas veces basta con no desear algo para volverlo inevitable.

Lo miré dormido a mi lado, sin poder contener todos los miedos que de pronto se abrían paso desde las profundidades de mi alma. Había estado sola la mayor parte de mi vida, tanto tiempo que me había acostumbrado a ello. Incluso, estaba cómoda viviendo así. No era una soledad escogida, el destino no me había dado la opción, aunque sí era aceptada.

Sin embargo, en el 2020, cuando lo increíble se adueñó del mundo, dándonos una bofetada de realidad que no esperábamos ni estamos preparados para encajar, abrí los ojos. Ese fatídico año, que tanto dolor dejó por todas partes, me hizo mirar cara a cara a mi soledad. Y esta me resultó tan árida y lúgubre que ahora me resulta imposible imaginar compartir mi vida con ella.

Los recuerdos de aquellos meses infernales volvieron a mi mente y me helaron el alma. Si el Maelstrom era más fuerte que nuestro amor y acababa por tragárselo, yo volvería al 2020 y, como Bill Murray en *Atrapado en el tiempo*, me quedaría anclada a mi propio día de la marmota.



Para ser exacta con la cronología, tengo que decir que mi situación empezó a ir mal a mediados de 2019. Fue entonces cuando el supermercado donde trabajaba decidió reducir plantilla y, como no podía ser de otra manera, fui una de las primeras en quedarse sin empleo. Empecé a llevar currículos a todas partes y a inscribirme en las webs de empleo.

Encontré un trabajo por horas en una empresa de limpieza. El primer día, la encargada, mirándome las manos, me dijo con desdén: «Qué poquito has limpiado tú, niña». Entonces supe que iba a tener problemas.

No era cierto, había limpiado mucho en casa. Durante años me había ocupado de todo yo sola, y en el chalé de la señora Rosa también. Sabía fregar un baño, desengrasar una cocina o hacer brillar los azulejos. La persona que me estaba juzgando y llamando «niña» era apenas unos años mayor que yo.

Lo hacía bien, de hecho, lo hacía tan bien que en muchas casas empezaron a pedir que fuera yo a limpiar. Algo que mi jefa no iba a permitir, ya no era solo una «niña» que le resultaba molesta, ahora era una rival. Así que volví a quedarme sin trabajo el 10 de febrero del 2020.

Un mes y cuatro días después, nos enfrentamos todos a una noticia que parecía ciencia ficción: el Gobierno declaraba el estado de alarma para la gestión de la crisis sanitaria ocasionada por el covid-19 y nos confinaba en nuestras casas por quince días. Quince días que resultaron ser algo más de tres meses de miedo, angustia y aislamiento. Aunque estaba acostumbrada a no tener a nadie, en ese momento, en esa situación, la soledad me pesaba como una losa. Estaba asustada, no tenía a nadie por quien sufrir, aparte de la señora Rosa, y nadie sufría por mí.

La gente salía por la tele hablando de sus familiares y amigos, todo el mundo tenía a alguien con quien comunicarse por teléfono o videollamada. Yo estaba sola, total y absolutamente sola. Jamás me

había sentido tan desamparada ni tan insignificante. Si al menos hubiera conservado mi trabajo en el supermercado, habría tenido una función. Yo quería salir y trabajar para quitarme de encima la losa de la inutilidad, pero no tenía ni eso. Si cogía el covid y moría en mi casa, sería uno de esos casos de personas a las que nadie echa de menos y que descubren por el hedor que sale debajo de su puerta. Ni siquiera tenía un perro que pudiese alimentarse de mi cuerpo ante la falta de sustento, como en una noticia que leí en una publicación sensacionalista; no iba a servir ni para eso.

El primer día que salimos a aplaudir a los balcones lloré como una magdalena, vecinos que nunca me habían saludado lo hacían y sonreían. Durante aquel minuto me sentía parte de algo, dejaba de tener aquella angustia que me provocaba la soledad.

Una noche, un vecino cogió su guitarra y nos tocó *Resistiré* en directo. Después tocó dos notas de algo que en principio no reconocí, miró enfrente, al piso que había por debajo del mío, y gritó: «Anabel, cariño, esto va por ti. No la voy a cantar porque sabes que a esta canción no llego, así que será instrumental».

Me emocionó profundamente, una pareja enamorada separada solo por unos metros que se habían vuelto infranqueables. Esa emoción me llevó, a mí, que siempre intentaba pasar desapercibida, a cantar *Without you* de María Carey con todo el sentimiento del mundo para que al menos mi vecina, de la que acababa de conocer el nombre, tuviera eso con lo que yo soñaba y nunca tendría. Anabel gritó un: «Te quiero». Los vecinos nos aplaudieron a rabiar y el chico me dijo:

—¡Vecina! Me llamo Marcos. Cantas de puta madre, mejor que la Carey. ¡Qué pasada! ¿Eres cantante profesional?

—Hola, Marcos, muchas gracias. Encantada de conocerte, y a ti también, Anabel. Yo me llamo Mar, y no soy cantante profesional, fui varios años solista de un coro que sí lo era. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que actué con ellos.

—Yo toco en un grupo, aún no somos famosos, pero tiempo al tiempo. ¿Hacemos otra? La que tú me digas.

—¿*My heart will go on*? Me encanta esa canción.

Acabamos cantando *I Will survive* para animar un poco el ambiente. Repetimos casi cada día hasta que empezaron a dejarnos salir de casa.

Cuando fue posible, nos reunimos los tres para tomar algo juntos y celebrar esa amistad que nos había unido. A veces surgen flores de entre los escombros, la vida tiene esas paradojas, la vida tiene esa fuerza.

La época pos-covid-19 no fue un buen momento para encontrar trabajo. Fui haciendo alguna cosa aquí y allá, nada fijo.

Y así, entre trabajos esporádicos y la prestación de desempleo, llegué a 2023 en una situación bastante difícil, tanto que acabaron por cortarme la luz por impago. No se lo dije a nadie, podría haber pedido ayuda a Anabel y Marcos, que ahora estaban casados y vivían en el piso de ella, sin embargo, yo estaba acostumbrada a sortear las olas en solitario por altas que fueran, y eso hice una vez más. Seguía sintiéndome triste y sola, llorando a moco tendido viendo aquella película que habían hecho Jon Dalmau y Alexandra Aimar en Lloret de Mar, seguía enfadándome con Nicolás Salem por escribir esas mentiras tan bonitas. ¿Mentiras? ¿Seguro que eran mentiras? Anabel y Marcos me habían hecho dudar de eso.

Si esas historias podían ser reales, ¿por qué nunca me pasaba algo así a mí? Tenía la sensación de que la existencia me estaba pasando por al lado sin tocarme. Tenía casi treinta años y jamás me había sentido viva de verdad. Sinceramente, estaba convencida de que la felicidad no era para mí. Solía conformarme con esa idea, aunque algunos días, algunas noches… dolía tanto.



Desterré esos pensamientos de mi mente. Sei estaba aquí, durmiendo a mi lado. Ahora estaba conmigo, ya no estábamos solos. Y lo más importante de todo: nos queríamos. Ninguna corriente iba a poder más que la fuerza y la determinación con la que yo iba a tirar de él hacia la superficie.

Cerré los ojos y me repetí esa última frase como si fuera un mantra, una y otra vez, suplicando que a fuerza de reiterarla se hiciera realidad. Seguí haciendo rodar las palabras dentro de mi cabeza hasta que me quedé dormida, con la de Sei apoyada en mi hombro, mientras le acariciaba el pelo con suavidad.

La soledad me daba miedo, sin embargo, lo que en realidad me aterraba era perderlo a él. Lo amaba con toda mi alma.

Capítulo Veinte

JEAN SIBELIUS: CONCIERTO PARA VIOLÍN EN RE MENOR



POSEIDÓ

—¡Vamos, arriba, Mar! Es tu segundo día en la gloriosa BMN con el deslumbrante Carles Balcells y tus nuevos amigos VIP. Además, la pereza es un pecado capital.

—La lujuria también, y anoche no parecías muy preocupado por ello.

—Tú tampoco. Yo no tuve sexo solo.

—Si no recuerdo mal, un ratito sí.

—No, no, no. Te hice un espectáculo erótico, como en el Bagdag, solo que más elegante. No era para mí, era para ti.

—Hombre, yo diría que fue bastante para ti. No te vi ni incómodo, ni aburrido, ni desmotivado.

—Pues yo creo que me divertí mucho más y estuve mil veces más motivado después. Cómodo lo estuve en las dos situaciones por igual, la verdad.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—No sé. Lo de siempre, ir un poco aquí y allá, tocar un rato en alguna parte… Sigo necesitando dinero para deudas. ¡Qué fuerte! A la que tienes un techo, tienes deudas. Aunque en honor a la verdad, ya estaba endeudado antes de tenerlo. Le debo dinero a Sissí. No fía nunca, sin embargo, ha hecho una excepción conmigo porque me quiere. Me trajo ropa para ti, cosas que puedes combinar entre ellas para que parezcan diferentes, no vas a llevar el vestido granate cada día como si fueras de uniforme.

—No tenías por qué hacer eso.

—En realidad, sí. Miré tu armario.

—No tienes que pagar mi ropa.

—Es una inversión. Tú pagas el alquiler y necesitamos que pases el periodo de prueba. Algo tendré que hacer yo.

—Bueno, podrías hacer algo más. —Me lo dijo con suavidad, pero lo recibí como una patada en el estómago. Sabía que ese momento tenía que llegar, aunque no esperaba que fuera tan pronto.

—¿Algo como qué? Si quieres decirme alguna cosa, hazlo claro. Si quieres que me vaya, también.

—No digas tonterías, Sei, no quiero que vayas a ninguna parte. Yo te quiero, solo digo que puedes hacer muchas cosas. Eres inteligente, seguro que estudiaste, si quisieras tendrías muchas salidas, muchas oportunidades.

—Estudié, sí. ¿Y qué? ¿Unos diplomas te confieren un estatus superior? ¿También eres de los que piensan esa gilipollez?

—No he dicho eso, amor. Solo que…

—Escucha esto: estoy licenciado en lo que sería el equivalente al grado en Administración y Dirección de Empresas por la Universidad de Harvard, con una notaza, por cierto. Tengo un MBA, un máster en Finanzas y otro en Marketing Digital, el primero cursado en Columbia, el segundo en la London Business School y el último en la HEC de París. Hablo perfectamente cuatro idiomas, y vivo en la calle porque todo eso para mí vale una mierda.

—Sei…

—¿Te he impresionado ya?

—Sí, la verdad, me impresionaste la primera vez que te escuché tocar el violín.

—Exacto, ese soy yo. Y ahora, ¿qué es lo que quieres que haga, Mar? ¿Buscar un trabajo? ¿Dónde? ¿En una empresa como BMN?

—¿Por qué no?

—Porque hice todo eso para complacer a mi padre. Quería que estudiase en las universidades más prestigiosas del mundo. Cumplí con todo. Ese fue el acuerdo al que llegué con mi madre, si me sacaba todos los títulos que él me exigía, luego podría dedicarme a ser lo que siempre había sido y siempre seré: violinista. No sé cómo fui tan ingenuo de creer que eso sería posible, pero lo fui. Me dejé la vida estudiando sin descanso y sacando tiempo de donde no lo había para la música. Tuve que practicar a escondidas, como si estuviera haciendo algo deshonroso. Lo conseguí, cumplí mi parte; ellos no hicieron lo mismo.

—Eso es pasado, cariño. Entiendo tu dolor, pero no dejes que te cierre puertas.

—No voy a dejarlo ganar en esto. No voy a trabajar en ninguna empresa. Sigo siendo violinista, es lo único que no me han podido quitar, y no voy a entregarlo ahora. No puedo, Mar, esa parte de mí necesito conservarla: «Barcelona, el mar y la música». Si pierdo una cosa más, se acabó. No podré resistirlo.

—Pues trabaja dando clases de música o tocando en algún sitio.

—¿Hago bodas? Joder, Mar, ¿en serio crees que puedo hacer eso? ¿Dar clases a diez euros la hora a niños que no quieren aprender, pero a sus padres les hace ilusión porque suena distinguido?

—No te he dicho eso, Sei.

—Déjame explicarte quién soy yo, quién era, al menos: Ni siquiera recuerdo cuándo empecé a tocar el violín. En mi casa había una sala de música con diversos instrumentos, un día lo cogí y empecé a experimentar con él. Mi abuelo Jordi lo tocaba y empezó a enseñarme. Estaba convencido de que tenía un don, así que hizo venir a Gustav Mallarmé para que me escuchara. Mallarmé era amigo íntimo suyo y había sido primer violín de la sinfónica de París durante diecisiete años, hasta su jubilación. Él le confirmó que, sin duda, yo era especial. Por eso, hablaron con mis padres para darme clases. A mi padre le daba igual lo que hiciéramos mi abuelo y yo para entretenernos, siempre que no lo molestáramos. Así fue como uno de los mejores violinistas del mundo empezó a enseñarme a tocar el violín. Yo tenía, para ese entonces, cinco años. Mallarmé fue mi profesor hasta los trece, edad en la que les dijo a mi abuelo y a mi madre que él ya no podía enseñarme nada más. Yo era capaz de tocar de una manera que él jamás había presenciado. Seguí practicando, hasta que a los dieciséis años me permitieron hacer la prueba de nivel al grado superior de violín en el conservatorio. ¡Dios, era tan fácil que me dieron ganas de marcharme y no volver jamás! Sin embargo, necesitaba el puto papel; los títulos son más importantes que el talento. Así que me comí los cuatro años más aburridos de mi vida, dos en Barcelona y dos en la Juilliard. Si soy sincero, no me pareció para tanto, pero impresiona cuando llevas el diploma a una orquesta; el ser humano es así de simple. Allí también estaban impactados con mi talento, pero por desgracia tenía algunos

profesores a los que les caía mal, decían que era prepotente y altivo. Era mejor que ellos, y eso les sentaba como una patada en los cojones, esa es la única verdad.

—No he dudado jamás de que eres especial. Te escucho tocar cada día, no necesitaba saber que a los trece años eras mejor violinista que Gustav Mallarmé ni que tienes el título superior de música aprobado en Julliard. Es obvio que eres un genio.

—No, ya no. Aun así, Mar, no voy a dar clases de música por horas. Digamos que la vida ya me ha jodido bastante, no voy a terminar de humillarme yo mismo. No es prepotencia, es dignidad, y eso aún no lo he perdido.

—Es que no me estás escuchando. Sei, no te digo que hagas eso, nunca te pediría algo así. Podrías dar clases en el conservatorio.

—No.

—¿Por qué no? ¿Eso estaría tan mal?

—¡No puedo!

—¡No quieres!

—¡No puedo! No puedo tocar siempre. A veces me tiemblan las manos. Empieza de golpe y no puedo tocar. ¿Qué digo en el conservatorio? Da igual…, Mar, no soy profesor, no soy eso. Lo siento. No puedo hacer nada de lo que me estás pidiendo.

—Sigue un tratamiento, deja las pastillas.

—¡Eso no solucionaría nada! No son las putas pastillas, es culpa de toda la mierda que me metí antes. Ahora solo soy adicto a los tranquilizantes, pero durante mucho tiempo me metí de todo. ¡Joder, no! ¡Te dije que no intentaras salvarme! ¡No puedo! ¿Quieres que seamos la pareja del ático? ¿Los que se quieren mucho y follan en la terraza después del trabajo? ¿Quieres que seamos eso hasta que pasemos a ser los del tercero, con su monótona vida rosa y sus tres hijos? ¿Eso es lo que me estás pidiendo?

—¿Es tan terrible?

—¡No, es maravilloso! Es normal que lo desees, pero no conmigo, yo no puedo. Me resulta imposible vivir como tú quieres y darte lo que necesitas. No te he mentido nunca. Todo eso no es para mí. No puedo, Mar, no puedo. Nadie consigue dar lo que no tiene, y yo no

tengo lo que me pides, lo siento. Sigo sin tener futuro. No es que no quiera, es que no puedo.

—Está bien, Sei. Sigo queriendo tu presente, solo eso, tu presente.

—No es verdad, Mar.

—Sí lo es. Te quiero, Sei.

—¿Qué pasará cuando te des cuenta de que eso no es suficiente?

—Eso no va a pasar.

—Te equivocas. Ya está pasando. —Me levanté, cogí el violín y me dirigí a la puerta del salón.

—¿Dónde vas, Sei?

—A trabajar.

—No tienes por qué hacerlo.

—Esto es mi vida —dije con dureza—. Lo hago porque quiero, porque me gusta, porque lo necesito. Lo siento si a ti te incomoda acostarte con alguien que toca en la calle en vez de jugar a las finanzas en una oficina elegante.

—¡Para! ¡Ni se te ocurra, gallito, por ahí sí que no! ¿Cuándo me he avergonzado de ti? ¡Dime cuándo! Desde el primer momento no me importó ni tu imagen ni lo que hacías, tampoco dónde vivías. No te he juzgado nunca, al contrario, te admiro y siempre lo he demostrado. Estoy muy orgullosa de ti y de estar a tu lado. Me da igual la ropa, el pelo, la barba o el abrigo que lleves. Te fijas mucho más en la imagen tú que yo; tú sí has criticado mi ropa, yo no lo he hecho nunca.

—¡Para! ¡Ni se te ocurra, bonita, por ahí sí que no! Yo no critiqué tu ropa, te dije que a Helena Solans no le iba a gustar, o al menos eso es lo que quise decir. A mí me importa una mierda lo que te pongas, solo quería ayudarte a conseguir ese trabajo. Sé cómo funciona ese mundo, me asquea porque lo conozco muy bien. Eso fue todo.

—¿Me has llamado «bonita»?

—Me has llamado «gallito». —Suspiré, había sido un gilipollas y había reaccionado de forma desproporcionada—. Perdóname, tienes razón, nunca te has avergonzado de estar conmigo ni de que los

demás lo vean. He sido injusto porque me da rabia que me pidas que sea lo que no soy. Me he enfadado porque no podría soportar que tú también me pidas eso. Esto es lo que soy, Mar, ni más ni menos, y no voy a transformarme en otra cosa. Esto no es *My fair Lady* ni *Pretty Woman*, ni siquiera *Yo soy Betty la fea*, es la puñetera vida real, en la que un músico sinhogar no es más que un músico sinhogar. Lo siento, Mar, has besado decenas de veces al sapo y sigue siendo un sapo. ¿Qué esperabas?

—Solo quiero que sea un sapo feliz, nada más.

—¿Y si no puede? ¿Y si ya es todo lo feliz que puede llegar a ser? Tanto que ni siquiera imaginó que fuera posible. A veces un poco menos, otras triste, pero siempre sincero. La realidad no es un cuento de hadas.

—¿Crees que necesito que eso me lo descubras tú? No necesito un baño de realidad, Sei. He estado a punto de ahogarme en ella muchas veces. Necesito soñar un poco, y tú me has dado eso.

—Es bonito soñar, lo que pasa es que no es eterno. Los sueños se acaban y te despiertas. No puede ser de otra manera, lo contrario es la muerte, y ahora mismo la fase REM está llegando a su fin.

—¡No! ¡No digas eso, Sei! ¿Por qué lo dices? Lo de anoche fue perfecto.

—Lo has dicho tú, Mar, lo has dicho tú. —De pronto me sentí muy cansado—. Has dicho: «Tú me has dado eso». No has dicho me das eso. «Has dado»: pretérito perfecto. Perfecto, pero pretérito.

—No, Sei, no. No puedes analizar la frase así, es solo una forma de hablar. Me lo das, ahora, en presente. Cariño, por favor.

—No pasa nada, Mar. Está todo bien; está todo como tiene que estar.

—Sei, no me hagas esto.

—¿El qué? No estoy haciendo nada. Solo digo que en lo que a mí respecta, estamos bien, está todo en orden. Ven, acércate, no muerdo. Bueno, a veces sí, aunque no he escuchado quejas al respecto. Abrázame, sé que me quieres, y te aseguro que eso es mucho. Te quiero, Mar y eso aún es más. Sin embargo, no puedo ser tu marido ni el padre de tus hijos. Esto es lo que hay, esto es lo que soy.

—No quiero nada más.

—Perfecto entonces —hablé con calidez, abrazándola, besándola. Los dos sabíamos que era mentira, sin embargo, ella aún no quería reconocerlo, en la vida todo tiene su tiempo, llegaría el suyo. De momento iba a hacerla soñar un poco más, aún no tenía muy claro cuánto ni cómo, pero iba a hacerlo.

Entré en el baño y me apoyé en la fría pared de la ducha. Sentí que se me congelaba el alma, noté aquel helor que no tenía nada que ver con la temperatura ambiente. Era la misma sensación que había tenido siempre en el «iglú» en el que viví en Ámsterdam. Como si alguien hubiera accionado el *play*, me vi en un capítulo antiguo del culebrón de mi vida.



Estaba sentado en el salón de aquella casa enorme que había compartido con Simonetta. Era demasiado grande, impersonal y fría. No me gustaba, nunca lo había hecho. Todo era inmaculadamente blanco y minimalista, salpicado de gris y metal plateado. Era como vivir dentro de un puñetero refrigerador, esa fue la impresión que tuve la primera vez que la vi y la había conservado siempre. Solo dije que me gustaba porque Simonetta estaba como loca con ella, y yo era un puto imbécil que no hacía más que doblegarse a los deseos de los demás. Por eso y porque me daba exactamente igual vivir en un glacial o en el infierno, lo único que quería era estar con ella y hacerla feliz.

Le había dicho que se fuera y que quería quedarme con la casa porque sabía que para ella era importante. Había sido una pataleta de niño pequeño.

Tenía la calefacción a tope y seguía estando helado. Saqué el violín de la caja fuerte. ¿Qué iba a hacer con él? Podía sacarlo a subasta y vivir tranquilamente, sin hacer nada ni depender de nadie. Me lo había regalado mi abuelo cuando cumplí los dieciocho, era un Guarneri auténtico, uno de los 200 que quedaban, por el que mi

abuelo pagó casi seis millones de dólares. Probablemente ahora podría venderse por un precio superior.

Lo cogí, lo saqué de la funda, lo acaricié, lo olí y empecé a tocar el *Concierto en D mayor, op. 35, primer movimiento* de Tchaikovsky, otra de esas piezas tan injustamente catalogadas como excepcionalmente difíciles. No lo era, a mí me gustaba decir que era exigente, me gustaba que lo fuera. Seguí con el *Divertimento en Re mayor, KV136* de Mozart y *Nightclub 1960* de Piazolla, tenía ánimo de tango… Toqué y toqué, hasta que me dolieron tanto las manos que no pude seguir. Entonces me vino a la cabeza la imagen de mi madre al borde de la piscina el día que mi padre casi permitió que me ahogara, llorando, gritándome a mí, exigiéndome que me salvase solo. Pero permitiendo lo que me estaban haciendo, quieta, sin ayudarme, sin hacer nada, viendo cómo me hundía y dejando que sucediese.

Había estado solo siempre, absoluta y terriblemente solo, y no lo había sabido, no había querido saberlo. Lo único que siempre había tenido había sido la música. Me abracé al violín de mi abuelo. No, jamás iba a deshacerme de él.

Aún sentía aquella sensación de la primera vez que lo toqué. El sonido era más redondo y cálido que el de otros instrumentos, especialmente en el registro grave. La sonoridad más ancha, más llena y robusta. Eso es algo que no tienen todos los violines, este instrumento era impresionante. Hay cosas que no valen nada, y otras que no tienen precio, cuesten lo que cuesten; mi familia estaba en la primera categoría, mi violín en la segunda.

No, no iba a deshacerme de él. Lo que yo sentía cuando lo hacía sonar y me abrazaba su melodía no se podía pagar con dinero. Era un insulto ponerle precio a algo así.

A la mañana siguiente lo llevé a una caja de seguridad del Deutsche Bank. Como si fuera un gran amor al que tenía que abandonar por su bien, le prometí que volvería algún día a buscarlo, que volveríamos a estar juntos, unidos en aquel acto mil veces más íntimo que el sexo: arrancar la melodía de sus cuerdas.

Capítulo Veintiuno

SIMON BARBER: ADAGIO PARA CUERDA



POSEIDÓ

Después de desprenderme del gran amor de mi vida volví a casa, cogí una mochila con cuatro prendas de ropa y quinientos euros en efectivo. Quemé las tarjetas de crédito en la chimenea de diseño, en aquella casa hasta el fuego era frío. Cogí mi violín más sencillo, un Scala Vilagio, y me fui a la estación de trenes. No sabía a dónde me dirigía ni qué iba a hacer con mi vida, si estaba huyendo o empezando de cero. Francamente, me daba igual.

Cogí el primer tren de largo recorrido que salió, ni siquiera me enteré de cuál era el destino. Una chica se sentó a mi lado, me sonrió, me enseñó las piernas y echamos un polvo frenético y salvaje en el sucio lavabo de una pequeña y antigua estación. Al menos se me volvía a levantar, ya era una mejoría.

Cuando salimos, mientras nos fumábamos un cigarro, con sus amigas a unos metros estudiándome y haciendo comentarios sobre mí entre risitas nerviosas, la chica me dijo, señalando la funda que llevaba a la espalda:

—¿Eso es un violín?

—Sí, lo es.

—¿Sabes tocarlo? —Asentí—. No te pega nada, digamos que no eres nada delicado ni sensible.

—No, no lo soy. Nunca lo he sido, quizás por eso no se me da demasiado bien la música.

—¿Cómo te llamas?

—Preferiría dejarlo así. Yo no tengo nombre.

—Yo me llamo Kelly. Dime el tuyo, no seas borde.

—Niccoló, puedes llamarme Nico. —Poseidó Balcells había dejado de existir definitivamente.

—¿Quieres venirte con nosotras, Nico?

—No, gracias. Yo viajo solo.

—Bueno, igual sí te apetece hacer otro tipo de viaje con nosotras —intervino una amiga de Kelly, sacando una bolsita con pastillas. Iba a decir que no, que yo no tomaba drogas, pero en realidad el que no

se drogaba, no fumaba y prácticamente no bebía porque le preocupaba su salud era Sei, y él ya no existía.

El éxtasis fue tan brutal como me habían dicho. Me sentí tan bien y tan vivo de nuevo que volví a tener sexo con Kelly y con sus amigas, en una especie de orgía improvisada en un descampado detrás de la estación. Bebimos mucho y supongo que nos metimos algo más. Me desperté solo, tirado en el suelo, con los pantalones por las rodillas y una resaca descomunal. No recordaba demasiado bien qué había hecho las horas anteriores. Al menos las chicas eran bastante legales y solo se llevaron doscientos euros.

Aquella noche senté las bases de la que sería mi nueva vida durante algo más de un año: viajar sin rumbo, colocarme y follar de forma compulsiva para satisfacer el instinto animal. A ser posible, en grupo; lo hacía morboso, excitante y maravillosamente impersonal. Ahí a nadie le interesaba mi nombre, lo único que se valoraba era lo que tenía entre las piernas. Y eso era justo lo que yo necesitaba.

Recorrí toda Europa, en tren, autostop, hasta me colé en un barco por el rollo romántico de los polizones. No fue así para nada, acabé detenido y durmiendo en un calabozo en Marruecos. Decidí que necesitaba un cambio de aires y me fui al nuevo continente.

Viajé por Hispanoamérica, sin dinero, haciendo chapuzas, tocando el violín, incluso, en alguna ocasión, acepté dinero a cambio de sexo de señoras a las que les sobraba lo primero e iban escasas de lo segundo. ¿Qué más daba? Ya me follaba a cualquiera gratis, si me querían pagar por ello, ¿por qué no iba a aprovecharlo? ¿Era moralmente reprobable? ¿Más o menos que acusar a alguien en falso de ser un depredador sexual?

En el fondo, daba igual. Desde que no tenía nombre, tampoco tenía ni conciencia ni moral.

En aquel momento ya estaba enganchado a las drogas sin remedio, las necesitaba y podía hacer cualquier cosa para conseguirlas. Cumplí veintisiete años en Nueva Orleans, no lo celebré, me había pegado una fiesta brutal cuatro días antes conmemorando el día en que Poseidó Balcells había muerto en el parque. A la mañana siguiente me desperté en una casa que no conocía, en una incómoda cama, con tres chicas dormidas o

inconscientes, todos desnudos, con la cabeza a punto de estallar. Me incorporé un poco y vi la mancha granate en las sábanas y mi mano hinchada y ensangrentada. La abrí, tenía la pipa de crack partida y clavada en la palma, ¡joder no servía ni para drogarme! Aparté sin ninguna delicadeza a la chica que tenía dormida amorrada entre las piernas. Al hacerlo me subió un intenso hedor agrio, ¡genial!, había vomitado mientras me la chupaba y seguramente después había perdido el conocimiento.

Me levanté, me metí dos rayas y cerré los ojos bajo el grifo de la ducha. De pronto, sentí una punzada de dolor, una nausea inusitadamente violenta me retorció el estómago, tuve que arrodillarme en aquella bañera mohosa y sucia. Mi cuerpo intentaba vomitar, lo que era imposible porque no tenía nada en mi interior. Empecé a escupir bilis, tuve miedo de no acabar jamás, porque de eso tenía toneladas acumuladas. El dolor era por verme donde estaba, porque fui consciente por un instante de lo que estaba haciendo con mi vida. Me dio un asco atroz en lo que me había convertido. Cuando pude recomponerme, a medias, salí del baño. Una cuarta chica se dirigió a mí tambaleándose desnuda y me dio una bofetada con una fuerza sorprendente mientras me recriminaba: «Eres un cerdo». Seguramente era cierto, aunque no tenía ni idea de por qué me lo decía. Acto seguido, me besó y se metió en el baño.

Salí de aquella casa y me di cuenta de que la gente con la que me cruzaba me miraba y apartaba la vista. Contemplé mi reflejo en un aparador, tenía un aspecto lamentable y la cara teñida de rojo. Mi maltrecho tabique nasal no había resistido el impacto de la bofetada. Esta me había producido una copiosa hemorragia nasal que ni siquiera había notado.

Esa era mi situación en mi veintisiete cumpleaños.

Entonces recordé cómo había sido dos años atrás mi vigésimo quinto aniversario. Aquel día había despertado con Simonetta en nuestra lujosa casa, hicimos el amor, insaciables, en la cama, en la ducha, en la cocina… Me hicieron una fiesta con ostras de la Bretaña francesa, caviar de esturión blanco y angula negra. No me gustaban demasiado ninguna de las tres cosas, sin embargo, eso no era lo

importante. Había ido vestido con un esmoquin de Antonio Ferrara al hotel más lujoso de Ámsterdam, donde se me recibió como lo que era: el hombre del momento, el mejor entre los mejores.

Dos años después era una sombra que se tambaleaba por las calles de Nueva Orleans con la nariz reventada por las drogas. Me merecía algún premio a la caída más fulgurante, al mejor juguete roto o algo similar.

El día en que Sei habría cumplido años, compré marihuana, cristales y heroína para la fiesta privada que me pensaba organizar. Me fui a Panamá City Beach, me senté en la playa, disfruté del maravilloso paisaje al atardecer y aspiré el perfume del mar. Eché de menos mi casa. Noté la falta de mi Barcelona en lo más profundo de mi corazón y lloré. Toqué el violín y, ya entrada la noche, estreché con fuerza la goma en el brazo, preparé la mezcla en la cucharilla y me la hinqué en vena. No solía hacerlo, normalmente la fumaba o la esnifaba, pero era un gran día y ya no podía más, quería que el fuego que me estaba pinchando me llegase directo al corazón y me lo descongelara. Seguía teniendo frío, muchísimo frío, y no tenía manera de sacarme de dentro esa sensación hiciera lo que hiciera. Me dolía el alma por la hipotermia, no podía más, no tenía ni motivos ni fuerzas para seguir existiendo, por llamarlo de alguna manera.

Me desperté en un hospital nueve días después. Lo primero que vi fue a mi hermano leyendo el *Financial Times*. Volví a cerrar los ojos, quería abrirlos y ver un paisaje precioso, una mujer guapa o un plato de fabada asturiana, algo bueno, bonito, algo por lo que alegrarse de estar vivo y despierto. ¿Mi hermano leyendo sobre finanzas? ¡Anda ya! ¿Cuándo se iba a cansar Dios de putearme? Aún con los ojos cerrados, cogí aire y pregunté:

—¿Qué coño haces aquí, Neptú?

—Sei, has vuelto.

—Eso parece.

—Santo Dios, Poseidó, ¿dónde has estado? ¿Qué has estado haciendo?

—Llámame optimista, pero estoy seguro de que, si te esfuerzas, puedes deducirlo por ti mismo.

—¿Drogas, Sei, en serio? Llevamos casi dos años sin saber nada de ti, sin saber si estabas vivo o muerto. ¡Joder! ¿Pero en qué estabas pensando? ¿Cómo has podido hacernos esto?

—¿Haceros? ¿Has venido a victimizarte? No me toques los huevos, que acabo de volver de pasar unos días con San Pedro y no estoy de humor.

—Entiendo que quisieras distanciarte, pero podrías haber llamado, haber dicho que estabas bien… ¿Drogas, Sei? ¡Has estado a punto de morir por sobredosis! Te encontraron tirado en una playa con una jeringa en la mano, joder. Eres Poseidó Balcells, ¡por el amor de Dios!

—Claro, olvidaba que los Balcells somos dioses y en el Olimpo no nos chutamos. Eso es una mierda de débiles humanos.

—Todo esto no tiene sentido. ¿Por qué, Sei?, ¿por qué?

—No me sacaste del agua.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—El día que papá me tiró a la piscina. Me estaba ahogando, estaba muerto de miedo. Te supliqué que me ayudaras y tú te quedaste mirando. No me sacaste del agua.

—Quería hacerlo, te juro que quería hacerlo, pero papá…

—¡No! Tenías veinte años, yo solo ocho. Da igual lo que dijera papá, tú tendrías que haberme sacado. Estabas dispuesto a quedarte de brazos cruzados viéndome morir.

—¡Vamos, Sei! Papá no iba a dejar que te ahogaras.

—Dime que estás seguro de eso al 100 %. Dime que lo estabas entonces.

—Poseidó…

—Dímelo.

—Han pasado muchos años, Sei. ¿A qué viene recordarlo ahora? No estamos hablando de eso, aunque, si te sirve de algo, te diré que papá estaba seguro de que podías salir solo, no tenía ninguna duda y no se equivocó.

—No me vale para una mierda. Jamás volví a sentirme protegido y confiado. Me enseñasteis a tener miedo, a vivir con él. ¡Solo tenía ocho años, hijos de puta! Nunca me habéis ayudado cuando me he estado ahogando, o me habéis empujado al agua u os habéis

quedado quietos esperando a que me hundiera. Ya lo he hecho, dejadme en paz de una jodida vez. Vete, Neptú.

—No. Lo siento, Sei, lo siento. Lo que te han hecho es terrible —dijo llorando, hundido—. Yo… quería ayudarte, quería avisarte, quería evitarlo…

—Pero te quedaste ahí, mirando cómo me hundía.

—¡No podía hacer nada! Papá y Helena…

—Deja de tirar balones fuera, deja de escudarte en papá. Tú me has abandonado, es tu responsabilidad.

—Estoy aquí.

—Ya es tarde.

—Te voy a ayudar a salir de todo esto, te voy a llevar a casa.

—No tengo casa.

—¡Hostia, Poseidó, para! Claro que la tienes. —Me abrazó, aunque intenté evitarlo. Cuando sentí sus brazos alrededor de mi cuerpo, cedí y me dejé estrechar por él. ¡Necesitaba tanto ese abrazo!

—Es mentira —susurré, con la voz quebrada por el llanto que pugnaba por escapar de mi interior.

—No, Sei…

—Papá siempre ha sabido que estoy vivo, ¿no te lo dijo? Me cuesta creerte.

—No sé de qué me estás hablando, te lo juro por mi vida. ¿Como que papá sabía que estabas bien?

—La policía lo avisó al menos en dos ocasiones de que me habían localizado. La primera, pocos meses después de marcharme, cuando me colé en un barco y me detuvieron. La segunda, cuando entré en Estados Unidos. Tanto la policía marroquí como la *yanqui* dieron el aviso a la española, y esta informó a papá. Quiero estar lejos de vosotros, viajo con mi documentación, dejad de poner denuncias por desaparición y de tocarme las pelotas.

—Espera, espera… Eso es imposible ¿Papá sabía que estabas aquí? No, él no sería capaz…

—¿De qué? ¿No crees que es capaz de ocultaros información o de pasar de mí como de la mierda? A veces me pregunto en qué

puto mundo has vivido, porque está claro que en el mismo que yo no ha sido.

—Papá no le haría eso a Helena, no…

—Sí y a ti también. Si te vas a sentir mejor, te diré que él sabía que me habían localizado, pero no conocía mi paradero. Dejé muy claro a la policía que mi desaparición era voluntaria y que me oponía a que le rebelaran a mi familia dónde me hallaba. Soy mayor de edad, tengo derecho a decidir eso, ¿sabes? Si El·ladi no os informó, la explicación os la debe él, no yo.

Aquella tarde lloramos mucho los dos. Me explicó que me habían estado buscando, que Helena incluso había acudido a médiums, la última le había dicho que mi pista se perdía en el mar. Pensaba que estaba muerto y, según mi hermano, se estaba consumiendo por ello. Sentí un pellizco en el corazón.

¡No! No iba a sentir pena por ella, no podía hacerlo. Lo creí, a diferencia de mi hermano, a mí no me sorprendía que mi padre fuera capaz de verlos sufrir día tras día y no rebelarles que me habían localizado. Neptú no le había dicho a Helena que me había encontrado, no mencionó si se lo había confesado a mi padre, y yo no pregunté. Me explicó que había decidido esperar hasta saber si me despertaba, para no darle falsas esperanzas a mi madre. Le pedí que no lo hiciera, necesitaba algo de tiempo.

Cuando salí del hospital, mi hermano me acompañó a un centro de rehabilitación, tenía que dejar atrás esos dos años y volver a empezar.

Lo intenté. Dios sabe que lo intenté con todas mis fuerzas. De la misma forma que, no hay duda alguna, no lo conseguí ni lo lograría jamás. Algunas cosas simplemente no tienen solución.



Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, el agua helada de la ducha me trajo de vuelta al presente. La cerré, salí y empecé a secarme con rabia. Mar desconocía mi imposibilidad para volver a levantarme, ella

no sabía que ya lo había intentado, con todo el empeño del mundo, y fracasé de forma estrepitosa. Ella no lo sabía; yo sí. Y era mi obligación arreglar ese problema.

Capítulo Veintidós

HENRYK WIENAWSKI: CAPRICHOS



MAR

Llegué triste a la oficina. Saqué un café de la máquina expendedora, me senté a mi mesa y empecé a jugar con la cucharilla y la espuma. Era pronto, aún no había llegado nadie.

—Buenos días, Mar —saludó Miriam, otra madrugadora. Aunque en mi caso fue Sei el que me despertó muy pronto para que pudiéramos desayunar juntos y pasear hasta la oficina, cosa que, por culpa de aquella absurda discusión que yo había provocado, ya no hicimos, por eso había llegado pronto. Quería a Sei, deseaba que quisiera quedarse, que dejara de decir que no tenía futuro, ansiaba que lo tuviera… ¿Intentaba cambiarlo?—. ¿Estás bien?

—Sí. Estoy bien, gracias.

—Claro, ¿lloras por la felicidad que te produce el trabajo? —No era consciente de la lágrima que se deslizaba por mi mejilla.

—Buff, no es nada. He discutido con Sei y… —Le cambió la cara.

—¿Con quién?

—Con Nico.

—¿Cómo lo has llamado? Antes, has dicho: «He discutido con…»

—No lo he llamado de ninguna manera: «He discutido, no sé y…», eso es lo que he dicho.

—Perdona, he entendido: Sei. Hace tiempo conocí a alguien que se llamaba así; desapareció sin dejar rastro y después…

¿Miriam conocía a Sei? ¿Cuándo lo había conocido? Podía haber sido cuando Helena Solans y él habían estado juntos… No, esa relación tuvo que ser secreta, ya que ella estaba casada con el señor Balcells.

Entonces, ¿qué vinculación había entre Sei y BMN enterprises? ¡Había tantos misterios en torno al hombre que amaba!

Quería preguntarle mil cosas sobre él, pero eso sería como buscar su rastro en internet. Prefería que fuera Sei quien me aclarara todas esas cosas de forma voluntaria, aunque no sabía si llegaría ese momento.

Los compañeros empezaron a llegar y ella se incorporó a su puesto, eso me dejaba más tiempo para decidir si le preguntaba por él o respetaba sus deseos.

A la hora de comer recibí una llamada de otro número desconocido, descolgué deprisa.

—Hola, cariño. ¿Cómo va el día?

—Se… buff, Nico, todo bien. Mejor, ahora mucho mejor.

—No estoy enfadado, Mar, te lo he dicho. Todo está bien entre nosotros. Ya sabes que tengo muy poca memoria, no recuerdo haber discutido ni por qué.

—De acuerdo. ¿Vendrás a las cinco?

—Claro. Si quieres que vaya, ahí estaré.

—¿Puedes venir a la salida?

—¿No prefieres que te espere en la plaza?

—No. Prefiero que vengas aquí.

—Como quieras, pero no tienes que demostrarme nada, ya lo has hecho. No es necesario.

—No lo hago por eso. No tengo motivo para esconderte y tú tampoco tienes por qué hacerlo.

—No me escondo, Mar, no al menos de la forma que tú quieres decir. Voy a esperarte a la puerta y si quieres hasta puedo subir y saludar a tu jefe, ¿qué te parece?

—No, no hace falta, tampoco nos pasemos. Quiero seguir teniendo trabajo, además, hoy no me ha hecho ningún comentario fuera de lugar.

—¿Has hablado con él?

—Muy poco. Me ha dado los buenos días de una forma muy profesional. ¿Cómo te ha ido el trabajo a ti?

—Bien. Esta noche hay concierto en el Palau de la Música, iré a tocar un rato cerca, a la hora en la que acostumbra a llegar la gente. Son personas que en principio valoran el arte, así que la recaudación suele ser buena. Ya falta menos para volver a tener luz.

—¿Has comido?

—Aún no. Ahora iré a comer con Albert, quiere hablar con alguien del partido de ayer.

—¿Te gusta el fútbol?

—No. Albert siempre comenta que no me gusta el fútbol porque no he estado nunca en el Camp Nou y no he respirado el ambiente. Y yo le respondo que no le gusta la música clásica porque no ha estado nunca en el Palau viviendo el momento. Él me dice que va a llevarme un día a un partido, y yo que lo llevaré a un concierto, y así estamos.

—¿Entonces esta noche no hago planes contigo?

—No si no quieres… estaré en el Palau una horita, no más. Puedes venir conmigo y luego podemos subir al Tibidabo. Para ti, que te gusta mirar lucecitas, las vistas desde allí serán una locura.

—No necesito mirar luces si estoy contigo. Tú eres la única luz que necesito. Sé que suena cursi, pero es cierto.

—Soy muy cursi, me gusta que me digas estas cosas.

—Te quiero…, Nico.

—Se me hace rarísimo escucharte decir eso. Es como si no me lo dijeras a mí y la sensación duele.

—Es a ti, te quiero a ti, solo a ti.

—Yo también. Quiero decir que yo te quiero a ti, no que solo me quiera a mí mismo, mi egocentrismo tiene un límite. —Me reí.

—¡Qué tonto eres! Nos vemos a las cinco. Come bien, la luz puede esperar.

—Perfecto. Me voy a ir al O Meu Lar y voy a comer de primero un pulpo *á feira* y de segundo un solomillo de ternera con una botella de Pingus de 2020. Buff, en fin… ¿Qué me está pasando?

—Bueno, uno de esos días en los que ganas noventa euros, igual podrías hacerlo.

—La comida sí, el vino no, vale más de mil euros la botella.

—¿Pero cómo se puede ser tan pijo? ¿Cómo puede valer eso una simple botella de vino?

—Porque no es simple. Nos vemos a las cinco.

Había estado bien. Había bromeado, me había dicho que me quería, habíamos quedado después del trabajo… Todo estaba perfecto. Entonces, ¿por qué tenía aquella sensación de distancia? ¿Eran solo imaginaciones mías o le pasaba algo?

Uff, esa era la peor parte del amor: la preocupación y el miedo a la pérdida. Aunque lo bueno era tan bueno que compensaba todo lo

demás.

Me despedí de mis compañeros y salí de la oficina como una exhalación, ya compraría un bocadillo por el camino. Me dirigí al metro, tenía veinte minutos para llegar al CAP, había pedido hora con mi ginecólogo. Si Sei y yo íbamos a vivir juntos y ser una pareja estable, no quería ninguna barrera entre nosotros, ni emocional ni física, había decidido empezar a tomar anticonceptivos orales. Nada de lo que habíamos hablado la noche anterior iba a cambiar, ¿verdad? Todas las parejas discuten, lo que había pasado por la mañana no significaba nada.

Volví a BMN corriendo y sin comer, no había tenido tiempo de comprar nada en el camino, así que saqué una bolsa de palitos de pipas de la máquina expendedora y me los fui comiendo a escondidas durante la tarde.

Cuando la jornada laboral llegó a su fin, Miriam, María y yo salimos juntas del edificio. Justo al cruzar la puerta, recordé que Miriam me había dicho que conocía a Sei. Con las preocupaciones por la discusión, las prisas para ir al médico y la ingente cantidad de trabajo que Carles Balcells me había dado, no había vuelto a pensar en ello en todo el día; ni siquiera se me pasó por la cabeza cuando le pedí a Sei que viniera a esperarme a la puerta. Ahora ya era demasiado tarde para hacer algo, no podía avisarlo ni deshacerme de ella sin que mi comportamiento pareciera extraño o descortés. Lo único que podía hacer era cruzar los dedos y pedirle al cielo que no lo reconociera; quizás hacía mucho tiempo desde la última vez que se vieron o tal vez no había tenido demasiado trato con él. Además, probablemente habría cambiado una barbaridad, si sus vidas se habían cruzado cuando él vivía en la mansión de los grifos de oro.

Localicé a Sei a escasos metros de la puerta, mirando hacia la parte alta del edificio. Llevaba los tejanos que había comprado para la cena, unas botas militares desgastadísimas y aquella parka verde caqui que tenía mil años. Tenía el pelo desordenado, la barba espesa y… estaba guapísimo. Lo estaba de cualquier manera porque era él, y eso lo hacía perfecto. Me acerqué, me agarré a sus hombros sobresaltándolo, me encaramé un poquito a su cuerpo y lo besé. Él se agachó un poco para corresponderme, luego se separó y me

sonrió. Volví a besarlo y solo entonces recordé que mis compañeras estaban allí y que debía presentarlos.

—Él es Nico, ellas son María y Miriam.

María solo le dio la mano, me pareció que prefería no acercarse demasiado a él. Me dio rabia, aunque intenté que no se notara. Él no pareció darse cuenta del detalle.

Miriam sí se acercó y le dio la mano. Cuando cruzaron sus miradas supe sin duda que lo había reconocido. Se quedó helada, se le demudó el semblante, el color abandonó sus mejillas y tuve miedo de que fuera a desmayarse. Él le apretó la mano dándole ánimos, mientras con los ojos le rogaba que disimulara.

¡Mierda! ¿Cómo había sido tan torpe? Porque esa era la razón de que él estuviera allí, ¿o no?

¿Le había preparado una encerrona? No, no había tenido esa intención, no de forma consciente… ¿Y si él lo interpretaba así? ¿Por qué no podía dejar de meter la pata con Sei desde que nos habíamos levantado?

Miriam lo abrazó con fuerza, demasiada para alguien a quien acabas de conocer, lo hizo como si acabara de reencontrarse con alguien a quien quería y creía haber perdido, no tenía dudas de que así era. Lo miró con profundidad, desconcierto y ante todo alegría, le dio un beso en la mejilla cargado de sentimiento, solo uno. Él sonrió y asintió.

María se despidió algo desconcertada, era obvio que la reacción de Miriam le producía curiosidad, y también que prefería no estar cerca de Sei, no quería que los compañeros que salían la viesen en su compañía. Me alegré de que él no se hubiera percatado de estos detalles. Cuando ella se alejó, yo me dirigí a ellos.

—Voy a sentarme en aquel banco un momento para que vosotros podáis deciros lo que necesitéis. —Sei me miró—. Sé que os conocéis. Ya hablaremos luego. Perdona, cariño, te prometo que no te he hecho esto con mala intención.

Capítulo Veintitrés

JOHN ZORN: CAT O'NINE TAILS



POSEIDÓ

Después de la discusión, Mar se vistió deprisa y me dio un abrazo intenso acompañado de un beso fugaz en los labios. Debí corresponder de una forma más cariñosa, pero no lo hice, permanecí casi impasible. Fue hacia la puerta y me miró con un dejo de tristeza en los ojos antes de salir. No estaba enfadado, estaba agarrotado. Mi conciencia estaba golpeando duro y claramente iba a darle una buena paliza al corazón:

«¿Qué esperabas imbécil?, ¿qué pensabas que iba a pasar? ¿De verdad eres tan gilipollas como para pensar que ella iba a aceptar esa tontería de "yo no tengo futuro"?»

¿En serio creías que iba a conformarse y no iba a querer más?

Si realmente no tienes futuro, cerdo egoísta de mierda, muérete y deja de joder al prójimo. Si no tienes futuro. Cada nuevo minuto que respiras estás viviendo de prestado. O vives al 100 % o dejas de hacerlo.

Puedes moverte como una sombra por la ciudad, sin embargo, ¡escúchame bien, desgraciado! Ni puedes ni tienes derecho a arrastrar a nadie contigo en tu caída. Si no tienes nada que ofrecer, lárgate y no vuelvas más. Si, como te gusta tanto repetir, no hay salvación para ti, ten de una puta vez los cojones de acabar con todo. Vive y deja vivir o muere y deja vivir. Lo importante aquí es la segunda parte de la frase». ¡Pam!, la conciencia gana por KO en el primer asalto.

No tenía tiempo para venirme abajo, tenía trabajo, había prometido pagar una factura.

—¿Qué te pasa hoy, Johann? ¿Estás tristón?

—No, ¿por qué?

—Acabas de tocar una recopilación de temas estupenda, podrías subir la lista a Spotify con el título: «Música para cortarse las venas». —Me reí. Albert no era muy amigo del sarcasmo, eso sí, cuando le salía, lo bordaba.

—¿Sabes que hubo una etapa de mi vida en la que me creía perfecto? Estaba orgullosísimo de mí, creo que era, incluso, un poquito prepotente. Soy un mierda, Albert.

—No digas eso, chico. No es verdad. No has tenido suerte, eso es todo.

—No, no fue una cuestión de suerte, a mí me jodieron la vida y yo no fui capaz de superarlo. No todo el mundo tiene la capacidad de crecerse ante la adversidad. Yo no la tengo. Soy un egoísta que no piensa más que en sí mismo. La he cagado. La he cagado mucho y no sé si puedo arreglarlo, aunque tengo la obligación de intentarlo, ¿verdad? Tengo que hacerlo, pero es que tengo miedo, mucho miedo.

—Si crees que tienes que hacer algo, no puedes dejar que el miedo te lo impida.

—Sí puedo. Se me da de puta madre hacer eso, créeme.

—Pues igual ha llegado el momento de echarle huevos a la vida.

—Igual sí. ¿Ayer ganó el Barça?

—¡Qué partidazo, chaval! Comemos juntos y te lo cuento. ¿Te apetece?

—Claro. Mucho, de verdad.

—Johann, eres una buena persona, eso es lo que cuenta. Todos nos equivocamos. Los héroes no existen. Un héroe es un tío que en una situación desesperada toma una decisión movida por ese sentimiento y la suerte se pone de su parte. La mayoría de las acciones heroicas serían locuras o gilipolleces si hubieran salido mal. Si un hombre se mete a pelo en un incendio para salvar a otro y lo consigue, la gente dirá que es un héroe y le aplaudirán; si muere en el intento dirán que estaba loco, que cómo se le ocurrió hacer algo tan estúpido. Hazme caso, al final la suerte mueve el mundo.

—No sé si estoy de acuerdo. Lo que sí sé es que lo que mueve el mundo es el poder, y eso lo tiene el que maneja la información y el dinero. Yo no hablo de heroicidad, hablo de coherencia. Si alguien no tiene nada que ofrecer, no debe dejar que otra persona se lo dé todo, es injusto, cruel y egoísta.

—¿Por qué no puedes ofrecer nada?

—Porque no soy nadie.

—Alguien debes de ser. ¿Quién eras antes de estar aquí? No todo el mundo puede aprender a tocar el violín como tú lo haces, tu nivel cultural es alto, es fácil apreciarlo cuando se conversa contigo. ¿De dónde vienes? ¿Quién eres en realidad? Sé que no te llamas Johann, te he escuchado responder a varios nombres diferentes.

—Solo quiero puntualizar una cosa: a tocar como yo no se aprende; o se lleva en la sangre o no se lleva. No es técnica, eso sí que puede aprenderlo cualquiera. Albert, ¿me dejarías hacer una llamada con tu móvil?

—Por supuesto, llámala. Le gustas de verdad, solo hay que ver cómo te mira.

—Lo sé, ese es el problema.

—Algo le estarás dando para que desee estar contigo. Así que no es cierto que no tengas nada.

—No tengo futuro.

—Quizás la persona que fuiste lo tendría.

—Está muerto.

—Lo mataste tú, podrías resucitarlo.

—No fue suicidio. Fue asesinato, con premeditación, alevosía y extra de ensañamiento.

—¿Quién es el asesino?

—Como en *Asesinato en el Nilo*, fue un asesinato coral, una puñalada de cada uno, aunque hubo una que fue fatal, le atravesó el corazón.

—¡Pues ya me has jodido el final del libro! Lo estoy leyendo ahora, ¿sabes?

—¡Anda ya, te estás quedando conmigo!

—¡Qué no! Lo digo en serio.

—Joder, pues ya es casualidad… Lo siento. ¡Yo qué sabía! ¿Cómo iba a saberlo?

—Pues no expliques el final de los libros por si acaso, cabrón.

—¡Pero si es evidente desde la mitad de la novela!, hay que ser muy torpe para no verlo.

—¿A que comes solo, Einstein?

—Me callo, me callo, ya no hablo más.

Llamé a Mar. Intenté estar animado y divertido. Sin embargo, ella estaba tristona. Iba a arreglar eso, seguía sin saber cómo, pero lo haría. Me pidió que fuera a esperarla a la salida de BMN. Acercarme allí no me apetecía nada. Aunque esa no fue la razón por la que el día anterior la esperé en la plaza, fue para que sus compañeros pijos no la vieran con alguien como yo. ¿Por qué tenía que esconderme?

Ella tenía razón… No, no la tenía, yo lo sabía, pero iba a ir a la puerta de la empresa de todas formas.

Salió y me besó aferrándose a mi cuello, me había puesto la ropa de la cena con las botas rascadas y el abrigo viejo y desteñido. Soplaba un aire gélido, había llovido y yo estaba helado. Cuando se separó de mí, me presentó a sus amigas: una tal María, que me tendió la mano con disgusto. Supuse que correría a lavársela en cuanto pudiese huir; la vi mirar por el rabillo del ojo a su alrededor, intentando asegurarse de que ningún conocido la veía a mi lado. Hacía mucho tiempo que esos comportamientos me resultaban absolutamente indiferentes. Mar dijo que la otra compañera se llamaba Miriam.

Nos reconocimos de inmediato. Sí, ella a mí también. La impresión que se llevó por la sorpresa casi hizo que no pudiera aguantarse en pie, le agarré las manos para infundirle ánimos. Miriam era fuerte, podía con la impresión de mi regreso, los dos lo sabíamos a la perfección.

Habíamos coincidido en BMN durante los dos veranos que yo estuve allí mientras estudiaba la carrera. Fui su jefe, trabajamos codo con codo. Ella me ayudó a soportar algo que odiaba con todo mi ser; y yo a ella, a conseguir un ascenso y salvar su matrimonio. Nos quedábamos muchas noches solos hasta tarde, pedíamos comida y charlábamos no solo de negocios. Nos entendíamos muy bien, conectamos de una forma muy bonita.

Miriam era bastante mayor que yo, le gustaba meterse conmigo diciéndome que era un yogurín. Alguna vez me hizo bromas con doble sentido, diciéndome que no tenía hambre y que lo único que le apetecía cenar era un yogur. Me miraba con intensidad, y yo por lo general hacía ver que no lo había pillado, aunque en otras ocasiones sonreía y le seguía el juego, porque la carne es débil, en

especial la mía. Durante mi primer verano en BMN, ella estaba pasando una crisis con su marido y una noche estuvimos muy cerca de cruzar la línea. En ese momento en el que tienes que decidir si saltar o quedarte en tierra para siempre, la insté a pensar que, si nos dejábamos llevar, no tendría vuelta a atrás. Habría sido infiel al hombre al que amaba, porque Miriam estaba enamorada de su marido, y lo habría hecho por un calentón. Yo solo era alguien que le caía bien, por quien sentía cariño y una intensa atracción sexual. No valía la pena tirar a la basura una relación estable y una bonita amistad por una noche de sexo salvaje sobre la mesa de mi despacho. Me había hecho gracia cuando me dijo:

—Que lo describas así no ayuda. ¿Eres consciente, verdad? Eres maravilloso y un niñato muy sexi y muy guapo. Eres mi amigo, un empresario brillante y muy rico y, además, mi jefe. ¿Sabes cuántos clichés cumples? Me voy a arrepentir toda la vida de no haberme comido el yogur.

—Te has dado cuenta de que eso, en este momento, ha sonado fatal, ¿verdad?

—Sí, en cuanto he acabado de decirlo. —Nos reímos a carcajadas los dos.

—No te vas a arrepentir de eso, lo harías de lo contrario, te conozco. Solo sería sexo, muy muy caliente y placentero, pero nada más —aseguré aguantando la risa.

—¡Sei! Es que… ya te vale, si no vas a hacerlo deja de describirlo. —Clavó una mirada ardiente en mi entrepierna, podía notar el calor como si fuera un rayo láser.

—Y tú deja de mirarme la polla.

—No lo hago. En realidad, te estoy mirando el pantalón, es que…

—La tengo dura, claro que sí. Si no se me pusiera como una piedra con veintiún años, en una situación como esta, sería muy preocupante, ¿no crees?

—Enséñamela.

—¡Anda ya! ¿Qué dices?

—Y te enseño las tetas.

—¿Pero tú te estás oyendo? Eres mil veces más niñata tú que yo. No voy a hacer esa tontería. Esas cosas no las hacía ni a los quince

años. O se folla o no se folla, eso de tontear no. Además, acabaría en paja, como mínimo con la mano. Y eso también es infidelidad.

—¿Por qué tú dices con la mano y yo imagino mis labios alrededor de tu miembro?

—Porque estás más caliente que yo, que ya es decir. Y donde se ponga una mamada que se quiten veinte pajas. Recoge, nos vamos a casa, tú a la tuya a follar con tu marido, y yo a la mía a tirar de agenda.

—Pero no hemos acabado, y el trabajo tampoco. Además, si tengo sexo con Óscar esta noche lo haré pensando en ti. ¿Eso no es infidelidad también?

—No, eso es imaginación, fantasías sexuales. Es lícito, sanísimo y tu marido no lo va a saber nunca. ¡A casa, Miriam, ahora!

Varios años después de aquella noche en la que nos faltó tan poco para acabar en la cama, volvíamos a estar frente a frente. Miriam me abrazó con todo el cariño que me tenía.

—¿Qué te ha pasado, Sei? Por Dios, ¿dónde has estado? ¿De verdad estás viviendo en la calle? ¿Por qué? Todos creen que has muerto, tus amigos, yo…

—Pues ya ves que no. Estoy aquí y estoy bien.

—Sei, ¡joder, estás vivo! ¿Cómo has podido dejar que tu familia pasara por este calvario?

—¿Calvario? ¿Ahora son ellos las víctimas? Las cosas no son como crees Miriam.

—¡Estuve en tu funeral!, el que hicieron en esa finca que tenéis cerca de la sierra. Tener un cementerio privado dentro de tu propiedad da mucho *yuyu*, pero los Balcells sois así de raritos. Helena estaba destrozada. El·ladi y Carles ya sabes cómo son, nunca expresan ningún tipo de emoción, aunque obviamente también lo pasaron fatal.

—No es así. Mi padre no es «rarito», es un psicópata sin sentimientos, por eso no los puede mostrar. Carles es su marioneta, y de Helena prefiero no hablar.

—Te equivocas, sufrieron mucho ¡Yo lo he vivido, estaba allí! No sé qué te pasó con tu familia, pero tu desaparición y tu muerte fue algo terrible para todos, Sei.

—Mi padre y mi hermano saben que estoy vivo, saben cómo y dónde estoy. Fue decisión de El·ladi enterrarme y no contarle la verdad a Helena. Ni siquiera me han declarado muerto de forma oficial, sigo constando como desaparecido, por mucho que El·ladi diga que está seguro de que me tiré al mar. Al no haber cuerpo, aún les faltan siete años para poder certificar mi fallecimiento.

—Eso es imposible. En tu entierro Carles…

—Yo también estuve en el funeral, lo vi todo escondido en la pineda; si entras en la finca por esa parte no te ve nadie, ni siquiera hay cámaras en ese camino. Sí, me dolió ver a los que me queréis pasarlo mal, pero era lo mejor. Mentiría si dijera que no quise pararlo y deciros que no estaba muerto, aunque también sentí rabia de que todos hubierais aceptado mi muerte sin más, sin ninguna evidencia de que fuera así, solo porque mi padre hizo esa declaración.

—Sei… ¿Por qué? ¿Por qué El·ladi hizo algo así contigo? ¿Qué pasó?

—Lo siento, no estoy preparado para hablar sobre ello. Mi familia decidió que estaba muerto y a mí me pareció una salida perfecta, no puedo decirte más.

—¿Vas a volver?

—Nunca, jamás. Por lo que respecta a ellos, sigo muerto. Por favor, Miriam, ayúdame, tiene que seguir siendo así, si se enteran… Prefiero matarme antes de poner un pie en esta empresa, en esa casa…

—No digas eso. Ni siquiera lo pienses. Yo estoy contigo, nunca haré ni diré nada contra tu voluntad. Lo sabes, tienes que saberlo. No puedes seguir viviendo en la calle, no puedes.

—No vivo en la calle, ahora vivo con Mar.

—Te quiere. Ahora la comprendo mejor.

—Yo también estoy enamorado.

—Pero no feliz, no pareces feliz.

—No tengo un buen día, pero sí soy feliz, al menos tanto como puedo serlo en la actualidad. Es complicado, Miriam. Mi vida se convirtió en un infierno, aún se me abren las cicatrices a veces y cada vez que eso pasa las heridas se vuelven más profundas y descarnadas. En cada ocasión tardan más en cerrarse y dejar de

sangrar. Sé que al final acabarán matándome, lo que no sé es cuánto tiempo falta para que eso ocurra.

—No digas esas cosas. La esperanza es lo último que se pierde.

—Exacto, es lo último, pero también acaba por desaparecer.

—¿Por qué no llamaste? Te habría ayudado, habría hecho cualquier cosa por ti, la haré ahora. ¿Cómo puedo ayudarte?

—Entonces nadie podía ayudarme y ahora no hace falta, tranquila, todo está bien. Gracias por desear hacerlo; perdí la confianza en el ser humano en general.

—¿La has recuperado?

—Creo que Mar me quiere de verdad, creo que me quiere como nunca nadie me había querido. Me quiere por cómo soy, por lo que soy en mi interior.

—Yo también te quiero, Sei. Hay mucha gente que te quiere, piensa en ello. ¡Ah!, y una cosa más, está claro que te quiere por el interior, porque por el exterior… ¿Qué peinado es ese? ¿Y esa barba? ¡Con lo guapo que eres y lo bien que lo disimulas! —Me reí.

—Quizás ya no soy tan guapo, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.

—Creo que no has cambiado tanto. Eres mayor y se te han endurecido las facciones por todo lo que has vivido. Aunque en lo esencial diría que no has cambiado demasiado, debajo de todo ese pelo sigue estando Sei, el chico que giraba cabezas allí donde iba. Lo que te ha cambiado tanto que incluso da miedo es la mirada. Sigues teniendo los ojos azules más espectaculares que he visto jamás, sin embargo, hay algo en ellos que antes no estaba y duele mirarlo.

—No lo hagas, entonces. Mírame la entrepierna, recuerdo que te gustaba hacerlo.

—¡Sei!, pero serás cerdo, vete a la mierda, es que no puedo contigo. Ya veo que el sentido del humor agridulce que te caracterizaba se mantiene intacto. —Me pegó, me abrazó, me besó la mejilla y se despidió de mí.

Sei Balcells estaba empezando a volver, se me heló la sangre al pensarlo, quizás no era así. «Tranquilo, respira, respira», me dije mientras me dirigía hacia Mar. Me agaché frente a ella, en esa postura típica de los que van a pedir matrimonio, nada más lejos de

mi intención. Le puse una mano en la mejilla, la tenía helada, así que coloqué la otra al otro lado para calentársela. Se abrazó a mi cuello y le besé los labios con dulzura, sí, también sabía hacer eso. A pesar de haber luchado tanto para desterrarlo de mi vida, sentía el pasado volviendo inexorable, y con él, el miedo…

—Cariño, perdóname —dijo ella apesadumbrada—. No tendría que haberte hecho venir aquí.

—No te preocupes. Todo está bien. Para Miriam ha sido una sorpresa enorme, pero lo ha encajado bastante bien. Creo que ella jamás haría nada que pudiera perjudicarme, aunque también es verdad que nunca he evaluado demasiado bien eso… En realidad, no tengo que esconderme, yo no he hecho nada, no tengo por qué hacerlo… A ver si a fuerza de repetirlo consigo creérmelo.

—¿No te busca la policía?

—Ya no.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó un tanto alarmada—. ¿Te buscaban?

—Desaparecí, como en *Sin rastro,* sin decir nada, sin avisar a nadie. Me buscó la policía, la Interpol… No llevaba tarjetas ni hubo ningún movimiento en mis cuentas. Estuvieron buscándome hasta que me localizaron, primero en Marruecos y después al entrar en los Estados Unidos. Me negué a que la policía revelara mi paradero. Mi padre se guardó la información de que me habían encontrado vivo. Decidieron darme por muerto cuatro años después de mi desaparición a pesar de que no pudiera certificarse de forma oficial. Hace algo más de un año que dejaron de buscarme.

—¿Por qué creyeron que estabas muerto?

—Mi padre declaró que me había visto tirarme al mar desde unas rocas en Pacific Beach. Dijo que intentó llegar a mí, pero no pudo. Dio el aviso y cuando llegaron las patrullas de rescate no me encontraron. Buscaron durante varios días sin conseguir recuperar mi cuerpo, quizás porque era todo mentira. Mi padre inventó todo este disparate para convencer a mi madre y al resto de nuestro entorno de que me había suicidado, con la intención de que cejaran la búsqueda y poder librarse, al fin, de mí. Yo no volví a salir de Barcelona desde que mi hermano se enteró de mi paradero, fue a

buscarme y me trajo de vuelta. Podrían haberlo comprobado con facilidad consultando los vuelos, pero nadie duda jamás de la palabra de mi progenitor, él sentencia y los demás hacen una genuflexión y dicen: «Amén». Concluyeron que debía de haberme ahogado, era la opción más viable, y las corrientes se habían llevado mi cuerpo a vete a saber dónde. Era probable que no apareciese jamás, aunque esta hipótesis nunca llegó a oficializarse. Para pasar página, mi padre, con la complicidad de mi hermano, organizó un funeral, no olvidemos que los dos sabían que estaba vivo. Iban a enterrar una caja vacía, sin embargo, mi madre decidió enterrar un violín mío en ella, no te imaginas las veces que he querido ir al cementerio y profanar la tumba. ¡Lo que hay allí enterrado quizás vale más que yo! Cuando me fui me llevé el Vilagio, que es el más sencillo de los violines que tenía, no sé cuál enterró, es un crimen que lo haya hecho. En fin, Miriam llevaba un año creyéndome muerto, imagínate el *shock*.

—¿Algún día me contarás tu historia?

—Quizás, algún día. No es una historia bonita. —Desde luego no tenía la menor intención de hacerlo, si podía evitarlo, pero deseaba zanjar el tema de mi pasado y esa era la mejor opción para conseguirlo.

—Eso está claro. Solo quisiera que tuviera un final feliz.

—¿Como los masajes? Vamos a casa, no hay problema.

—Sei, estamos hablando en serio.

—Estoy cansado, Mar, así que he activado el modo Mago de Oz.

—¿Qué es lo que has hecho?

—(…) *Y verás que tú puedes volar*
y que todo lo consigues.
Y verás que no existe el dolor;
hoy te toca ser feliz.

—Uff, Sei, cantas fatal.

—¿Qué dices?, no lo hago tan mal. Soy capaz de entonar y afinar, solo tengo un registro vocal bastante limitado.

—Pues eso traducido al lenguaje de los que no somos músicos, pero sabemos cantar, significa: cantas muy mal. Cántame otra.

—¿Tú eres masoquista o qué te pasa? Acabas de decir que no te gusta cómo canto.

—Pero me gusta que lo hagas, me gusta verte así, haciendo el tonto, divertido.

—Vaya, esta es la típica cosa que ahora es: «¡Cómo me gusta cuando haces tonterías, eres tan mono!» y dentro de un tiempo será: «¡Deja ya de hacer el imbécil, me pones de los nervios! ¡No te soporto; qué tonto eres!».

—Cállate. ¿Nos vamos a casa? Sopla un viento muy frío y yo quiero desnudarte y sentir cada centímetro de tu piel. Todos y cada uno de ellos. Los veinte, que según tú no marcan la diferencia, también, especialmente esos, si te tengo que ser sincera.

—Es mencionarla y cobrar vida. Es como si le hablaras directamente a ella.

—¿Sí?, ¿en serio? —Asentí—. ¿Qué se siente? Siempre me lo he preguntado.

—No sé decirte. Nada en especial. No se siente ningún tipo de placer, físico al menos. Es divertido, ya que es un miembro de tu cuerpo que se mueve a su propio criterio. A veces ocurre sin estar excitado, sobre todo cuando eres muy joven. A mí a los dieciocho se me ponía dura por todo, después se fue volviendo un poquito más selectiva, cosa que es de agradecer, me hizo pasar algún mal rato en aquel momento. ¿Curiosidad satisfecha? Si no pregunta dudas, aquí me tienes para lo que necesites.

—Vamos a casa, ya te he dicho lo que necesito, y no es seguir preguntándote tonterías que seguro que no quieres ni responder.

—Prefiero mil veces que disfrutes de toda la piel de mi cuerpo, centímetro a centímetro, aunque hablar sobre mi polla tampoco me parece mal, a los tíos nos encanta hablar de eso.

—¿A todos?

—Sí —respondí cómicamente—. A todos los que yo conozco, al menos.

Capítulo Veinticuatro

JOHN CAGE: FREEMAN ÉTUDES



POSEIDÓ

Cuando entramos en casa de Mar, no le di ni un respiro. Tiré el abrigo, le quité el suyo y la arrinconé contra la puerta. Las bisagras no estaban bien encajadas y hacían un ruido de mil demonios, me daba igual, no iba a parar por ello.

Ella me desabrochó la camisa e intentó bajarla de los hombros. Se quedó trabada, había que tirar fuerte para que saliera; me quedaba estrecha.

—Sei, cielo, para ir ajustadito como un tronista de *Mujeres y hombres* tienes que elegir camisas con lycra —dijo apretándome los bíceps con los dedos, burlándose de mí.

—Mar, bonita, a mí no me hace falta marcar nada para que a las mujeres os tiemblen las piernas al mirarme.

—Vaya, el señor sobradito, el de: «sabía que únicamente iba a dormir solo si era eso lo que yo quería», ha vuelto.

—De eso nada, para que fuese así, tendría que haberse ido alguna vez. ¡Vamos, Mar!, estoy tan bueno que hasta vestido de esta manera y con estos pelos no has podido resistirte. Imagínate cuando llevaba la ropa hecha a medida, me peinaba, me afeitaba, tenía éxito en todo lo que hacía y, además, todo el mundo sabía que era asquerosamente rico. Hablando en serio, Mar, no soy creído, pero en aquel entonces yo chasqueaba los dedos y ellas abrían las piernas. Lo hacían por voluntad propia, yo no tenía ni que pedirlo.

—¿Esto último lo has dicho en serio?

—Es que es verdad, no exagero, era exactamente así. Supongo que te parece un comentario poco respetuoso o despectivo. Es cierto, no respeto a esas mujeres, no puedo y no tengo por qué hacerlo. Yo no he vendido a nadie. No soy Jesucristo; yo no perdono, no me da la gana.

—¿Te vendieron? ¿Explicaron más de lo debido? —Era una buena salida para no decir que me destrozaron la vida. Yo sí que estaba hablando más de la cuenta.

—Nunca he presumido de conquistas ni he hablado del tema hasta ahora. No iba por ahí contando batallitas, siempre he salvaguardado la intimidad de las mujeres que han estado conmigo, aunque muchas veces eran ellas las que no respetaban la mía e iban por ahí contándolo todo con pelos y señales. Vosotras sois capaces de dar un nivel de detalles que no es normal. A mí, mientras me dejen bien, no me importa que se explayen, siempre que lo que cuenten sea cierto. Con eso habría bastado. ¿Quieres que te dé tema de conversación para cuando vayas mañana a la oficina?, ¿que te escriba un relato de esos que no se va a creer nadie, uno del que digan que te lo has inventado porque es demasiado bueno para ser real?

—¿Puedes?

—Con las manos atadas a la espalda.

—No me des ideas.

—No me quieres atar las manos.

—¿Por qué no, si no las necesitas?¿ O era otra fantasmada de las tuyas? —La levanté del suelo, apretando más su cuerpo contra la puerta. Se asustó por el inesperado arrebato y dejó escapar un grito ahogado. La blusa que llevaba se cerraba con unos pequeños botones de clic, tiré para que saltasen, esperando no pasarme, no estaba la situación como para romper ropa. Hasta para ser un amante salvaje y apasionado hay que tener dinero, ¡hay que joderse!



Me desperté de madrugada. Sentía un peso enorme en el pecho que me impedía respirar. Recordé la conversación que tuve con Vera la vez que le expliqué que a veces, por las noches, me pasaba eso:

—Cuando duermes no estás ni vivo ni muerto, sino en un espacio intermedio. Entonces se abre una puerta al mundo de lo sobrenatural. A veces vienen a visitarnos los que ya no están, y otras, nuestros protectores nos susurran mensajes al oído. En

ocasiones, los ángeles nos dan los abrazos que nos faltan, y en otras, nuestros demonios vienen a vernos y se nos sientan sobre el pecho impidiéndonos coger el aire con normalidad. Cuando pasa esto, no hay más remedio que sentarse frente a frente y hablar con ellos hasta solucionar las cuentas pendientes, de no ser así, *dragotsenny,* acabarán por ahogarte.

—Qué mal rollo, Vera. ¡No voy a volver a dormir jamás! —respondí con mucha seriedad.

—No hay que temer ni a los espíritus ni a los demonios.

—No, si eso no me da miedo. Lo que me ha puesto la piel de gallina es imaginar a los ángeles abrazándome. Buff, qué imagen… —expliqué aguantando la risa. Tenía quince años y no me tomaba en serio las supersticiones. Ahora, muchos años después, entendía realmente el sentido de sus palabras.

Me levanté y salí al pequeño balcón, necesitaba aire porque de verdad no podía respirar. Continuaba sintiéndome encerrado, seguía ahogándome. Me puse los pantalones y la parka, me tomé tres pastillas con un par de tragos de vino directo de la botella, bajé al portal y me senté en el escalón de la parte de fuera. Mis demonios se sentaron frente a mí en fila. Intenté dialogar con ellos, sin embargo, por mucho que hablara, la cola no llegaba al final, parecía que no se movía. Tuve que aceptar que una vida no me alcanzaría para deshacerme de ellos, eran demasiados y muchos, cuando acabábamos de conversar, volvían a ponerse a la cola.

—Sei, cielo, vamos, despierta. Sei… —La voz de Mar me llegó a lo lejos cargada de dulzura y preocupación. No sabía dónde estaba. Vera, los demonios…

—¿Eres un ángel?¿Has venido a abrazarme? —mascullé sin saber qué estaba diciendo.

—Claro, sí… No sé. —Sentí sus brazos rodeando mi pecho—. Sei, cariño, tienes que levantarte. Vamos, hace mucho frío. ¿Qué estás haciendo? Vamos a casa.

—Mar, ¡me cago en la puta! —se quejó una voz masculina—. ¿Te has vuelto loca? ¿En serio quieres subir a este tío a tu casa? ¡No puedo permitir que hagas eso, por seguridad!

—No es asunto tuyo. Él no es peligroso, Marcos. Ayúdame —replicó intentando tirar de mí.

—Mar, este tío está colocado, ¿no lo ves? ¡A saber qué mierda se ha metido!

—Claro que lo veo, Marcos. Y sé qué ha tomado, solo necesita dormir. ¿Me vas a ayudar o no?

—¿A meter a un yonqui en tu casa? Lo siento, Mar. No puedo.

—Perfecto. —Noté que se sentaba en el suelo a mi lado—. Sei, necesito que te espabiles un poco, quiero subir a casa, estoy helada y tú también lo estás.

—Marcos, súbelo. —Era una voz de mujer, pero no la de Mar—. No se va a mover de ahí si no es con él.

—Anabel, ¿en serio? Esto es una locura. No te entiendo, Mar, no te entiendo.

—Tampoco te lo he pedido.

—¿Vas a quedarte aquí con este tío?

—Tiene nombre, se llama Sei, y la respuesta es sí. Si él se queda, yo también.

—De acuerdo, ayudadme a levantarlo; encima es un armario. No me gusta, esto no me gusta lo más mínimo.

Sentí que alguien tiraba de mí hacia arriba con fuerza y me hizo pasarle el brazo sobre los hombros. Conseguí mantenerme erguido y caminar con torpeza arrastrando los pies. La persona que me sostenía me dejó caer sin rastro de delicadeza sobre un colchón. Todo volvió a ser oscuridad a mi alrededor hasta que abrí los ojos en la cama de Mar. En un primer momento no era capaz de recordar nada, poco a poco empezaron a llegar las visiones como bofetadas. Estaba luchando contra lo que era para dar la imagen de lo que quería ser. La noche anterior había perdido la batalla de forma estrepitosa.

Me incorporé, me daba vueltas todo, conseguí levantarme y salí. Ella estaba en la cocina. Llevaba un vestido de gasa verde esmeralda, estaba de espaldas a mí y no se giró, aunque estaba seguro de que me había oído. La abracé agachándome para pegar mi pecho a su espalda. Se puso algo tensa.

—Lo siento —le susurré al oído. Ella cedió, relajando un poco la tensión, reclinando la cabeza sobre su pecho—. No te imaginas cuánto lo siento. Me pasé un poco, nunca sé exactamente lo que me da Dulce, estas pastillas no eran las que tiene habitualmente… Da igual, se me fue la mano y me siento fatal por ello y por el mal rato que te he hecho pasar.

—No ha sido un mal rato, sigo sintiéndome mal. Voy a estar triste y asustada todo el día o toda la vida. No tengo ni idea de cuándo voy a sentirme mejor. Ni siquiera sé si eso sucederá. Te vas a matar, un día te pasarás y no te despertarás.

—¿Con las benzodiacepinas? Eso es imposible, una vez una psiquiatra me dijo que la única forma de matarse con ellas era tirándote delante de la furgoneta que las lleva a la farmacia. La dosis tóxica es a partir de 120 mg, las pastillas que yo tomo son de 2 mg, haz la cuenta, no puedes pasarte tanto y, aunque lo hicieras, no es letal. Eso sí, tienes muchos números para quedarte más gilipollas que antes de hacer algo tan estúpido.

—Genial. ¿Tomas otras cosas?

—Ahora no. De verdad, ya no.

—¿Necesitas dormir en la calle? ¿En un portal?

—Estaba agobiado. No quería dormirme, quería respirar.

—¿Te ahogas entre cuatro paredes?

—No, me asfixio en cualquier parte. El problema está en el interior, dentro de mí.

—Me voy a trabajar. —Se giró y me besó levemente en los labios

—¿Quieres que hagamos algo esta noche? ¿Quieres ir al cine?

—No tenemos dinero para eso. No tenemos dinero para nada, ¿lo recuerdas?

—Puedo conseguir dinero para ir a ver una película.

—¿No podemos pagar la luz, pero nos vamos al cine?

—¿Por qué no? Yo vivo al día, no me parece tan descabellado, disfrutemos de la vida.

—Genial, Sei. Quiero ir a cenar al Opalescense, beberme una botella de vino de mil euros y después ir a la sala de fiestas a bailar enfundada en un vestido de Chanel. Quiero que la orquesta toque todas las canciones que me gustan, simplemente porque yo soy yo,

brindar con champán de ese que lleva virutas de oro y no preocuparme por nada, ni por las facturas ni por las humedades ni por las putas drogas. ¿Por qué yo no puedo tener todo eso, aunque solo sea una vez en la vida, y otra gente goza de ello siempre? Me lo merezco, ¡joder! Me he ganado disfrutar de lo bueno de la existencia al menos un día. No hago más que pasearme por el lado difícil del mundo, caer, levantarme y seguir sonriendo. ¡Estoy harta! Merezco saber qué se siente cuando eres la señorita de una puñetera mansión con grifos oro. El jodido universo me lo debe. ¿Puedes pagar todo eso? ¿Puedes, Sei? Ah, no, tú tuviste el pack completo, pero acabaste en la calle poniéndote hasta arriba de tranquilizantes y alcohol barato.

—¿Es lo que quieres? ¿Realmente quieres todos esos lujos superficiales?

—Ya lo sé. No es para tanto, ¿verdad? Es tan fácil decirlo. ¿Hubieras renunciado de forma voluntaria a esa vida? Dime la verdad, ¿lo hubieras hecho?

—Lo hice, fue lo que hice. Lo sigo haciendo cada día.

—No te creo.

—Contra eso no puedo hacer nada.

—Claro que sí. Cuéntame lo que pasó, dime por qué cambiaste una mansión con grifos de oro por dormir entre cartones. Dime cómo se decide eso por voluntad propia, porque no puedo creerte, nadie lo haría.

—Si te soy sincero, Mar, me gustaría que me creyeras porque confías en mí, aunque entiendo que no lo hagas. Respecto al resto del mundo, me importa muy poco lo que piensen o crean sobre mi vida o mi persona.

—No vas a explicármelo, ¿verdad?

—Ahora no. No hay tiempo ni me parece el momento adecuado. En otra ocasión no lo sé. No quiero hablar sobre ello.

—Veo que fue una decisión que tomaste libremente y no te creó ningún trauma —apostilló, con un sarcasmo absolutamente impropio de Mar.

—Lo que pasó no me obligó a irme y vivir de esta manera. Podría haberme quedado, pero no quise. Sí, lo decidí yo, y no me

arrepiento. —Suspiró cansada. Nunca había visto tanta amargura en su mirada.

Lo que más me dolía no era lo que me había dicho, sino el tono profundamente acre con el que lo había hecho. Mar no era así, ella era dulce, alegre, positiva, fuerte, optimista… Yo la estaba cambiando. Lo que estaba presenciando era el efecto de estar a mi lado.

—¿Quieres ir a Phenomena, Sei? Reponen *Pretty Woman*. En el *top ten* de películas que romantizan situaciones de mierda, esa se lleva el premio. La ves y te entran ganas de ser puta. ¡El cine es para soñar! Como dice el tonto de los cojones de Jon Dalmau. ¡A tomar por culo las películas y a tomar por culo los sueños!

—Mar… En la versión original de *Pretty Woman,* él tenía problemas con el alcohol y al final la echaba del coche y la dejaba tirada, no acababan juntos. La historia y sobre todo el desenlace eran mucho más creíbles. Disney compró los derechos, y el resto es historia. Vete a trabajar, yo preparo algo para esta noche, algo bueno, bonito y barato. —Se acercó, me dio un beso de despedida bastante protocolario, se despidió y se fue.

Me quedé mucho rato mirando por la ventana, pensando en todo lo que quería olvidar, hasta que decidí meterme en la ducha e ir a ver a Sissí, tenía otro encargo para ella.

Lo que tenía que pasar ya había pasado.

Capítulo Veinticinco

JOHN CORIGLIANO: THE RED VIOLIN CAPRICES



POSEIDÓ

Caminé despacio desde casa de Mar hasta la Diagonal. Necesitaba pensar y decidir si de verdad lo que quería hacer era lo correcto o la locura más grande que había considerado jamás. Traje a mi mente, una a una, las frases que ella me había dicho hacía un rato. No me quedó ni la mínima duda, no por el significado de aquellas palabras, sino por la amargura con la que habían sido pronunciadas. El final de mi libro «Elige tu propia aventura» iba a escribirlo yo. Quizás tuviera una calidad literaria de mierda, pero sería el mío, iba a escoger cada frase de verdad. Aceleré el paso para llegar a la altura de Sissí.

—¡Hombre, Francisco Javier! Me voy a hacer rica contigo. ¡Ah, no!, que no me pagas.

—José, el marido de Sissí se llamaba Francisco José, te lo he dicho mil veces. Y sí te pago, mañana te lo voy a pagar todo. Confía en mí.

—¿Tienes polla? —No dije nada, solo la miré—. Si la respuesta es afirmativa no me fío de ti. No es algo personal, no me fio de nadie que tenga ese apéndice.

—¿Te he mentido alguna vez?

—Sí, seguro que sí, solo que no te he pillado. ¿Qué necesita tu princesa hoy?

—No, no es para ella, es para mí. Necesito ropa de niño bien, Ralph Laurent o Pepe Jeans me vale. Si me traes tejanos, prefiero los Levy's, son los que mejor culo me hacen.

—Tú tienes un culo divino, eso no va a ser un problema, con el chándal este cutre que llevas también se ve espectacular. ¿Por qué quieres vestirte de pijo? ¿Es por esa chica? ¿Te lo ha pedido ella?

—No. Tengo que ir a un sitio donde no me van a dejar entrar con esta ropa. Tengo que vestirme como ellos, y tú vendrás conmigo, así que ponte elegante.

—¿A dónde me vas a llevar, corazón?

—A donde siempre has soñado.

—¿Nos vamos al Caribe?

—Mejor que eso. Tú confía en mí, un poco al menos. Tengo polla, aunque es muy pequeña, así que prácticamente no cuenta.

—Lo sabía, eres un mentiroso como todos —afirmó mirándome con descaro entre las piernas—. Ahí hay material, no me engañas.

—Son los huevos los que tengo gordos.

—¡Francis! Refínate un poco o nadie se va a creer que eres un niño bien.

—Si yo te contara. Vale, lo intentaré.

—¿Para cuándo lo quieres?

—No me corre prisa. Avísame cuando lo tengas.

—Ahora me corre prisa a mí. Soy muy impaciente, muy curiosa y me muero por saber a dónde me quieres llevar.

—¿Pues qué haces aquí todavía? ¡A trabajar!

La primera visita estaba hecha, la segunda iba a ser más difícil. No podía ir a buscar a la siguiente persona hasta las siete de la tarde. Así que tenía tiempo de sobra para tocar un rato, relajarme, volverme loco de nuevo pensando en lo que iba a hacer y cambiar de opinión sobre ello mil veces más durante todas esas horas.

Hice todo lo que había dicho y después de comer me tumbé en la hierba del parque de la Ciutadella y cerré los ojos dejándome acariciar por el sol. Me invadió una sensación de paz intensa, lo que sentía en ese instante era lo que me había llevado a la calle: poder disfrutar sin tener que pensar en nada más. Si la existencia podía ser eso, merecía la pena. Sin embargo, ¿la vida podía ser un rayo de sol en invierno calentándote la piel? ¿Podía ser, sencillamente y siempre, así? Era lo que había intentado, por lo que había luchado desde que tres años atrás volví a Barcelona con Neptú…



Después de tocar fondo en aquella playa de Nueva Orleans, había pasado tres meses en un centro de desintoxicación, carísimo, exclusivísimo y aburridísimo. Querían darle el aspecto de un campamento de *boys scouts*, con actividades al aire libre y galletitas

incluidas, pero en realidad era un puto campamento militar, donde te supervisaban hasta cuando ibas a cagar.

Me volvían especialmente loco las sesiones con Larry, el psicólogo que me trataba. Todas sus frases empezaban con un: *Well, Poseidó….* Me crispaba los nervios cada vez que lo oía, no podía soportarlo. *Well, Poseidó, How are you, today? Well, Larry. I'm fine, thank you.* Era empezar la sesión y no poder controlar la necesidad de drogarme para escapar del diván de ese individuo. Larry odiaba su trabajo y también nos odiaba y despreciaba a todos nosotros; se sentía superior. Yo solo veía a un tipo muy triste, atrapado en una vida que era una gran mentira, que pagaba sus frustraciones con los desgraciados que caían en sus manos. ¡Cómo si no tuviéramos suficiente mierda ya en nuestras vidas! A mí, en particular, sus desplantes no me afectaban en absoluto, aunque estaba seguro de que había otras personas a las que sí les hacían daño sus desprecios.

Al cuarto mes, cuando salimos de la terminal del aeropuerto de El Prat y el aire de Barcelona me dio en la cara, se me estremeció el cuerpo y el alma. Sentí un pellizco en el corazón, tenía ganas de reír y de llorar al mismo tiempo. Por primera vez en dos años me sentí feliz, arropado, en casa. Amaba aquella ciudad como ninguna otra en el mundo. Cuando su brisa me acariciaba la piel podía sentir que a ella le pasaba igual conmigo. Supe sin lugar a dudas en aquel momento que no iba a volver a marcharme jamás. Barcelona era mi hogar, era un buen lugar para vivir si encontraba la manera de hacerlo, y un buen lugar para morir si lo primero no era posible.

Mi hermano me había reservado la *suite* Wish Granted del hotel Princesa Sofía. En cuanto salió por la puerta me tumbé en el suelo, necesitaba que mi cuerpo entrase en contacto con la realidad. Estaba en un ático de 300 metros cuadrados, rodeado de todos los lujos, a una llamada de teléfono de que me trajeran un asado de unicornio si lo deseaba, y me sentía más perdido que si me hubieran dejado caer desde un avión en medio del océano. Yo ya no pertenecía allí. Quizás la sensación de desolación que me invadía se debía al hecho de que estaba en un hotel, y un hotel no es una casa. Dormir en tu casa es como hacerlo con la mujer que te ama y

lo daría todo por ti, hacerlo en un hotel, por muy de lujo que sea, es como pasar la noche con una mujer que solo busca tu dinero. Estaba rodeado de mi antigua vida y eso hacía que me doliera mil veces más mi pasado, El·ladi, Elisa, Simonetta, la Royal Concertgebouw, Helena… Empezaba a ahogarme, no iba a soportar estar ahí solo, sin embargo, no tenía a quien acudir, no quería cerca a nadie de mi pasado.

Llamé al servicio de habitaciones, pedí cinco infusiones de tila con melisa y un bote de pasiflora, necesitaba calmarme o tendría un ataque de ansiedad. Llamaron a la puerta, abrí… Allí estaba mi solución. Detrás del carrito había una chica no muy guapa ni llamativa, con unos rasgos suaves y armónicos. Me miró unos segundos más de lo necesario y bajó los ojos algo azorada. Yo sonreí con intención… Primer *match* conseguido, mi físico había captado su atención.

—Deberías mirar a los ojos a los clientes, Belinda —aconsejé, leyendo su identificación—. Me llamo Poseidó, no estoy orgulloso de ello, pero es la verdad. No me parece justo que yo sepa tu nombre y tú no conozcas el mío, creo que, si los trabajadores del hotel lleváis una plaquita con él escrito, a los clientes también deberían obligarnos a ponernos una al registrarnos. —Sonrió divertida. Segundo *match*, le parecía gracioso.

—¿Dónde quiere que le deje las infusiones, señor Balcells? —preguntó haciendo ademán de coger la bandeja.

—No, déjalo, lo hago yo, ese surtido de pastas y fruta debe de pesar —respondí agarrándola y rozando levemente su mano al hacerlo. No la retiró en el acto, buscó mi mirada. En la suya había ese punto de anhelo que lo decía todo. Tercer *match*, también la atraía sexualmente.

—¿Puedo ayudarlo en algo más? ¿Necesita alguna otra cosa?

—¿Cuando trabajas en un hotel dejas de verlos como lugares sin alma? —pregunté imprimiendo cierto aire melancólico a mis palabras—. Las habitaciones de hotel son frías e inhóspitas, con independencia de cómo estén decoradas. No sé, no me hagas caso, será el *jet lag.* —Mirada desvalida, tono lánguido, sonrisa nostálgica… Ella correspondió con la suya bañada de ternura. Último

match logrado, le había tocado la fibra sensible, ahora quería cuidarme. Pleno al quince—. No, no necesito nada más. ¿Te espero para la cena?

—¿Qué? —preguntó nerviosa—. Yo, no… No le entiendo…

—¡No, me he expresado fatal!, demasiado tiempo hablando inglés. Quería decir si cuando pida la cena me la traerás tú, al menos vería una cara conocida, me gustaría. Solo eso. —Dejé unos segundos para que pudiera sentirse algo avergonzada por el malentendido, se puso roja—. Bueno, si quisieras cenar conmigo, sería aún mejor, odio comer solo. No me atrevería jamás a proponerlo así, sin más, no era lo que quería decir, aunque me encanta la idea.

—No nos está permitido alternar con los clientes.

—¿Alternar? Claro, esto no es El Montecito, ¿verdad? No he dicho eso, Belinda, solo he dicho que me gustaría cenar acompañado y tú me has caído muy bien.

—Ni siquiera he hablado contigo.

—Precisamente por eso. No me conoces; soy un egocéntrico insoportable, disfruto hablando de mí y mis intereses. Tú me dejas hacerlo y no me interrumpes, así que me caes genial. —Me reí y, aunque intentó evitarlo, ella también lo hizo—. Piénsalo, si has acabado tu turno, puedes pasar por aquí y escuchar mis increíbles historias. Te prometo que no vamos a alternar, solo cenar. No se va a enterar nadie, ¿cómo iban a hacerlo?

—Acabo el turno muy tarde, a las once de la noche.

—¡Qué casualidad!, justo la hora a la que ceno yo.

—Lo pensaré. Adiós, señor Balcells.

—Si vas a cenar conmigo, llámame Poseidó. Por favor.

—De acuerdo. Lo pensaré, Poseidó. Hasta luego.

—Hasta luego. —Sabía que estaba hecho, leía esas situaciones con la misma fluidez que los pentagramas. Era un inútil interpretando relaciones personales más complejas, pero jugando a la seducción seguía siendo un experto.

A las diez y media pedí cena para dos. A las once y cuarto Belinda estaba en mi puerta vestida de calle. No me gustaba mucho el diseño de su vestido, a medio muslo, negro y con corte de

trapecio. No entendía por qué a las mujeres sí; me parecía que se habían disfrazado de campana cuando lo utilizaban. Aunque eso no era importante, tampoco esperaba que lo llevase mucho tiempo puesto.

—Su cena, Poseidó —dijo seria. Bien, a ver cuál era el juego…

—Por mi nombre, pero de usted. ¿Ya he hecho algo mal? ¿Tan pronto? —pregunté fingiendo consternación—. Pasa y me lo explicas.

—No. Ha pedido cena para dos, por lo que ha dado por hecho que iba a venir. No ha esperado a tener confirmación, ¿le he parecido así de fácil?

En otra situación, seguramente habría acabado la conversación ahí. Le habría dicho que lo difícil en el sexo me desmotiva y me da muchísima pereza, y que me había equivocado. Si para echar un polvo tenía que esforzarme, no me compensaba, así que gracias por todo y adiós muy buenas. Sin embargo, esa noche no tenía ganas de salir y tampoco de dormir solo, así que jugué otras cartas.

—¿Por qué estás a la defensiva conmigo? He pedido cena para dos porque quería… esperaba que vinieses. No sabía si iba a ser así o me sobraría un cubierto, pero me ha parecido un riesgo asumible. No conozco a ninguna persona fácil, creo que una característica de nuestra especie es la complejidad terrible que todos atesoramos. Si has querido decir otra cosa con ese adjetivo, solo puedo responder que yo no lo utilizo ni lo entiendo en ningún otro contexto. Belinda, te he invitado a cenar, solo eso. Ni espero ni busco nada más, y si he hecho o dicho algo que te haya dado otra impresión, lo lamento profundamente, porque no era mi intención. —Hacerse el ofendido también solía dar muy buenos resultados. Todos tenemos ese instinto innato que nos hace querer agradar y que en una situación así empuja a contrarrestar el malestar de la otra persona.

—Lo siento, Poseidó, es que tú… No me suelen pasar estas cosas. —La pelota volvía a estar en mi terreno.

—Tampoco yo suelo hacerlas. —A veces me sorprendía la fluidez y la seguridad con la que podía mentir. Era capaz de creérmelo hasta yo mismo.

Sin embargo, aunque estaba utilizando el *modus operandi* oficial de Poseidó Balcells, y jamás me había supuesto un problema actuar de esa manera, en esa ocasión había algo que me decía que lo que estaba haciendo no estaba bien. Sentía cierto desasosiego en mi interior. Me dije a mí mismo que no pasaba nada, acallé mi conciencia y seguí adelante.

Durante la cena estuve muy tierno y gracioso, estaba claro que era lo que me iba a funcionar con ella. No buscaba un polvo a lo bestia contra la ventana gritando obscenidades, sino algo más suave con muchas caricias y muchos besitos. Aunque cuando la temperatura estuviese al máximo, seguro que estaría encantada de probar un poco de sexo salvaje. Era lo que yo había bautizado como *soft hardcore*. Suavemente duro era una de las especialidades de la casa, un plato ampliamente demandado y muy premiado.

Llegado el momento me puse un poco más lánguido, suficiente para que me abrazara. Una sonrisa, un suspiro… Me besó, correspondí con dulzura y poco a poco fui añadiendo pimienta. Fue ella la que me abrió la camisa, en primer lugar, y la que llevó mis manos a sus pechos para que los acariciara. Creía estar dirigiendo la situación, aunque en realidad el control lo había tenido yo desde el principio. Cuando me desabrochó el pantalón y metió la mano dentro, paré y me retiré.

—Belinda, yo… Esta no era mi intención. —Mentí de nuevo.

—Lo sé. No te preocupes, no has hecho nada. He sido yo, soy yo la que quiere esto.

—Quiero que sepas que estoy de paso. Solo voy a estar aquí unos días, pues viajo mucho por mi trabajo y nunca estoy demasiado tiempo en el mismo sitio. Ni quiero ni puedo tener cadenas.

—Me estás diciendo que solo puedes ofrecer sexo sin más, ¿es así?

—Exacto. Si haces el amor conmigo ahora, solo será esta vez, después no vamos a llamarnos ni mantener ningún tipo de contacto. Yo no puedo. Mi vida es muy complicada y no acepto compromisos. En un par días estaré en la otra punta del mundo y no volveremos a vernos.

—Lo has dejado clarísimo, Poseidó. Aun así…

—Piénsalo bien, si no es lo que deseas, lo dejamos aquí para que podamos recordar esta noche como lo que ha sido, una velada maravillosa y mágica.

—Lo deseo. Te deseo…

—Te repito que, pase lo que pase, voy a irme y no nos volveremos a ver.

—Pero hoy estás aquí.

—Hoy sí, al cien por cien, sin límites. No los conozco y si tú quieres puedo hacerte olvidar los tuyos. A pesar de ello, ante todo tengo que dejar las cosas claras, sería un cabrón si no lo hiciera; tengo mil defectos, pero ese no. Puedo jugar con todo menos con los sentimientos de los demás.

—Sí, quiero. Hazme perder la cabeza. Quiero un orgasmo de esos que te dejan sin respiración y te nublan la mente.

—No creo que consiga hacer eso. —Me miró con desconcierto—. Ni esforzándome hasta el límite creo que pueda conseguir que llegues al clímax solo una vez, puedo hacer casi de todo, pero eso no me sale. ¿Crees que será un problema?

Me besó con tantas ansias que hasta me hizo daño en el labio. No me importó, al contrario, el dolor también me excitaba. Conseguí que cayeran todas sus reservas, se dejase llevar y se volviera loca por completo. Me pidió de todo y más, hasta el punto de pasar del *soft* para quedarnos solo con el *hardcore*. Me sorprendió, y yo cumplí todas mis promesas.

Me desperté solo, en la cama, con una nota de despedida que decía:

Adiós, Poseidó:

Aunque no nos volvamos a ver nunca, no te olvidaré jamás. Gracias por esta locura de noche, por despertar mi cuerpo como lo has hecho, por

darme esta nueva seguridad y hacerme sentir como una diosa del sexo. Gracias por mostrarme hasta qué punto puedo volver loco a un hombre si me dejo llevar, por hacerme perder la cabeza. Y gracias por no ser perfecto y no saberlo hacer todo bien. Gracias por no ser capaz de provocar un solo orgasmo brutal sino una barbaridad de ellos, cada uno mejor que el anterior. Por todo eso, gracias. Espero que seas feliz y la vida te trate bien.

Hasta siempre y hasta nunca.

Con cariño,

Belinda

Definitivamente, hay que dar una oportunidad a las personas. En una sala llena de gente, esa chica jamás habría llamado mi atención. Sin embargo, me había regalado una de las mejores noches de mi vida cuando más lo necesitaba. Tampoco la iba olvidar, me hubiera gustado poder decírselo. Había sido tan perfecta que se había marchado antes de que me despertara. Trabajaba en el hotel, podía verla o conseguir entregarle el mensaje, pero no iba a hacerlo, el capítulo se cerraba con esa nota. No iba a estropearlo.

Mientras desayunaba, supe con exactitud de dónde provenía aquella desazón que pugnaba por liberarse: a pesar de que Belinda me hubiera dado las gracias y hubiera disfrutado nuestro encuentro tanto o más que yo, no era lícito jugar así con las personas.

No había ido de frente. Una cosa era seducir, y otra distinta, manipular. Y yo era un experto en lo segundo. Poseidó Balcells

siempre se había creído un as de la conquista, pero él estaba muerto, que hubiera vuelto a Barcelona de la mano de Neptú no significaba que hubiera resucitado. La persona que era ahora sabía que no todo vale, que, aunque el otro nunca vaya a saber cómo has conseguido tu objetivo y no lo perjudiques, hay formas de proceder que no son éticas.

El niño pijo, despreocupado, irresponsable e inocente que había muerto con el corazón desgarrado en el suelo de un parque no sabía nada de esto. Yo sí, y por ese motivo no podía volver a comportarme como él nunca más.

Después de comer salí a pasear por la ciudad. Lo hice durante horas, hasta que me senté a ver el atardecer en el puerto. La luz cobriza del sol derramándose sinuosa sobre el mar grisáceo era como un bálsamo para mi alma. El olor a mar me saturaba el olfato y me hacía sentir arropado. La humedad y el frío me calaron hasta los huesos; no me incomodaron, al contrario, me sentía reconfortado por ellos. Luchaba encarnizadamente con las ganas de tomarme algo que me reanimase un poco, metanfetamina quizás. No iba hacerlo. Cada vez que sentía ese impulso, me imaginaba teniendo que aguantar a alguien como Larry perdonándome la vida y casi se me pasaban las ganas. Al final iba a resultar que era un psicólogo excepcional y su tratamiento efectivo en extremo.

Volví al hotel de madrugada, no tenía ganas de estar encerrado entre cuatro paredes. Me senté en el sofá y reviví con detalle la noche anterior. Acabé en la ducha bajo una lluvia de agua fría, calmándome solo, para poder dormir.

Pasé casi una semana viviendo en esa rutina, hasta que una tarde, cuando me estaba preparando para salir, tocaron a la puerta. Al abrir, me encontré a mis padres y a mi hermano. Mi madre se tiró sobre mí, abrazándome y besándome con desesperación mientras me repetía:

—Mi niño, mi niño, has vuelto. Estás vivo, mi amor. Sei, mi amor… —Yo no me moví, no podía hacerlo. El dolor, el rencor y la rabia me paralizaban.

—No me llames así. Ya nadie me llama así. Me llamo Poseidó. —Escuchar aquel diminutivo cariñoso en boca de la persona que

más daño me había hecho en mi vida me asqueaba con una profundidad lacerante.

—Pero, cariño, tú siempre serás mi Sei.

—¡Para! Deja de llamarme «cariño». Ni se te ocurra decir que me quieres.

—¡Cuidado, Poseidó! No voy a tolerar que levantes la voz ni le faltes el respeto a tu madre. Aunque sea la responsable de que tú seas un niñato mimado, consentido y tan egoísta que crees que puedes desaparecer dos años sin dar señales de vida. No te ha importado dejar aquí a gente sufriendo por ti. ¿En qué te convierte eso?

—¿Gente como tú? ¿Lo primero que me dices después de dos años sin verme es que soy un niñato egoísta?

—Tu madre te está diciendo que te quiere y tampoco te parece bien. Estás tan acostumbrado a tenerlo todo que nunca tienes suficiente con nada. ¿Qué esperas de nosotros? ¿Por qué has vuelto?

—Nada, no espero nada. Esta es mi casa, quiero estar aquí. Tengo derecho a hacerlo.

—Perdiste tus derechos cuando decidiste convertirte en un drogadicto de mierda que ni siquiera sabe calcular las dosis y aparece medio muerto en una playa. ¿Tienes idea de cuánto dinero he malgastado en tu educación?

—Del motivo por el que me fui, de ese insignificante detallito, no vamos a hablar, ¿verdad?

—Porque no me salió de los cojones darte el capricho de dedicarte a tocar el violín. Te repito que he invertido mucho en ti, solo esperaba que estuvieras a la altura. ¡Eres un Balcells, por el amor de Dios! ¿Quieres dejar de hacer el gilipollas y centrarte de una vez? Tienes casi treinta años, ¡madura de una puta vez! ¡Me sacas de quicio!

—No le grites, El·ladi —intercedió mi madre—. Lo único que importa es que está vivo y ha vuelto a casa. Me has prometido que tendrías paciencia y lo tratarías bien.

—De acuerdo. Empezarás a trabajar en la empresa. No voy a darte un cargo directivo de entrada, no confío en ti. La confianza

tendrás que ganártela; según lo que demuestres, así actuaré yo. Tampoco vas a vivir en mi casa…

—¡El·ladi! ¿Qué dices? ¡Es mi hijo, lo quiero conmigo!

—No voy a meter a un yonqui en mi casa, lleve los genes que lleve. Elige cualquier propiedad de BMN, dime lo que necesitas y te lo haremos llegar. Mañana vendrá mi sastre a cogerte medidas para los trajes, la tontería de las marcas también se ha acabado. El lunes a las ocho te quiero en la oficina como un reloj. Se terminó la musiquita, los viajes y la vida bohemia. Vas a empezar a ganarte el pan por ti mismo.

—Llevo dos años haciéndolo.

—Mejor no te digo lo que opino sobre lo que has hecho estos dos años. A saber qué trabajos degradantes has tenido. Me avergüenza hasta imaginarlo.

—¿Sabes, El·ladi? He llegado a cobrar por follar, y nunca me he sentido más prostituido ni más sucio que cuando trabajé para ti en tu puta empresa de mierda.

—¡Santo Dios, Sei, cariño! Dime que no has hecho eso. No puede ser —exclamó Helena, escandalizada.

Cobrar por sexo era inmoral, acusar a tu propio hijo de ser un violador para destrozarle la vida por lo visto no. ¡Joder, cómo me asqueaban las personas a las que más había querido! Empezaba a asfixiarme, no podía evitarlo. Aun así, respondí a mi padre:

—No voy a ir el lunes a tu empresa. Ni el lunes ni nunca. Sigo siendo violinista.

—¡Gilipollas, eso es lo que eres! Si el lunes no estás allí, ya puedes desaparecer de nuevo y esta vez no te molestes en volver. Esta es tu última oportunidad, ¿te queda claro?

—Papá… —empezó a decir Neptú.

—¿Qué? ¡Lo ves! Por esto no quise ir a buscarlo cuando me llamaron, por esto no quería que fueses tú, es una pérdida de tiempo. Él no lo vale, nunca lo ha valido y jamás lo valdrá.

—¡El·ladi, es mi niño! —gritó mi madre.

—¿Tu niño? Has criado a un inútil, Helena. —Salió de la habitación dando un portazo.

Helena y Neptú me miraron y avanzaron hacia mí. Me recordaron a una de esas películas de zombis hambrientos a punto de cebarse con el último mortal que ha logrado resistir. ¿Qué querían? ¿Abrazarme? ¡Y una mierda! No me iban a transformar en uno de ellos. Los empujé y salí corriendo de la habitación, del hotel. Corrí y corrí sin dirección alguna, como si fuera el puto Forrest Gump, hasta que no pude más y me dejé caer al suelo en una esquina de… Ni siquiera sabía dónde estaba.

Aquella noche dormí en la calle. Al despertar sentí un peso enorme en el corazón, había vuelto a perder lo poco que tenía. Quizás era mejor así. Sí, lo era, quien nada tiene, nada puede perder, y si no puedes perder dejas de tener miedo. En los dos años que me había pasado de aquí a allá había experimentado muchas sensaciones, en gran medida negativas, pero miedo no, no había estado asustado jamás. Tuve un momento de clarividencia, esa iba a ser mi vida, esa, sin más. No iba a volver a tener nada nunca más.

Respiré aliviado, el peso en el corazón se fue diluyendo. Jamás volvería a sentir el dolor de la pérdida ni la sacudida del miedo. Por primera vez en mucho tiempo me sentí feliz al ser consciente de mi nueva realidad.



Y esa felicidad se reprodujo en este momento, como un *déjà vu*, mientras estaba tumbado en el césped de la Ciutadella. Una figura se interpuso entre el sol y yo haciéndome abrir los ojos; era un niño de unos cinco años.

—Hola, ¿cómo te llamas? ¿Tocas la viola? Mi madre también la toca.

—Hola. El violín, es un poco más pequeño que la viola, el arco con el que se toca más largo y su sonido más agudo, aunque se parecen mucho, sí.

Vi a una mujer correr hacia nosotros, gritándole al niño para que volviera a su lado y, sobre todo, para que se alejara de mí. No podía

culparla, con toda probabilidad, si nuestros papeles estuvieran invertidos, yo haría lo mismo que ella. La reacción sería muy diferente si se hubiera acercado a hablar con El·ladi, y él era mil veces más peligroso que yo.

Llegó a su altura, lo cogió de la mano y tiró del pequeño. El niño se despidió de mí.

—Adiós…

—Sei, mi nombre es Sei. —Era real. Había vuelto.

Capítulo Veintiséis

JOAN MANÉN: CANCIÓN Y ESTUDIO PARA VIOLÍN Y PIANO



MAR

Estuve toda la mañana triste, como abstraída de la realidad, perdida entre balances y fechas. A la hora de comer, Miriam se quedó de pie ante mi mesa con gesto serio sin decir nada.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Pasa algo?

—No lo sé, no has levantado la vista del ordenador en toda la mañana. Dímelo tú, ¿pasa algo? Vamos a comer y hablamos.

—No tengo hambre.

—Pues que mala suerte porque vas a comer de todas formas. ¿Es Sei? ¿Has tenido algún problema con él?

—No, de verdad que estoy bien.

—Ya. De todos modos, déjame decirte que es un buenazo. Cuando yo lo conocí parecía el típico hijo de papá chulito que se cree un regalo para las mujeres, como Carles, pero este sí que era guapo a rabiar y tenía un cuerpazo de infarto. Le gustaba lucirse. Las chicas se volvían idiotas cuando aparecía, y él lo sabía, lo fomentaba y le parecía divertido. Recuerdo que pensé: «otro jefazo "Zoolander", ¡qué pereza!».

—¿Jefazo? ¿Sei fue jefe de algo en BMN?

—¡Ups! ¿No sabías que había trabajado aquí? Pensaba que sí. Sei entró a la empresa como jefe del departamento de fusiones y adquisiciones. Era un crío, pero había estudiado en Harvard y en no sé cuántas universidades de prestigio más. Había sido el primero de su promoción en todas ellas. Era brillante, su cabeza no funcionaba como la del resto de los mortales, era mil veces más rápido, creativo, ingenioso… Veía más allá que los demás y trabajaba el triple que cualquiera. Odiaba lo que hacía, sin embargo, no había visto y jamás volveré a ver a alguien tan bueno como él en este negocio. Yo trabajaba en su departamento. Me convertí en su mano derecha. Sei fue mi jefe directo.

—¿Así que era un jefe chulito y arrogante, aunque muy inteligente?

—No era así, eso solo era la fachada. En realidad, aparte de ser brillante, era divertido, muy amable, empático y comprensivo. En el fondo era muy dulce, bastante inocente y, sobre todo, extremadamente sensible. Demasiado para este mundo de tiburones y para tratar con los Balcells, supongo que por eso se fue. Cuando me dijo que era violinista y lo escuché tocar…, guau, fue brutal. Me cuadró todo. Solo alguien dotado de una delicadeza fuera de lo normal podía interpretar de esa manera una pieza musical.

—En eso tienes razón. Es mucho más sensible de lo que parece a simple vista.

—Cuando llegues a casa habla con él. Es un trozo de pan, aunque vaya de gallito. Es un amor, así que, si se ha enfadado, no te preocupes, es como una gaseosa caliente a la que le quitas el tapón, estalla y pierde la fuerza enseguida. En frío es muy razonable y no le cuesta pedir disculpas. Jamás había oído a un jefe hacerlo, y no creo que vuelva a escucharlo. Sei lo hacía cuando era necesario.

—Es un poco más complicado, Miriam. Aunque me encanta que me hables de él, de la persona que tú conociste.

—¿Quieres que te cuente más cosas? Pregúntame lo que quieras.

—No voy a hacerlo. Me encantaría, pero él no quiere, y voy a respetarlo. Cuando desee que sepa algo me lo dirá. Solo dos cosas: Helena Solans le hizo mucho daño, ¿verdad?

—Eso no lo sé. No sé qué pasó entre ellos, pero tuvo que ser muy grave.

—¿Qué clase de amistad tuviste con él?

—No nos acostábamos. Nos hicimos amigos, muy amigos. Yo lo quería mucho. Lo quiero muchísimo, es una persona muy especial para mí. Sufrí una barbaridad cuando murió, bueno, ya me entiendes… Aunque estoy sufriendo más ahora imaginando lo que debe de haber pasado durante todo este tiempo. No sé por qué no continuó tocando con la orquesta sinfónica de Ámsterdam. Me confesó que era lo que había soñado desde que era un niño, el violín era toda su vida. Yo fui a verlo cuando debutó en la Royal Concertgebouw, fue algo espectacular. Tendrías que haber visto cómo tocó. Empezó bien, después se fue viniendo arriba y aquello

fue apoteósico, todos decían que nunca habían escuchado nada igual.

—Estoy segura de que fue algo extraordinario.

—Yo no soy aficionada a la música clásica y aun así me sobrecogió, me transportó, es difícil de explicar… No sé qué pudo pasar, no lo entiendo, él jamás hubiera abandonado la música voluntariamente, no podía. Menos aún después de conseguir estar en lo más alto. Renunciar a su sueño habría sido arrancarse el corazón de cuajo. No volvió a tocar ni en esa ni en ninguna orquesta, es inexplicable. ¿Cómo pudo acabar viviendo en la calle? ¿Eso lo sabes? —Me miró inquisitiva.

—No sé qué pasó. Él no habla de ello, no habla demasiado de nada. Aun así, lo poco que me ha contado es horrible, y lo que se adivina en sus silencios, aún peor. No sé quiénes serán sus padres, pero espero que exista el karma o el infierno y se pudran en él.

—¿No sabes nada de su familia? ¿Por qué me has preguntado por Helena? ¿Qué relación piensas que tuvo Sei con ella?

—Fue su amante, ¿no? —Miriam me miró entre sorprendida y divertida.

—¿Sei y Helena Solans estuvieron liados? ¿Por qué crees eso? ¿Te lo ha contado él?

—No exactamente. Lo deduje y no lo negó. Me dijo que era más o menos así.

—!Ay!, Sei, Sei, Sei… Tiene sentido, ¿sabes? Si Sei y Helena Solans tuvieron un lío y El·ladi Balcells los pilló, es normal que se fuera de la empresa y no volviera jamás. Nunca lo había pensado, aunque tiene toda la lógica del mundo. Me cuesta imaginarlos como pareja, pero oye, cosas más raras se han visto. —La forma en la que lo dijo me hizo sospechar que Miriam sabía más de lo que decía, pero yo había dicho que iba a respetar los deseos de Sei y no iba a indagar más.

—Ya. Helena es muy mayor para él, aunque es difícil saber cuánto, porque no sé la edad que tienen ninguno de los dos…

—¿Cómo que muy mayor? Helena solo tiene un año más que yo. Anda, cállate y vamos a comer de una vez, yo sí tengo hambre. ¿Sabes lo que ha hecho Óscar hoy? Ha utilizado mi crema de noche

de Shiseido para hidratar el sofá de piel. ¡Cuesta más de cien euros! Eso sí que es grave. Pensé en pedir el divorcio, pero necesito algo que me dé más satisfacción: voy a matarlo de una forma lenta, retorcida y dolorosa.

Durante la comida hablamos de libros, espectáculos, Fórmula Uno, de cómo pensaba hacerle pagar el error al pobre Óscar… No volvimos a hablar de Sei ni de nuestros problemas, lo prefería así. Si hablábamos del tema no podía evitar dejarme arrastrar por la curiosidad, a pesar de que no quería saber nada que él no quisiera que conociera.

Durante la tarde intenté evadirme sumergiéndome en el trabajo. Quería que fuesen las cinco, deseaba que estuviera esperándome a la salida. No fue así. Cuando al fin acabó la jornada laboral y salimos del edificio, no había ni rastro de Sei.

Me despedí de Miriam y María y caminé hasta la plaza con la esperanza de que estuviera en ella, sin embargo, tampoco estaba allí.

Ni estaba en casa cuando llegué.

Me asusté, quizás no tenía motivos, pero ¿y si no volvía más?, ¿y si había decido alejarse para siempre?

Necesitaba relajarme. En ese momento me vendría bien un baño caliente. La sola idea de imaginármelo hizo que me estremeciera, así que decidí bajar a casa de Anabel y Marcos. Les dije que la caldera no se encendía y no tenía agua caliente y les pedí que me dejasen utilizar su baño.

Durante un rato desconecté de todo y conseguí, casi, no tener miedo.

El agua de la bañera estaba ya casi fría, aun así, estaba tan a gusto que me daba pereza hasta respirar. Me sentía tan relajada que ni siquiera oí que se abría la puerta y entraba Anabel; se sentó en el suelo a mi lado.

—¿Quién es él, Mar?

—El amor de mi vida.

—Genial. ¿Quién es? ¿De qué trabaja? ¿De dónde viene?

—Se llama Sei, es violinista y es de aquí, de Barcelona.

—¿Dónde vive?

—Conmigo, arriba.

—¿Dónde vivía antes?

—En la calle.

—¡Joder, Mar! ¿Te has vuelto completamente loca? ¿Has metido a un indigente drogadicto en tu casa? ¿Quieres que te mate?

—¿Es un asesino porque no tiene casa?

—¿Cuántos años tiene? ¿Cómo se apellida?

—No lo sé. No puedo responder a ninguna de esas preguntas.

—¿Sabes si tiene familia? Si es así, ¿por qué no lo ayudan?

—Sé que la relación con su familia ha sido complicada desde que era un niño.

—¿Tiene problemas mentales? Los desencuentros con su familia podrían venir por ahí.

—¿Problemas mentales? ¡Joder, Anabel! Su padre era un maltratador hijo de puta, su madre una consentidora y su hermano un pelele. Le hicieron tanto daño que acabó alejándose. Él no es el verdugo, es la víctima.

—Esa es su versión. No sabes si lo que dice es verdad. ¿Por qué vive en la calle? Es joven y fuerte, ¿por qué no busca un trabajo que le permita salir adelante?

—Es complicado. Él no ve las cosas como la mayoría de la gente. Es violinista, quiere vivir de la música.

—Y yo soy filóloga clásica, me gustaría vivir de investigar y traducir manuscritos antiguos, pero como no puede ser, doy clases en un instituto. ¡Vamos hombre, no me jodas! ¡No trabaja porque no quiere y prefiere vivir en la calle o en una casa si no tiene que pagarla él! Me parece alucinante que no veas que quiere aprovecharse de ti.

—No es así, tú no lo conoces. No es como crees, no se está aprovechando de nada, te lo aseguro. Él ha aportado muchas más cosas materiales que yo.

—¡Vivís en tu casa! ¿Él ha puesto algo más importante que eso? ¡Joder, es que no sabes nada, pero nada en absoluto de ese tío!

—Anabel sé todo lo que de verdad importa. Sé que cuando toca el violín se detiene el mundo, que tiene una sensibilidad descomunal y a la vez es arrollador y apasionado, lo transmite con cada nota que

toca. No hace música, lo que él hace es magia. —Cerré los ojos un momento, lo vi tocar ante mí, hasta la palabra magia se quedaba corta, respiré hondo y los abrí de nuevo—. Sé que tiene una voz que te acaricia hasta el fondo del alma, una sonrisa franca y una mirada preciosa empañada por un dolor tan profundo que lo está matando poco a poco, muy despacio y, aunque lucha cada minuto del día para sobreponerse a él, las espinas se le clavan sin descanso y cada vez más hondo.

—Todo eso es muy romántico, Mar, pero no es suficiente.

—Sé que no le gusta enfocarse en los problemas sino en las soluciones. Es sincero y honesto, divertido y ocurrente, le encanta hablar y se le da estupendo escuchar. Sé que sabe qué decir en cada momento para hacerme sentir bien, maravillosa e importante. Que jamás me había sentido tan a gusto con nadie como con él, que cuando me abraza me siento segura, feliz, en casa. Sé que cuando me roza, mi piel se estremece como solo creía que podía pasar en las películas, y sé que él se siente igual.

—Sé que estás enamorada de ese hombre hasta las trancas, eso me ha quedado claro, pero, Mar…

—Anabel, sé que lo quiero, que me quiere. Sé que ya no necesito mirar a la ventana de nadie, porque todo lo que quiero está detrás de mi cristal. Por primera vez en mi vida siento que hay alguien para quien soy la persona más importante del mundo. Importo, yo importo.

—Ay, cielo... Claro que importas, nos importas mucho, para nosotros eres nuestra hermana pequeña, por eso te estoy diciendo todo esto…

—Sé que me queréis, pero no es lo mismo y lo sabes. Él me ha hecho sentir que lo merezco, que soy alguien valioso, que no soy un bicho raro. Ya no estoy sola. Por primera vez en mi vida tengo un hombro en el que descansar, alguien dispuesto a luchar conmigo y por mí.

—Está bien, no voy a decir nada más. Me siento como si fueras una adolescente locamente enamorada del malote del insti, del tío que todo el mundo sabe que te va a llevar por el mal camino, y yo fuera tu madre intentando que te dieras cuenta de ello. Cuantas más

cosas diga sobre ese hombre, más lo defenderás tú, más cerrarás los ojos y te aferrarás a él. No tiene sentido intentar que veas lo que has decidido ignorar de forma consciente.

—Sé que no me crees, pero es una persona maravillosa. Es educado, amable…—La voz de Marcos me interrumpió desde el pasillo, colándose en el baño alto y claro.

—Los vecinos de Ted Bundy también decían que era un tío estupendo, hasta la víctima que sobrevivió lo describió como el hombre más amable del mundo, pero en realidad era un puto asesino en serie. Uno de los más despiadados de la historia.

—¡Lárgate, cariño! Hemos quedado en que yo hablaba con ella. —Lo riñó Anabel.

—Fuera de ahí, Marcos, o lo que Bundy les hacía a sus víctimas te van a parecer cosquillitas cuando te pille—. Lo amenacé yo. —Anabel, no sé sus apellidos, ni por qué vivía en la calle, ni el nombre de sus padres, y no me importa porque lo quiero y sé que todo lo que te he dicho es cierto. Así que os voy a pedir que me dejéis vivir esto, quiero vivirlo, lo necesito, los dos lo necesitamos. No os pido que lo entendáis, solo respetadme, por favor, no creo que esté pidiendo demasiado.

—Espero que no te tengas que arrepentir de esto y nosotros tampoco por habernos quedado de brazos cruzados mientras haces esta locura… Buf, ¡si al menos fuera guapo! —exclamó intentando aligerar el ambiente que se había vuelto pesado y denso.

—Es guapo. Lo es, tiene unos rasgos muy bonitos.

—Te imaginas que los tiene, yo solo veo greñas y barba.

—Y un cuerpo espectacular, está muy bueno.

—Claro que sí, guapi, lo que tú digas.

—Lo que yo diga, que soy la que lo ha visto desnudo.

—A eso es a lo que íbamos, ¿no? ¿Es espectacular?

—Ya te lo he dicho. Tiene un cuerpo muy bonito. Todo él.

—A Marcos le va a dar un ataque, esperaba que te hiciera recapacitar, pero es imposible. Es tu vida, tú decides. Aunque necesito repetirte que lo que estás haciendo es muy muy peligroso. Además, toma drogas, Mar ¿Por qué no lo convences para que se

rehabilite, que ingrese en un centro y cuando esté bien volvéis a hablar de vivir bajo el mismo techo?

—Por ahora esa opción no es viable. Es complicado… No es un yonqui, ¿vale? Toma tranquilizantes, los necesita para poder descansar, hay miles de personas que lo hacen.

—¿Se los receta un médico? ¿Son parte de un tratamiento regulado y controlado?

—No. Es adicto a ellos.

—Entonces se droga y necesita ayuda. Tiene que dejar de hacerlo.

—Lo sé, y creo que él también. Solo necesita un poco más de tiempo. Yo confío en él. Sé que vosotros no, pero confiad en mí.

—¿Nos queda otra opción? Te dejo para que te vistas tranquila.

—Pregúntale qué coño de nombre es Sei. ¿Ni siquiera tiene un nombre de verdad? Mira que he barajado opciones y no se me ocurre de dónde puede proceder esa cosa que dice que es su nombre… —Volvió a intervenir Marcos.

—¡Marcos! —gritamos las dos al mismo tiempo. Anabel salió del baño. Inhalé con profundidad, los entendía. Ellos no conocían a Sei, no veían lo que veía yo dentro de él.

Capítulo Veintisiete

PABLO SARASATE: FANTASÍA SOBRE «FAUST» DE GOUNOD OP. 13



POSEIDÓ

A las siete menos diez me senté en un banco, delante del gimnasio de moda entre «la gente guapa» de Barcelona. A las siete en punto cruzó la puerta en dirección al aparcamiento, iba ataviado con un chándal Michael Kors, en un tono beige que a la luz era casi dorado y con el logo de la marca estampado hasta en la costura del dobladillo. También llevaba una bolsa de deporte de Versace, tan sencillo y discreto como siempre. Lo dejé pasar. Cuando estuvo a unos dos metros por delante de mí, me levanté y fui tras él.

—Neptú. —Pude sentir el frío que emanaba de su cuerpo, el que desprendía cada gota de sangre al helarse en sus venas. Se quedó quieto, sin girarse, tardó unos segundos en hacerlo. Se volvió despacio y me miró con sorpresa y algo de temor.

—Sei, ¿qué haces aquí? Joder, que mal aspecto tienes, pareces mayor que yo. ¿Qué te ha pasado?

—La vida, Nep, la puta vida. Tú en cambio tienes un aspecto estupendo, a pesar de… Perdón, te veo muy bien, de verdad.

—¿Qué es lo que no te gusta? Dilo, acaba, ya que has empezado.

—Ese chándal, es horterísimo, pareces un capo de la mafia. Lo siento, pero es la verdad. Y se te ha ido un poco la mano con los UVA y el tinte, nadie tiene el pelo tan negro ni tan brillante de forma natural. El conjunto grita: soy un tío asquerosamente rico que lleva fatal hacerse mayor. Lo peor es que no te hace falta, estás estupendo, lo digo en serio.

—Gracias, Sei. Tú estás fatal. Podrías cortarte el pelo y arreglarte esa barba, no será por falta de tiempo. No trabajas, no tienes responsabilidades, lo único que tienes que hacer en todo el día es tocarte los huevos a dos manos, podrías coger unas tijeras y cuidar un poco tu aspecto para no asustar a la gente. Y ahora que ya nos hemos dado unos consejos de estilo, ¿me vas a contar por qué estás aquí?

—Te echaba de menos —dije sarcástico—. Por favor, no me llames Sei. Os he dicho mil veces que no soporto que me llaméis así.

—Por supuesto, me has extrañado mucho, día y noche.

—Vamos al grano. Quiero una tarjeta de crédito.

—¿Para qué?

—Para lo mismo que tú, para marcar las rayas.

—S… Poseidó, hablo en serio.

—¿Por qué crees que yo no? Necesito comprar unas cosas, es Navidad, quiero turrones, marisco, champán y regalos caros.

—No puedo darte una tarjeta. No puedo darte dinero.

—No te lo estoy pidiendo, no es un favor. Ese dinero lo dejó el abuelo para mí, es mi herencia. Me lo teníais que dar cuando cumpliera treinta años, bien, ya tengo más de treinta y no he visto ni un euro. Solo quiero lo que es mío.

—¿Qué vas a hacer con él? ¿En qué lío estás metido? ¿Le debes dinero a alguien? ¿Es por drogas? ¡Por Dios, Poseidó, qué triste!

—No. Yo no le debo nada a nadie; vosotros no podéis decir lo mismo.

—Aunque haga lo que me pides y te dé el dinero del abuelo, sabes que en cuanto papá lo sepa bloqueará la cuenta y no parará hasta incapacitarte, también sabes que lo conseguirá enseguida. Mira cómo vives, van a decir que se te ha ido la cabeza con las drogas y cualquiera con dos dedos de frente los creerá.

—Solo la necesito un día, no quiero volver. Necesito tener liquidez durante unas horas, después yo mismo la quemaré y seguiré con mi vida lo más lejos de vosotros que me sea posible. Os aseguro que, si me dejáis en paz, yo haré lo mismo. Me lo debes, Nep, sabes que me lo debes. Veinticuatro horas. Si quieres prepárame los papeles de renuncia a la herencia y los firmaré. Te repito que solo necesito mi dinero unas horas, después os lo regalo, no tiene el valor que vosotros le dais.

—Me llevará unos días conseguir lo que me pides, no es tan sencillo.

—La quiero mañana por la tarde. No insultes mi inteligencia, soy experto en finanzas, si quieres te explico cómo tienes que hacerlo. Aunque si no sabes pedir una tarjeta de crédito tienes un problema muy grave, te di poderes sobre todas mis cuentas, no me jodas, no te conviene. Si te ponen problemas, soluciónalos como hacéis

siempre, pagando, intimidando o chantajeando. Me la pela a un nivel que no puedes ni llegar a imaginar. Mañana, Nep.

—Está bien. Te llamo en cuando la tenga y quedamos para entregártela.

—Claro, llámame. Espero no despistarme y dejarme el iPhone en casa, ¡Ay, no, que no tengo casa!, y obviamente tampoco tengo móvil. Quedamos aquí a las siete.

—Prométeme que no voy a arrepentirme de esto. Que no vas a meterte en ningún lío.

—Lo segundo no puedo prometerlo, aunque sé que eso no te importa, lo que realmente te preocupa es que pueda complicarte la vida a ti y eso no va a pasar. Te prometo que no te vas a arrepentir. Para hacerlo hay que tener moral, y no es algo de lo que puedas presumir.

—Eres muy injusto, Poseidó.

—¿Yo soy injusto? Genial, Neptú, no he venido a discutir, sino a reclamar lo que por derecho es mío. Mañana a las siete. —Me giré y empecé a caminar.

—Yo te quiero. Eres mi hermano, siempre te he querido.

—Ninguno de vosotros tiene ni la más mínima idea de lo que es querer de verdad. Ni papá, ni Helena, ni tú, ni Anna Elisa, quizás por eso acabó casándose contigo después de prometerme amor eterno y destrozarme la vida con su declaración falsa. No tenéis ni idea de lo que es el amor puro, sincero e incondicional, Vera podría daros lecciones a todos. —Caminé en dirección opuesta a Neptú, que se había quedado anclado al suelo, no me giré a mirarlo.

En realidad, no necesitaba hacer aquello, no necesitaba pedirle nada a mi hermano, pero había decidido que así tenía que ser. Acababa de activar el temporizador, la bomba iba a estallar sin remedio y me sentía feliz por completo y sorprendentemente aliviado.

Capítulo Veintiocho

MANUEL QUIROGA: GUAJIRA Nº 2



MAR

Cuando subí a casa, después del baño y la conversación con Anabel, Sei había vuelto; respiré aliviada al ver el brillo de las velas. Estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, absorto en algo que iba garabateando en un papel. Me acerqué sin hacer ruido y lo abracé por la espalda; se sobresaltó un poco antes de suspirar. Observé las notas y símbolos musicales dispuestos sobre la hoja.

—¿También compones?

—Sí, lo hago. Aunque hacía mucho tiempo desde la última vez que tuve algo que expresar. Es solo un borrador, una idea.

—¿Y se puede escuchar? —Negó con la cabeza y se mordió el labio inferior para contener una traviesa sonrisa.

—No, aún no. No tiene la calidad suficiente. Es algo muy básico, tengo que desarrollarlo y después pulirlo. Esto es una lluvia de ideas.

—¿Para violín? —Asintió—. ¿Es lo único que tocas?

—Puedo tocar todos los instrumentos de cuerda, incluido el piano, aunque solo son canitas al aire, relaciones de una noche. El violín es el amor de mi vida, y el sentimiento es recíproco.

—¿Tocas el piano? Me encantaría escucharte hacerlo.

—¿Qué os pasa a las mujeres con los pianistas? No lo voy a entender nunca. Soy bastante mediocre tocándolo, nunca me he sentido demasiado ligado a él. Me gusta poder coger un instrumento, tenerlo entre los brazos, pegado al cuerpo, sintiendo en la piel cómo vibra al sonar. Es algo tan íntimo, tan intenso… y eso con un piano es complicado.

—Lo siento, Sei. Pero me asusta…

—No, por favor, déjalo. No volvamos a ello. No hablemos de miedo, estoy cansado de estar asustado. Te juro por Dios, por Lucifer o por lo que quieras tú, que estoy aterrado y absolutamente agotado de sentirme así. Quiero reírme y escuchar risas a mi alrededor, bailar, divertirme y que todo sea sencillo. Que seamos solo un chico y una chica que se han conocido, se han enamorado y

pueden disfrutar de la vida. Que seamos dos personas felices recreándose en esa sensación. Necesito sentirme seguro durante un rato. Si me quieres, quiéreme; si te asusto, déjame. Lo que decidas estará bien. Yo no soy capaz de encajar más miedo, no es que no quiera, es que no puedo. No puedo más. —Lo abracé con fuerza. Me levanté y cogí el móvil. Cuando empezaron a sonar los primeros acordes de *Hoy toca ser feliz* de Mago de Oz, le tendí la mano, me la cogió, tiré de él, se puso en pie y empezamos a bailar, cantar, saltar, hacer mucho, muchísimo el tonto para reírnos, porque tenía razón, eso era lo que necesitábamos los dos. Necesitábamos lágrimas que al fin fueran de felicidad.

—Vamos a la playa.

—¿Ahora? ¿A qué? Estás loco, Sei.

—Vamos a bañarnos en el mar.

—Hace frío, mucho frío; estamos en diciembre.

—¿Y qué más da? Estamos vivos, sintámonos así.

—Me siento viva, lo que no quiero es morir congelada. No sabes lo que estás diciendo.

—Te propongo un trato. Vamos corriendo hasta la Barceloneta, en el último tramo hacemos una carrera, si gano yo, nos bañamos; si ganas tú, solo nos tumbamos a imaginar estrellas.

—Tú crees que soy tonta, ¿no? No puedo ganarte, tienes las piernas mucho más largas que yo. Y se confirma que no estás bien de la cabeza. ¿Quieres ir corriendo hasta la Barceloneta? ¿Por qué quieres hacer eso?

—¿Quieres dejar de buscarle un porqué a todo? Quiero hacerlo y punto, porque sí.

—¿Porque sí? Dame una razón.

—¿Por qué no? Rebáteme esta —respondió desafiante. Lo besé, porque estaba loca por él y me encantaba cuando se ponía así. Empecé a meter la mano bajo su camiseta y me dejó llegar a la cintura antes de detenerme—. Tú quieres follar, yo quiero correr… Así que esto va así: primero corres conmigo y luego te corres conmigo, en este orden. Tú decides: todo o nada.

—Qué romántico eres. Como se nota que eres un músico extremadamente sensible y delicado.

—No me provoques.

—¿O qué? ¿Qué vas a hacer? —pregunté haciéndole cosquillas.

—Si me pongo lánguido y dulzón, ¿me vas a decir que sí?

—¿Vas a mentirme para salirte con la tuya?

—Claro. Si es necesario.

—¿Eres de esos?

—Voy a mentir y me lo vas a agradecer. Así es como funciona el juego.

—Para ti.

—¿Tú nunca mientes?

—Intento no hacerlo.

—¡Uy, qué bien! Yo también lo intento, no funciona y al final digo lo que me conviene para conseguir lo que quiero.

—¿Le has dicho alguna vez a una chica que la quieres para llevártela a la cama?

—Jamás. Toda mi vida he sido muy claro con eso. Soy un embaucador, no un cabrón. Adorno la realidad, no la tergiverso. Cada vez que he dicho «te quiero», lo he sentido sinceramente, incluso hubo más de una vez en que lo sentí y no lo dije. Siempre me costó abrir mi corazón. A mi hermano y a mí nos educaron para ser bloques de hielo y no mostrar jamás ni una emoción, expresarlas para mi padre es sinónimo de debilidad… y yo le salí músico. ¿Cómo no va a estar frustrado? A veces incluso lo entiendo —dijo con sarcasmo—. Creo que es imprescindible ser claro con los sentimientos. La persona que tienes delante se merece saber cuál es la realidad que está compartiendo.

—Te quiero.

—Lo sé y lo comparto. Yo te quiero más de lo que nunca creí que fuera posible. A pesar de eso, no vas a conseguir que te haga el amor si no vienes conmigo a la playa. Yo seré un mentiroso, pero tú eres una manipuladora, que es mil veces peor.

—¡No te estoy manipulando! ¿Quieres correr? ¡Venga, vamos! Ya te has salido con la tuya. Sin embargo, bañarnos en el mar ni lo sueñes, eso no va a suceder, yo no estoy tan loca.

Llegamos a la playa juntos. En el último tramo, bajó el ritmo y me cogió de la mano para ayudarme a llegar. Él estaba más en

forma que yo. Se tiró en la arena helada, yo lo hice sobre su cuerpo cálido para no sentir la intensa humedad en mi piel. El corazón le latía tan rápido y tan fuerte que parecía que estaba fuera de su pecho. Colocó mi mano sobre él, con la suya encima. Le besé la barbilla cubierta por el pelo desordenado, que me hizo cosquillas en los labios, y lo abracé fuerte.

—¿Sabes? No me recuperé del todo del episodio de la piscina. Nunca he conseguido meterme en el agua tranquilo y confiado. Cuando lo hacía, buceaba en mi mente hasta rescatar la sensación de los brazos de Vera sosteniéndome, entonces, me sentía fuerte, seguro y podía nadar kilómetros. En el mar es diferente, me quedo paralizado cuando el agua me cubre por encima de la cintura, se me acelera el pulso y noto que empieza a costarme respirar; intento pensar en Vera, solo que el mar no es una piscina… Por eso, cuando estábamos hablando de desterrar los miedos me ha venido a la cabeza la idea de venir a bañarnos en el mar. Me hubiera gustado que me abrazaras dentro del agua, me habrías hecho sentir que no tengo nada que temer, porque estás conmigo y me sostendrás hasta que encuentre la fuerza para enfrentarme a lo que sea. —Sonrió con tanta dulzura y tristeza que tuve que abrazarlo aún más fuerte y acariciarle la mejilla metiendo los dedos entre la espesa barba—. Es una tontería, ya lo sé, solo que… Esta noche… Uff, es igual, no me hagas caso, lo haremos en otro momento.

—No. Vamos a hacerlo ahora.

—No. Tú no quieres. No te he explicado esto para darte pena y convencerte de que lo hagas, no era esa mi intención.

—Lo sé. Quiero hacerlo, Sei, de verdad—. Me levanté, lo cogí de las manos, tiré de él y recorrimos con los dedos enlazados los pocos metros que nos separaban de la orilla. El agua helada rompía contra nuestros pies, la sentía como si fueran esquirlas de vidrio trazando surcos superficiales sobre la piel.

—¿Estás segura al cien por cien? ¿No es por lo que te he dicho? Porque si es así, soy yo el que no quiere hacerlo.

—No es por eso. Simplemente he cambiado de opinión. —Cuando sentí el agua en los muslos me quedé sin respiración y me abracé a su cuerpo, así nos adentramos en el mar.

Estuvimos solo un momento abrazados dentro del agua helada. Nos miramos a los ojos bajo la luna menguante, nos besamos despacio y volvimos a la arena, donde nos envolvimos en la manta que habíamos llevado para ello. Después nos pusimos la ropa seca que él había llevado. Me dio rabia y me hizo gracia a partes iguales constatar que Sei siempre había sabido que nos acabaríamos bañando.

—¿Qué tal? ¿Te ha gustado?

—Contra todo pronóstico, ha sido increíble.

—¿Lo ves? Te miento y al final me lo acabas agradeciendo. No falla nunca.

—¿Cómo?

—Dejé de tenerle miedo al agua con nueve años. Me encanta nadar, en piscinas, playas, ríos, lagos… Me da igual, he ganado competiciones de natación y he hecho travesías bastante largas en el mar. No soy David Meca, pero se me da muy bien.

—No… ¡No me lo puedo creer! ¿Cómo has podido? ¿Era mentira? ¡Me has mentido, Sei! No tienes ni vergüenza ni moral.

—Tú tampoco, entonces. Me has dicho que no te metías en el agua por lo que yo había explicado, ¿por qué me mientes? Está claro por qué lo he hecho yo, pero tú…

—Para hacerte sentir bien, para ayudarte. Te has aprovechado de lo que siento para salirte con la tuya.

—Si no te lo hubiera dicho, siempre habrías creído que lo hiciste por voluntad propia y estarías muy satisfecha de ello.

—Lo cual no hace que tu comportamiento sea aceptable.

—Ojos que no ven, corazón que no siente.

—No sé si voy a volver a confiar en ti, eres un manipulador.

—No es verdad. Puedo serlo, aunque no lo soy habitualmente. Te he dicho la verdad, solo te he hecho una demostración práctica de mis técnicas para lograr acuerdos beneficiosos para ambas partes. Recuerda que te ha encantado la experiencia, la has disfrutado y siempre tendrás ese recuerdo, no lo habrías hecho sin una ayudita. En mi defensa quiero puntualizar que solo hago estas cosas en situaciones insustanciales como esta, nunca a la hora de tomar decisiones importantes. Ya te he dicho que no soy un cabrón y sí

tengo moral, al menos en las relaciones personales, en los negocios igual no era tan limpio. ¿Me vas a perdonar?

—¿Te arrepientes? —Negó con expresión divertida.

—No, en absoluto. Solo te pido perdón porque es lo que tú quieres oír y yo quiero que me beses, así que voy a decir lo que sea necesario para conseguirlo… Ahora ya sabes cómo lo hago. —Me eché a reír.

—Sei, no sé si me gustas en este momento.

—Sigues mintiéndome. Te gusto más que antes de meterte en el agua conmigo, te pone que sea un poquito hijo de puta. Te hace gracia porque sabes que en el fondo soy buena persona y digo la verdad cuando puntualizo que no me aprovecho en las situaciones importantes. Además, eres la típica chica a la que le gusta el malo sensible, ahora me ves así y quieres follar conmigo hasta que el cuerpo resista.

—Vámonos a casa y comprobemos si tienes razón o solo eres un chulo sobradito.

—No hace falta ir a casa para eso.

—Ni lo sueñes. Aquí no, hace frío.

—Es que me siento tan bien aquí, en la playa, bajo las estrellas, con la brisa del mar acariciándonos la piel… Sería un recuerdo tan bonito…

—¡Ni lo intentes! Anda, cállate y vamos.

—¡Era broma! No hubiera utilizado ese argumento, es muy flojo. Habría empezado besándote, acariciándote… y cuando perdieras un poco la cabeza y se te hubiera nublado la mente, me habría puesto intenso, en plan: abrázame, no me sueltes, te necesito… Para que no quisieras parar. Algo así. Es obvio que no lo estaba haciendo bien.

—¡Sei! —Le di un manotazo en el pecho—. Quiero seguir confiando en ti, pero lo pones muy difícil.

—Mírame a los ojos. —Lo hice. Él clavó sus pupilas en las mías—. Nunca te voy a mentir en algo que realmente importe, lo sabes, sé que lo sabes, siempre vas a poder confiar en mí y te aseguro que nunca te voy a fallar, no en eso, y si lo hago en otro aspecto, jamás será de forma intencional. Te quiero. Ahora sí hablo en serio.

—Sé quién eres, Sei. No dudaría de ti jamás y la verdad es que sí me haces gracia cuando te comportas de esa manera. Sigo queriendo ir a casa y ver si también eras sincero cuando dijiste que podíamos hacer el amor hasta que el cuerpo resista.

—Me parece estupendo, solo que tendremos que coger un taxi, estamos muy lejos y el metro está cerrado. Por mí podríamos volver corriendo, aunque con lo que te ha costado llegar hasta aquí la primera vez, ¡cómo para repetirlo a la vuelta! No llegaríamos ni caminando con tranquilidad, al menos esta noche. Así que solo nos queda la opción del taxi.

—Claro, cariño, o mejor aún: llamamos a nuestro chófer y que pase a buscarnos con la limusina.

—Lo digo en serio. Tengo cuarenta euros.

—Ya, pero mañana…

—Mañana será otro día. Solucionaré los problemas según vayan surgiendo.

—No puedes gastarte veinte euros en un taxi.

—¿Quieres verlo? Lo complicado va a ser encontrar uno que quiera llevarme.

—Confías muy poco en la gente.

—Confías demasiado en ella.

Encontrar al taxista dispuesto a subir a Sei no fue tan complicado como creía él ni tan fácil como suponía yo. Estaba claro que nos complementábamos. Una vez en casa, lo besé con pasión contra la pared del recibidor antes de que me cogiera en brazos para llevarme a la habitación.

—Vamos a hacerlo cómodamente en la cama, sin esfuerzos innecesarios.

—¿Hoy estás vago?

—Júzgalo tú misma. Yo solo te digo que, haciendo el amor en la cama y empleando las fuerzas en lo que de verdad importa, el cuerpo va a aguantar mucho más. Aunque si tú quieres que lo haga rápido, fuerte y duro, de pie contra una pared, por mí no hay problema. Ya lo sabes, yo me adapto a todo, menos a mirar porque me aburre mucho. Bueno a no ser que lo hagas con otra mujer, en ese caso, podríamos hablarlo —puntualizó con aquella sonrisa

traviesa que no ayudaba a saber si hablaba en serio o era solo una broma.

—O podemos dejar de hablar —dije abriéndole con brusquedad el pantalón y metiendo la mano para rozarlo de forma pausada, aunque muy intensa; haciéndolo temblar ante la expectativa y la necesidad.

—No me parece mala opción…

Capítulo Veintinueve

ARCANGELO CORELLI: SONATA PARA VIOLÍN Y BAJO CONTINUO EN FA MAYOR



POSEIDÓ

Me desperté con los primeros rayos del alba. Hacía un frío horrible, el piso era una nevera tras tantos meses sin calefacción. Me pegué a Mar para sentir el calor de su cuerpo y que ella sintiese el mío. Hundí la cabeza bajo su pecho, me rodeó con sus brazos estrechándome con determinación. Si nos hubiéramos conocido antes, quizás yo hubiera tenido alguna posibilidad.

La vida es la que es, no vale la pena perder el tiempo pensando en cosas que no tienen remedio. Solo necesitaba desesperadamente aspirar su aroma, impregnarme de la tentadora suavidad de su piel, dejarme querer y darle mi amor. Eran las últimas horas de vida de ese violinista que tenía mil nombres y ninguno. Mis últimas horas siendo solo una sombra en la ciudad. Estaba muerto de frío, como siempre que el miedo invadía mi alma.

Necesitaba con desesperación que me quisiera, fundirme con ella, que fuésemos solo uno. Así que me abrí paso entre sus piernas separándole las rodillas con mi pierna. Invadí su cuerpo con suavidad, mientras, ella apretaba el mío con fuerza. Nuestras respiraciones se aceleraron al unísono y perdí de vista la realidad, solo era capaz de sentir cómo nuestras almas se fundían la una en la otra a través de la carne trémula de nuestros cuerpos. Sentí el abrazo rítmico de su piel envolviendo la mía y reclamándola con fuerza. Era suyo, era todo suyo y quería que lo sintiera. Que supiera que, a pesar de todo, por encima de cualquier vicisitud de la vida, la amaba y siempre sería así.

De forma voluntaria, había decidido entregarme por completo y sin reservas. La inmortalidad es eso, vivir para siempre, siendo la mejor versión de uno mismo, aunque solo sea en el recuerdo de los que te quieren de verdad. Todo lo que había vivido me había conducido a este momento, el mejor de mi vida, siendo quien siempre debí ser, de la forma más sincera y más pura. Ese era yo, y ese yo merecía ser eterno.

Las uñas de Mar clavándose en mi espalda me devolvieron a la realidad. Me mordió el cuello mientras su universo saltaba en pedazos haciendo estallar a la vez el mío. Dejé caer todo el peso de mi cuerpo sobre el suyo, la cabeza entre sus pechos, las manos sobre sus hombros.

—Abrázame fuerte, por favor. Dime que siempre me vas a querer, aunque no me entiendas, aunque te enfades conmigo por el motivo que sea, no dejarás de quererme. Necesito tu amor para ser yo; necesito tu amor para seguir viviendo.

—¿Qué te pasa, Sei? Me estás asustando.

—No, no es nada. Sé que voy a tener un día difícil y solo quiero salir ahí fuera sintiéndome fuerte. Necesito que me ayudes a hacer lo que debo. No puedo seguir huyendo, Mar, pero me aterra dejar de hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—Esta noche te invito a cenar y te lo cuento todo. Ahora no puedo, necesito tiempo.

—Solo quiero saber una cosa: ¿estás bien? Es lo único que me importa.

—Estoy bien, Mar, asustado, pero bien. Estoy tranquilo, he tomado una decisión y por primera vez en mucho, muchísimo tiempo, me siento en paz, tranquilo. Soy un sapo feliz, no tienes que preocuparte.

Cuando me quedé solo, me vestí y me fui al metro. Toqué durante casi dos horas Strauss, Mozart, Beethoven, Liszt, Haydn, Tchaikovsky, Bach… y por supuesto Paganini. No abrí la funda, aun así, la gente me fue dejando monedas sobre ella. Cuando acabé, recogí la recaudación y la deposité en el sombrero de Julián, un mago callejero que podía sacar de su chistera de todo menos dinero.

—¿Qué haces, Fran? —preguntó mirándome como si me hubiera vuelto loco. No era así, nunca había estado más lúcido.

—Yo no lo necesito, Julián, solo tocaba como despedida. No voy a volver a hacerlo.

—¿Te ha tocado la lotería?

—Algo así, sí. Cuídate, Julián, tienes una gran misión. Haz que el mundo siga creyendo en la magia. Es difícil, pero es indispensable.

—Me fui a buscar a Albert, Johann quería invitarle a un último café.

—Entonces, ¿no vas a volver a tocar aquí? —Negué con la cabeza—. Ahora que le estaba cogiendo el gusto a la música clásica.

—Tienes que ir al Palau, es impresionante —dije tendiéndole dos entradas para un concierto.

—¿De dónde has sacado esto? Son carísimas.

—Me las ha dado alguien que me debía un favor. —Era escrupulosamente cierto. Le pedí a mi hermano que las comprara y me las enviara por *e-mail*. Las imprimí en el ciber de Ayoub.

—Son para dentro de un mes. Compraré entradas para el Camp Nou, pero quiero llevarte a un clásico, quiero que lo vivas al 100 %.

—Lo haremos. Seguro que sí.

Mi siguiente parada era la zona financiera, Neptú tenía algo para mí. Esperaba que no me fallara o no me iba a dejar otra opción que ir a la oficina. No lo hizo. Cuando llegué, ya estaba allí, cambiando el peso de una pierna a otra, deshecho por los nervios.

—Poseidó, ¿qué vas a hacer? Necesito saber qué te propones.

—Dámela. Me preocupan tanto tus necesidades como a vosotros os han preocupado las mías toda la vida.

—¡Joder, Sei! Aquí tienes. —Me tendió un sobre—. Dentro tienes la tarjeta y el papel con los datos, el pin, el contrato y todo lo que necesitas.

—No hagáis ningún movimiento extraño o entonces sí que tendréis motivos para estar preocupados. No hace falta que te recuerde que el negocio con los rusos lo cerré yo —avisé, comprobando el contenido del envoltorio que me acababa de entregar.

—Sé todo el dinero que te debemos, y que tú nunca lo has querido.

—No hablo de eso, hablo de información. Todos sabemos que hice cosas no del todo legales para conseguir esa fusión.

—Las hiciste tú. Eres al primero que no le interesa que eso salga a la luz.

—Yo no tengo nada que perder, Neptú. ¿Podéis decir lo mismo?

—Tienes crédito ilimitado. Si necesitas comprar propiedades o algo que no puedas pagar con una tarjeta, el banco está avisado de

que has vuelto y estás autorizado a hacer cualquier operación. No sé qué te propones, no hagas tonterías, Poseidó, por el bien de todos.

—Genial. ¿Sabes si el palacete de Pedralbes está en venta? Igual me da por comprarme uno, eso y un Bugatti. Anda, vamos, tengo muchas cosas que hacer hoy. Adiós, Nep. Y respira, tengo cosas un millón de veces más importantes que hacer que joderos a vosotros, no valéis ni un minuto de mi tiempo.

—¿Qué cojones querías que hiciera? ¿Enfrentarme a papá? ¿Lo hiciste tú? Porque, si no recuerdo mal, saliste corriendo tanto la primera como la segunda vez.

—La diferencia es que cuando yo lo hice ya me lo habían quitado todo. Sí me enfrenté a él, me fui a Ámsterdam.

—Exacto. Huiste porque tampoco tú, con todos los huevos que tienes, fuiste capaz de plantarte ante él y decir una sola palabra, la única que necesitaba escuchar, la única que nadie se ha atrevido jamás a decirle a la cara a El·ladi Balcells: «No».

—Supongo que tienes razón, pero al menos tuve el valor de soñar y luchar por ello.

—En la vida hay muchas más cosas que la música.

—En la mía no. —Me giré y empecé a alejarme.

—No me has respondido. ¿Qué esperabas de mí? ¿Qué hice mal?

—Si a estas alturas aún no lo sabes, yo no puedo ayudarte.

—¡Lo que pasó también es culpa tuya! ¡Podrías haber dado tu brazo a torcer! Sin embargo, te empeñaste en ir a la contra. ¡Siempre te ha gustado hacer lo contrario de lo que se esperaba de ti! ¡Es culpa tuya, Sei, no nuestra!

—Has cumplido todas las reglas: las humanas y las divinas. Yo no he cumplido ninguna. Y… ¡Oh, sorpresa!, no nos han querido a ninguno de los dos. Papá es un psicópata incapaz de querer a nadie. Tu madre y la mía solo han sido marionetas en sus manos, y tu mujer… Bueno, no voy a hablar de Anna Elisa. Adiós, Alfred. ¿Sabes? Con la edad te pareces más a Aidan Quinn.

—¿A quién? —preguntó extrañado.

—Aidan Quinn, el actor que interpreta a Alfred en *Leyendas de pasión,* el de la puta frasecita. En cambio, yo sigo sin tener nada en

común con Brad Pitt ni con el jodido Tristan. —Me giré y comencé a caminar calle abajo, sin mirar atrás.

Llegué a la peluquería de Halid y me dejé caer en la butaca, me miré al espejo y resoplé.

—¿Vienes como cliente? ¿Vas a dejar que te arregle un poco el pelo y te recorte esa barba?

—Vengo como cliente. Quiero que me cortes el pelo, corto atrás y a los lados, y un poco más largo arriba Tiene que bajar un poco a la frente, tengo entradas, ¿ves? Y quiero que me afeites y me dejes la cara como el culito de un bebé —expliqué.

—¿En serio? —asentí—. ¡Me encanta! ¡Todo fuera!

—Y quiero que lo hagas poniéndome de espaldas al espejo, no quiero verlo. No quiero cambiar de opinión.

Hizo lo que le pedí. Cuando acabó, me giré despacio. El corazón se me encogió y me costó respirar, Poseidó Balcells me miraba de frente, había vuelto. Creí que había muerto hacía cinco años, pero estaba ahí sentado, mirándome asustado.

—¡Vaya! Te has quitado diez años de encima. Eres un tío guapo, no te sentaba nada bien la barba.

—Gracias, Halid. Eres un peluquero estupendo. No solía quedar satisfecho cuando me cortaban el pelo, era una de mis manías más pronunciadas, sin embargo, tú lo has hecho genial. Poseidó Balcells nunca habría venido a cortarse el pelo aquí, ¿sabes por qué? Porque era un capullo clasista de mierda y ni siquiera lo sabía. ¡Qué pena me da! Se creía un Dios y era un patético don nadie. Vivimos en un mundo absurdo, creemos que todo se puede comprar, y es una puta mentira. Todo lo que tenemos es prestado, y antes o después nos toca devolverlo.

—Al tío ese de vuestra biblia le cortaban el pelo y perdía la fuerza. A ti te lo quitan y te vuelves filósofo Los cristianos tenéis problemas muy raros con el cabello, tío.

—Yo no soy cristiano. En el único dios en el que creo es en Poseidón, señor de los mares. Adiós, Halid.

Llegué al puesto de mando de Sissí diez minutos antes de la hora a la que habíamos quedado, estaba absorta en su móvil. Me acerqué

y me quedé de pie delante de ella tapándole el sol, esperando a que me increpase.

—¿Te pasa algo, chaval? ¿Buscas alguna cosa o solo quieres joderme el momentito? Muévete, que me tapas el sol.

—¿Y si te mueves tú?

—Muy espabilado no eres, ¿verdad?

—Te busco a ti, gruñona, hemos quedado. —Abrió la boca y aún más los ojos.

—¡Noooo! ¡No, qué va! ¿Francis? No puedes ser tú. ¿Eres tú?

—No le preguntes a alguien: «¿Eres tú?» ¿Qué respuesta esperas a eso? Porque solo hay una posible: soy yo. Soy Francisco José.

—¡Eres un puto crío! He tenido fantasías contigo y debes tener la edad de mi hijo mayor, no me lo puedo creer. Gírate. —Lo hice—. Eres tú, no hay duda; la cara no, pero ese culo lo reconocería entre una multitud. ¡Eres un chaval!, y guapísimo. Guapo, guapo de verdad.

—Gracias…, supongo. Digamos que lo de «puto crío» no suena demasiado bien. Estás muy guapa y elegante.

—¿A que sí? No te animes mucho, que podría ser tu madre. ¡Qué fuerte, Francis! ¡Qué desaprovechado estabas!

—A ver, ¿qué me has traído? Tengo curiosidad por saber con qué ropa me ves. —Abrí un poco la bolsa—. Los Levi's… ¿Me has traído un polo color rosita? Ralph Laurent, zapatillas Vans, ¿calzoncillos Calvin Klein? No era necesario, esto no lo voy a enseñar.

—Pues será el primer día que no lo haces. Tienes también calcetines y un jersey azul marino Privata. No lo vas a entender, aunque si tuvieras la edad que aparentabas te habría hecho gracia, cuando yo era joven Privata era lo más pijo que te podías tirar a la cara. Te he traído ropa de niño bien porque es lo que pediste, pero yo te veo con un tejano negro desgastado, una camiseta ajustada, una chupa de cuero, botas militares y barbita de tres días.

—Vale. ¿El polo no tendría que ser Lacoste? Mi hermano es doce años mayor que yo y esas eran sus marcas de niñato.

—Te conozco hace tres años y nunca me habías dado ningún dato personal, ¿tienes un hermano mayor?

—Sí. Voy a cambiarme. —Entré al callejón y empecé a quitarme la ropa.

—¿Vas a cambiarte ahí?

—Sí. Así que no mires a no ser que quieras ver algo más que la ropa interior.

—¿Vas a desnudarte en la calle? Sería maravilloso que pasara el dron de Google maps e inmortalizara el momento.

—Ya está.

—Sigues estando desnudo.

—Me he cambiado los calzoncillos.

—Estás muy bueno, más de lo que pensaba. ¡Ay Dios, Francis, necesito un polvo con urgencia! No contigo, no me malinterpretes, es que no puedo dejar de mirarte con lujuria, ahí medio desnudo. —Me bajé la camiseta y me cerré el pantalón—. Sigo mirándote igual, aunque estés vestido. ¿Qué hago?

—De momento, acompañarme a comprar. Si no tuviera pareja, después te solucionaría encantado el problema, pero ahora no puedo. Has tenido tres años para proponérmelo, y lo haces cuando ya no hay posibilidad. Lo hubiera hecho. De haber sabido que te apetecía, lo hubiera hecho encantado. Siempre me has parecido increíble y muy sexi. Creo que nos lo habríamos pasado genial.

—Vaya, hombre. ¡Qué putada no haber escogido el minuto correcto!… ¿Qué quieres comprar?

—Más ropa.

—¿Es tu *fashion week* particular? ¿Qué más necesitas? Puedo traértelo yo a mejor precio.

—No creo. Vamos de compras a Chanel, Tiffany's y a Armani.

—Pues claro. ¿Y cómo vas a pagar? ¿Has robado un banco?

—No. Tengo esto—respondí enseñándole la tarjeta.

La cogió y miró el nombre.

—¿Poseidó Balcells i Solans? ¿Has robado una tarjeta? ¿Quién coño se llama Poseidó? ¿Es una broma o sus padres lo querían poco?

—Joder, qué claro lo has visto.

—Te van a pedir el DNI. ¿Tienes el carnet del Rey de los Mares? ¿Se parece a ti?

—No van a pedirme el DNI. Me pedirán que ponga el pin.

—¿Y lo sabes?

—Creo que sí. Lo vemos sobre la marcha —respondí inseguro, porque me hacía gracia el estado de intranquilidad y nervios que le provocaba a Sissí que pensara pagar con una tarjeta que ella creía robada. No dejaba de ser curioso, teniendo en cuenta a lo que se dedicaba de forma habitual.

—¿Para qué me necesitas a mí?

—Tienes que ayudarme a elegir un vestido precioso con todos los complementos para Mar, un traje estupendo para mí y un anillo de diamantes.

—¿Le vas a pedir que se case contigo? —gritó emocionada.

—¡No! Ya sé que es lo que parece, pero no es eso. Voy a llevarla a cenar a Opalescense y voy a regarle un anillo con un diamante maravilloso porque le hace ilusión; sin compromiso ni boda de por medio.

—¿Dónde vas a llevarla a cenar, cariño? ¿Sabes que hay que hacer reserva con casi un año de antelación?

—¿En serio? ¿Un año? No creas todo lo que dicen.

—Aunque Poseidó pueda pagar la cuenta, no puedes ir. Además, si vas a empezar a gastar dinero, ese tío se va a dar cuenta de que le han robado la tarjeta, y esta noche ya estará anulada y habrá puesto una denuncia.

—No sufras, emperatriz, sé lo que hago.

—No la líes, Francis, no vale la pena. Llévala a un McDonalds, yo te traigo un vestido bonito de El Corte Inglés y un anillo de Swarovski. Ella sabe quién eres, sabe que no tienes un duro y te quiere igual. Te quiere a ti por lo que eres, no por lo que tienes o puedes pagar.

—Lo sé. Si me quisiera por el dinero, no le regalaría ni un anillo de plástico del bazar de Xiao Ying.

—A esa chica no le hace falta nada de lo que quieres darle. Estoy segura de que no quiere que te metas en un lío por algo tan superficial.

—No voy a meterme en ningún lío, confía un poco en mí. Lo de la lista de espera del restaurante es una leyenda, para la gente como

Balcells eso no existe. ¿Te lo demuestro? Déjame el teléfono. —Me lo tendió y marqué el número de Opalescense—. Buenos días, llamo de BMN Enterprises. Necesito una mesa para dos personas esta noche a las diez, a nombre del señor Poseidó Balcells, pueden confirmar la reserva poniéndose en contacto con la oficina del señor Carles Balcells. Sí, Poseidó Balcells es su hermano; el hijo menor de El·ladi Balcells. Perfecto, gracias. Ya está, hecho —confirmé devolviéndole el móvil.

—¿Qué pasará cuando llamen al tal Carles? ¿Estás usando la tarjeta de un jefazo de BMN?

—Vamos a elegir un vestido, Sissí, del resto me encargo yo.

Capítulo Treinta

FRANCESCO GEMINIANI: SONATA PARA VIOLÍN Y BAJO CONTINUO EN RE MENOR



POSEIDÓ

Caminamos hasta el paseo de Gracia. Sissí no paraba de mirarme como si se le hubiera aparecido un unicornio. Yo no podía evitar reírme ni ella soltarme algún que otro manotazo por hacerlo.

Nos detuvimos ante las brillantes cristaleras de Chanel. Cuando entramos a la tienda, Sissí se volvió loca. Todo le parecía maravilloso, espléndido, espectacular… A mí, la verdad, me parecía que, si no estuviésemos en la tienda de una gran firma, algunas de esas cosas ni las miraría. Una dependienta se nos acercó con la cara avinagrada, era obvio que Sissí no había comprado jamás en Chanel.

—Tengo que pedirle que no toque nada, si es usted tan amable —informó dirigiéndose a ella con superioridad y cierto desprecio. No le di oportunidad de responder.

—¿Cómo se llama usted? —pregunté a la empleada—. Lo habitual sería que se hubiera presentado y, con una sonrisa enorme, nos hubiera ofrecido su ayuda, ¿no es así?

—Me llamo Alicia. ¿Puedo ayudarles en algo? —contestó de la misma forma que le había hablado a Sissí.

—Sí, en realidad, sí. Supongo que ha visto *Pretty Woman.* ¿Quién no, verdad? Pues hoy vamos a hacer un *Pretty Woman*. Voy a gastarme una cantidad indecente de dinero, y quiero que le hagan mucho mucho la pelota a ella. Creo que Richard Gere decía algo así. Cuando digo indecente me quedo corto y cuando digo que le hagan la pelota también, mi amiga va a tocar, probar y pedir todo lo que le apetezca, y después yo pagaré lo que pida usted sin pestañear ni pedir explicaciones. Va a llevarse la comisión de su vida. Soy Poseidó Balcells, el hijo de Helena Solans. Mi madre es una de sus mejores clientas, ¿no es cierto? ¿Qué le parece, volvemos a empezar?

—Perdón, señor Balcells, yo no…

—Es igual, Alicia. No tengo ni tiempo ni ganas de escuchar excusas. Por cierto, no llamen a Helena para confirmar mi identidad, les va a decir que estoy muerto. Tenemos algunos problemillas

familiares, pero en qué casa no los hay, ¿no cree? Llamen a mi hermano Carles.

Me giré hacia Sissí, que me miraba sorprendida por la actitud seca y arrogante que había tenido con Alicia, y le expliqué:

—Vale, Sissí, quiero un vestido para la cena de esta noche. No quiero cualquier cosa, necesito algo impresionante, algo realmente especial. Y ponle todos los complementos que creas oportunos. Cuando tengamos eso, elige lo que quieras para ti, y si quieres algo para tu negocio, sin miedo, llévate todo lo que te guste.

—¿Seguro? Aún podemos ir al Corte Inglés…

—Alicia, mi amiga se quiere ir a unos grandes almacenes, algo está fallando… —avisé con desaprobación. A partir de ese momento todo fueron halagos y atenciones. A mí me parecía todo muy triste y superficial, pero Sissí estaba disfrutando como una loca y de eso se trataba.

—Vale, Fra…, Poseidó, tengo varias cosas para tu novia: el conjunto para esta noche, unos trajes y vestidos divinos para el trabajo, un par de bolsos… Los zapatos no me convencen, mejor vamos a Manolo Blannick, ¿te parece? —Me encogí de hombros.

—Lo que tú digas, eres la *personal shopper*.

—¿En serio puedo elegir algo para mí aquí?

—Todo lo que quieras.

—¡Qué difícil! Me encanta este vestido, también este pantalón con esta camisa, aunque no sé si la prefiero en color champán o en rosa.

—Vale. Alicia, vamos a quedarnos el vestido, el pantalón y las dos camisas.

—¡No! ¿Te has vuelto loco? —casi me gritó Sissí.

—Hay un par de vestidos más que le han gustado a su amiga, señor Balcells —intervino Alicia, ya había entendido las reglas del juego y pensaba aprovecharlas al máximo.

—Genial, pues nos los llevamos, y cualquier complemento que haya dicho que le parecía bonito, inclúyalo también.

—¿Quieres parar? No tenemos manos para llevar tantas bolsas.

—¿Manos? Yo no llevo bolsas y tú tampoco. Alicia, prepárelo todo, mi chófer pasará a recogerlo. Gracias.

Cuando salimos de la tienda, Sissí me pegó en el brazo y me dijo indignada:

—¡Todo ese trabajo para nada! ¿Tu chófer? No nos lo vamos a llevar, ¿verdad?

—¡No me pegues! Nosotros no. La gente megapija no carga con las bolsas, pagan a otros para que hagan lo que ellos no quieren.

—No tienes chófer, no tienes coche…, ¡coño, no tienes casa! ¡No puedes utilizar la tarjeta de un muerto Francis! Poseidó Balcells es el chaval aquel que desapareció y acabaron encontrando ahogado, salió en la prensa, en la tele… No sé cómo no había caído antes. La gente hizo muchas coñas con el tema de que se llamara Poseidó y se acabara ahogando en el mar. —Solté una sonora carcajada.

—La gente es maravillosamente insensible y cruel, aunque tiene gracia, hay que reconocerlo.

—¿Por qué tienes una tarjeta de ese chico? Te vas a meter en un lío muy gordo.

—Puede ser, seguro que será así, aunque no por lo que tú piensas. No lo encontraron. De forma oficial, Poseidó Balcells no está muerto, sino desaparecido, jamás recuperaron el cuerpo. Su padre declaró que se había tirado al mar. Al no hallar sus restos, la prensa sensacionalista divulgó que se había suicidado, pero tal vez solo esté viviendo en su castillo de coral en el fondo del mar, ¿no? Nos vamos a Apple.

—¿Quieres un iPhone? —Asentí.

—Necesito un móvil, y yo soy muy fiel a Apple.

—Llama con el mío.

—El tuyo es un ladrillo.

—Cumple su función.

—Ya. ¿Quién quiere un teléfono para llamar hoy en día? ¡Vaaaamos!

Entramos y pedí el último modelo de Iphone en su mejor versión. Sissí volvió a reñirme.

—Tienes razón, no es eso lo que tengo que comprar. Pero, por curiosidad, ¿qué color habrías escogido tú?

—El dorado, sin dudarlo.

—Bien, entonces ponme dos, uno plata y el otro oro. ¡Qué navideño!

—Francis… No… —Por supuesto no le hice ningún caso y compré los dos teléfonos.

Llamé a Carles con mi móvil nuevo.

—¡Hostia puta, Poseidó! ¿Qué coño haces? Me han llamado de Opalescense, de Chanel… ¿A qué juegas? Le he tenido que decir a mi secretaria que, si llaman preguntando por un tal Poseidó Balcells, diga que tiene carta blanca. Aun así, es cuestión de horas que papá se entere de todo si sigues comportándote de esta manera y gastando dinero a lo loco.

—¿A tu secretaria? ¡Claro que se va a enterar si tú se lo cuentas a todo el mundo!

—Lorena no va a decir nada, ya le he dicho que es un asunto confidencial. Deja de liarla, no sé qué pretendes, aparte de provocarme una úlcera.

—Con eso me doy por satisfecho. ¿Ramón sigue trabajando para ti?

—Sí. ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

—No. Quiero que recoja unas compras en Chanel y las lleve al hotel Arts, *suite* Penthouse. Dile a Lorena que me haga la reserva para un par de noches. Pásame el número de Ramón, seguramente tendrá que recoger cosas en otras tiendas.

—¿Quieres una *suite* de lujo?

—Sí, y esta me gusta mucho más que la que me reservaste tú cuando me trajiste de vuelta a casa recién salido de una clínica de rehabilitación. Me dejaste solo y acojonado, no sabía lo que iba a ser de mi vida. Me convenciste de que volviera contigo porque me querías mucho, sin embargo, me dejaste solo en un hotel, ya que no me querías tanto como para llevarme a tu casa y hacerme sentir arropado.

—Sei, no me jodas. No podía llevarte a mi casa, y lo sabes.

—Me dejaste allí casi una semana, volviéndome loco, hasta que trajiste a papá y a Helena sin avisarme para que acabaran de joderme. Ni siquiera pude prepararme para ello, porque no me llamaste para decírmelo. De hecho, no me llamaste ni una vez, ni

una sola vez te interesaste por cómo estaba desde que me dejaste en ese hotel.

—¿Alguna vez he hecho algo bien según tu criterio?

—Yo te admiraba. Eras mi hermano mayor, mi referente. Me parecías la persona más impresionante del mundo, tanto que hasta me inventé una historia para justificar que no movieras un dedo por mí el día de la piscina. Pero me hice mayor, y tuve que aceptar que solo eras una marioneta de papá, una extensión suya sin criterio propio, sin personalidad, eclipsado por él y resentido conmigo porque yo sí tenía opiniones y sueños propios. Te movías a mi sombra, intentando competir y ganarme en todo, jugando a dos bandas. Siempre haciendo las cosas a mis espaldas mientras a la cara me mentías sin remordimientos. No podías vivir con los celos, querías ser como yo. ¡Si hasta te casaste con mi exnovia, por el amor de Dios! ¿Y sabes lo peor de todo? Que, aunque no me cabe duda de que experimentaste cierta satisfacción con mi caída, también tengo la seguridad de que aún me envidias porque tengo una vida de mierda, pero es la mía, la que yo he tenido los cojones de elegir.

—¿Has acabado el discurso? ¿Te sientes mejor ahora?

—En realidad no. Nunca has tenido ni tendrás el valor necesario para escoger nada. ¿Quieres saber si creo que has hecho algo bien? Mi respuesta es que eso no tiene la más mínima importancia, da igual si lo que haces está bien o mal, si aciertas o te equivocas, lo importante es ser honesto con uno mismo, hacer lo que sientes, y si es un error, pedir perdón y rectificar. Da igual si has actuado correcta o incorrectamente, ninguna de las decisiones que han ido conformado tu vida las has tomado tú. Eso es lo que yo pienso.

—Nadie en su sano juicio envidiaría tu vida.

—Yo no he dicho que tú estés mentalmente equilibrado, no creo que sea así, a decir verdad. Neptú, Carles o como te quieras llamar ahora, al menos yo he vivido, he experimentado emociones muy intensas, para bien y para mal, he amado y me han amado por encima de todo, y no hablo solo del amor romántico. He cumplido mis sueños, aunque no hayan durado, he luchado por lo que quería y lo he conseguido. Tú nunca sabrás lo que se siente en esos

momentos. Lo tienes todo y no disfrutas de nada. Yo no tengo casi nada, pero disfruto cada pequeña cosa que me ofrece la vida. Fui muy feliz en el pasado, soy muy feliz en el presente. ¡Qué triste morir sin haber sentido esa emoción jamás!

—Eres muy feliz no teniendo nada, por eso has venido a pedirme una tarjeta de crédito y la estás quemando en tiendas, restaurantes y hoteles de lujo. ¿Qué me estás contando? Eres un hipócrita.

—Piensa lo que te dé la gana. En el fondo sabes que tengo razón, y eso es lo que te jode. No quiero nada de esto para mí, me aburre soberanamente. A diferencia de vosotros, yo soy capaz de pensar en otra persona que no sea yo mismo y disfruto viendo felices a los que quiero, aunque eso suponga hacer algo que no es lo que a mí me apetece. Hacer algo por otra persona y disfrutar de ello. Nep, no voy a pedirte que lo entiendas, no soy tan idiota. Estoy perdiendo demasiado tiempo contigo, y aún me quedan muchas cosas por hacer.

—Soy feliz, soy muy feliz. Mucho más que tú.

—Entonces me he equivocado en todo y me alegro por ti. Adiós, Neptú. —Colgué el teléfono, cogí aire y me dirigí a donde esperaba Sissí.

—¿Estás bien, Francis? No tienes buena cara.

—¿Ya no me ves tan guapo?

—Sí, sigues siendo igual de guapo, aunque ahora te veo triste y abatido.

—No, que va, estoy bien. Nos vamos a por los Manolos y a buscar mi traje.

En Manolo Blannick hicimos más o menos lo mismo que en Chanel. Compramos varios pares de zapatos, no tenía claro cuántos habían sido. En Armani todo fue mucho más fluido desde que llegamos, quizás porque a la dependienta le gusté nada más verme entrar a la tienda, por lo que se deshacía en sonrisas y elogios hacia mí. Tenía serias dudas de que hubiera llegado a reparar en la presencia de Sissí, hasta que se dirigió a ella mientras yo empezaba a probarme un traje gris oscuro sobrio y elegante.

—Le he traído uno en color camel. A su hijo le sentará bien este color, no es tan clásico como el gris.

—A Poseidó, el nombre lo eligió su padre, no le quedan demasiado bien los tonos ocres, marrones, tierra…, lo apagan. Por el tono de su piel le van mejor los grises y especialmente los azules, resaltan el color de sus ojos.

—Bueno, no la quiero contradecir, pero…

—Vas a hacerlo igualmente, pues yo no quiero…

—Os lo voy a simplificar —intervine saliendo del probador—. No me gustan los marrones ni el azul marino para la noche.

—¡Virgen Santa, Francis! Madre de Dios, alucino contigo. ¡Estás buenísimo! Cómo te queda el traje, por favor. ¡Qué cuerpazo! Buah, ¡brutal!

—No es mi madre —declaré mirando a la dependienta—. Es una amiga.

—Pues tu amiga tiene razón, este traje te sienta muy bien, te va perfecto de hombros, incluso de manga, es como si lo hubieran hecho para ti.

—Tengo las medidas estándar que se usan para confeccionarlos, por esa razón me quedan clavados.

—Tienes medidas clásicas de modelo, es evidente. Con ese cuerpo te van a sentar bien todos los trajes que te pruebes.

—Vale, preferiría algo menos clásico, algo un poco menos serio, quizás un azul tinta, con camisa blanca y corbata en un tono coral o magenta.

—Cómo controlas, ¿no?

—He comprado muchos trajes en mi vida, Sissí.

—Azul tinta, sí, creo que tengo uno que es perfecto para ti, bueno, aún más perfecto que los demás. —La chica fue a buscarlo y Sissí me susurró:

—Premio. Podrías tirártela ahora mismo.

—Quizás. Antes me pasaban esas cosas. Tengo buenos recuerdos de los probadores de más de una tienda. Incluso podríamos hacer algo los tres juntos.

—De eso nada, bonito. Sé que tu amiguito da saltitos de alegría cuando lo piensas, pero si yo estoy follando contigo y otra te pone la mano encima, le arrancó la cabeza, así que no es muy buena idea.

—Por Dios, posesiva y violenta. ¡Qué miedo me das! Y al mismo tiempo, no te imaginas cuánto me pone ese rollo.

La dependienta volvió, me entregó el traje que le había solicitado y se retiró hacia el mostrador. Yo volví al probador, me lo puse y salí cerrándome la chaqueta.

—¡Madre mía! Espectacular, ahora hablo totalmente en serio. Creo que eres el hombre más atractivo que he visto en mi vida en directo. Por la tele he visto a Robert Redfort, Rock Hudson, Pierce Brosnan, Jon Dalmau… Pero cara a cara eres tú sin duda.

—Gracias, soy más guapo que todos esos tíos que has dicho juntos. Tendrías que verlos al natural, sin maquillajes ni filtros, seguro que cambiarías de opinión.

—Tu chica va a alucinar, no pareces la misma persona.

—O igual no le gusto.

—¡Cómo no le vas a gustar, criatura! Quítate la chaqueta. —Lo hice y la miré buscando su aprobación.

—Le vas a encantar. Aflójate la corbata y abre los primeros botones de la camisa.

—¿Para qué? Así no vas a ver cómo queda en realidad.

—Eso ya lo he visto. Te llevas este traje, eso está más que decidido. Lo que te he pedido ahora es por darme un gusto a mí misma. Alégrame la vista.

—¡No me trates como si fuera un objeto sexual!

—¿Por qué no? ¿Te ofende?

—No. La verdad es que no. En realidad, me gusta que las mujeres os pongáis tontas conmigo y me digáis barbaridades, cuanto más fuertes, mejor; no me siento nada incómodo. Aunque lo políticamente correcto es decir que no deberías tratarme así porque me siento infravalorado. Me siento muy valorado por mi físico, que también es parte de mí, una que durante un tiempo me fue muy útil para cumplir mis objetivos con el sexo opuesto, así que, por mí, puedes seguir —respondí haciendo lo que me había pedido, mirándola directa e intensamente a los ojos y sonriendo de forma provocativa.

—¿Esa chica sabe lo que tiene entre manos? ¿Le has contado que te gusta tontear con todas y que la fidelidad no es tu punto

fuerte? Porque os conozco y está claro que tú eres de esos, ¿o vas a decirme que eres un hombre fiel?

—Creo que podría serlo. Lo fui una vez.

—Le has sido fiel a una de tus parejas, ¿a cuántas has engañado?

—Yo no lo diría así, jamás le prometí exclusividad a ninguna de las demás, eso solo lo hice con Simonetta. Así que no le he mentido a nadie. Si ellas interpretaron o creyeron otra cosa, no es culpa mía.

—¿Se lo has prometido a Mar?

—No, no hace falta. No deseo estar con nadie más ni lo desearé el resto de mi vida.

—Eso es mucho tiempo, Francis, nadie puede asegurar eso.

—Yo sí. Sissí, yo sí que puedo. Vamos a pagar, aún me queda trabajo por delante. Tengo que concentrar un cuento de hadas en un par de días, eso es lo único que deseo. Por esa razón hago todo esto, aunque a mí me repatee la idea. Voy a regalarle un sueño, quiero que viva y cumpla este deseo, y que lo haga a mi lado. Puedo hacerle este obsequio, así que voy a dárselo, porque se merece tener esto y mucho más. Si Mar desea ser Cenicienta, yo seré el Hada Madrina, los ratones, el príncipe, Charles Perrault y la puta pluma con la que escribió el relato. Y además tengo que hacerlo bien, porque no voy a tener una segunda oportunidad.

—¿Por qué no?

—Tú lo has dicho, alguien va a darse cuenta de que estoy utilizando la tarjeta de Balcells. Esto tiene fecha de caducidad.

—No necesitas dinero para crear un romance perfecto, necesitas amor.

—Eso es muy bonito y es casi cierto, aunque no eres tan ingenua como para creer que en el mundo real las cosas funcionan así. Nadie necesita ropa de 3000 euros, eso es un capricho superfluo, algo que te puede hacer ilusión un día, pero no llenará tu vida. Sin embargo, sí necesitas llegar a fin mes y saber que puedes pagar las jodidas facturas. Es imprescindible que la persona que tienes al lado sea un pilar fuerte y te dé seguridad, no que te cree más incertidumbre y problemas. Sabes que tengo razón.

—Te quiere y la quieres.

—Sí, y luego está la vida. Vámonos, anda.

—Eres terriblemente pesimista y descreído. ¿Tanto daño te hicieron?

—Me hacen, ojalá fuera pasado. Cada día, en algún momento, habitualmente por las noches, revivo minuto a minuto lo que pasó, una y otra vez. Y en cada ocasión duele un poco más, porque cada vez queda un poco menos para que todo se acabe y nada pueda ser.

—¿Eso es lo que buscas en Dulce? ¿Algo que te ayude a calmar ese dolor? Francis…

—No, Sissí, en estos tres años jamás has intentado salvarme, no lo hagas ahora. Soy lo que soy, con barba o sin ella, con harapos o enfundado en un traje de Armani, da lo mismo, soy la misma persona, tengo las mismas heridas y opciones.

—¿Y no has pensado nunca en luchar contra eso? ¿En superarlo?

—Claro que sí, cada mañana cuando me despierto. Luego llega la noche y me doy cuenta de que no lo he conseguido. No puedo hacerlo, lo he intentado y no soy capaz, ojalá fuera más fuerte, pero tengo que aceptarlo. Este soy yo y esta es mi realidad. Vámonos, Sissí, esta noche va a ser la mejor de mi vida o casi y no puedo permitirme el estado de ánimo en el que estoy entrando.

—Vale, cuando veas que decaes un poco, piensa que esta noche te vas a hartar de follar. Esa chica no va a poder quitarte las manos de encima, no vas a tener tiempo de pensar en nada, guapetón, ya puedes esmerarte y cumplir las expectativas.

—¿Qué expectativas? Quizás las suyas no sean tan elevadas como las tuyas. Ya me conoce, sabe lo que puede esperar de mí.

—De tu antiguo yo. Cuando una mujer ve a un tío como tú, de forma irremediable, piensa: «si acostarse con él da la mitad de satisfacción que mirarlo me lo quedo para siempre».

—Anda, pasa. Vámonos o no voy a tener tiempo para todo.

—Seguro que a ti se te da bien. Si tocas a las mujeres igual que tocas el violín, lo tuyo tiene que ser una locura, ¿lo haces?

—No, Sissí, para nada. Nunca he tocado a una mujer con un arco, te lo aseguro.

—Pero la flechita si se la has clavado, ¿verdad, corazón?

—¿Flechita?, me ofendes —declaré tendiéndole la tarjeta a la dependienta que alcanzó a escuchar esta última frase y me miró con curiosidad.

—Mi hijo —comenzó Sissí con retintín —dice que, además de lo evidente, también la tiene grande, ¿qué te parece? —preguntó con intención de avergonzarme.

—La verdad es que a mí me parece que eso entra dentro de lo evidente —respondió ella guiñándome el ojo. Yo me eché a reír.

—Gracias, Daniela. Si esperabas ponerme en un aprieto con tu maravilloso comentario, Sissí, es que no me conoces nada.

Cuando salimos de Armani, me despedí de Sissí, habíamos acabado de ir de tiendas. Compré el anillo de diamantes que le había gustado cuando lo vimos en el escaparate de Tiffany's. Después reservé dos entradas para ver *Luces de Bohemia* interpretada por Jon Dalmau en el papel de Max Estrella, y Pere Arquillué como Don Latino. El primero no me encajaba nada con el personaje, sin embargo, a Mar le encantaba, y de eso se trataba. La mayoría de la crítica ponía por las nubes a los dos actores y al montaje teatral en general.

Pasé por el hotel a recoger la ropa de Mar y darles indicaciones de cómo lo quería todo cuando llegásemos por la noche.

Una vez en casa, dejé todo preparado sobre la cama, no abrí la caja, Sissí me había prohibido ver la ropa que había elegido para Mar. Me tumbé en el sofá, miré por aquella ventana desde la que habíamos visto la calle vacía, aletargada por la madrugada, mientras hacíamos el amor la noche en la que deseé con todas mis fuerzas darle algo para que no tuviera que volver a mirar las luces de los vecinos nunca más, darle una luz para ella, una mejor que todas aquellas con las que había soñado. Miré los adornos navideños colgados en la calle y los balcones, imaginé a la gente en sus casas en Nochevieja brindando esperanzados por el año nuevo y rompí a llorar. No era un llanto amargo, aunque estuviese empapado de dolor, era profundo y pausado, era un río que seguía su curso, un torrente que por fin desembocaba en el mar.

Me senté un momento para respirar, llevaba un día de locos.

No pude evitar dormirme, agotado de luchar por mantener a raya la tensión emocional a la que estaba sometido. Fue solo una cabezadita de unos diez minutos. Me desperté sobresaltado y salté del sofá al ver la hora, tenía que irme antes de que Mar volviera a casa. Recogí mis cosas y salí de allí corriendo. Sin embargo, fue demasiado tarde, nos cruzamos en la escalera. Bajé la cabeza. Ella me saludó casi sin mirarme. Yo no respondí, por la voz seguro que me reconocería. Volví a respirar cuando salí a la calle. ¡Qué cerca había estado! La llamé por teléfono.

—Hola, cariño, ¿dónde estás? Quiero verte. No has venido a buscarme y llevo todo el día echándote de menos. ¿Vas a tardar mucho? Sei…

—Shhh, escúchame un momento. Estés donde estés, quédate quieta, no te muevas y préstame atención. Tengo planes para esta noche, quiero que sigas mis indicaciones paso a paso. Tienes una hora y media para arreglarte, de los que te sobrarán sesenta minutos, así que no puedes llegar tarde. En la habitación tienes una sorpresa, espero que te guste.

»Cuando cuelgues quiero que me mandes la lista de tus canciones preferidas. Pero antes de hacerlo quiero que me envíes un beso profundo e intenso que me estremezca hasta la última fibra de mi ser. Me gustaría que me abrazaras y me hicieras vibrar como haces siempre que me aprietas contra tu cuerpo, temblar entre tus brazos mientras tú lo haces en los míos. ¡Buf! Te quiero, Mar, te quiero muchísimo, por primera vez en mi vida deseo con desesperación gustarle a alguien, y estoy nervioso por si eso no sucede. ¿Esto es lo normal? Porque es emocionante y, al mismo tiempo, terrible.

»Quedamos a las ocho en el bar que hay al final de tu calle, no me hagas esperar o me dará un ataque de pánico.

—Mi amor, ¿qué dices? ¿De qué hablas? Me gustas muchísimo, Sei, estoy loca por ti y te quiero con toda mi alma. Ojalá estuvieras aquí para poder besarte y abrazarte como has dicho, para rodearte con mis brazos y no soltarte jamás.

»Ven a casa. ¿Adónde quieres ir? Vamos a quedarnos aquí juntos, simplemente sintiéndonos la piel, no se me ocurre nada

mejor.

—No lo hay, sin duda. Nos vemos a las ocho en el bar. —Colgué el teléfono. Tuve que hacerlo o sería capaz de mandar todo el plan a la mierda. Estaba asustado y quería perderme en sus brazos para sentirme seguro de nuevo.

Capítulo Treinta Y Uno

GIUSEPPE TARTINI: SONATA PARA VIOLÍN Y BAJO CONTINUO EN DO MENOR



MAR

Sei colgó el teléfono y yo continué inmóvil en el recibidor, a veces me descolocaba con sus reacciones. Había un punto de desesperación y miedo en el tono de su voz, y no podía entender por qué era así.

Entré en la habitación, sobre la cama había una caja enorme, blanca y con letras doradas en las que se leía: Chanel. A su lado otra igual solo que algo más pequeña, dos bolsas de la misma firma y una caja de zapatos de Manolo Blannick.

¿Qué era todo aquello?

Me acerqué y pasé la mano sobre la superficie satinada, ¡hasta el cartón era bueno! Abrí la primera caja despacio, dentro había un magnífico abrigo en color rosa empolvado. En la segunda encontré un vestido de gasa de seda degradado del blanco a un rosa muy sutil, con el cuerpo bordado y la falda a medio muslo con corte evasé, el escote era asimétrico con un solo tirante ancho. Los zapatos eran en color *nude* con un puntito rosado. En conjunto era lo más bonito y delicado que había visto jamás, y sin duda era todo auténtico.

Era imposible que la amiga de Sei hubiera conseguido burlar la seguridad de una boutique de firma, y aún lo era más que Sei hubiera podido pagar todo aquello. ¿Cuánto dinero había sobre la cama en ese momento? ¿Unos veinte mil euros?

No entendía nada. Cogí el teléfono para llamarlo al número desde el que él lo había hecho y vi que tenía un mensaje suyo.

Sí, es todo auténtico. Si no puedo permitirme lujos, prefiero mil veces comprar Shein que Chinel. Es muy cutre comprar imitaciones, y falsificaciones todavía más. El “quiero y no puedo” me parece muy triste y me da urticaria (en el fondo siempre seré un niño pijo de Pedralbes). Deja de dudar y, si te gusta, póntelo. No he hecho nada ilegal, te lo prometo, confía en mí. Te lo explicaré todo a las ocho, pero para que pueda hacerlo tienes que venir. Te mereces todo eso y mucho más, simplemente he empezado con lo que puede comprarse con dinero.

Te quiero. Te espero.

Seguía estando en estado de *shock,* sin entender nada. Sin embargo, iba a hacer lo que Sei había dicho: confiar en él.

Me metí en la ducha y abrí el grifo del agua caliente como hacía siempre por costumbre. Empezó saliendo tibia, me sorprendí. Salí y apreté el interruptor, la luz se encendió. Lo había hecho, había pagado la factura, volvía a tener electricidad. Entré de nuevo en la ducha y me puse a llorar de emoción, alivio, alegría y de rabia por haber llegado a esa situación que no merecía, también de amor, de la mezcla explosiva que hacían todas las emociones estallándome dentro sin control. El agua estaba caliente, muy caliente, por fin.

Salí, me maquillé con todos los maravillosos productos que también había sobre la cama, me hice un semirrecogido informal, me puse las medias de seda, la impresionante ropa interior de encaje y el vestido. Me miré al espejo y tuve ganas de llorar de nuevo, nunca me había visto tan guapa ni me había sentido tan segura de mí misma, y lo mejor: nunca había sido tan feliz.

No lo era por las cosas materiales, aunque fuesen un sueño, lo era porque alguien había querido hacer todo eso por mí, y ese alguien era Sei.

Salí de casa a las ocho menos veinte, no quería que tuviese que esperar, no deseaba que se pusiera más nervioso ni que lo pasara mal.

Llegué al bar y entré a ver si estaba allí, no era así. Noté las miradas de algunos hombres, eran de esas que no dejan lugar a dudas sobre sus pensamientos, del tipo que te hace sentir incómoda.

—¿Buscas a alguien? —preguntó el camarero.

—Sí, pero no ha llegado. Voy a esperarlo fuera. ¿Me puedes poner una tónica?

—Claro, aunque fuera hace frío.

—Puedes sentarte conmigo, reina, yo estoy aquí —intervino un hombre de mediana edad.

—Paco, deja a la chica tranquila, es una clienta —lo amonestó el camarero.

—Eres un aguafiestas, Álvaro —replicó el hombre.

Me senté en una mesa de fuera, lejos de las miradas y comentarios inapropiados. Me daba tanta rabia tener que aguantar esas cosas. ¿Se acabaría alguna vez? ¿Vivirían mis hijas o nietas en una sociedad donde las mujeres no tuvieran que sentirse incómodas o inseguras solo por serlo? Estaba tan perdida en esos pensamientos que casi no reparé en un chico alto y elegante que se acercó resuelto y se sentó en la silla que quedaba libre en mi mesa. Lo miré sorprendida. ¿En serio?, ¿pero qué se creía?, ¿qué hacía? Volví a mirarlo indignada, era guapo, eso no se podía negar.

—Perdona, estoy esperando a alguien, no puedes sentarte aquí, no nos conocemos y ni siquiera has tenido la educación de saludar. —Se levantó y me miró, clavó aquella inconfundible pupila azul añil en la mía. Me quedé helada.

—Discúlpame, es cierto, he sido muy maleducado. Hola, buenas tardes. ¿Puedo sentarme ahora?

—¡No! No… ¿Sei? No puede ser. ¡Ay, Dios mío! No, es que… ¿Sei? Tú… No… Tú… ¿Eres tú? —Me tendió la mano, sonriendo con socarronería. Se la cogí. Él apretó con determinación.

—Mi nombre es Poseidó Balcells i Solans. Soy hijo de El·ladi Balcells y Helena Solans. Sí, Helena es mi madre. El que tú conoces como Carles Balcells, en realidad se llama Neptú y es mi hermano mayor. Te aconsejo que vuelvas a respirar, sería muy halagador que

te desmayaras en mi presencia, pero muy poco práctico. Dime algo, Mar, por favor.

—¡Eres muy joven!

—Bueno —dudó—, supongo que la barba y el pelo más largo me añadían algunos años.

—No. ¡Eres muy muy joven!

—Bueno, no te pases, soy mayor que tú.

—¿Estás seguro de eso?

—Si tú no me has mentido con la edad, sí. Yo tengo más de treinta.

—¿Cuántos más?

—Uno. Tengo treinta y uno. ¿Quieres mi DNI o puedo sentarme ya?

—¡Madre mía, Sei! El·ladi es quien te tiró a la piscina y Carles es Abel, Helena… Uf…

—Te lo contaré. Te explicaré todo lo quieras saber. Te diré cómo pasé de ser uno de los herederos del mayor imperio financiero de España a vivir en la calle. Sin embargo, esta noche no, esta noche tengo otros planes mil veces mejores, así que acaba de tomarte eso. —Cogió el vaso, bebió un sorbo e hizo una mueca de disgusto. En esa expresión divertida de su cara reconocí al Sei del que me había enamorado. Le sonreí—. ¿Tónica sola? ¿Quién bebe tónica sola?

—Un montón de gente, Sei. ¿Tú solo la bebes con ginebra?

—No, con ginebra tampoco me gusta. El *gin-tonic* sabe a colonia, aunque le pongas el mejor licor del mundo.

—¿Quién bebe colonia, Sei? Porque para saber que el *gin-tonic* sabe a eso tienes que haberla probado.

—Un montón de gente, Mar. ¿A ti nunca te han puesto colonia en las manos y luego te las has llevado a la boca porque no lo recordabas? Si me vas a tocar las pelotas que sea de forma literal, es de la única manera en que te lo voy a permitir.

—Conmigo no te pongas chulo, porque vas mal.

—¡Pero si te encanta!, no me mientas. Nos vamos al teatro.

Se levantó y me ofreció la mano. Se la cogí, me levanté y le puse mi otra mano en la mejilla, casi sin tocarlo, apenas un leve roce de

mi palma en su piel. ¡Había deseado tanto poder acariciarlo de esa manera!

Pasé con delicadeza la yema de los dedos por el contorno de su cara, dibujando las líneas de su rostro perfecto. Hice lo mismo con sus labios, mirándolo profundamente a los ojos. Él dejó escapar un suspiro, yo lo besé, fue un beso lento, suave, largo e intenso. El mundo dejó de existir o de importar, fuimos solo nosotros perdidos en nuestras sensaciones, rodeados del intenso frío de diciembre y bañados por las titilantes luces navideñas que colgaban de los balcones.

Nos separamos, le limpié el carmín de los labios con los dedos, nos sonreímos extasiados y empezamos a caminar con las manos enlazadas. Se paró un momento, me abrazó hundiendo la cabeza en el hueco de mi cuello y lo apreté fuerte. ¡Lo quería tanto!

Le besé la frente, en el nacimiento del pelo, que era donde iban a parar mis labios en aquella postura, inspiró con fuerza. Después, caminamos unos pocos metros más hasta llegar ante un impresionante coche deportivo al que se le encendieron las luces al accionar el botón de apertura de puertas.

—¡Qué coche tan discreto! ¿Has alquilado un deportivo como el de Cristiano Ronaldo para ir al teatro? Lo de pasar desapercibido no va contigo, ¿verdad?

—Llevo tres años siendo una sombra, creo que lo he hecho bastante bien. Antes no era nada discreto, ¿de qué sirve tener dinero si no disfrutas de todas estas cosas? Tú lo dijiste cuando entraste por primera vez en BMN, a los Balcells nos gusta hacer ostentación de lo que tenemos.

—Tú no eres así.

—No, yo no lo hago por eso. Me gustan las cosas buenas y por lo general, aunque no siempre, suelen ser caras. Este coche es mío, no es alquilado, se lo quedó Neptú cuando me fui, pero me pertenece, me lo regaló mi abuelo cuando me saqué el permiso de conducir; le gustaba hacerme este tipo de regalos. No es como el de Cristiano, este es un Bugatti Chiron. Pensé en hacer venir al chófer con la limusina, pero me apetecía más conducir yo mismo.

—¿Tú llevabas esto con dieciocho años? ¡En tu familia están todos locos!

—Sigo vivo, no lo hice tan mal.

—¿Qué velocidad coge esto?

—Qué más da, yo no podía ir a más 80 km/h cuando me lo regalaron.

—¿Lo respetaste alguna vez?

—¡Claro que sí! No soy un kamikaze, solo corro cuando se puede correr. Si es posible hacerlo, este coche puede coger más de 400 Km/h. ¿Quieres llevarlo tú?

—¿Ves como estáis locos? ¿Qué pasa si lo estampo contra algo?

—Pues dependerá mucho del algo y la velocidad a la que vayas. En líneas generales diría que, si salimos vivos, mañana compramos otro y listo.

—Genial. ¿Cuánto vale este coche?

—No quieres saberlo.

—Llévalo tú, yo soy normal. No cogería esto en medio de la ciudad en la vida. Si te apetece, después podemos ir a un sitio sin tráfico y me dejas probarlo.

—Hecho. Sube —ordenó abriendo la puerta del acompañante. Me senté en el mullido asiento de cuero.

—Esto es una nave espacial, cariño —comenté cuando encendió el vehículo. Me reí. Lo miré y sonrió, tenía una sonrisa tan bonita. Le cogí la barbilla con la mano, lo volví a besar y me quedé un momento repasando sus facciones—. Eres tan guapo, mucho más de lo que había imaginado. El traje te sienta de maravilla. Estoy impresionada, por ti, no por todo lo demás.

—¿Entonces te sigo gustando?

—¡Cómo no vas a gustarme! Físicamente me gustas mucho más ahora, aunque eso no es importante, me enamoré de la persona que hay bajo la fachada. Me da igual la que sea, esta o la de antes. ¿De verdad te sentías inseguro en ese aspecto?

—Bueno, no solo por eso, pero sí, tenía miedo de no ser lo que esperabas, de no estar a la altura de lo que habías imaginado.

—Te quiero. Eso es lo único que importa. Pero que estés tan bueno y seas tan guapo se agradece.

Nos reímos, nos volvimos a besar y arrancó el coche. Agradecí profundamente que no lo acelerase para hacer rugir el motor y llamar la atención.

Llegamos al teatro Coliseum veinte minutos antes de la hora de inicio de la obra. Había recordado que Jon Dalmau había sido mi amor platónico desde que podía hacer memoria. La obra fue espectacular, tanto él como Pere Arquillué bordaron sus papeles, sobrecogiendo al público. Aplaudimos hasta no poder más y aún fue bastante menos de lo que merecían.

Después fuimos a cenar a Opalescense. Desde que se bajó del coche hasta que nos sentamos a la mesa, en un reservado con vistas al mar en el piso superior, noté que las miradas se clavaban en él. Podía escuchar los cuchicheos, y sabía que Sei también, aunque fingiese no hacerlo.

—Si no estás cómodo podemos irnos, cariño —propuse cuando nos sentamos.

—A mí no me molesta que nos miren, contaba con ello. Mucha de esta gente sabe quién soy.

—¿Los conoces?

—A algunos sí, otros solo saben que soy el hijo menor de El·ladi Balcells. Así que no puedo culparlos por observarme, no todos los días coincides en un restaurante con alguien que acaba de salir de la tumba. Ignóralos. Ahora vas a poder decirme si la comida está a la altura de la fama del local.

—Lo estoy deseando, aunque lo que de verdad me importa eres tú.

—Céntrate en mí, entonces. Quiero ser el único para el que tengas ojos esta noche. Quiero ser lo único que te importe, el centro de tu mundo. Al menos durante esta velada.

—Eso es exactamente lo que eres para mí, siempre, desde que te conocí.

—En ese caso, todo será perfecto, estamos solos tú y yo. ¿Qué es lo que ves?

—A ti. Mucho más joven, mucho más guapo y con un traje que te sienta infinitamente mejor que la ropa con la que te he visto hasta ahora. Te veo a ti, y es lo único que quiero ver.

Pedimos el menú de degustación y algunas cosas que él decidió. Probamos no sé cuántos vinos; con el tercero empezó a moverse todo un poco. Me hacía bastante gracia el ritual de servir un poco de vino en la copa, moverlo, olerlo, degustarlo pausadamente y aceptarlo. El cuarto lo rechazó. Me sorprendió, nunca había visto a nadie hacerlo.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa? —pregunté con curiosidad sincera.

—Pruébalo —pidió pasándome la copa. Lo hice—. ¿Y bien? —Me encogí de hombros.

—A mí me parece perfecto. Es mil veces mejor que todos los vinos que he bebido en mi vida.

—Tiene un ligero regusto a cartón mojado que no debería estar ahí.

—Cierto —combino el sumiller después de comprobarlo —. Acepte nuestras disculpas.

—Por supuesto, Pedro, no hay ningún problema.

Cuando el hombre se retiró le comenté:

—Así que eso es realmente útil, no es un numerito de pijos.

—¿Probar el vino? Es muy útil, ya lo has visto.

—Pedro te habría dado la razón, aunque el vino hubiera estado bueno, ¿no es cierto?

—Es muy probable. Ese vino tenía corcho de verdad, muy ligero, pero lo tenía. Si hubiera querido impresionarte o hacer el numerito del experto catador habría dicho: «este caldo ha adquirido un retrogusto *bouchonné*». Solo he dicho que tenía un puntito de cartón húmedo, lo que significa que estaba encorchado. Voy a pagar lo que vale sin problemas, así que voy a exigir que valga lo que pago. Me parece justo, ¿a ti no?

—Sí, por supuesto, pero entiende que impresiona que pases del Don Simón a esto.

—Lo bueno de los vinos en brik es que jamás tendrán corcho. Hay un momento para cada cosa, yo me adapto a todo, y en sitios como este hay que exigir, tienen que darte lo que prometen. Recuerdo que a ti eso se te da perfectamente, la primera noche te pusiste muy exigente conmigo.

—Dijiste que ibas a darme la mejor noche de mi vida.

—Exacto. Si haces grandes promesas, o las cumples o el otro tiene derecho a reclamar que lo hagas.

—¿Qué vas a prometer hoy?

—Lo que tú quieras. Quiero darte todo lo que desees.

—Sabes que eso ya lo has hecho. Te quiero a ti, y eso ya lo tengo, no deseo nada más.

—Bueno, puedes tenerme a mí, la cena en Opalescense, el vestido de Chanel y hasta el champán con virutas de oro, aunque déjame decirte que eso es una puta mierda. Si quieres uno bueno de verdad, déjame elegirlo a mí; no va a llevar cosas flotando, pero vas a poder decir que has brindado con el mejor champán del mundo. Lo otro es una cosa de nuevos ricos que en realidad puede pagar casi cualquiera, yo te ofrezco una botella de Dom Perignon 1959 comprada en una subasta por unos 17000 euros.

—Estás de broma. Nadie en su sano juicio pagaría eso por una botella de champán.

—Seguramente es cierto. Las compró mi abuelo para celebrar mi entrada en la Royal Concertgebouw. Fue un lote de cuatro botellas por unos 68000 euros. Una para lo que te he dicho, otra para mi boda, la otra para el nacimiento de mi primer hijo, se ve que para el abuelo los demás no eran tan importantes, y la última para su funeral. Por desgracia, nada de esto pudo ser. Así que se quedaron en la bodega de la casa familiar cogiendo polvo, hoy me parece una noche maravillosa para abrir una de ellas.

—¿Tu abuelo está vivo?

—No, murió dos meses después de mi falso entierro.

—¿Sabía que no habías muerto?

—No, aunque creo que tampoco llegó a creerse nunca la historia de mi padre. Murió sin saber qué había sido de mí, si me había ahogado en aquella playa o había desaparecido para alejarme de El·ladi.

—Qué triste, Sei.

—Lo intenté. Intenté llegar a él, pero me fue imposible. Cuando volví de los Estados Unidos, mi abuelo estaba enfermo. Lo habían ingresado en una residencia de lujo, a pesar de que siempre

manifestó el deseo de quedarse en casa contratando a quien hiciera falta. Quería morir en su hogar y no le concedieron ni eso.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—No intentes comprender a El·ladi Balcells, es una pérdida de tiempo. Quise colarme en la residencia un par de veces, pero no lo conseguí. Le supliqué a Neptú y a mi padre, a través de él, que me dejasen verlo y decirle que estaba bien, que no podía seguir viviendo aquí porque necesitaba alejarme de mi familia. Sé que él lo hubiera entendido, sin embargo, no me lo permitieron. Volví a implorarles que me dejaran despedirme del único hombre que me quiso, y tampoco lo hicieron.

—Menuda familia de mierda. Perdona que te lo diga así.

—No hay nada que perdonar, a las cosas hay que llamarlas por su nombre. El abuelo quería que yo tocara el violín en su funeral. No llegué tan cerca, pero lo toqué en la plaza que había delante de la iglesia durante unos minutos. Luego tuve que correr, ya que me mandaron a sus matones. —Carraspeó un segundo, le costaba hablar—. Le pedí a mi hermano la botella de champán que mi abuelo había comprado para su brindis póstumo. No me la dio, me dijo que se la beberían El·ladi y él en nuestra memoria, al fin y al cabo, los dos estábamos muertos y enterrados. Así que le mentí. Me prometí a mí mismo que no iba a dejar que se la bebieran ellos. Mi abuelo quería que fuera yo el que brindase por él en su funeral, no mi padre y Neptú. Le dije que era una botella de Louis Roederer del 90, también excelente, pero que no era la del abuelo.

—¿Te creyó? ¿Creyó que le habías dicho la verdad sobre el champán? Te conozco menos que él, y no te habría creído nunca. Es evidente que no ibas a revelar eso, porque no era lo que tu abuelo deseaba.

—Me conoces, un millón de veces mejor que mi hermano. Sí, me creyó. Neptú no es muy inteligente, y yo miento de puta madre, ya lo sabes.

—Lo que me extraña es que no lucharas más por recuperarlas y cumplir el deseo de tu abuelo, sé lo importante que es para ti ser fiel a las personas que te importan, cumplir sus sueños y darles lo mejor que tienes.

—En aquel momento no me sentía con las fuerzas suficientes como para plantarle cara y obligarlo a darme lo que era mío. No me sentía bien, estaba solo, perdido y asustado. Preferí mentir y dejarlo ganar.

—Tu abuelo no era como ellos.

—No. Él también sufrió mucho por mi padre, tampoco lo trató bien.

—¿Cómo se llamaba tu abuelo?

—Jordi. Jordi Balcells i Vila.

—Vamos a abrir esa botella esta noche, claro que sí. ¿Cómo has conseguido que te la den ahora?

—Le dije a Vera que las metiera en el coche, aunque supongo que Nep me las habría dado. En la situación actual, me habría dado el champán y hasta le hubiera puesto un lacito de adorno. Es acojonante la fuerza que da tener la seguridad de que ya no pueden hacerme daño. Mar, mi vida ha sido una puta mierda muchas veces, pero esta noche no, esto es una celebración y tenemos que reírnos y ser felices. Tenemos que ser muy muy felices, necesito eso y tú también; sé que puedo dártelo. Déjame hacerlo, no quiero hablar de mi pasado.

—¿Cómo de inadecuado es que haga esto aquí? —pregunté tirándole de la corbata para acercarlo a mí y besarlo.

—Me da exactamente igual, no dejes de hacerlo.

—Si no paro, sí que va a ser muy inapropiado. Vámonos, quiero estar a solas contigo. Quiero quitarte ese traje que te queda tan bien para admirar y disfrutar tu cuerpo desnudo, que es muchísimo mejor.

—¿Quieres desnudarme? —preguntó con aquel tono insinuante y esa mirada profunda que me volvía loca.

—Sí. Quiero hacer el amor contigo de todas las formas que se nos ocurran.

—¿Seguro? Mira que yo tengo mucha imaginación y mis fantasías a veces pueden ser un poco oscuras.

—Mientras no incluyan a otras personas, lo que tú quieras.

—Tomo nota. Pero tú apunta que pienso exigir lo que me estás prometiendo si no lo cumples.

—Hazlo, estarás en tu derecho. Pienso hacer lo mismo si al final no eres tan creativo ni tan duro como has dicho.

—No, lo de duro creo que ya lo estoy cumpliendo.

Metí la mano bajo la mesa y la apoyé entre sus piernas. Se sobresaltó porque no lo esperaba.

—Hombre, no está mal, aunque tampoco es impresionante. —Rocé un poco sobre la tela, sonrió. Bebió un trago de vino, bajó su mano, cogió la mía y cuando creí que iba a apartármela me hizo apretar más fuerte un par de veces, entonces sí enlazó sus dedos con los míos y apoyó nuestras manos sobre la mesa. Resopló, haciendo que se movieran los mechones de pelo que le caían sobre la frente, se los retiré con suavidad.

—Mejor paramos, ¿no?, de lo contrario mañana sí que van a hablar todos de nosotros, y con razón.

—Es que yo no quiero parar. Vámonos, Sei, lo digo en serio.

—No. Querías venir aquí. Ahora vamos a tomar postre, café y licores. Lo que quieres ahora seguirá estando ahí dentro de unas horas, va a ser todo tuyo, te lo aseguro, solo tendrás que esperar un poquito más.

—Esperar no es buena idea, podría haber una catástrofe y acabarse el mundo. Nunca sabes cuánto tiempo de vida te queda. Esperar es muy arriesgado.

—No te imaginas hasta qué punto comparto esas palabras, y aun así —Miró al camarero y este empezó a venir hacia nuestra mesa con el primer postre—, no voy a cambiar los planes ni un milímetro.

Capítulo Treinta Y Dos

HEINRICH IGNAZ FRANZ BIBER: PASSACAGLIA EN SOL MENOR



Hicimos paso por paso todo lo que había dicho. Probamos unos postres maravillosos, tomamos café, un licor de flor de saúco, que era fuego puro y dejaba un regusto ligeramente dulce, y después bajamos a la sala de baile, donde tocaba una orquesta en directo. Cuando entramos estaban tocando un *quick step*, al acabar empezaron a sonar las primeras notas de *El Danubio azul*.

—Buenas noches. ¿Quiere convertirme en el hombre más afortunado de la sala concediéndome este baile? —preguntó con un solemne tono impostado, como en una película de época.

—Buenas noches, señor Balcells, será un placer bailar con usted. —Le cogí la mano que me había tendido y salimos a la pista. Él empezó a bailar el vals a la perfección, con mucha elegancia y estilo, yo a seguirlo como podía—. Quizás tendría que haberte dicho que no tengo ni idea de bailes de salón, en cambio, tú lo haces muy bien.

—Es parte de mi formación para cumplir con lo que se espera de un Balcells en sociedad. Además, mi padre odia bailar y a mi madre le encanta, así que me enseñó muy pronto para que fuera su pareja en todas las fiestas. No te preocupes, tú solo déjate llevar y disfruta, el resto lo hago yo.

—Te voy a pisar.

—Ya lo has hecho un par de veces, pero no importa.

Cuando terminó el vals empezaron a tocar *My heart will go on*. Fueron tocando una a una todas las canciones de mi lista. Hacía rato que no sentía el suelo bajo mis pies ni veía a nadie a nuestro alrededor, estábamos solo la orquesta, Sei y yo, perdida en sus ojos. A ratos el Maelstrom parecía calmarse un poco y de pronto arreciaba y sacudía con una violencia desgarradora, aunque él se esforzara por ocultarlo tras su maravillosa sonrisa.

¿Alguna vez todo ese dolor que le ardía dentro dejaría de atormentarlo? ¿En algún momento se cerraría la puerta al infierno dejando paso a la pleamar?

Quería creer que sí, sin embargo, cuanto más lo conocía, menos esperanzas tenía de que pudiera suceder, y eso me hacía sufrir. Me cortaba la respiración mirar sus preciosos ojos y ver aquella bestia en el fondo devorando su interior. Me dolía su dolor y la certeza de que, aunque pudiera calmarlo, jamás podría curarlo, la seguridad de que cuando le arrancaron su sueño, le arrebataron la capacidad de volver a ser feliz.

No sabía cómo había sido, pero no tenía ninguna duda de que su familia era la responsable de todo lo que había pasado. ¿Por qué siempre sufre más quien menos lo merece? ¿Por qué las personas sensibles son las que más golpes reciben? ¿Por qué la vida tiene que ser tan injusta?

—Creo que ya hemos bailado todas las canciones que me gustan —comenté acariciándole la mejilla con suavidad, me encantaba poder notar el tacto de su piel en mis dedos—. Gracias por esta noche, amor.

—Aún no se ha acabado.

—Por supuesto que no. Aún tienes que cumplir una promesa, no me he olvidado.

—No quiero que lo olvides, aunque antes tenemos que ir a otro sitio.

—No.

—¿No? ¿Cómo que no?

—Te dije que quería cenar aquí, bailar mientras sonaban mis canciones enfundada en un vestido de Chanel y beber champán con virutas de oro. Solo falta esto último, aunque ya hemos decidido abrir la botella de tu abuelo, y podemos hacerlo en casa.

—Podemos. A pesar de ello, vamos a ir a ver cómo sale el sol en la playa, porque me encanta a mí y no he pedido nada esta noche, así que pido esto. ¿Qué me dices?

—Sabes que no podría decirte que no, aunque me esforzase en hacerlo.

—Entonces, vamos, hazme feliz.

—¿Puedo? —Como única respuesta me besó con intensidad, con tanto sentimiento como pasión. Le pasé los brazos alrededor del

cuello y lo estreché tan fuerte que tuve miedo de hacerle daño y al mismo tiempo no me sentía capaz de dejar de hacerlo.

Salimos y condujo hasta una explanada alejada de todo. Me dejó el coche. Me costó más de una hora hacerme con él y llevarlo con fluidez. Cuando lo conseguí, tuve que admitir que conducir algo así era una experiencia alucinante. Nos reímos muchísimo, nos besamos aún más, luchamos por mantener los impulsos bajo control y las manos quietas. Esto último no se nos dio demasiado bien, dado que las mías se perdían bajo su chaqueta repasando una y otra vez los contornos de su espalda y su pecho perfecto, hasta enredar los dedos con los botones de su camisa para soltarlos y poder dibujar siluetas ondeando sobre su piel. Las suyas se colaban con vehemencia bajo mi falda y dentro del escote mientras su lengua recorría mi boca con una dulzura salvaje que incendiaba mis sentidos, provocando unas ansias locas de estallar prendidas por el intenso calor de su cuerpo.

Bajé la mano, le desabroché el pantalón, aparté la ligera tela del bóxer para liberar la potente erección que a duras penas lograba retener. Deslicé la mano hasta recorrer toda su extensión para subirla de nuevo, apresando la parte más sensible entre los dedos, apretándola entre ellos. Él gimió, suspiró y tiró la cadera hacia delante de forma instintiva, mordiéndose el labio de una forma tan ardientemente sensual que los capturé con los míos. Entre tanto, las uñas de la mano libre le arañaban el pecho con más pasión de la que quería infligir de manera consciente.

Posó sus labios en mi cuello y lo recorrió con ellos y la punta de la lengua. Bajó el tirante del vestido empujándolo con la barbilla y, juguetonamente, con la nariz. Se deshizo del sujetador para hundir la boca en el pecho, succionó con tanta pasión que sentí una ligera molestia entre una inmensa oleada de placer. Lo notó y acarició con suavidad con los labios dando unos toquecitos con la punta de la lengua, deslizándola en círculos concéntricos sobre el pezón. Volvió a succionar con fuerza. Esta vez, con la piel y los sentidos preparados para recibir las caricias, no hubo rastro de dolor, solo oleadas de placer cada vez más salvaje e intenso.

Me coloqué a horcajadas sobre él, no podía esperar más, lo deseaba con una intensidad desgarradora. Me besó con desespero y me levantó un poco para cambiar de posición y quedar de rodillas entre mis piernas. Volvió a besarme con un desenfreno embriagador, me mordió el cuello y el pecho y sopló sobre él. Lo cubrió suavemente con la mano, colocó la tela del escote en su sitio, subió el tirante y se cerró el pantalón.

—¿Qué haces? —acerté a decir, sin dar crédito a lo que estaba viendo.

—Nos vamos a playa o llegaremos después del amanecer. —Debió ver la incredulidad en mi cara porque prosiguió—: Es lo único que he pedido, ¿recuerdas?

—Pero, Sei… Ahora…

—Ni siquiera todo el dinero del mundo puede conseguir frenar el tiempo, el mundo sigue su curso ajeno a ello. Si queremos ver salir el sol en la playa, somos nosotros los que nos tenemos que adaptar. Voy a hacerte el amor hasta que me pidas que pare, eso sí, tendrá que ser después, el deseo podemos controlarlo y posponerlo, el amanecer no.

Afortunadamente llegamos a la playa a tiempo para admirar la maravillosa danza de luces y colores que es el despertar de un nuevo día. Me senté entre sus piernas, apoyando mi espalda en su pecho. Él cruzó sus brazos sobre el mío y apoyó su mejilla en mi sien. Nos mantuvimos en silencio absorbiendo la poesía que se derramaba sobre el mar. Cuando el sol culminó su ascenso, Sei suspiró y dijo:

—Es algo tan espectacular… Es innegable que las mejores cosas de la vida son gratis, nada que de verdad valga la pena se puede comprar. Hay tanta belleza en lo cotidiano, en todo lo que nos envuelve, y casi nunca nos paramos a mirar… Merece la pena vivir un día más solo para admirar otro amanecer… uf, lo siento —dijo secándose los ojos con el dorso de la mano, deprisa y con un punto de rabia.

—No te disculpes por ser tan sensible, es lo que más me gusta de ti. Es lo primero que me enamoró, incluso antes de cruzar una palabra contigo, y tu seña de identidad. Lo único negativo que tiene

es que tú has sufrido y sufrirás más por serlo. El problema no está en ti, aunque seas el que paga las consecuencias.

—No te preocupes, el pasado no importa, el presente es perfecto y el futuro… Bueno, los dos lo sabemos, no hablemos sobre eso ahora o desaprovecharemos un tiempo precioso.

No íbamos a hacerlo, ¿seguía creyendo que no tenía futuro? Seguro que era así, sin embargo, no quería escuchárselo decir, no esa noche, no en ese momento. Se arrodilló frente a mí y sonrió divertido.

—¿Qué haces, cariño?

—Antes de nada, déjame decir que no voy a pedirte matrimonio, no estoy tan loco ni soy tan incoherente. No quiero que nos casemos. Estoy locamente enamorado de ti, y eso sí quiero decírtelo, aquí y ahora. —Asentí. No sabía hasta qué punto estaba hablando en serio—. Gracias por hacerme vivir y darle sentido a mi existencia. Estoy absolutamente convencido de que yo nací para quererte y que me quisieras, bueno para eso y para tocar el violín, ya lo sabes, todo lo demás ha sido un despropósito que doy por bueno porque es lo que me ha traído hasta aquí, y aquí es donde quería llegar y donde quiero quedarme.

»Si se pudieran coger los momentos y congelarlos, yo elegiría conservar este para siempre. La eternidad puede concentrarse en unos meses, en unos días o en unos minutos. Ella es mucho más que tiempo, y nuestro amor sé que es y será eterno. Creo que eres la persona ideal para mí y yo lo soy para ti, y eso no es una cuestión ni de tiempo ni de espacio, sino de sentimientos, y estos no pueden limitarse con unidades de medida.

»La vida pocas veces es como nos gustaría que fuera, pero en realidad no importa. Vivir es coger cada día lo bonito que se nos ofrece, atesorarlo para siempre y disfrutarlo en la forma en la que se nos presente, como realidad o como recuerdo, eso no importa, nada deja de existir mientras alguien lo recuerde, lo valore, lo ame y lo reviva desde el corazón.

»Lo que intento decir es que te quiero y te agradezco que me hayas devuelto la vida y la ilusión, las ganas y la fuerza. Necesitaba volver a ser yo, cerrar el ciclo, dejar de esconderme. Y aquí estoy,

gracias por hacerlo posible. Espero haberte dado la mitad de lo que tú me has dado a mí, con eso me conformo. Te quiero y me haces muy feliz, mucho más de lo que pude soñar que llegaría a ser. Te quiero, pase lo pase, no lo olvides ni lo dudes nunca. Solo te voy a pedir que no te arrepientas jamás de haberme querido, con eso lo tengo todo.

—Sei… Te quiero con toda mi alma, cariño, nunca te dejaré de querer. Estoy segura, es imposible que me arrepienta de mi amor por ti. Tú me lo has dado todo, me has descubierto un mundo nuevo, me has demostrado que lo que yo creía que solo eran cuentos e historias bonitas pueden darse en el mundo real, me has dado esperanza e ilusión. Me asustas cuando dices estas cosas, porque es todo muy bonito, pero suena triste. Suena a despedida.

—¿Qué? ¡Vaya, no tenía que sonar así! No lo he hecho muy bien, tenía que sonar a agradecimiento, a esperanza, a amor, no a un adiós. No era mi intención que te diese esa sensación.

—¿Estás asustado por lo que pueda pasar cuando tu familia se entere de que has vuelto, de que no estás muerto? ¿De que no vas a seguir siendo una sombra?

—No exactamente. Sé lo que van a hacer ellos y lo que voy a hacer yo, no te preocupes, está todo controlado. Volvamos al mensaje central: Te quiero y quiero darte esto en representación de mi amor por ti. —Abrió una cajita con un anillo de diamantes, sencillo pero espectacular. Los destellos de luz de la piedra central eran impresionantes, era lo más bonito que había visto nunca. Me cogió la mano y me lo puso en el dedo—. Mar, ¿quieres quererme y que te quiera eternamente, sin importar el tiempo que eso represente?

—Sí quiero, Sei. Sí quiero. Y aunque no quisiera daría igual, porque no creo que pudiera evitarlo. —Lo besé con tal pasión que nos hizo temblar a los dos. Le puse las manos en las mejillas y lo miré a los ojos, aunque evité hacerlo en profundidad porque no quería ver las corrientes, me daban demasiado miedo—. Cariño, yo…

—Cariño, nada —me cortó—. Nos vamos. Aún tenemos mucho que hacer. Te aseguro que se me han ocurrido muchas cosas, tengo

una imaginación muy activa y un tanto inquietante. Y ahora que lo sabes, ¿sigues deseando pasar el día, porque ya es de día, conmigo?

—No me asustas, en absoluto, al contrario, me excita que digas esas cosas.

—¿Y que las haga?

—Espero que mucho más, esa es la idea, ¿no?

Sonrió y asintió de una manera tan profundamente incitante que sí me inquietó un poco. Me encantaba que fuera así, había descubierto que yo tenía un punto morboso en la cama que me sorprendía a mí misma. Sei iba muy sobrado de eso y me fascinaba que fuera así.

Me llevó a una *suite* de lujo impresionante, con vistas al mar y con todas las comodidades que se puedan soñar y algunas que la gente como yo ni imagina. Una vez allí, me miró dejando que la lujuria oscureciera sus ojos y dijo:

—Si me paso, párame. A veces, cuando estoy tan excitado como ahora y me dejo llevar sin medida, puedo cruzar un poco la línea, si no quieres que lo haga, detenme y volveré a ser un buen chico o al menos uno no tan malo. Si te gusto siéndolo, genial, entonces déjame seguir y disfrutemos los dos. Tú misma, ya te he dicho que yo me adapto a todo.

La realidad, una vez más, superó cualquier ficción que hubiera podido componer mi cabeza. Le quité la ropa con los dedos torpes de la urgencia, él lo hizo con las ardientes manos del experimentado autocontrol, volviéndome loca con cada roce, con cada promesa en sus ojos y con cada expectativa que desencadenaba el leve contacto de su piel. Yo lo apretaba, lo arañaba, lo mordía presa de una pasión desenfrenada. Él sonreía ante mi absoluta falta de control y dilataba aún más el contacto intenso, racionaba con maestría las caricias profundas, ofrecía su cuerpo con ímpetu para después retirarlo en una danza demencial de deseo puro, salvaje, instintivo, animal…

Le grité, le exigí, le supliqué y lo amenacé. Respondió a cada requerimiento dando exactamente lo que él decidía y deseaba, que era mucho menos de lo que yo le reclamaba, hasta que por sorpresa, durante unos minutos, se entregaba a fondo, concediendo mil veces más de lo que yo podía ni siquiera soñar; parando cuando

más necesitaba que continuara, provocando una sensación de vacío y carencia tan intensas que dolía, entonces calmaba un poco el ansia con sus labios, con sus manos y su piel, hasta que volvía a darse de nuevo sin medida y sin control.

Me encantaba escuchar el sonido de nuestros cuerpos al entregarse con desenfreno uno al otro, sentirlo profundamente mío, dentro de mí, bajo mi piel. Compartiendo toda aquella intimidad abrasadora, aquel fuego que nos fundía y nos desintegraba para renacer de nuevo de nuestras cenizas.

Me fascinaba oír los sonidos que se escapaban de mis labios, que brotaban a borbotones de su garganta, absolutamente arrebatadores y sensuales.

Me maravillaba compartir con él la plenitud del placer intenso provocado por la unión sincera de los cuerpos y las almas que el mar estaba presenciando a través de la cristalera de aquella *suite* en el hotel Arts.

Hicimos el amor en todas las posturas que se nos ocurrieron y pudimos mantener. Nos reímos mucho cuando esto no fue así. Algunas cosas es difícil hacerlas realidad, aunque tengas la experiencia de Sei y mi sincero entusiasmo.

Junto a las palabras tórridas y las conversaciones ardientes hubo otras del tipo:

—Pásame la pierna por la cintura, haz fuerza hacia ti y no te muevas. Mar, deja que lo haga yo que soy el que controla. ¿Vas a poder estarte quietecita?

—¿Controlas porque eres el puto amo?

—Controlo porque la polla es mía, la dirijo yo y sé cómo tengo que moverme. Si lo haces tú, te falta precisión y se sale. En esta postura mando yo, es lo que hay. Luego te busco una en la que decidas tú… Si te portas bien, si no ya veremos lo que hago.

—Si fuese más grande no se saldría.

—Ya… o el agujero más pequeño ¡No te jode!, a mí no me vengas con esas que solo puedes perder.

—¡Dios, se nota que eres un niño bien de escuela privada! ¿Quieres un agujero más pequeño, Sei? —Me miró girando las

palmas de las manos hacia arriba, en señal de impotencia, después se rio con suficiencia.

—Por supuesto, Mar. ¿Qué quieres que responda a eso? Esa pregunta no hace falta hacérsela a ningún tío, ¿es un ofrecimiento en firme?

—Tendrás que descubrirlo por ti mismo.

—Vale, lo haré. Ahora, haz lo que te digo y estate quieta.

Después del sexo salvaje y el divertido, tuvimos una magnífica sesión de sexo romántico y emocional. Lento, intenso, profundo y suave, para demostrar una vez más y de otra manera distinta lo que sentíamos el uno por el otro, lo que sentíamos estando juntos. Cuando acabamos, lo abracé apoyándolo contra mi pecho, le acaricié el pelo y tardó dos segundos en quedarse dormido, agotado como estaba por el impetuoso desempeño físico y la no menos intensa actividad emocional.

Se despertó a las siete de la tarde, hambriento y feliz. Nos duchamos juntos, jugamos a salpicarnos con el agua y el jabón, a recorrernos la piel con la esponja cada vez con más intensidad hasta sustituirla por las manos, los dedos, los labios… Mi boca se perdió entre sus piernas hasta incitar a la suya a hacer lo mismo. Acabamos haciendo el amor de nuevo contra la mampara del baño, reproduciendo la famosa escena de *Titanic* en versión +18.

Bajamos a cenar, mi segunda cena de lujo en dos días. El comedor del hotel era precioso, nuestra mesa estaba en un pequeño reservado, desde el que podíamos ver el maravilloso salón conservando al mismo tiempo la intimidad. No estaba mal, podría acostumbrarme a vivir así, sin duda, aunque de ninguna manera lo necesitaba.

No sabía cuáles eran los planes de Sei, pero incluyeran esa vida o volver a la anterior me parecería igual de bien, lo único que quería era que él fuera feliz. Me daba pánico pensar el daño que podían hacerle sus familiares si decidía reclamar su vida. Quería irme muy lejos de allí con él, donde nunca lo encontraran y jamás volvieran a hacerlo sufrir, me daba igual dónde fuera, mientras él estuviera bien.

¿Existía ese lugar?, seguramente no. Lo que lo atormentaba sin descanso, empañando su preciosa mirada, no estaba fuera, sino

dentro de él.

Esa noche, Sei estaba especialmente dulce y cariñoso. Sus miradas, sus sonrisas, esa forma tan tierna de acariciar mi mano con sus dedos sobre la mesa, el millón de atenciones que tenía continuamente… No era capaz de ver lo que teníamos alrededor porque solo tenía ojos para él. Hasta que percibí una sombra ante nuestra mesa. Por el aura amenazante que la acompañaba, supe que no era el camarero. Sei levantó la mirada, y la sombra, más que hablar, escupió las palabras con una rabia arrolladora mal contenida.

—¿Qué cojones estás haciendo, Poseidó? ¿Qué crees que haces?

—Buenas noches, papá, cuanto tiempo. Yo también me alegro de verte. —En ese momento pude ver en su rostro el peso del profundo cansancio que sentía, el hastío que le provocaba sentir aquel dolor una y otra vez.

—Guárdate el sarcasmo, nunca me ha hecho gracia. Lo único que me has dado desde que naciste son disgustos y dolores de cabeza.

—Vaya por Dios. Te diría que lo siento, pero es mentira; en realidad me la pela.

—¿Te repito la pregunta? ¿La has entendido o estás demasiado colocado para saber lo que te dicen?

—Estoy cenando, eso es lo que hago.

—¿A qué viene todo este espectáculo que has montado? Presentarte en Opalescense, sacar el coche, hacer que toda la puta ciudad hable de ti… Tú estás muerto. ¡Muerto! No puedes aparecer así, como si nada. ¿En qué lugar nos dejas haciendo esto? ¿Sabes cómo está tu madre? Lleva con una crisis nerviosa desde que le han explicado que habías vuelto. Mientras, tú estás aquí sin importarte nada. ¡Helena te enterró hace tres años! ¿Cómo puedes ser tan desconsiderado?

—A ver, voy a intentar seguir un orden. Puedo aparecer porque estoy vivo, debiste matarme de verdad y no dejar cabos sueltos. Tú eres el que queda fatal con mi regreso, a fin de cuentas, eres el que aseguró al cien por cien que me habías visto saltar al mar. Pero no pasa nada, habrá quien te crea cuando expliques que te equivocaste por el miedo y la desesperación que sentías en aquel momento. Siento que Helena lleve mal mi resurrección, aunque no fui yo quien

le hizo creer que me había suicidado, así que si alguien aquí es muy desconsiderado, no soy yo o no solo yo, al menos. En cuanto a lo de llamar la atención, tú no te quedas corto, viniendo aquí, a un lugar público, a exigir unas explicaciones que ni mereces ni yo estoy dispuesto a ofrecer. Aunque por supuesto, el gran El·ladi Balcells puede hacer lo que le salga de la punta de la… lo que le venga en gana, porque está más allá del bien y del mal.

—¿Qué pretendes, Poseidó? Vamos, vámonos de aquí, tenemos que hablar largo y tendido.

—No, yo no tengo nada que decirte. No voy a ir a ninguna parte contigo.

—No hagas más espectáculo del que ya has montado. Levántate.

—He dicho que no. El espectáculo lo estás dando tú, yo no he hecho nada.

—Págale a tu acompañante y vámonos. —Entonces sí se levantó, con una furia y una expresión tan dura que me costaba reconocer al chico dulce que conocía yo.

—Eso sí que no te lo voy a consentir. Respétala por las buenas o te haré hacerlo por las malas, entonces sí que vamos a dar un espectáculo.

—Sei, no. Déjalo, no entres en su juego, te está provocando. No permitas que se salga con la suya, no vale la pena, no importa —supliqué tirándole del brazo—. Vámonos, cariño, déjalo estar.

—Vaya, vaya, vaya, Poseidó, eres tan fácil y obvio. Todo el mundo tiene un punto débil, ataca ahí y el enemigo será tuyo. Mostrarlo con tanta claridad es muy poco inteligente, te hace frágil, sencillo de destruir. Primero fue la música y ahora esta chica. Me lo acabas de servir en bandeja.

—No te acerques a ella, déjala en paz. No voy a hacer nada, voy a volver a desaparecer. Esta vez para siempre. No os tenéis que preocupar por mí, no soy una amenaza. No he vuelto para ajustar cuentas, no quiero nada vuestro ni de vosotros. Si hubiera sido así, hubiera ido a la lectura del puto testamento cuando Neptú me vino a buscar, en uno de esos ataques de amor fraternal que a veces tiene. O quizás solo fue para que le firmara el papel que lo convertía en mi representante legal y le daba poderes sobre mis bienes y cuentas

bancarias. ¿Tú que crees? —Su sarcasmo fue tan rotundo y frío como la hoja de una navaja que se hundiera en el pecho, sin embargo, su padre ni se inmutó.

—Me importa una mierda lo que hiciera tu hermano. No sé a qué juegas, pero no…

—No fui al paripé de la lectura y firmé el papelito, os lo puse todo en bandeja. No soy tu puto enemigo, soy tu hijo. No os he perjudicado, aun pudiendo hacerlo. Ni entonces ni nunca he exigido lo que es mío, y tú y yo sabemos que todo es mío: la empresa, la casa, las acciones, el dinero, los cuadros… El abuelo me lo dejó todo a mí.

—No me retes, Poseidó…

—No lo hago. Lo único que he pedido es una tarjeta que solo pienso utilizar dos días. El imperio Balcells es mío, pero no lo voy a reclamar. Neptú puede continuar con la custodia de los bienes que el abuelo me legó, a pesar de que me declararon en situación de ausencia. No he vuelto para arrebataros el poder y la gloria. Sé que para ti es imposible de entender, sin embargo, es la jodida realidad.

—Tu abuelo estaba loco, había perdido totalmente la cabeza. Hizo testamento a favor de un muerto; nada de eso es tuyo.

—El abuelo no estaba loco. Se puede testar a favor de alguien en paradero desconocido, desaparecido, ausente… Es así y lo sabes. No estoy muerto, papá, no lo estoy.

—Ella sí, como te atrevas…

—No la amenaces. No quiero vuestro puto dinero de mierda. ¿Qué es lo que no entiendes cuando digo que no quiero nada vuestro? Si quisiera destruiros, ya lo habría hecho. Y si deseara hacerlo, lo haría a pesar de tus amenazas.

—No te creo. No confío en los drogadictos. De vez en cuando te gusta reaparecer y tocarme los cojones. Parece mentira que siendo tan listo aún no hayas entendido que eso es muy mala idea. Desaparecido o no, eres un puto grano en el culo, y te aseguro que mientras yo no duerma tranquilo tampoco tú lo harás. Nunca sabrás si voy a joderle la vida a tu chica o voy a acabar con ella. Aunque, ¿sabes?, quizás permita que formes una familia. Mis nietos no tendrían la culpa de que su padre sea un artista yonqui, no creo que

fuera muy difícil que tus hijos pasaran a estar bajo mi tutela, y quizás ellos si aprendieran y merecieran llevar el apellido Balcells. Contigo fui demasiado blando, con ellos no me temblaría el pulso a la hora de aleccionarlos.

—No me amenaces, papá, tus chantajes nunca han funcionado conmigo. Puedes destruir todo lo que yo construya una y mil veces y, aun así, nunca conseguirás que yo haga lo que tú quieres. No lo conseguiste entonces y no lo conseguirás ahora, porque las decisiones sobre mi vida las tomo yo. Destroza cada sueño que consiga si lo deseas, el resultado será siempre el mismo. El siguiente paso lo decidiré yo, y no será el que tú esperas.

—¿Estás seguro? No me tientes. Te conozco, la idea de que te arrebate a tu hipotética familia y los maneje a mi antojo te da un miedo atroz, aunque no quieras reconocerlo.

—Tú lo has dicho: «hipotética», esa familia no existe. Me estás amenazando con algo que no es real, es bastante absurdo, ¿no crees? Sabes que no me vas a controlar ni a someter jamás. Nunca me doblegarás. Corta todas las veces que quieras, mata todas las partes que desees, pese a ello, seguirás sin doblegarme. No puedes y lo sabes. Me lo quitaste todo una vez y aquí estoy. No te tengo miedo, porque soy el único dueño de mi destino. Podrás hacerlo pedazos, sin embargo, esos pedazos siempre serán míos. Ese es mi triunfo en la vida, quizás sea el único, pero es un triunfo. Así que vete a casa y déjame acabar de cenar. Déjame tranquilo un día más, no es demasiado pedir, y no tendrás que volver a preocuparte por mí, te doy mi palabra. Y a diferencia de la tuya, esta sí tiene valor.

—Me voy, Poseidó. Espero que realmente desaparezcas de nuestras vidas y dejes de dar por culo de una puta vez. Por cierto, tu madre querrá verte.

—Dile que me lleve flores al cementerio.

—No eres mejor que nosotros, crees que sí, pero no lo eres. Te importa una mierda el sufrimiento de la mujer que te trajo al mundo.

—Eso no es cierto, me importa lo mismo que a ella el del hijo al que dio a luz.

El·ladi se giró y caminó hacia la salida sin despedirse ni mirar atrás. Sei me sonrió.

—No tengas miedo, no va a pasar nada, no va a hacerte nada, yo nunca lo permitiría. Le he dicho todo eso para detenerlo. Yo no dejaría que te pasara nada a ti. Sí, eres mi punto débil, pero lo tengo todo controlado desde antes de dejar que Poseidó Balcells volviese al mundo de los vivos. Sé lo que hay que hacer y cómo hacerlo, olvida a El·ladi, yo me ocupo de todo eso, tú ocúpate de mí.

—No tengo miedo por mí. No quiero que te hagan más daño.

—No van a hacerlo. No pueden, ya no. Te garantizo que solucionaré el problema y no volverán a hacerme daño jamás ni se acercarán a ti tampoco.

—¿Vas a volver a desaparecer? ¿Dónde vas a ir?

—¿Tenemos que hablar ahora de eso? ¿No podemos dejarlo para otro momento? Me gustaría acabar de disfrutar de esta noche, de las horas que nos quedan aquí. Mañana por la noche volveremos a casa, entonces sabrás todo lo que pienso hacer, cómo y por qué, si aún quieres saberlo, pero hoy no. Por favor, concédeme esto.

—Está bien, Sei, mañana entonces.

—Mejor pasado mañana. Cuando volvamos estaremos cansados, y además tengo que contarte mi historia y los planes de futuro. Al día siguiente, ¿de acuerdo?

—Como quieras. ¿Estás bien?

—¿Por la discusión? Esa era mi normalidad mientras vivía en la mansión de los grifos de oro, como tú la llamas. Estoy perfecto. No hay problema, esto no va a cambiar ni a modificar nada de lo que ya tenía decidido, y entre esas cosas estaba que la de hoy va a ser otra noche maravillosa para ti y para mí.

—Te voy a abrazar, aunque supongo que no estará bien visto que lo haga aquí.

—Hazlo si lo deseas, a la mierda los convencionalismos sociales.

Lo abracé fuerte. Porque dijera lo que dijera sabía que lo necesitaba, y ahora estaba yo para dárselo. Tembló entre mis brazos y suspiró. Claro que podían hacerle daño, solo había que mirarlo a los ojos en ese momento, el Maelstrom los había invadido por completo, engullendo todo a su paso. Por supuesto que iban a continuar hiriéndolo, siempre lo habían hecho y jamás dejarían de

hacerlo. Me destrozaba saber que yo nunca podría librarlo de ese terrible dolor, constatar que el amor a veces no es suficiente.

Sei jamás sería feliz, le habían robado esa capacidad, nunca viviría tranquilo, y eso era algo que nadie podía cambiar, ni siquiera él, por muy encarnizada que fuera la batalla que nunca dejaba de librar.

Capítulo Treinta Y Tres

FELIX MENDELSSOHN - CONCIERTO PARA VIOLÍN



POSEIDÓ

La visita de mi padre me removió muchas más cosas de las que estaba dispuesto a confesar. Le había dicho que nunca me doblegaría, y él me había mirado con el mismo odio genuino que aquel día de playa cuando aún era un niño…



El sol suave de la tarde bañaba la arena húmeda de la playa haciéndola refulgir como si fuese polvo de oro. Estaba sentado cerca de la orilla con mi prima Queralt, rematando el castillo de arena que habíamos levantado con la ayuda de Neptú. La construcción lucía imponente. Llevábamos días intentándolo, pero siempre se caía antes de acabarlo. Yo era demasiado tenaz y perfeccionista para conformarme con algo que quedaba a medias, además, con mis amigos del colegio había apostado tres bolsas de fritos a ver quién conseguía el castillo de arena más impresionante del verano. Lo que me motivaba no era el snack, ni siquiera me gustaba, sino el triunfo y la satisfacción de ser el mejor en aquello en lo que invertía tiempo y esfuerzo.

Queralt había abandonado la construcción varias veces. Neptú nos había dejado a ratos para ir a nadar o a pavonearse delante de unas chicas de su edad que estaban cerca de nosotros; tenía veintiún años y lo único que le importaba era que las mujeres lo admiraran. Yo era incapaz de entender qué interés podía tener aquello. Por descontado, yo no abandoné la construcción de mi castillo ni un momento, me había llevado horas y casi lo había logrado, solo me faltaba acabar el último torreón y clavar la bandera. Me sentía orgulloso de los resultados obtenidos gracias a mi esfuerzo.

—¡Chicos, recoged! ¡Nos vamos ya! Hay que ducharse y vestirse para la fiesta de esta noche. Habrá un montón de sorpresas para vosotros: inflables, magos, atracciones… Va a ser increíble.

A veces no acababa de entender a mi madre, si era una sorpresa, ¿por qué nos contaba lo que habría? Aunque tenía razón, sería una fiesta divertidísima para variar. En las últimas a las que habíamos ido solo me había dedicado a bailar con ella esos bailes tan aburridos que les gustaban a los mayores. En esas fiestas no solía haber niños de mi edad, y cuando los había se dedicaban a hacer corrillos, a reírse y a jugar. Yo, en cambio, era la pareja de baile de Helena y no tenía tiempo para ninguna de esas cosas.

—Ya vamos —respondió mi prima.

—Ya vamos no es una respuesta aceptable. ¡Inmediatamente! —tronó mi padre.

Queralt y Neptú se levantaron como empujados por un resorte, como aquellos payasos horribles que saltan cuando abres la tapa de la caja. Solo me faltaba acabar de darle forma a la última torre, apenas un minuto más y estaría acabado. No me moví de donde estaba. El·ladi se acercó amenazante y me miró. Levanté los ojos.

—Solo me falta poner la bandera y hacer la foto. Un momento, ya voy.

No dijo nada, me dejó clavar la bandera y, un segundo antes de que Neptú capturara la imagen, El·ladi sonrió con suficiencia y con una insana satisfacción en la mirada, levantó el pie y lo dejó caer sobre mi castillo destrozándolo todo.

—A mí no se me contesta. Cuando digo ahora, significa de inmediato, aprende la lección. Helena, coge al malcriado de tu hijo, vamos a llegar tarde.

No lloré, no del todo, algunas lágrimas de rabia e impotencia resbalaron por mis mejillas hasta que mi mano las detuvo y las desterró. Nadie pareció reparar en ello, mucho mejor así.

Una vez en casa, El·ladi no me dijo nada más hasta que, preparados para la fiesta, aparecimos en el salón. Neptú y Queralt pasaron delante de mí, cuando iba a salir mi padre me detuvo poniéndome la mano en el pecho.

—Tú te quedas en casa, ¿querías más tiempo? Vas a tener toda la noche.

—El·ladi, no, por favor —suplicó mi madre.

—No he hecho nada. —Me encaré, sabiendo que no podía ganar aquella batalla.

—¡Te he dicho que no me contestes! ¡No vuelvas a hacerlo jamás! —gritó, zarandeándome del brazo—. ¿Lo has entendido? —Me quedé callado mirándolo a los ojos, aguantando su despiadada mirada con altivez—. ¿Lo has entendido? —volvió a gritar, cada vez más fuera de sí. Nada, silencio absoluto por mi parte—. ¡Respóndeme! —bramó.

—¿Te contesto o no te contesto?, decídete. Me has ordenado una cosa y la contraria en menos de un minuto. —Sentí el calor, el picor, el latigazo y por último el dolor intenso en la espalda, me dolió más el golpe contra la puerta al caer que la bofetada en sí. Escuché gritar a mi madre, algo así como que me dejara en paz, por descontado, sin mover ni un dedo ni acercarse a mí, que seguía en el suelo a los pies de El·ladi.

—¡Ni se te ocurra; no vuelvas a hablarme así nunca más! ¿Qué te has creído? ¡Niñato maleducado! ¡Si tú no eres capaz de enseñarle a comportarse, lo haré yo, Helena! Te voy a inculcar el respeto, aunque tenga que metértelo a golpes. Tú a mí no vas a volver a contestarme en tu vida. ¿Te queda claro? ¿Lo has entendido, Poseidó? ¡Responde!

—Pero entonces, ¿te contesto o no te contesto? —repetí desde el suelo desafiante.

—¡Sei, por el amor de Dios, para! —gritó mi madre. Esta vez el dolor sí me dejó sin respiración, una patada por debajo de las costillas con la envergadura de su pie eran palabras mayores.

—¿Te ayuda esto a entender lo que tienes que hacer? ¡Res-pé-ta-me! Yo estoy de pie, tú estás en el suelo, eso debería darte una pista sobre quién manda aquí. Estás ahí porque te lo has buscado tú solo. ¿Has aprendido la lección ya o quieres un poco más? ¿Qué es lo que tienes que hacer?

—¿Respetarte? —Me dio otra patada, esta vez en el muslo, ya que giré un poco el cuerpo y levanté la pierna para protegerme.

—Si tienes que preguntarlo es que aún no te ha quedado claro. ¿Qué es lo tienes que hacer?

—Respetarte.

—¿Ves cómo no eres tan tonto?, al final lo has entendido. Ahora levántate y vete a tu habitación.

—Ya voy, un momento —respondí pausadamente, regodeándome en el sabor agridulce que dejaban las palabras al escapar de mis labios. Le lancé una mirada gélida, altiva, retadora. Así había empezado todo esa tarde en la playa. Esas palabras, dichas de forma inocente por un niño que deseaba acabar un castillo de arena habían desatado toda su ira injustificada y absurda, por eso las repetí. No podía soportar las injusticias, podía pegarme, pero no tenía la potestad de hacerme claudicar.

—¡Ay, Poseidó! Tienes más cojones que cerebro, te va a ir muy mal en la vida, te lo aseguro, te lo prometo y te lo garantizo. Hasta el junco más flexible acaba doblegándose si lo atas con una cuerda.

—Y volverá a su posición original cuando se la quites.

—Pues habrá que cortarlo con unas tijeras, ¿no crees?

—No lo habrás doblegado, cortar y doblar no es lo mismo.

—No, no es lo mismo para el junco, a mí me dará absolutamente igual. Tendrá el tamaño que yo haya decidido, solo que como mínimo la mitad estará muerta.

—Sí, pero la otra mitad aún no podrás doblarla.

—Lo segaré por la base, entonces. Yo siempre gano.



Mar dormía entre mis brazos, aferrada a mi pecho, mientras yo recordaba este maravilloso momento de mi pasado.

Aquella noche la conversación acabó ahí. ¿Había ganado? Él creyó que sí, se fue satisfecho porque había doblegado, según su criterio, a un niño de nueve años. Yo no lo veía igual, me había pegado para imponerme respeto y consiguió justo lo contrario. A

partir de esa noche, le tenía más miedo, pero perdió todo el respeto que una vez le tuve. ¿Me había ganado? Yo creía que no.

Ahora, con la perspectiva de los años, veía claro que nadie ganó aquella pelea, El·ladi menos que yo. Por mucho que segara el junco, lo habría hecho ante la imposibilidad de conseguir lo que quería de él; matar tampoco es doblegar.

Aquella noche fue una metáfora perfecta de mi vida con él, desde el castillo de arena, hasta el junco. Una y otra vez, aplastaba la construcción y cortaba la planta, pero el único que podía acabar con las raíces era yo.

Acabar con las raíces… ¡Joder! Sentí un latigazo en el pecho. ¿Por qué era tan difícil? ¿Por qué tenía que doler tanto?

Mar se movió un poco, giró la cabeza y empezó a besarme la piel. Sus labios cálidos y suaves despertaron mis sentidos, especialmente los más primarios. Me dio la impresión de que iba a decirme algo, así que bajé la cabeza y la besé con pasión, invadiendo su boca para que no pudiera hacerlo. Quería empezar el día haciendo el amor con intensidad antes de hablar. Era una buena manera de comenzar el que, definitivamente, iba a ser el último día de Poseidó Balcells en el mundo.

—¿Qué quieres hacer hoy? —preguntó mientras jugaba a tirar y enredar el escaso vello de mi pecho en sus dedos. Los dos envueltos en aquella bruma suave del placer compartido.

—Quiero más de esto.

—¿No te cansas nunca?

—¿Se puede?

—Hombre, la resistencia física tiene un límite.

—Eso ya lo sé, no es lo que he dicho. Es posible no tener la capacidad para hacer algo y desearlo de todas maneras.

—Sigo sin saber qué quieres hacer hoy, perdón, qué quieres y puedes hacer hoy.

—No tengo ningún plan hasta la noche, vamos a ir al Palau de la Música a escuchar un concierto de verdad. Es alucinante, ya verás. Eso sí, sé comprensiva con el primer violín, por bueno que sea no puede serlo tanto como yo; eso no es culpa suya.

—¡Oh, el señor sobrado ha vuelto! —exclamó haciéndome cosquillas—. Tienes un ego que no cabe en esta habitación.

—Es cierto, nunca he dicho lo contrario, lo tengo. No obstante, lo que digo es absolutamente cierto. ¡Qué pena que no me escuchases tocar cuando estaba en mi mejor momento!

—Te he escuchado ahora.

—Tocaba cien veces mejor entonces.

—No lo creo.

—Te lo aseguro.

—No creo que en aquel tiempo pudieras ponerle más sentimiento que ahora. Estoy convencida de que en la actualidad eres una persona mucho más compleja e interesante que cuando aún vivías rodeado de lujos y halagos, y eso se refleja en tu música. Cuando tocas vuelcas tu alma en cada nota, por eso es tan sobrecogedor escucharte. Y por eso me enamoré de ti, te conocí a través de lo que tocabas, de cómo lo hacías; desde que me paré a escucharte por primera vez no tuve ninguna opción.

—Pensaba que había sido por mi irresistible atractivo sexual.

—No, eso no lo vi hasta bastante tiempo después. Digamos que pasaba un poco desapercibido bajo todo ese pelo tras el que te escondías.

—Ya no me escondo.

—Y ahora sí que me tiene loca ese apabullante tirón erótico que tienes. —Me besó mientras apoyaba la mano en mi entrepierna. Me miró a los ojos y me sonrió mordiéndose el labio. Como única respuesta, giré bruscamente colocándome sobre ella.

—¿Me quieres aquí? ¿Es esto lo que quieres de mí?

—Esto y todo lo demás. —Nos besamos con vehemencia, hasta que nuestros cuerpos volvieron a unirse en una danza frenética.

Estallamos una vez más juntos, cada vez más unidos, más compenetrados, más perfectos. Me abrazó con fuerza contra su pecho mientras nuestras respiraciones se acompasaban y volvían a su ritmo habitual. Me acarició el pelo con dulzura mientras yo, adormilado, me dejaba mimar. Con el reposo llegó la realidad, y con ella el desasosiego que la carcomía por dentro. No pudo más, necesitaba saberlo, así que me lo preguntó:

—Sei, cariño, cuéntamelo. No quiero esperar hasta la noche, explícame ahora qué pasó, ¿qué te hicieron? ¿Cómo acabaste en la calle?

—Uff, Mar, ¿ahora?

—¿Crees que alguna vez será un buen momento para hacerlo?

—No, en realidad, no. De acuerdo, voy. Nunca lo he explicado, será la primera vez que diga todo esto en voz alta, no sé cómo me va a salir ni cómo voy a reaccionar ante el hecho de ponerlo en palabras, pero…

—Nada, no hay peros. Sei, no te estoy juzgando, no lo voy a hacer, solo quiero conocerte mejor.

Hablé un tiempo indeterminado, entre un minuto y una eternidad. Los recuerdos me dolían, las palabras que les daban forma me cortaban la lengua al salir de mi boca. Aun así, hablé y hablé. Lloré, me deshice, me recompuse y volví a hundirme. Me enfadé, levanté la voz y susurré dolor.

Mar me escuchaba, me abrazaba, lloraba conmigo, sufría por mí, por quien fui entonces y por quien era ahora. Me dejaba hablar y sacar todo aquello que llevaba dentro, aunque fuera con palabras ensangrentadas.

No me sentí mejor al terminar, no me liberé. Los recuerdos que brotaban de mis labios volvían a entrar en mi cuerpo para acomodarse en su rincón de la mano del sufrimiento que provocaban. No, no fue una experiencia catártica ni curativa, solo fue el relato terrible de mi vida, sin más.

Mar quería conocerlo y ya lo sabía, me había abierto en canal para ella. No me reservé nada, expuse mi pasado con todo lujo de detalles, se lo debía, se lo merecía y se lo di. Simplemente eso, simplemente así.

—Hijos de puta —susurró cuando al final suspiré y me quedé en silencio—. Te quiero, mi vida. Te quiero mucho. No sé qué más decirte en este momento.

—Nada, no necesito que me digas nada más. ¿Quieres preguntarme algo?

—No. Jamás cuestionaré ninguna de las decisiones que has tomado sobre tu vida, tú lo sentías así y nadie tiene derecho a

opinar sobre ello, eres tú el que lo ha vivido y lo has sufrido. Mientras hagas lo que sientes no puedes equivocarte; nadie tiene autoridad para decir otra cosa.

—Gracias, Mar. Ojalá mañana sigas pensando lo mismo.

—¿Vas a hacer algo hoy que me haga cambiar de opinión?

—No, creo que no. Espero que no. No voy a hacer nada. Hoy no voy a hacer nada en absoluto. ¿Nos vestimos, nos vamos a algún lugar apartado y toco un rato para ti? ¿Quieres?

—¿Quieres ir a un sitio solitario?

—Sí, a un sitio donde la gente no se pegue hostias por conseguir una foto de Poseidó Balcells tocando en la calle para subirla a las redes sociales. Quiero tocar y que lo único importante sea la música.

—Claro, cariño, vamos a donde tú quieras.

Mientras Mar se arreglaba, yo fui al Deutsche Bank. Cuando Neptú decidió traerme de vuelta a casa, una de las pocas cosas que hice durante mi semana de destierro en el hotel fue organizar el traslado del instrumento de la sede de Ámsterdam a la de Barcelona. No sabía si volvería a tocar alguna vez, pero necesitaba tenerlo cerca. Lo deposité en el mismo lugar que había ocupado antes de llevármelo a Holanda, en el sitio que mi abuelo había elegido para guardar todo lo que de verdad tenía valor para él y ocultarlo de la familia. Durante mucho tiempo él guardó una llave y yo la otra, creí que la suya se había perdido para siempre, pero no fue así, la encontré en el forro de su abrigo azul marino. Tras su muerte, solo le pedí a Neptú la botella de champán y ese abrigo.

La noche después de su entierro soñé que paseábamos juntos por las Ramblas, en silencio. Al final del sueño se quitaba ese abrigo y me lo ponía. Supe que tenía que hacerme con él. Fue muy fácil, Neptú solo pensó que lo necesitaba para resguardarme del frío de la calle. Por fortuna encontré la llave la primera noche que lo tuve, la segunda me pegaron una paliza y se lo llevaron, era un abrigo de cachemir de puta madre.

Perdido en mis recuerdos, no me di cuenta de que estaba parado ante la puerta del banco, con las lágrimas surcándome las mejillas, hasta que una mujer chocó conmigo. Por fin iba a volver a abrazar mi violín, el Guarneri que me había regalado el abuelo.

Entré en la sucursal, me acompañaron a la sala y me dejaron solo ante la caja de seguridad. La abrí despacio y suspiré al cogerlo entre mis manos. Lo saqué de la caja, lo acaricié, aspiré su aroma y lloré. Lloré como hacía mucho tiempo que no lloraba. No me sentía triste, no era pena ni dolor, era sencillamente cansancio e impotencia. Estaba tan extenuado de sufrir que ya ni siquiera me dolía. Me sentía terriblemente vacío. Lo tenía todo y seguía estando vacío.

El violín estaba tan desafinado como yo, lo acaricié con suavidad y le dije:

—No pasa nada, compañero, ninguno de los dos somos quienes fuimos cuando todos los sueños parecían posibles. Pero incluso así, ella me quiere y a ti también te querrá. El Vilagio ha sido un gran compañero de viaje, pero es contigo con quien quiero compartir esta velada, con quien quiero cerrar esta etapa. Te dije que volvería a buscarte, y aquí estoy.

Salí del banco con mi violín y fui a buscar a Mar al hotel.

—Este violín es el que yo solía tocar, el que me regaló mi abuelo. Quiero tocar con él esta noche. Quiero que lo escuches, que nos veas juntos. Solíamos ser un gran equipo.

Subimos a la carretera de las aguas, me encantaba subir allí corriendo o en bicicleta, admirando la majestuosa belleza de Barcelona allá abajo, tan lejana y tan próxima al mismo tiempo. Ya estaba oscuro y las luces que tanto le gustaban a Mar titilaban a lo lejos. Hacía frío y, sin nadie alrededor, empecé a tocar el *Capricho 24*. Mar me interrumpió.

—Dilo, presenta la pieza como el día de tu examen final en el conservatorio.

—Como pieza escogida interpretaré el *Capricho número 24* de Paganini —hablé con seguridad, altivez y un poquito de arrogancia. Mar sonrió.

Empecé a tocar olvidándome de todo y de todos hasta que terminé el concierto casi una hora más tarde. La miré, tenía el rostro bañado por las lágrimas, las recogí con mis labios lentamente.

—El primer violín de la orquesta de esta noche ahora sí que tiene un problema, has tocado mejor que nunca, ha sido… No tengo

palabras para definirlo, no creo que en la Royal Concertgebouw tocaras mejor, es imposible.

—*Il Cannone.*

—¿Qué?

—Paganini tenía un violín Amati, un instrumento valiosísimo. Él era demasiado adicto a los juegos de azar y lo perdió en una apuesta. Un empresario y violinista aficionado le regaló un Guarneri de 1743, entonces corría el año 1802, el violín no estaba en muy buenas condiciones, por lo que lo restauraron y Paganini lo apodó *Il Cannone*, el cañón, por su potente sonido y resonancia, que lo diferenciaba del resto. Tenía muchos violines, sin embargo, este fue su preferido, el que tocó hasta su muerte en 1840, entonces lo donó a la ciudad de Génova. Se conserva en el Palacio Tursi, de donde alguna vez lo sacan para que lo toque algún virtuoso, uno que destaque por encima del resto y merezca ese honor. Mi único concierto con la Royal Concertgebouw fue tocando ese violín, el Guarneri de Paganini, «su cañón de violín», y fue brutal. Para eso sí que no hay palabras, sonó mejor que esta noche. Toqué mil veces mejor que hoy, y mejor de lo que lo había hecho nunca.

»Este violín también es un Guarneri, es mi niño, lo adoro, es absolutamente espectacular, aunque aquella noche toqué el mismo violín que Niccoló Paganini. ¿Te das cuenta de lo que es eso? ¿Sabes cuántas personas en el mundo pueden decir lo que estoy diciendo yo? —Se echó a reír.

—Supongo que muy pocas. —Asentí con convicción—. Y estoy segura de que de ellas tú eres quien mejor lo hizo con diferencia. Creo que Paganini, desde donde esté, se dejó las manos aplaudiéndote.

—¡Guau… Gracias! Y… No quería decirlo yo para que no me echases en cara lo del ego y todo eso, sin embargo, ya que lo dices, y sin desmerecer a nadie, así es. Los demás son geniales, pero yo era mejor.

—¿Vamos al Palau de la Música a escuchar esos músicos extraordinarios que desgraciadamente para ellos no pueden ser tú ni tocar el violín de Paganini?

—Vamos —suspiré.

No podía llorar, no quería llorar. ¿Qué iba a decirle cuando me preguntara qué me pasaba? ¿Qué explicación podía dar? Decir la verdad era imposible. Si le confesaba que esta era la última vez que tocaba el violín, querría saber el porqué, y no podía decírselo. Hay verdades que al confesarse en voz alta se convierten en mentiras. Hay realidades que pueden hacerse o contarse, porque el corazón no soportaría ambas cosas. No podía ser sincero y no se me ocurría ninguna mentira creíble. No, no podía llorar, aunque el dolor que sentía en ese momento me estuviera partiendo el alma. Iba a resistirlo, no había más opciones, solo podía seguir adelante.

—Sei, ¿qué te pasa, cariño?

—Nada. Voy a llamar a Ramón para que se lleve el violín y Vera pueda guardarlo en el sitio que corresponde.

Escondí la llave que Vera necesitaba para cumplir el encargo que le había dado en la funda del violín sin que Mar se diera cuenta, no quería tener que dar más explicaciones. Vera sabía que la encontraría allí, habíamos hablado por teléfono el día anterior. No me sentí capaz de ir a verla, no era tan fuerte como para volver a esa casa, así que le dije que me pondría de nuevo en contacto con ella y se lo explicaría todo cuando estuviera preparado.

—Este violín tiene que estar bajo custodia, en un lugar seguro. En cuanto lo recoja, nos iremos. No se puede llegar tarde al Palau.

—Son esos recuerdos, ¿verdad? Te duele recordar aquella noche.

—Sí, no puedo evitarlo —respondí con convicción, alegrándome de que a ella se le diera tan mal leerme. Todas las hipótesis que había hecho sobre mi vida habían sido erróneas, igual que esta, pero ¡me resultaba tan conveniente!

Cuando Ramón llegó, acaricié por última vez la madera del violín. «Gracias, compañero. Adiós», le susurré atragantándome con las lágrimas que no me permití derramar.



El concierto fue espectacular. Me sentí observado durante toda la velada, intenté que no se notara. Me molestaba y me resultaba indiferente a partes iguales, era una sensación difícil de explicar. Disfruté muchísimo de la orquesta y lo más importante: Mar también lo hizo. Estaba exultante, feliz, y yo me sentía totalmente realizado. Era un sentimiento maravilloso y lo estaba disfrutando con profundidad.

Cuando salimos, paseamos por la ciudad, contándonos anécdotas, retándonos el uno al otro, bromeando, jugando… Disfrutamos de la noche y la maravillosa sensación de estar juntos, felices y enamorados. Si la vida fuera una novela de Nicolás Salem, de pronto sonaría *My heart will go on,* Mar y yo nos cogeríamos de las manos, nos miraríamos a los ojos y bailaríamos en plena calle sin importarnos el mundo entero; con los últimos acordes nos besaríamos apasionadamente y fin.

Sin embargo, la vida no se acaba con un momento perfecto. Si la mayoría de esas novelas continuaran, llegarían los reproches, las decepciones, los desencuentros, la ruptura cargada de rencor, la amargura de comprobar que el hombre perfecto, con quien podías bailar toda la noche en las Ramblas, no es más que un tipo triste y amargado, que necesita ponerse hasta arriba de pastillas para huir de sus demonios, y has tirado toda tu vida a la mierda intentando sacarlo a él de la suya. Descubrirías que ahora estáis los dos hundidos en el pozo y ya es tarde para escapar.

No, Nicolás Salem no iba a escribir esos capítulos. La vida sí escribía esas putas historias con sus deprimentes finales. A ella le importa muy poco la belleza, es cruel y descarnada. No vale la pena buscar motivos ni razones, es así, sin más.

Al entrar en casa, Mar miró alrededor y resopló.

—Después de estar dos días en una *supersuite* del hotel Arts, esto es un poquito deprimente. ¿No te parece?

—A mí me da igual dónde, lo que me importa es con quién y cómo. Mar, hace unos días yo dormía en la calle, con suerte en el cajero de un banco, en el suelo; esto me parece un palacio.

—Se me olvida, no pienso en ello.

—Haces bien. ¿Qué importa el pasado? Estamos aquí, ahora. Si quieres lujos, te compro el Arts, ¿qué te parece?

—Anda, ven aquí y cállate. —Me metió la mano por la cintura del pantalón y tiró hacia ella. La dejé arrastrarme. Cuando, entre besos apasionados, empezó a abrirme la camisa con muchas ansias y ninguna delicadeza, le cogí las manos y la detuve.

—No, así no. Hoy no. Quiero que hagamos el amor despacio, como tú me enseñaste, disfrutando cada expectativa, cada roce, caricia, beso, suspiro; cada temblor de la piel, cada estremecimiento… Lo quiero todo y quiero disfrutarlo como si esta noche se fuera acabar el mundo, como si fuera la última vez.

»Hay un bolero que dice algo así, ¿verdad? No lo de follar despacio, eso lo dice una canción de Marwán: «Quiero follarte lento, mirándote a la cara, leer tu cuerpo en braille con las luces apagadas». El bolero lo que dice es: «Bésame, bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez».

—«Bésame, bésame mucho, que tengo miedo a tenerte y perderte después». Eso es lo que dice.

—A mí no vas a perderme jamás. La vida es muy hija de puta, pero esta partida es mía. Me ha ganado muchas batallas, eso es innegable, sin embargo, la guerra voy a ganarla yo, no te quepa duda. Aunque no sea una victoria al uso, será la mía y sé que tú llegarás a estar de acuerdo conmigo.

—Confío plenamente en ti. Nunca pondré en duda nada que tú asegures.

Hicimos el amor despacio, durante horas, besando cada centímetro de piel del cuerpo del otro, con dulzura y también con una pasión intensa y contenida a la vez. Hasta que no supe o no pude amarrarla más y estalló rompiendo los diques y arrasándolo todo.

—Pero ¿tú no habías dicho que…?

—Y tú, ¿por qué me haces caso? Parece que no me conoces. Quiero una cosa a temperatura ambiente y otra totalmente diferente cuando me llevas al punto de ebullición. Ahora estoy ahí y quiero esto, o me frenas ahora o me lo das todo sin límites. —No me detuvo. Fue aún más salvaje, descontrolado y pasional de lo que

había imaginado. Tanto fuego lento había llevado nuestros cuerpos más allá del punto de fusión, nos convertimos en lava que estalló con una violencia inusitada en aquella habitación húmeda y fría a pesar de tener, por fin, calefacción.

Cuando acabamos y pudimos respirar de nuevo, nos dijimos mil veces: «te quiero». Nos abrazamos, besamos y acariciamos con mimo, mil veces más, hasta que se quedó dormida sobre mi pecho, acompañada por el sonido rítmico de mi corazón. Esperé un poco hasta que estuve seguro de que su sueño era profundo. Me levanté, me duché, me puse mi pantalón de chándal gris, mi sudadera negra con rastas, mis botas militares desgastadas, la parka verde militar, el gorro de lana gris y mis guantes rotos. Dejé el Scala Vilagio sobre la mesa del comedor, acariciando su madera una vez más. Puse junto a él las tres botellas de Dom Perignon 1959 que quedaban, garabateé unas palabras en un papel, me sequé las lágrimas con el agujereado guante y cogí el teléfono para hacer una última llamada.

—Dulce, soy el violinista. ¿Tienes lo que te pedí?

—Sí, pero no ha sido fácil, te va a salir más caro.

—Me importa una mierda lo que me quieras cobrar, no te he preguntado el precio. Voy para allá. —Colgué, saqué la tarjeta del iPhone y lo dejé al lado con todo lo demás, también dejé las llaves sobre la mesa y salí cerrando tras de mí.

La brisa fría del amanecer me abofeteó la cara, las luces de navidad de los balcones me pegaron aún más fuerte. Empecé a andar calle abajo. Me detuve un momento, algo me empujaba a girarme, aunque sabía que no debía mirar atrás. Me hallaba sumido en una encrucijada entre lo que sabía que debía hacer y lo que quería realmente que pasara, una lucha encarnizada y absurda, pues había decidido hacía días cuál iba a ser el final de Poseidó Balcells. Había decidido que volviera, pero siempre supe que no iba a quedarse. La vida no es un puto cuento de hadas. Mi guion no lo había comprado Disney, así que el yonqui continuaría siendo un yonqui que echaba a la chica del coche. Mi historia no la querría nadie, aunque la envolviera y le pusiera un lazo de oro.

Cogí aire, estaba helado y al entrar me quemó los pulmones. Seguí andando sin mirar atrás, «a cumplir con mi destino» como

solía decir Neptú con grandilocuencia, solo que no era verdad, no iba a cumplir con él, iba a darle por el culo. Eso era con exactitud lo que había decidido hacer.

Capítulo Treinta Y Cuatro

BÉLA BARTÓK: SONATA PARA VIOLÍN



MAR

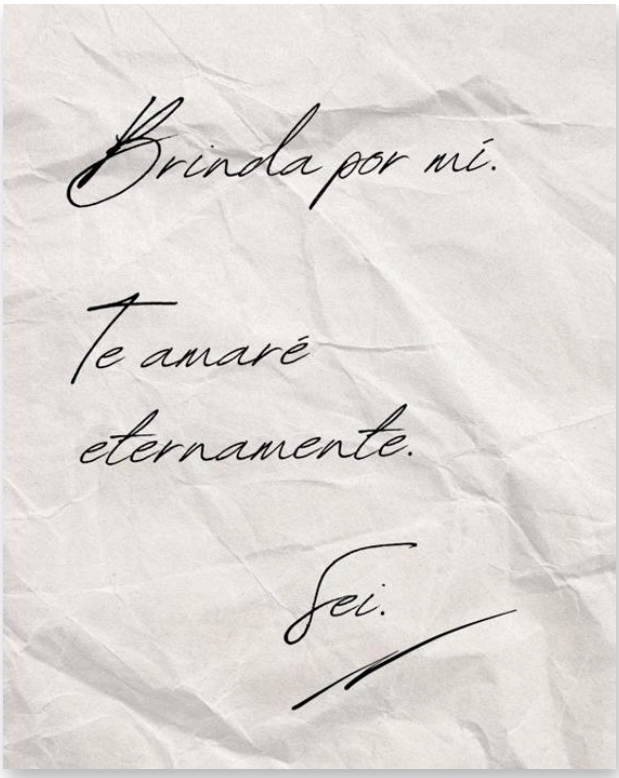
Me desperté sobresaltada. Acababa de tener una pesadilla, sin embargo, no recordaba nada, solo la sensación de angustia. Estiré el brazo para tocar a Sei, quería cogerle la mano y acurrucarme pegada a su cuerpo hasta que el miedo pasara.

La cama estaba fría, no estaba allí. El corazón me dio un vuelco. Me senté como movida por un resorte y lo llamé sin tener respuesta. Me tranquilicé a mí misma diciéndome que estaría en el lavabo o el comedor, en el peor de los casos quizás estaba en el portal. Miré en el baño, no estaba allí. Comenzó a ahogarme una sensación de soledad terrible, tenía la intuición de que él no estaba en casa.

Corrí a la cocina llamándolo de nuevo, nada, silencio. Entré en el comedor dominada ya por el pánico, tampoco había nadie. Miré en todas direcciones y entonces lo vi, sobre la mesa descansaban el violín y las botellas de champán, creo que se me paró el corazón. Me acerqué, también había dejado el teléfono y las llaves, se había ido. No sé si grité o solo empecé a llorar y desgarrarme en silencio. En ese momento reparé en el pequeño papel bajo las llaves, lo cogí, lo desdoblé y el mundo entero se me cayó encima, creo que ni siquiera fui capaz de ponerle voz al lamento que estalló en mi garganta.

—¡Cariño, no! —Cogí mi teléfono y salí de casa corriendo, descalza y en pijama. En la calle hacía muchísimo frío, aunque yo ni siquiera lo noté—. ¿Dónde has ido? ¿Dónde puedes haber ido?

Piensa, Mar. Joder, piensa. ¿Dónde iría él? Empecé a correr en dirección al centro, no tenía ni idea de hacia qué lugar me dirigía ni lo que hacía, solo sabía que no podía quedarme quieta, tenía que encontrarlo. La nota que llevaba en la mano cayó al suelo empapándose con la humedad de la noche y dejando a la vista del mundo aquellas siete palabras:


Brinda por mí.
Te amaré
eternamente.
Sei.

POSEIDÓ

Vi a Dulce a lo lejos, enfundada en aquellos *leggins* de leopardo rojos tan apretados que estaba seguro de que le estaban cortando la circulación. Cuando ella me vio, tiró del sujetador hasta dejar prácticamente todo el pecho fuera del amplio escote del también ceñidísimo top. Se dedicó a sacarme la lengua y hacerme todo tipo de gestos obscenos mientras me acercaba a ella. Una vez estuvimos frente a frente, me miró y silbó.

—¿Te pongo una ración completa de coño en su jugo? —preguntó mientras se llevaba la mano al lugar que estaba ofreciendo a la vez que tiraba la cadera hacia delante—. ¿Qué me dices, caramelito? ¿Prefieres que empiece por comerme tu chupachups?

—Joder, Dulce, nunca dejará de maravillarme el talento profético de tus padres.

—¿Antoni? ¡Venga ya! ¿Este es tu jeto? Tienes cara de modelo de cualquier mierda de esas caras.

—Genial, eso aún no me lo habían dicho. Te agradezco el cumplido, voy a tomármelo así.

—Me gustabas más antes, tenías más garra.

—Me das un disgusto. Dame lo que vengo a buscar, el resto no me interesa.

—Si me follas te hago descuento.

—No tengo ni tiempo ni ganas.

—Al final voy a creer que es verdad que no te empalmas.

—Más vale tarde que nunca. Dulce, venga.

—Toma, borde, eres muy borde. Pensaba que esta no era tu liga.

—No lo es. Ya no, digamos que esto solo es un partido homenaje.

—Ten cuidado, esto es mucho jaco. ¿Controlas?

—Perfectamente. Soy economista, sé hacer cálculos sencillos. —Se echó a reír.

—Economista dice… Tú mismo, es cosa tuya.

—Exacto, es mi problema.

—Aquí tienes. Son más de cinco dosis. Antoni, si no estás habituado calcula bien, con 20 mg podrías matarte, esta mierda es buena, muy buena, te lo aseguro. Eso sí, el pico te va a salir por un buen pico. —Se rio de su ocurrencia, yo no lo hice—. Qué seco y qué soso eres. Vale, simpático, son 100 euros.

—¡Joder, Dulce! Me estás cobrando casi el doble de lo que vale.

—Has dicho que eso no era un problema. Podemos negociar. Si me lo comes: 80 euros. Si me la metes: 70. Y si me haces un combo, te lo dejo en 60 euros; tú verás. —Resoplé.

—Te mereces un premio a la insistencia. —Saqué un billete de 500 euros y se lo tendí—. Quédate con el cambio.

—¿Esto es bueno? ¿Me estás pagando con un billete falso?

—¡Venga ya! Aquí solo uno de los dos es un estafador. El billete es auténtico, te doy mi palabra.

—No pareces un cabrón mentiroso. Aunque, si lo eres, sabes que Jimmy te encontrará y te arrancará la piel, después te dibujaremos una maravillosa «sonrisa de joker» en esa carita de niño bonito que tienes dándote una patada en las pelotas y, por último, te las arrancaré con mis propias manos y las utilizaré como bolitas antiestrés.

—¡Hostia puta, Dulce! ¿Todo eso por sesenta euros de mierda que vale, en realidad, un gramo? ¡Cuánta violencia innecesaria! Podría no pagarte, me la pela todo, pero te estoy dando cinco veces lo que me has pedido, deja de amenazarme. —Cogió el billete aún con desconfianza.

—Nunca había visto uno de estos. ¿De dónde lo has sacado?

—He ido al banco. En realidad, soy un tío muy rico. Decidí vivir en la calle porque preferí la libertad de no ser nadie a la esclavitud de mi apellido.

—Yo también soy una princesa. No se lo cuentes a nadie, igual somos hermanos.

—No, yo no soy de la realeza, soy una divinidad. Soy Poseidón, el dios griego del mar y de los ríos; el creador de tormentas e inundaciones y el portador de los terremotos y de la destrucción.

—¡Carajo, qué nivel! ¿Y todo eso antes de colocarte? Eres un puto *crack.* —Me acerqué y le di un beso en la frente.

—Adiós, Dulce. Cuídate.

—Vuelve a dejarte la barba y el pelo largo, así pareces el puto novio de la Barbie con el pelo moreno. Hazme caso, de otra cosa no sabré, pero de tíos controlo, sois lo que más me gusta en el mundo. —Sonreí, asentí y empecé a caminar en dirección a la playa.

Me senté en la arena, cerré los ojos y escuché el suave rumor de las olas rompiendo en la orilla. Aunque el mar estaba en calma, seguía igual de poderoso y salvaje. Dentro de muy poco empezaría a salir el sol, no había tiempo que perder. Mientras lo preparaba todo, me despedí del paisaje, de mi playa, de la brisa fresca, del aroma a sal, de mi Barcelona, de esa sensación tan reconfortante de sentirme parte del paisaje, de saberme más «algo» que «alguien». Inspiré y espiré un par de veces con fuerza, me quité la parka, subí la manga, apreté la goma ayudándome con los dientes y observé cómo se hinchaba la vena al agolparse la sangre que no podía circular. Clavé la aguja, se salió. ¡Mierda! Un hilo de sangre se deslizó por mi brazo y me manchó el pantalón, ahora no iba a estar guapo cuando me encontraran. Me reí de las gilipolleces que se me pasaban por la cabeza. Entonces pensé en Mar, ella también se reía con mis tonterías, con aquella risa clara, limpia y cristalina que me exaltaba el alma.

¡Basta! Volví a clavar la aguja con rabia, me hice daño, mucho daño, y me gustó. Empecé a introducir la sustancia en mi cuerpo, no tenía claro si me quemaba porque ardía o porque estaba helándome la sangre; daba igual. Cerré los ojos, dejé caer el cuerpo hacia atrás. ¡Hostia, tenía que retirar la aguja! No quería dar esa imagen tan triste y patética al aparecer muerto con la jeringa aún clavada en el brazo. La quité y me la metí en el bolsillo. El mundo se desdibujó ante mis ojos, la belleza difuminada me envolvió suavemente. Escuché gritos, no entendía qué decían. Luego oí sirenas, más gritos. Unas manos en mi cara, alguien que me zarandeaba, ese aroma fresco y dulce, el terciopelo en la voz… Abrí ligeramente los ojos, un ángel. Ya estaba muerto…

—¡Sei, mi amor! Cariño, abre los ojos. ¡Sei, por Dios, no te duermas, reacciona, mírame, cielo, mírame! ¿Qué has hecho, amor mío? ¿Qué has hecho, Sei?

Tuve un momento de lucidez. Miré sus ojos anegados de lágrimas. «Estarás bien. Vas a estar bien, sé que será así. Lo siento dentro de mí». Quería trasmitirle esto, quería tranquilizarla, convencerla de que no debía sufrir por mí. Noté humedad en mi cara. Ella me besó con suavidad. Me sentía bien, estaba tranquilo. Ni siquiera era capaz de recordar la última vez que me había sentido tan bien, tan en paz. El sufrimiento no me desgarraba el alma, el dolor había pasado por fin. Era una sensación tan agradable…

Capítulo Treinta Y Cinco

SERGEI PROKOFIEV: CONCIERTO PARA VIOLÍN Nº1



Sin dejar de correr, presioné la opción de contactos. Se abrió la agenda, necesitaba llamar a su amiga, quizás ella sabía algo. ¡Tenía su número, me había llamado un día desde su teléfono y lo guardé por si volvía a hacerlo! Marqué, un tono, dos tonos, tres tonos. ¡Joder, Sissí, despierta! ¡Coge el puto teléfono! Otro tono más… nada, saltó el contestador.

—Sissí, por favor, descuelga. Por favor, por favor, es Sei, tengo que encontrarlo. Descuelga, por favor —supliqué en voz baja llorando.

¿Cómo iba a dar con él? ¿Y si llamaba a Carles, Neptú o como se llamara?

Pero ¿para qué? ¿Para qué iba a llamarlo? Él no iba a saber nada.

¿Y si había ido a ver a Vera? Podía ser.

Eso podía ser, ¿no?

Podía buscar la casa de los Balcells. En realidad sabía que no tenía tiempo de hacerlo. Me entró una llamada. ¡Sissí!

—Hola, soy Sissí, ¿eres Mar? ¿Le ha pasado algo a Francis?

—¿Francis? Sí, claro. Se llama Sei, tengo que encontrarlo. Va a hacer una tontería y no sé ni dónde ni cómo llegar. No voy a llegar, no sé dónde está.

—Está bien, ¿dónde estás tú? —Miré a mi alrededor, busqué el nombre de la calle, se lo dije y de pronto supe a qué lugar tenía que ir, ¿cómo no lo había pensado antes?

—Está en la playa, claro, ha ido a la playa.

—Espérame ahí, no estoy lejos. En diez minutos como mucho habré llegado.

—No, no puedo esperar, voy hacia la Barceloneta. No puedo perder el tiempo esperando.

—De acuerdo, sigue todo recto en dirección al mar, te recojo de camino. ¿Cómo te puedo reconocer?

—No te preocupes, es fácil, soy la loca que va corriendo por la calle en pijama. —Colgué el teléfono y seguí corriendo.

Los pies me dolían como si tuviese cien mil cristales clavados en la planta cada vez que los apoyaba en el suelo. También sentía flaquear las rodillas, pero daba igual. No iba a parar, tenía que llegar antes de que él…

No podía ni decírmelo a mí misma, ¡joder, Sei! Tendría que haberlo sabido, tendría que haberme dado cuenta. La forma de perderse en sus pensamientos, sus miradas, la nostalgia triste con la que me sonreía. Tendría que haberme dado cuenta y no lo hice.

La manera en que tocó el violín, lo que dijo después, el dolor que empapaba sus silencios, el miedo. Sabía que estaba asustado y no hice nada…

Mi amor, por favor, ¡espera! Te lo suplico, mi vida, ¡aguanta!

Sei…

—¡Mar! Soy Sissí, la amiga de Francis, de… ¿Cómo has dicho que se llama? La amiga de tu novio. —Miré a la izquierda y vi un coche que se detenía. Salté dentro de él.

—Sei, se llama Sei. Hola, Sissí.

—Hola, pues soy la amiga de Sei. Vamos a la Barceloneta, llegaremos enseguida. ¿Qué ha pasado? ¿Qué crees que va a hacer? —La miré con tanto dolor y tanto terror en mis ojos que no hicieron falta palabras, entre otras cosas porque Sissí también lo sabía, también lo sentía—. No va a pasar nada. No va a pasar, voy a matarlo yo, nada me va a impedir darme ese gusto. Por cierto, ¿qué nombre es Sei?

—Poseidó, ese es su nombre completo.

—Francis es en realidad Poseidó Balcells, claro, tiene sentido, ni siquiera se me pasó por la cabeza que pudiera ser él. ¿Por qué quiere hacer esto?

—Le han destrozado la vida. No te imaginas lo que su familia ha sido capaz de hacerle ni cuánto ha sufrido él.

—Puto mundo de mierda donde ser sensible es una condena, ¡joder! —exclamó dando un manotazo sobre el volante—. Lo vamos a encontrar, no te preocupes. No va a pasarle nada, no se lo merece.

—Pues como el motivo por el que todo va a ir bien sea ese, estamos bien jodidos.

—¿A qué altura quieres que vaya? —Iba a indicarle que siguiese un poco más cuando escuchamos las sirenas. Había un coche de la policía unos metros más adelante.

—¡Para! ¡Para, Sissí! —Frenó en seco.

Toda mi alma gritaba, imploraba: «¡No, Sei, por favor, no!». Salté del coche y corrí hasta donde estaba parado el vehículo. Había dos *mossos d'esquadra* y una pareja indicándoles algo en dirección a la playa, me dirigí hacia donde señalaban, había alguien tumbado en la arena. Aunque aún estaba oscuro, no me hacía falta verlo para saber que era él. Lo sabía, lo sentía. Grité su nombre y uno de los agentes me cortó el paso.

—¡Déjeme, necesito pasar!

—¡Déjala acercarse, es su marido! —mintió Sissí.

El policía dudó. Su compañero, bastante más mayor, le indicó un código, que pidiera una ambulancia y que me dejara pasar. Su respuesta fue algo sobre el protocolo. El otro oficial negó con la cabeza y respondió:

—Olvídate del protocolo, esto es una cuestión de humanidad. Si fuera mi hijo no querría que estuviera solo en este momento. Yo asumo las consecuencias.

Corrí a su lado, me arrodillé y le puse las manos en las mejillas.

—¡Sei, mi amor! Cariño, abre los ojos. ¡Sei, por Dios, no te vayas, no me dejes! Reacciona, mírame, cielo, ¡mírame! ¿Qué has hecho, amor mío? ¿Qué has hecho, Sei?

Estaba helado, no respiraba; había llegado tarde. Era demasiado tarde. Las lágrimas me bañaban las mejillas, una cayó sobre su piel y entonces entornó los párpados.

¡No estaba muerto! ¡Aún había esperanza!

Íbamos a salir de esta. Me miró a los ojos y me reconoció, estaba conmigo. Noté que su alma y la mía conectaban con intensidad, podía sentir lo que él sentía. Quería infundirme fuerzas, tranquilidad.

Estaba bien, no había dolor. Estaba en paz.

POSEIDÓ

Me estaba mareando, me ahogaba. ¿Me ahogaba? Claro, no estaba respirando. Volví a coger aire, Mar me besó los labios, la frente y las mejillas. Quería hablar, pedirle que me perdonara… No podía, no sabía cómo hacerlo. Un delicado destello de luz se coló sobre el mar, a lo lejos. Miré al horizonte y por fin lo vi:

El nuevo día venía cargado de esperanzas y promesas.

Justo donde el mar y el cielo se abrazaban, vi todas las oportunidades que amanecían desbocadas, aunque no para mí…

«Nunca es tarde», pensé. Y sonreí. Porque hoy era nunca, porque hoy era tarde.

Volví a clavar mis pupilas en las de Mar.

«Hasta siempre, mi amor. Ojalá algún día pueda ser un recuerdo bonito en tu vida, uno que no te duela, sino que te reconforte. Lo siento, cariño, no puedo más, no soy capaz. Este es el fin de mi viaje. Me has salvado de mí mismo, porque al final sí que he tenido futuro, y ese eres tú, viviré eternamente en tu alma. Ahora no lo ves así, lo sé, pero este es el único final posible para esta historia. Mar, tú y yo nos merecíamos un final feliz y, aunque ahora no puedas entenderlo, este es el único final feliz para nuestro amor, ya que las demás opciones acababan sin remedio en dolor y fracaso. Me marcho contento. Si pudieras perdonarme, entonces sería totalmente feliz».

Capítulo Treinta Y Seis

MARIO CASTELNUOVO-TEDESCO: CONCIERTO PARA VIOLÍN Nº 2



Escuché su voz en el fondo de mi alma pidiendo perdón, justificando la terrible decisión que había tomado. Supe que lo único que le robaba un poco la paz era el miedo a que yo no lograra superar su marcha, el dolor de que no lo entendiera y el sufrimiento de que lo odiase.

—Tranquilo, mi amor. Tranquilo, está todo bien, márchate sin miedo. Descansa, mi vida, estoy bien, estaré bien. Gracias por todo. Gracias, Sei, por haberme enseñado lo que significa vivir. No pasa nada, te mereces descansar, mereces dejar de sufrir. Vete, Sei. Descansa, mi amor. Te amaré eternamente. —Le acaricié las mejillas despacio, su piel rascaba un poco por la barba que empezaba a crecer. Lo único que importaba era que él no tuviera miedo, que se sintiera protegido. Que se marchara tranquilo y feliz. Estreché su cabeza contra mi pecho y empecé a tararear la melodía de aquella canción de cuna rusa con la que Vera lo calmaba: «*bayushki bayu,* Sei, *bayushki bayu*, amor mío». Volví a mirar dentro de sus preciosos ojos, ahora más bonitos que nunca. Sonreí feliz, feliz de verdad, por fin había desaparecido, ya no estaba allí, el Maelstrom se había ido; en su mirada añil reinaba la pleamar.

Los sanitarios me pidieron que me apartara con urgencia.

—¡Por favor, señora, déjenos hacer nuestro trabajo! Tenemos que desfibrilar.

—Dejadlo en paz —ordené casi en un susurro—. No quiere volver, no puede hacerlo; ya se ha ido. Dejadlo descansar, dejadlo tranquilo. —Obviamente no me hicieron caso, se pasaron casi 45 minutos intentando traerlo de vuelta.

—Hora de la muerte: 7:53. —Oí decir de fondo. No era verdad, había dejado de vivir mucho antes.

Sissí se acercó a mí y me abrazó.

—Estoy bien, Sissí. Él está bien, por fin está bien, así que yo también lo estoy. —Y era verdad, sentía una extraña sensación de

paz, de alivio—. No volverán a hacerle daño nunca más, eso es lo único que importa.

Al día siguiente, me vestí, fui al metro y le conté a Albert lo que había pasado. Sabía que querría decirle adiós y que a Sei le gustaría que él lo acompañara en la representación final.

También informé a Ignacio, Pascual y Juan; Sei había dejado una carta para cada uno de ellos. Cuando se las entregué, solo Pascual la abrió, leyó las primeras líneas, soltó una carcajada y exclamó: «¡Qué cabrón! Cuánto voy a echar de menos su sentido del humor». Después, la guardó para acabar de leerla en la intimidad como habían hecho sus compañeros. Los tres entendieron a la perfección que Sei no podía despedirse en persona, era demasiado sensible, no hubiera soportado tanto dolor. Aunque estaban muy tristes y afectados, lo entendían y no lo juzgaban. Así me lo hicieron saber.

Después me acerqué a Cáritas para explicarle a Mari Carmen lo que había pasado. Él le tenía cariño, me había hablado en varias ocasiones de ella, de su interés en ayudarlo y de la forma maternal en que lo trataba cuando iba a buscar ropa.

Finalmente llegó el turno de informar a Vera. Esa iba a ser la peor parte, pues tendría que ir a esa casa. Sabía que no me iban a dejar entrar, pero Vera debería estar en su funeral, ella era la única persona que realmente lo había querido en ese lugar. Llamé a la puerta y pregunté por ella, desde el videoportero alguien me dijo que no estaban permitidos los encargos personales a los miembros del servicio, que la llamara por teléfono en su horario de descanso. No podía hacerlo, no tenía su número.

—Si tiene un poquito de humanidad, le dirá que su *dragotsenny*, su niño, ha muerto. El funeral es mañana a las once en la iglesia de San Severo. —Me giré y empecé a alejarme de allí. De pronto sentí una mano cogerme del brazo, me volví sobresaltada y me encontré frente a una mujer de unos sesenta años, con la respiración agitada después de haber corrido y con la cara descompuesta por el dolor.

—¿Eres Mar? —Asentí—. ¿Qué le ha pasado? ¿Qué le ha pasado a mi *malinki*?

—No pudo más. Se fue tranquilo, sintiéndose querido por encima de todo. Lo último que escuchó fue la canción que tú le cantabas,

sin letra, no sé ruso. Se fue feliz, dejó de sufrir.

—Lo mataron allí, en esa casa —dijo con rabia—. Salió de ese lugar herido de muerte. Lo encontré justo ahí, en el parque. No volvió a vivir jamás, hasta que hace unos días me llamó por teléfono, me habló de ti, de lo que quería hacer, quería regalarte un cuento de hadas. Pensé que estaba loco si se dejaba ver, si permitía que ellos volvieran a acercársele. Iba a reñirle, pero ¡estaba tan feliz, tan vivo! No dije nada, hice lo que me pidió. Sabía que no podía acabar bien, lo sabía.

—No, Vera, no es así. Sí ha acabado bien, ha terminado dónde, cómo y cuándo Sei ha decidido. Él ha cerrado esta historia. Ha escogido siempre lo que iba a hacer con su vida, jamás han conseguido que se plegase a su voluntad a pesar de habérselo quitado todo. Ha demostrado que se puede vivir sin nada y no dejar que te roben ni la libertad ni la dignidad, es su victoria. Ellos nunca tendrán nada de eso. ¿Vendrás mañana?

—¿Dónde está él ahora?

—En el hospital. Lo incinerarán cuando hayan acabado con la autopsia y todas esas formalidades. Era lo que él quería, no deseaba que lo llevaran al tanatorio y que fueran a despedirse de él las personas que jamás lo tuvieron en cuenta en vida. Llevaba una carta encima donde explicaba todo esto. Lo dejó todo organizado y pagado. Sei era muy bueno cuidando los detalles.

—¿Quería un funeral en una iglesia?

—Pues literalmente la nota dice: «Dedicadme una bonita ceremonia en una capilla pequeña, no hace falta más. No va a ir ni Dios, especialmente él no va a venir. No está invitado. Me ahorraría el espectáculo, pero a Vera le faltará algo si no lo hacemos; para ella es importante, y a mí me importa ella». También dejó una carta para ti. Mañana en el funeral te la entregaré, no sabía si iba a encontrarte aquí.

—Hay que hacer las cosas bien, claro que sí. ¿Puedo ir contigo? ¿Puedo acompañarte?

—Por mí, sí. No hay problema. ¿Puedes hacerlo?

—Voy a hacerlo, me da igual lo que hagan ellos después. Me quedé en esa casa por si algún día volvía, para estar con él, para

que no estuviera solo. Sabía que no había muerto, lo sentía dentro, en mi corazón. Igual que llevo desde ayer con un nudo en la garganta. Ahora que ya no va a volver, no hago nada allí. Gracias por haberlo hecho feliz de verdad por primera vez en su vida, por haber conseguido que sintiera lo maravilloso que era y lo increíble que es estar perdidamente enamorado y que te correspondan, por haberle enseñado lo que se siente cuando alguien te adora por quien eres, por ti mismo, sin aderezos superfluos que no valen nada, aunque lo cuesten todo.

—Gracias por haber estado a su lado cuando más lo necesitaba, por quererlo y ayudarlo, por no dejarlo solo con los monstruos. —Vera me abrazó, me pasó el brazo por la cintura y caminamos juntas de esa manera. Me sentí bien; me sentí acompañada y arropada.



Al día siguiente me levanté como si alguien hubiera accionado el piloto automático. Me puse el primer vestido que me regaló y me miré en el espejo. Lo vi delante de mí con su pelo mal cortado y revuelto tapándole casi toda la frente, la barba larga y descuidada. Como contrapunto, la espalda ancha, los brazos fuertes, las piernas largas, sus preciosas y delicadas manos de violinista, aquella sonrisa pícara algo ladeada y sus ojos, los más bonitos que había visto en mi vida, los primeros que veía de aquel azul tan oscuro e intenso, mágicos a pesar del Maelstrom, siempre a pesar de él. Sei…

Me puse el vestido que él había comprado para mí; el inicio de todo, el que lucí la mañana después de hacer el amor con él por primera vez. Lo hice para despedirme de él. «No», su voz sonó con determinación en mi cabeza, «no vas a despedirte de mí, vas a decirle adiós a una urna». Sabía que era verdad, pero ¡cómo deseaba tenerlo físicamente conmigo!, poder abrazarlo, aspirar el aroma de su piel, sentir la calidez de sus labios, refugiarme en su abrazo y que todo fuera solo una terrible pesadilla. No lo era, nada

de eso iba a pasar. Mi amor ya no tenía cuerpo, ahora todo se había reducido a un montón de cenizas, así de simple, así de duro.

Entré en la iglesia con Vera. Allí estaban ya Ignacio con su mujer, Amalia; Pascual y Fina; Juan y Conchi; Albert y Ricard; Mari Carmen y Manel; Sissí con su hijo mayor, Santi; Miriam y Óscar; Anabel y Marcos, ellos estaban allí por mí. Todos tenían a alguien, Vera y yo íbamos a tener que apoyarnos la una a la otra, estábamos solas.

Ante el altar, una foto de Sei cuando tenía unos veinte años, sonriendo ampliamente y guapo a rabiar. Vera la había llevado para ponerla delante de aquella urna que en realidad no contenía nada, él no estaba en ninguna de las dos cosas. Sei no era cenizas, nunca lo había sido y jamás lo sería. El polvo que llenaba esa urna no era mi amor, él no estaba ahí adentro, yo podía notar su cálida presencia a mi lado, cerca de mí. Si lo dijera me responderían que estaba loca, que era el dolor. Me daba igual, yo lo sentía, era mi secreto y siempre lo iba a ser.

—Hermanos, estamos aquí reunidos para honrar la memoria de Sei. Él se ha ido. Muchos sentiréis que era demasiado pronto, es cierto, era muy joven, pero…

—¡Sei! ¡Mi hijo, es mi hijo! —El alarido descarnado de Helena lo paralizó todo.

La vi a ella y a Carles, Anna Elisa tuvo la decencia de no entrar. ¿Cómo se habían enterado? Supongo que todo se acaba sabiendo, solo había esperado que tardasen más en conocer la noticia, para que no sucediese justo lo que estaba pasando. Helena se abalanzó hacia la urna y la abrazó contra su pecho, ahogada por el llanto, al tiempo que preguntaba una y otra vez «¿por qué, por qué, por qué?». Carles estaba inmóvil en la puerta de la iglesia, con las gafas de sol puestas, las lágrimas rodaban despacio por sus mejillas, mientras, Helena seguía acunando la urna contra su pecho.

—¿Qué te hemos hecho, mi niño? ¿Qué te hemos hecho? Te hemos matado, te matamos nosotros. No quiero una vida sin ti. Eres y siempre serás lo único bueno que ha habido en mi mundo, mi luz, mi aire, mi todo. Sei, mi niño. ¿Qué te hemos hecho? —Se tambaleó, rota por el dolor. Corrí a sujetarla, Albert me ayudó.

—Helena, por favor —pedí—, vete a casa. No te hagas esto. Sei no lo querría y tú lo sabes.

—Quiero estar con mi hijo, no lo vi, no lo pude ver antes de esto. Quiero estar con él.

—Lo siento, Helena, es tarde. Es muy tarde, Sei ya no está aquí. Carles, por favor, haz algo, no te quedes ahí, ayúdala; llévatela a casa.

—Tenemos derecho a estar aquí, Mar.

—En realidad, no es así. Pero no te lo pido por eso, Helena no está en condiciones de estar aquí, ¿no lo ves?

—Es la segunda vez que entierra a su hijo en tres años, ponte en su lugar.

—Haced lo que queráis. Me estoy despidiendo del amor de mi vida, no tengo ganas de discutir con nadie —solté malhumorada, segura de que esta sería solo la primera escena a la que tendría que enfrentarme.

—Casi no lo conocías. De hecho, no sabes nada de él.

—¿Hablas de mí o de ti? No es ni el momento ni el lugar. —Volví a mi asiento. Vera me estrechó fuerte la mano.

—Es tu amor, fuiste el suyo, tú lo sabes, da igual lo que digan ellos.

El cura continuó con la ceremonia. Vera leyó unos pasajes de la Biblia y cantó *Bayu, bayushki, bayu;* todos lloramos de la emoción. Albert recordó sus charlas, la forma en la que tocaba el violín en el metro, deteniendo el tiempo, y como había cumplido la promesa que siempre le había hecho de llevarlo al Palau de la Música cuando él le decía que lo invitaría al Camp Nou.

Se hizo un momento de silencio que fue roto por el sonido de un violín. Me giré, en la puerta, acompañado de tres músicos más, estaba Josep Jordi Vallterra, tocando *El cant dels ocells*. Me sobrecogió, lloré, lloré y lloré. Cuando acabó, miró hacia arriba y levantando el arco dijo:

—Va por ti, maestro. —Nos miró—. Fue siempre el mejor, sin duda y con diferencia, tan espectacular, tan bueno que asustaba a todos menos a él mismo. Poseidó estaba muy a gusto y muy satisfecho de su persona —prosiguió con cierta socarronería—. Voy a

tocar, el *Capricho 24* de Paganini, para que desde donde esté pueda reírse de mí. ¡Oh, sí, lo hacía! Me decía que era lento e inseguro y después, a pesar de que yo era el número dos y su principal competidor en el conservatorio, me explicaba cómo hacerlo bien. Me mostraba la colocación e intentaba ayudarme a mejorar, porque ese era Poseidó Balcells, insufriblemente ególatra y maravillosamente altruista al mismo tiempo. El mejor violinista de todos los tiempos. Solo había una cosa en la que era mejor que en la música, siempre fue la mejor persona que he conocido, el mejor amigo que he tenido, desde que con solo cinco años me corrigió la postura en la primera clase de violín que tuvimos juntos.

Empezó a tocar y consiguió que yo sintiera brillar a Sei más que nunca. No sonaba mal, por supuesto que no, pero no tenía nada que ver con cómo lo tocaba él. Viendo tocar a Josep Jordi sentimos la dificultad y exigencia de la pieza, cuando lo hacía Sei todo era pasión y emoción, hacía que pareciese fluido y fácil. Josep Jordi era un muy buen violinista, en cambio, Sei era un genio. Cuando acabó se dirigió hacia el altar, dejó el arco frente a la urna, apoyó la mano sobre el metal y suspiró.

—Adiós, Sei. Adiós, amigo, fuiste siempre demasiado bueno para nosotros. —Los otros músicos dejaron también sus arcos frente a los restos de Sei y salieron de la iglesia.

En la puerta, toda vestida de negro, con unas enormes gafas de sol y un sombrero del que escapaban algunos mechones pelirrojos pude ver un momento a Simonetta Bethencourt con el rostro empapado por las lágrimas que no dejaban de fluir. Solo faltaba El·ladi para que hubiesen ido a decirle adiós todas las personas que él no deseaba que estuvieran allí. Cuando acabó la ceremonia se acercaron a abrazarme los amigos de Sei y sus parejas; Sissí y Miriam se quedaron a mi lado para respaldarme y darme ánimos. En eso se acercó una chica a la que yo no conocía.

—Lo siento mucho. Me llamo Belinda. Pasaba por aquí cuando vi la esquela en la entrada. Solo quería decirte que él era especial, a mí me cambió la vida.

—¿Erais muy amigos? —pregunté por decir algo y supongo que también un poco por curiosidad, por saber qué relación había tenido

con él.

—No, en realidad no. Solo coincidí con él unas horas, aun así, no lo olvidaré jamás. Me dio la confianza que me faltaba. Fue poco tiempo, pero fue tan maravilloso que siempre estaré en deuda con él. —Me apretó la mano y se dirigió hacia la puerta con las miradas divertidas de Miriam y Sissí clavadas en ella.

—Se lo folló —dijo tajante Miriam.

—Totalmente. Se lo zumbó y bien. Lo que ha dicho, traducido al lenguaje de mi barrio, es que se lo triscó hasta dejarlo sequito.

—¿Pero qué estáis diciendo? —les pregunté sin dar crédito a lo que oía—. ¡Estamos en un funeral, por el amor de Dios!

—Sí, en el suyo. Sei se estaría descojonando con la situación, y lo sabes —señaló Miriam—. A veces tenía un humor muy básico; era de los nuestros.

—Te aseguro que, de todos los homenajes, el Francis que yo conocí se quedaría con este: una chica que viene a decir que chuscaba tan bien y era tan impresionante que le cambió la vida y no lo ha olvidado jamás.

—No sabes si eso es tan alucinante, igual se acostaron juntos hace unos meses —respondí a Sissí.

—Imposible. Ella lo conocía como Poseidó, por eso ha llegado aquí. Hace como mínimo tres años desde el polvazo. ¿Realmente era para tanto?

—No voy a hablar de nuestra vida sexual, no al menos aquí en una iglesia, en su funeral; es que estáis fatal.

—Tía, hazle tú también un homenaje, no dejes que ese gustazo se lo dé una desconocida.

—Calentar, calentaba como nadie. Se daba una maña para eso que olé —declaró Miriam—. Por desgracia no sé cómo remataba. —Sissí asintió dándole la razón. Las dos clavaron su mirada en mí.

—Brutal, espectacular, increíble, impresionante. Un diez en todos los aspectos: técnica, creatividad, potencia, resistencia, recuperación y en todas las variantes posibles. Fuerte, duro y apasionado; lento, dulce y romántico; la combinación de ellas; la variante que él llamaba *soft hardcore* y en cualquier postura que se pueda adoptar. ¿Contentas?

—Me van a dar un premio a la reacción más inadecuada —comentó Sissí fingiendo afectación—. Me estoy poniendo cachonda con un muerto en su funeral, en el infierno ya están preparando un potro de tortura con mi nombre. —Nos reímos las tres. Y aunque recibimos alguna mirada sorprendida, nos vino bien para poder aguantar las lágrimas que derramaríamos más tarde.

Mientras metían la urna en el nicho y lo sellaban con las flores y los arcos de violín dentro, volví a escuchar su voz en mi cabeza: «Menos mal que no pueden encerrarme ahí adentro, porque me habéis metido con cuatro arcos y ni un solo violín, ¿qué esperáis que haga con ellos? Ah, y, por cierto, voy a hacerte el amor en sueños, dormida o despierta, me da igual, durante toda la eternidad. ¿Por qué no me dijiste todo eso cuando aún tenía cuerpo?».

«Te lo dije, te lo hice saber. Claro que te dije que me volvía loca hacer el amor contigo».

«No es lo mismo. No me dijiste lo que les has dicho a ellas».

«Cállate, no quiero estar pensando en sexo mientras acaban de poner el cemento en tu tumba. No es normal».

«Lo normal es lo que se toma como norma o regla social, aquello que es regular y ordinario para todos. ¿Cuándo hemos sido normales tú y yo? ¿Cuándo ha sido algo normal conmigo?».



Volví a casa con Sissí, Miriam y Vera, esta última dijo que prepararía algo de comer mientras yo me tumbaba un rato y me relajaba. Me estiré sobre la cama que había compartido con él en los últimos tiempos, aún podía notar su aroma en la almohada. Sentía unas ganas locas de llorar y también un intenso deseo de acariciarme pensando en sus manos, imaginando su cuerpo.

«Hazlo, lo segundo, por supuesto, hazlo conmigo, por mí, para mí», me susurró sensualmente.

«No, ni hablar, Miriam, Sissí y Vera están ahí afuera, acabamos de volver de enterrarte, no voy a hacer eso, claro que no».

«Hala, a llorar entonces, mucho mejor».

Tenía conversaciones con un muerto, ¿me estaría volviendo loca? La tarde pasó en una nebulosa. Por la noche cogí su enorme parka y una botella de Dom Perignon que había puesto a enfriar.

—Nos vamos —dije a mis acompañantes.

—¿A dónde?

—A la carretera de las aguas.

—¿A qué?

—A brindar por Sei.

—Eso lo podemos hacer aquí.

—Tenéis toda la razón, pero lo vamos a hacer allí.

Estuvimos tiradas sobre el capó del coche, Vera sentada en una piedra, bebiendo un champán de más de 17000 euros directamente de la botella. Brindando por Sei, recordándolo, contando anécdotas sobre él, imaginando cosas que él haría o diría de estar allí, incluso cantamos y bailamos. Al final yo canté *My heart will go on* en su honor, como aquella primera vez. Cerré los ojos, podía oír el violín en mi cabeza, podía sentirlo a mi lado, a mi alrededor, abrazándome y tocando el instrumento al mismo tiempo. «Ventajas de la extracorporeidad», de nuevo su voz. Lloré, lloramos todas. Lloramos mucho y volvimos a reír de nuevo.

Tuvimos que esperar un rato antes de marcharnos, acabamos un poco borrachas, ninguna tenía buena tolerancia al alcohol. Al final condujo Vera, que era la que menos había bebido o quizás era que sus genes rusos aguantaban mejor que los nuestros.

Capítulo Treinta Y Siete

GRAZYNA BACEWICZ: CONCIERTO PARA VIOLÍN Nº1



MAR

Los días fueron pasando. Tenía momentos tristes, y otros en los que pensaba en Sei y me sentía tan feliz de haberlo conocido, de haberlo amado y haber sido amada por él que me parecía que iba a estallar. Había otros en los que lo echaba de menos, más de lo que se puede explicar con palabras. En algunas ocasiones conversaba con él en mi cabeza, incluso discutíamos. Más de una vez me pregunté si me estaba volviendo loca, sin embargo, me gustaba demasiado hacerlo como para preocuparme demasiado por ello. Seguramente era una forma de enfrentarme al dolor, de no acabar de aceptar la realidad, de seguir teniéndolo un poco. Lo más probable era que su voz se fuera marchando de forma gradual hasta ser solo un recuerdo, pero ahora no estaba preparada para despedirme de él de esa manera también. En cualquier caso, no le hacía daño a nadie, era mi secreto y mi tabla de salvación.

Ya no tenía trabajo. No podía volver a BMN, no quería volver a pisar esa empresa. Tampoco ellos deseaban que estuviera allí, ahora que sabían que yo era la pareja de Sei. La simple idea de estar cerca de ellos me revolvía el estómago y me despertaba unos instintos asesinos que no imaginaba que tenía. De momento podía subsistir con el dinero que había cobrado. Si no salía nada, tendría que utilizar el dinero que Sei había dejado para ese propósito en la funda del violín, un sobre que contenía 30000 euros en el que ponía: «para electricidad y otros caprichos mientras sale algo mejor que BMN».

Quince días después de enterrar a Sei, recibí una llamada de Miriam muy alterada.

—Mar, ¿has leído el testamento de Sei?

—Recibí una notificación de un bufete de abogados en la que me informaban que era heredera de Poseidó Balcells i Solans y que podía pasar por la notaría a buscar mi copia del testamento. Si no fuera porque eso significa que Sei está muerto, me habría hecho gracia y todo. Por supuesto, no he ido a buscar nada.

—Tienes que ir, la notificación es del bufete donde trabaja Óscar. Aquí se ha liado una muy gorda, me lo ha explicado Lorena, la secretaria de Carles, que lo ha oído todo. Los Balcells han leído las últimas voluntades de Sei. Escúchame, los abogados de BMN te van a llamar. Sei dejó el testamento junto con dos evaluaciones psiquiátricas de los especialistas clínicos más reputados de Barcelona, que certifican que estaba en pleno uso de sus facultades mentales. En él te deja a ti todo lo que tenía, a excepción de una cantidad de dinero y algunos objetos personales que le ha legado a Vera, las acciones de una empresa que le deja a su socio en ella, algún dinero que legó a amigos suyos y, agárrate…, un Blue Ray de la película *Leyendas de Pasión* que le ha dejado a su hermano, ¡le ha dejado una peli en herencia, flipa!, por eso pudo recoger su copia y abrirla aquí. Carles es el único heredero de la familia Balcells. El·ladi está histérico, dice que no te va a dar nada por haberte follado a Sei unas cuantas veces. Pero legalmente lo tiene complicado, está muy bien hecho y ligado todo, sus abogados, entre los que está mi marido, creen que tendrán que dártelo. Te aviso para que estés preparada. No sabes de lo que es capaz El·ladi Balcells.

—Sí lo sé, por desgracia lo sé, y no me da miedo. De todas formas, ¿por qué tanta histeria?¡Sei no tenía nada!

—Mar, no me estás escuchando, Sei tenía un patrimonio, entre propiedades y acciones, de más de cien millones de euros. Eso sin contar los coches que se quedó Carles; hablamos de coches de gama altísima de varios millones cada uno y que quizás aún estén a su nombre. Además, podrías reclamar todo lo que le dejó su abuelo y no le entregaron y yo qué sé, lo que tuviera antes de desaparecer, si es que Carles no lo ha pasado todo a sus cuentas, creo que Sei le había dado poderes sobre ellas, desconozco si sobre todo lo que tenía cuando desapareció o solo sobre una parte. Lo que sé, es que lo que ha aparecido ahora, lo que ha cabreado a El·ladi Balcells, es el resultado de unos negocios e inversiones que Sei realizó antes de desaparecer, gestionado a través de una empresa que él fundó y de la que la familia desconocía su existencia hasta la apertura del testamento.

—¡Madre mía! Es una locura.

—Total. El·ladi está que trina. Dice que Sei nunca quiso trabajar para BMN, aunque por lo visto, para montar una empresa aparte no le provocaba urticaria meterse en las altas finanzas. Tenía un socio, un tal Julio Bielsa, que es quien ha estado al frente de esa empresa todo este tiempo. Hace años, cuando Sei trabajó aquí, cerró un negocio muy beneficioso para BMN que hizo mucho daño a otros empresarios más pequeños, Julio Bielsa fue el principal damnificado, la verdad es que no tengo ni idea de cómo llegó a asociarse con Sei ni de qué va todo esto, pero, ahora mismo, El·ladi Balcells está al borde de la locura. En fin, vas a tener que venir aquí, si te niegas será peor, no pararán hasta hablar contigo. Búscate un abogado, te van a acorralar sin duda. Ven preparada. Si lo prefieres, Óscar podría hacerlo, conoce el tema, ya te he dicho que Sei trabajaba con su bufete.

—Lo estoy. Y no necesito ningún abogado.

Recibí esa llamada, me citaron para el día siguiente a las once de la mañana. Cuando llegué, me sentí como si me fuera a juzgar la Santa Inquisición. Me senté, reconocí a El·ladi y a Carles, los otros cuatro debían de ser sus abogados. Me alegré de que al menos estuvieran contribuyendo a bajar las cifras de desempleo. ¿De verdad necesitaban cuatro abogados para intimidarme? Me sentí importante.

De pronto vi entrar a Óscar, el marido de Miriam, y otro hombre que no conocía. Los Balcells tampoco, lo supe porque en un primer momento parecieron confusos, después El·ladi empezó a escupir fuego con su mirada.

—Buenos días, soy Óscar Ruíz, el abogado de la señorita García.

Se sentó a mi lado y aproveché para susurrarle:

—Le dije a Miriam que no necesitaba un abogado.

—No es cosa de Miriam. Fue Poseidó quien me contrató para representarte. Sabía perfectamente que esto iba a pasar, me dio toda la documentación para que en caso de que a él le pasara algo preparara el caso y os defendiera a ti, a Vera y a sus amigos, solo que de momento El·ladi, no se ha opuesto a que ellos hereden lo que él les dejó. A Vera le corresponde una suma importante; a los demás, las personas que lo ayudaron cuando estaba en la calle, les

deja un buen pellizco para cualquiera. Sin embargo, todo eso a los Balcells no les preocupa, son números de cinco cifras, calderilla para esta gente.

—Sei…

—Buenos días. Yo soy Julio Bielsa, gerente de BTF. —Me miró con una sonrisa divertida en el rostro—. Las siglas significan: Balcells/Bielsa Terra Ferma. —No pude evitar la risa que ahogué con la mano en mi boca. Sei…—. Soy el asesor financiero de Mar García.

Empezaron a hablar, debatir y discutir. Hasta que me cansé de oírlos.

—No quiero nada —dije levantando la voz—, no quiero ni un euro del dinero de Sei. Por eso no necesito ni abogados ni asesores de nada. No me interesan el dinero, las propiedades ni los coches; no quiero nada material de Poseidó Balcells. Lo quiero a él y ya no está, así que todo lo demás me sobra.

—Espera, Mar. Piénsatelo, es mucho dinero —comentó Óscar preocupado.

—No hay nada que pensar, no lo quiero. Sei no lo quería, él sabía el daño que puede provocar, por eso renunció a todo. No quiero nada. Preparadme todo lo que tenga que firmar y lo haré. Si como ha explicado el señor Bielsa, Sei ni siquiera sabía las ganancias que le había generado BTF en estos años porque consideraba que eran de la persona que dirigía la empresa, eso es lo que voy a firmar, y el resto será la para la familia Balcells. Yo no quiero nada. Es mi última palabra. Toma, Carles —le dije tendiéndole las llaves del Bugatti—. Estaban en mi casa.

—Una decisión muy acertada, señorita García —intervino El·ladi en tono seco—. Ahora solo falta que me entregue las llaves de la caja de seguridad.

—No sé de qué me está hablando. Aún no he leído el testamento de Sei, no he ido ni siquiera a buscar la copia que me corresponde. Tenía claro que no quería su dinero, no me interesaba lo que dijera en él, así que no sé nada de una caja de seguridad, él no la mencionó jamás. Sei nunca me explicó nada de sus posesiones. Creía que no tenía nada.

—Bien, en ese caso quiero el violín de mi hijo, el que llevaba siempre encima, con el que tocaba en la calle.

—¿El violín? ¿Por qué? ¿Para qué? —pregunté confundida.

—Soy un sentimental. No vale mucho, pero es un recuerdo personal.

Me quedé mirándolo fijamente a los ojos, saboreando la palabra que aún no había pronunciado pero que se estaba formando en mi garganta. Recordé a Sei explicándome: «Nadie le dice que no a El·ladi Balcells, ni siquiera yo, que siempre he sido la oveja negra de la familia».

—No —pronuncié firme, alto y claro. El momento había llegado. La persona que tenía delante solo era un hombre. Altivo, arrogante, ruin, cruel, despreciable… Podría seguir, aunque ¿para qué? No era más que yo ni que Sei. Claro que se le podía decir «no» a El·ladi Balcells, acababa de hacerlo, por mí y sobre todo por el amor de mi vida.

—¿Qué has dicho? —preguntó sorprendido y del todo indignado.

—No —repetí. Estaba dispuesta a hacerlo durante el resto de mis días si era necesario. —No voy a dárselo, eso no.

—No me he expresado bien. ¿Ha parecido una petición? No lo era. A ver, ¿podéis salir todos un momento?, mi nuera y yo tenemos que tratar unos asuntos familiares privados —informó con retintín.

—No vamos a dejarla sola —respondió Óscar.

—Salid, por favor. No necesito protección, puedo tener una conversación con mi suegro —pedí con el mismo tono de voz.

Todos salieron a regañadientes.

—Pongamos las cartas sobre la mesa, a mí ese violín me importa tan poco como a ti. Yo quiero el contenido de la caja de seguridad que tenía en el banco, ¿qué quieres tú?

—No sé lo que hay en esa caja. Supongo que el Guarneri que le regaló su abuelo. Si es así, tampoco se lo entregaré. Es lo único que voy a conservar de él. Si Sei tenía esa caja, supongo que era para guardar cosas importantes para él, y si estoy en lo cierto, no les entregaré ninguno de esos objetos. Si Sei hubiera querido que los tuvieran, se los habría legado a ustedes. Sin embargo, me los dejó a mí, y voy a cuidarlos como él querría.

—Quiero la llave, Mar, y la quiero ya. El Guarneri puedes quedártelo, venderlo o utilizarlo como leña para la chimenea. No quiero ningún puto violín, valga lo que valga. Quiero lo demás. Me pertenece.

—No tengo esa llave. Sei jamás me habló de una caja de seguridad, me acabo de enterar de su existencia.

—Eso me lo creo, aunque los dos sabemos dónde la escondió. Poseidó era muy predecible para ciertas cosas. Escúchame bien, niña, entiendo que creas que tener el estómago de comérsela a mi hijo cuando era un yonqui y un pordiosero te da derecho a una buena compensación, también entiendo que pienses que, si todo se la pelaba, lo que guardó en esa caja tiene que ser el tesoro de Barbazul. En realidad, no es así, lo que hay allí solo tiene valor para mi familia. A ti te sale mil veces más a cuenta quedarte con el dinero, no voy a ponerte ningún problema, de hecho, puedo redondearte el numerito al alza, pero quiero esa llave, ya.

—No quiero dinero y no lo puedo ayudar; sigo sin saber de qué me habla. ¿Pero sabe una cosa?, aunque lo supiera, no se la daría.

—¿En serio quieres retarme, niñata? Te aplastaré como a una jodida cucaracha. Ni siquiera Poseidó pudo conmigo. ¿Te crees más fuerte que él? ¿Más que yo? ¡Vas a darme esa llave!

—No.

—¿No?

—No.

—A mí nadie me dice que no.

—Yo sí. No.

—Me la vas a entregar por las buenas o por las malas. Todo el mundo tiene un punto débil. Encontraré el tuyo, te quitaré lo que más quieres, lo que más te importe en el mundo, tu razón para vivir. Te lo arrebataré y lo haré pedazos ante tus ojos. ¿Qué te parece?

—No me asustan sus amenazas. Ya lo ha hecho. No soy más fuerte que Poseidó, lo que pasa es que mi razón para vivir era y siempre será él, ya me lo ha quitado y no lo recuperaré jamás. No puede hacerme más daño, ya no tengo nada, y nada teme el que nada puede perder. Por eso Sei decidió vivir en la calle, para no tener ni sueños con los que pudieran volver a hacer que sufriera. El

problema es que no fue capaz de odiarlos, era demasiado noble y sensible para eso. A él ustedes le seguían importando y lo herían con sus desprecios y su traición. Por eso jamás dejó de destrozarlo el dolor.

—Si no quería tener nada debió haber entregado esa llave. Dámela tú y acabemos de una vez.

—Por última vez, no.

Salí de allí sin tener ni idea de lo que me estaba hablando, no sabía qué podía haber escondido Sei que era tan importante para su padre, no obstante, estaba muy contenta de haber tenido la oportunidad de decirle que no al gran El·ladi Balcells. «Va por ti, mi amor», pensé orgullosa.

Esa noche me senté en el sofá y puse *Un lugar donde refugiarse*, aquella preciosa película que Jon Dalmau y Alexandra Aimar habían rodado en Lloret de Mar. Ahora la veía con otros ojos. Alex, el personaje de Jon, ya no me parecía perfecto ni tan irreal; veía a Sei en él. Es cierto que Sei era una versión bastante más compleja de Alex, pero sabía que se podía vivir el amor de esa manera.

«—Yo follaba mejor y con mucho más entusiasmo. Ese Álex suspira mucho y gime poco, se va a correr tan suavecito que se le van a quedar los espermatozoides pegados en la punta del capullo».

—¡Sei! Es una película romántica.

—¿Y la gente cuando se enamora folla así de contenida?, ¿no explotan, no quieren orgasmos salvajes ni perder la noción del tiempo y el espacio? ¡Anda ya!

—Explícame lo de la caja de seguridad. ¿Por qué es tan importante para tu padre? ¿Qué escondes en ella?

—Prefiero seguir hablando de sexo.

—Quiero saberlo.

—No necesitas saber eso.

—Tu padre me ha amenazado con arruinarme la vida si no se la doy. Sí necesito saber eso.

—Vete, márchate de Barcelona, desaparece.

—No, Sei. Yo no soy tú. No voy a ir a ninguna parte, no tengo nada que me pueda quitar.

—¿Y si hubiera algo?

—No lo hay.

—Sí lo hay. Lo habrá. Dáselo, dale lo que quiere. La llave está escondida en la funda del violín. Si hubieras ido a buscar la puta copia de mi testamento, como me encargué de que te notificaran, sabrías eso y todo lo demás. Dejé una carta para ti, con los datos del banco y el procedimiento para abrirla, es bastante sencillo. Ve al banco, coge lo que El·ladi te ha pedido y entrégaselo. A ti no te sirve para nada, hazme caso. Por favor, no corras riesgos, dáselo y vete de Barcelona. Hazlo por mí si no quieres hacerlo por ti».

Me desperté sobresaltada. Estaba algo asustada por la angustia en la voz de Sei. Era normal que tuviera ese tipo de sueños después de haber estado en el despacho de El·ladi Balcells. Busqué el violín, palpé despacio por encima de la funda de tela y, en un lateral, encontré algo. La llave de la caja, aquel sueño… ¿Había sido solo un sueño? Definitivamente me estaba volviendo loca, claro que era solo un sueño, no me había dicho nada que, de manera consciente o inconsciente, yo no supiera. Era obvio que la llave estaba escondida en el violín. El·ladi lo sabía, él me lo había sugerido cuando me lo pidió. En el sueño Sei no había dicho nada que yo no conociera, no temiera o hubiera pensado antes. En la pantalla, Alex y Carol bailaban, sonreían con dulzura mientras se devoraban con las miradas. Me encantaba la fuerza que tenía esa escena, la pasión y el amor que destilaba. Sei…



Tuve que esperar más de una semana para poder ir al banco a conocer el contenido de esa caja. Cuando me dejaron sola en la sala frente a ella, que por cierto era bastante grande, estaba como un flan. No había sido más feliz en mi vida, y al mismo tiempo estaba muerta de miedo. Acababa de descubrir algo que cambiaba toda mi existencia y le daba sentido, al mismo tiempo que confería a Sei aquella eternidad que había mencionado en varias ocasiones. Aunque en aquel momento, también estaba muy enfada con él por

haberse ido, lo necesitaba conmigo. ¿Lo necesitaba? En realidad, sabía que no era así con exactitud. Saldría adelante sola, sabía y podía hacerlo, lo había hecho mil veces. Lo quería conmigo, eso sí era exacto. En aquel momento la rabia por lo que había hecho se peleaba sin descanso con el amor que sentía por él y la plenitud que me había regalado.

Estaba feliz porque al día siguiente me iba a Lloret de Mar a empezar de cero. Buscaría un trabajo y me quedaría allí. No sabía si me iba a quedar de forma definitiva o iba a volver, el tiempo lo diría. Barcelona solo estaba a una hora de camino y yo tenía 30000 euros de respaldo.

Abrí la caja, dentro estaba el violín, el Guarneri que le regaló su abuelo. Lo saqué, lo toqué y lo abracé. Su niño, así lo había llamado él. En otro compartimento había una caja no muy grande, dorada y con piedras preciosas incrustadas. La abrí. Dentro había una alianza de oro y diamantes, un anillo con un diamante cuadrado enorme y otros mucho más pequeños, pendientes con la misma piedra preciosa, de esmeraldas, unos con rubíes y diamantes negros, una gargantilla a juego, una pulsera… Debajo, una nota.

Si has llegado hasta aquí, eres una persona muy importante para mí. Aún no te conozco, pero te doy las gracias por estar en mi vida. No sé si te lo he contado, en el momento en que escribo esta nota mi existencia acaba de hacerse pedazos, lo tenía todo y ya no tengo nada, salvo que te he conocido en algún momento, en algún lugar, y te he entregado la llave de esta caja. Espero haber acertado, no se me suele dar bien evaluar a las personas.

Lo que tienes en tus manos no son joyas valiosísimas, es bisutería barata. No, es broma, es exactamente eso, joyas por un valor incalculable, al menos para mí, que no tengo ni idea de ese tema. Si las llevas a un tasador les pondrá precio, pero no te dirá jamás lo que valen. Estas son las joyas de mi abuela Pia, algunas se las regaló el abuelo Jordi, otras son herencia de la familia Balcells y de la familia Sallés-Vilecia. Son recuerdos, el tesoro de mi abuela. Para ella tenían un valor sentimental que iba mucho más allá del material que en realidad tienen. Mi abuelo me las entregó porque no quería que acabaran en las manos de mi familia, que también era la suya, por eso están aquí y por eso están en tus manos. Si yo he confiado en ti con acierto, sabrás lo que tienes que hacer con ellas; si me he equivocado, acabarán desmontadas en cualquier parte o en las manos de dios sabe quién. Si pasa esto espero que mi abuela nos perdone a ambos.

El violín que tienes aquí es un Guarneri, uno de los 200 que quedan en el mundo, es el primo menos

popular de Stradivarius, igual de excelente, pero sin tienda de ropa en su recuerdo. Como las joyas, tiene un precio muy alto y un valor incalculable. Es mi tesoro. Si vas a deshacerte de él, tienes un sobre con el nombre y teléfono de las personas con las que puedes contactar. Piensa que es un instrumento que vale millones, sí, estoy hablando en euros.

La otra caja, la negra, contiene papeles y un disco duro. En BMN no siempre se han hecho las cosas bien ni se ha jugado limpio, yo el primero. Cerré un negocio con técnicas ilegales y, lo peor, inmorales. Lo hice para cumplir un trato con mi padre que me permitiera marcharme a realizar mi sueño. Yo solito provoqué la caída en picado de una empresa que al desmoronarse arrastró a otras cuatro en un efecto dominó que dejó a sus fundadores en la ruina. Cierto es que la gestión de esas empresas era francamente negligente, pero eso no hace menos grave que yo las fulminara. Una vez demolidas, el grupo empresarial BMN las pudo comprar a precio de saldo y volver a levantar el imperio. Creí que esto

no me pasaría factura, es una obviedad decir que me equivoqué, no he vuelto a dormir bien ni una noche desde que lo hice. En ese momento, me miré al espejo y vi a un Balcells más, capaz de arrancarle el corazón en vivo a quién sea para conseguir sus propósitos, sin embargo, yo no soy así y pagaré por ello mientras viva.

Intenté enmendar en parte el dolor causado invirtiendo en otras empresas de la zona, para que se expandiesen y crearan puestos de trabajo para la gente que se quedó en la calle por mi culpa, aunque el daño ya estaba hecho. El dueño de la mayor de esas empresas, Julio Bielsa vino a verme, me explicó la historia de su familia y de otras a las que había hundido, me enseñó fotos para que les pusiera cara a las personas a las que había destrozado la vida. La culpa me persiguió de tal manera que al final convencí a Julio para asociarse conmigo y crear una empresa llamada BTF. Yo fui, sobre todo, el socio capitalista, aunque trabajé con ellos hasta que Julio entendió los fallos que habían

cometido con anterioridad. Jamás quise nada de esa empresa, tenía acciones en ella que pensaba ceder a Julio Bielsa cuando todo fuese bien, solo que mi vida se complicó y no lo hice, espero haberlo enmendado, si no es así y está en tus manos hacerlo, te pido que lo soluciones. Todos los beneficios de BTF corresponden a Julio Bielsa y a las personas que él decida hacer partícipes, nada de eso es mío. Esto no deshace el daño que causé, no obstante, espero que ayude a calmarlo. A partir de esa experiencia trabajando para mi familia, decidí que antes de volver a hacer algo así, antes de convertirme de forma irremediable en un ser despreciable e insensible, prefería morir o matarme. No volveré a pisar BMN jamás, pase lo que pase, no lo haré.

Ahora estoy aquí, sentado frente al karma. Lo he perdido todo como ellos y me lo merezco. Merezco lo que me está pasando, pero no la forma en que ha sucedido todo. En ese disco duro y esos papeles hay pruebas de tantas irregularidades y cosas

peores que, de salir a la luz, provocarían la entrada en prisión de El·ladi y Neptú Balcells. También la mía, quizás, dependiendo de cuánto se pudiera probar. Me cubrí muy bien las espaldas, aunque ahora eso me da igual y si llega a pasar, lo aceptaré. Uno tiene que ser consecuente con sus actos. También desencadenarían la caída del imperio Balcells, el hundimiento de las acciones, la retirada de los inversores... Bueno, es todo muy aburrido, solo te lo cuento por si no lo había hecho antes, que es lo más probable, para que sepas la bomba que tienes en tus manos y obres en consecuencia. No te diré qué tienes que hacer con ello, de nuevo, si realmente mereces la confianza que he depositado en ti, tú sabrás lo que hacer.

Un abrazo, un beso o un polvo salvaje, dependiendo de la relación que tenga contigo, esto elígelo tú también.

Espero no haberte decepcionado en exceso.

Sei

—Sei, mi amor, ¿cómo vas a decepcionarme? Lo que hiciste estuvo mal, pero no me cabe duda de que pagaste por ello cada día de tu vida. Te conozco. A veces las buenas personas también son capaces de actos reprobables. Lo hiciste, te arrepentiste, intestaste arreglarlo y jamás volviste a actuar así. ¿Cuántos años tenías cuando pasó eso? Te fuiste a Ámsterdam con veinticinco, estuviste trabajando en BMN un par de años antes, ¿veintitrés, veinticuatro años? Eras un niño. Te equivocaste, te dejaste llevar por la pasión y las ganas de cumplir tu sueño, perdónate, no eres como ellos, nunca lo fuiste. —Metí en el bolso los papeles y el disco duro.

Volví a guardar el violín y las joyas de la abuela en la caja. En un impulso, abrí el joyero de nuevo, cogí la alianza y miré la inscripción: *Eternamente, tu amor*. No había nombre, no había fecha. Me la probé, era preciosa y me quedaba perfecta, una alianza de boda. ¿Podía haber un compromiso más grande y más fuerte que el que yo tenía con Sei? Era el hombre de mi vida, siempre lo sería, en realidad, ahora sabía que era mucho más que eso. Yo me sentía ligada a él, me sentía su mujer, quizás podría… tal vez a los abuelos de Sei no les parecería mal que llevase su alianza, que el anillo que simbolizó su amor y su unión volviera a vivir simbolizando la nuestra, no estaba segura…

Fui a quitármelo para guardarlo, pero no pude. Había entrado sin esfuerzo, no me apretaba, sin embargo, no me lo podía sacar. Me pareció una señal. Salí del banco con la bomba en el bolso y el anillo en el dedo.

Dormí mal, intranquila. Soñé con él. Le recriminé por primera vez que se hubiera ido, le grité hasta desahogarme. Él solo suspiró.

« —Entiendo tu enfado y lo siento, pero ahora mismo hay algo mil veces más importante, Mar.

¡No puedo creer que estés pensándote lo de no entregarle el disco duro a mi padre! ¿Estás loca? Ya sabes por qué tienes que hacerlo, no se trata de ti, ni de mí y al mismo tiempo se trata de los dos, ¡joder, ahora lo sabes! Conoces lo que me hicieron. No dudes que lo volverán a hacer. Si les das lo que piden, se olvidarán de ti, no les interesas Es así de crudo, si no lo haces te perseguirán, buscarán cualquier cosa que tengas en tu vida para destrozarla y

que les des lo que quieren. Eso no puede pasar ¿Quieres que se repita la historia? No lo permitiré. Ni siquiera muerto consentiré que eso suceda. ¡Dale las putas pruebas! O habré dejado este mundo en vano, sabes que tengo razón, ayúdame.

—¿Por qué no sacarlo todo a la luz? Se merecen pagar por todo el dolor que han causado.

—¿A quién beneficia eso? ¿Quién gana con ello?

—No lo sé, pero….

—Yo sí, nadie. Cuando se hace daño a los demás no gana nadie. No permitas que me quiten nada más ¿Por qué quieres hacerlo?

—Por ti, por lo que te hicieron. Porque no estás conmigo y es por culpa de toda esa mierda, Sei.

—¿Lo borrará? ¿Lo arreglará? ¿Dejaré de estar muerto y seremos felices? No, lo que quieres hacer es un acto de venganza inútil, un ajuste de cuentas absurdo. No, Mar, no en mi nombre.

—Tienes razón. Quiero vivir mi vida tranquila, sin problemas, sin los Balcells, con lo que traiga el destino y con tu recuerdo, así, sin más. Eso es lo único que importa ahora.

—Ahora nos entendemos. Vuelves a ser la persona de la que estoy enamorado, enamorado hasta la locura. *Eternamente, tu amor.* Mar, tienes que vivir por ti, por mí y especialmente por los dos».

Me enseñó la mano, llevaba una alianza como la mía, sin los diamantes, lisa; el anillo de su abuelo.

La mañana me llevó de vuelta a la realidad. Me dolió separarme de Sei, aunque estaba feliz de estar viva, me sentía fuerte y llena de esperanza. Llevé los papeles y el disco duro a BMN. No se lo entregué a El·ladi, sino a Carles. Le juré que no existían copias ni nada semejante, ¿para qué? Sei no quería hacerlo público, tuvo mil oportunidades y no lo hizo, yo no tenía intención de actuar contra su voluntad. Carles sabía que decía la verdad, sabía que quería a su hermano y que no le fallaría jamás.

Me fui a la estación del Norte y cogí un autobús a Lloret de Mar. Iba a sentarme en la arena, en las calas donde se había rodado mi película preferida hacía ya diez años, a bañarme en sus playas. Iba a vivir, por mí, por él, por los dos, sobre todo por los dos.

Epílogo

NICCOLÒ PAGANINI: CAPRICHO Nº24



MAR

Hacía casi un año que había vuelto a Barcelona después de vivir cinco en Lloret de Mar. Vera había estado conmigo todo ese tiempo. Se trasladó a Lloret para ayudarme y estar a mi lado seis meses después de mi cambio de residencia. Se había convertido en la madre que el destino me arrebató demasiado pronto y en mi punto de apoyo más importante. Jamás podría agradecerle lo suficiente lo que hacía por mí.

La mañana era clara y soleada. Estaba sentada en un parque viendo a los niños jugar, entre risas, despreocupados, disfrutando de aquella vida fácil que aún les tocaba vivir. ¿Todos?, seguramente no. Sei y yo no habíamos podido disfrutar de ello, por desgracia no habíamos sido los únicos ni seríamos los últimos. De pronto noté que alguien se paraba frente a mí, tapándome el sol y la visión de los niños. Me puse de pie.

—¡Mar, cuánto tiempo! La última vez fue…

—Hace seis años, cuando fui a llevarte el contenido de la caja de seguridad de Sei a la oficina. ¿Cómo estás, Carles?

—Bien, estoy muy bien. ¿Tú cómo te encuentras? Tienes buen aspecto.

—Gracias.

—¿Eso es un violín? ¿Tocas el violín? —preguntó señalando hacia el banco.

—¡Sei, agárrate, no te sueltes, es peligroso! —No quería, pero no pude evitar gritarle. Era un kamikaze, se iba a caer y se iba a abrir la cabeza.

—¿Sei? ¿Tienes un hijo? ¿Es tu hijo? —Asentí—. ¿El rubito escalador? —Volví a asentir—. Mi hermano era muy rubio de pequeño. ¿Cuántos años tiene tu hijo?

—No es asunto tuyo.

—¿Se llama Poseidó?

—No. Se llama Sei, solo Sei.

—¿Es hijo de mi hermano?

—No, no lo es.

El niño se acercó corriendo. Cogió el agua, bebió, me miró y preguntó en tono recriminatorio.

—¿Estás hablando con un desconocido?

—No es un desconocido. Fue mi jefe en un trabajo que tuve antes de que nacieras tú.

—Me llamo Carles. No soy un desconocido, soy de la familia. —Sei se fue a seguir jugando.

—No eres familia mía.

—Tuya no, de tu hijo, sí.

—No es hijo de tu hermano.

—¡Venga ya! Tiene unos seis años y es la viva imagen de Sei a su edad. Tu hijo es idéntico a su padre. Es el niño el que toca el violín, ¿verdad? —No le respondí. Era obvio que era así.

—Debería llevar el apellido de su padre, por respeto a Sei.

—No me hables de respetar a tu hermano, a mí no y menos tú. Sei no querría que el niño llevase vuestro apellido. Él no quería llevarlo, ni siquiera quería el nombre que le pusieron en esa casa.

—Quizás no por mi padre, por todo lo que pasó, pero lo querría por el abuelo Jordi, era su apellido, y mi hermano y él se adoraban. Tu hijo tiene derecho a tener un padre, y mi hermano tiene derecho a que él lo conozca.

—No puede. Mi hijo no tiene padre, nunca lo ha tenido y nunca lo tendrá, vosotros os encargasteis de eso. Tu hermano no conoció a su hijo por vuestra culpa.

—Mi hermano se suicidó. Eso no es culpa de nadie, el único responsable de algo así es el que lo hace. Él decidió matarse, solo él. Da igual, ese no es el tema. Mar, tenemos que hablar. Hay cosas que tienes que saber. Hace tiempo que le doy vueltas, pero ahora que sé que Sei tiene un hijo, es imprescindible que te explique ciertas cosas sobre mi familia.

—¿Lo dices en serio? No voy a hablar contigo, no quiero escuchar ni una palabra de lo que necesitas decir y, sobre todo, no tengo ningún interés en nada que esté relacionado con los Balcells. No me importáis, olvida que me has visto, porque no vas a volver a hacerlo jamás.

—No me das opción, si no quieres venir a hablar con tranquilidad, te lo diré aquí y ahora. Me gustaría hacerlo de otra manera, pero me queda claro que esta es mi única oportunidad. No volverás a verme, sin embargo, lo que tengo que decir sí vas a escucharlo. No creo que quieras montar un número delante de tu hijo en un parque infantil. Así que sonríeme como si fuéramos viejos amigos, escúchame cinco minutos y me iré.

»Hay cosas de Sei que aún tengo yo y siempre he creído que deberías tener tú; algunas son valiosas, otras no. Son objetos personales, creo que le hubiera gustado que las tuvieras, más ahora que tienes un hijo. Son fotos, composiciones musicales, los premios que ganó en todas las competiciones a las que se presentó, dibujos… Le gustaba pintar, ¿lo sabías? No era muy bueno, pero tengo bastantes cuadros suyos, su camiseta de los Harvard Crimson… Ese tipo de cosas.

»Las guardo yo porque Helena murió. Creo que deberías tenerlas tú. El pequeño debería poder ver esas cosas de Sei y conocerlo a través de ellas. También hay violines, seis si no recuerdo mal. Si tu hijo siente la mitad de la pasión por la música que sentía su padre y es tan sentimental como lo fue él, le encantará poder tocar los instrumentos que tengo guardados. También hay algún juguete, mecanos, construcciones, legos... A Sei le gustaba evadirse construyendo cosas, edificios por lo general. Siempre pensé que si no conseguía ser músico podía disfrutar con la arquitectura, aunque tampoco se le dio esa opción. También hay un dinero, no es dinero de El·ladi Balcells, es dinero de Jordi Balcells. Mi abuelo dejó unas cantidades muy generosas para sus biznietos, para mis hijos y los de Sei. No quería que ese dinero acabara en nuestras manos. Quería asegurarse de que nuestros hijos tuvieran el futuro asegurado. Si mi hermano o yo moríamos sin descendencia el dinero pasaba a obras benéficas. Yo no tengo hijos, no puedo tenerlos, y Sei no va a tener ninguno más, ese dinero que mi abuelo destinó a sus biznietos es íntegramente de tu hijo.

—No lo quiero.

—No es para ti. Rechazaste la herencia de Sei, era tu legado y tu decisión. Sin embargo, este dinero es de tu hijo, no puedes

rechazarlo, no te corresponde. No tienes derecho, ni siquiera Sei lo tendría. No es vuestro, es suyo —sentenció señalando al niño—. No va a pasar nada, no tendré relación con él si no quieres. Por otro lado, mi padre ya no es una amenaza, tiene Alzheimer bastante avanzado, no se acuerda de nadie.

—No voy a decir que me alegre, aunque tampoco lo siento, la verdad.

—Bueno, no es del todo así, solo pregunta por Poseidó, día y noche. Dice que necesita verlo, que tiene que evitar que se ahogue, y se está volviendo loco porque no puede ser. Es su castigo, Mar. Te aseguro que lo está recibiendo, igual que lo tuvo Helena.

—Sigue sin importarme. No me dan pena.

—Lo sé, lo único que pretendo es informarte. Ella padecía una enfermedad hepática congénita, muchos años atrás estuvo ingresada por ese motivo. Se llegó a barajar la idea de que podría necesitar un trasplante. Todos nos hicimos las pruebas por si ese momento llegaba, el único que resultó compatible fue Sei. En aquella ocasión recibió un tratamiento experimental y se restableció, pero hace un par de años la dolencia se agravó.

—¿Qué quieres que te diga, Carles? ¿Te doy el pésame o te felicito porque ahora eres libre para hacer lo que quieras?

—Déjame acabar. Helena siempre había seguido las indicaciones de los médicos, era muy escrupulosa con la dieta y jamás tomaba una gota de alcohol. Fue así hasta que mi padre logró convencerla de que Sei había muerto. Entonces todo dejó de importarle. Se abandonó, incluso tengo la sospecha de que empezó a beber a escondidas. Yo quería contarle la verdad, decirle que su hijo estaba vivo, pero no fui capaz. Tras su verdadera muerte, empeoró al punto de necesitar el trasplante. Por desgracia no se encontró uno compatible. Si Sei hubiera vivido, Helena también lo habría hecho.

—Algunos dicen que se llama karma.

—Por mi parte, mi hermano hizo un resumen de mi vida genial antes de partir. Lo único que tengo en esta vida es una mujer que siempre lo ha amado a él y mucho, muchísimo dinero. La única persona que tengo la certeza de que me quiso de verdad ya no está conmigo y jamás estuve a la altura con él. ¡Lo necesito tanto! Pero

lo perdí. Tengo una responsabilidad enorme en eso y ninguna posibilidad de enmendarlo. Créeme, estamos pagando por lo que hicimos.

—Los actos tienen consecuencias. Quizás alguien debió explicaros que los Balcells no estáis exentos de ellas.

—Piénsate lo de las pertenencias de mi hermano y la herencia de tu hijo. Llámame con lo que decidas, sabes dónde encontrarme.

Ver a Carles en el parque me removió muchas cosas y me creó muchas dudas. Llegué a casa agobiada, irritable y de mal humor.

—¿Vas a explicarme qué te pasa? Sé que hay un problema, cuéntamelo —me pidió Vera cuando acosté a Sei.

—He visto a Carles, a Neptú, en el parque.

—¿Qué te ha dicho? —Le expliqué todo lo que habíamos hablado—. ¿Qué vas a hacer? —Negué con la cabeza, no lo sabía. Me sentía confundida y triste, muy triste.

—Lo echo de menos, ¡lo echo tanto de menos! —Rompí a llorar abrazada a Vera, lloré durante mucho tiempo.

Me tumbé en el sofá y ella me preparó un vaso de leche caliente con cacao. Me sentí mejor, un poco menos triste, no estaba sola, tenía a alguien que cuidaba de mí y, por encima de todo, alguien de quien cuidar. Le di las buenas noches a Vera y me metí en mi cama.

«—Escúchame, Poseidó Balcells, necesito hablar contigo, que me ayudes a tomar una decisión, así que hazlo como quieras. Esta noche tienes que entrar en mis sueños. Yo voy a tomarme un bote de melatonina, y tú vas a tener una conversación conmigo. Llevas mucho tiempo desaparecido, hoy tienes que dar la cara.

—Tu psicólogo ha dicho que tienes que sacarme de tu cabeza, solo cumplo órdenes.

—Genial, cumple las mías entonces, te espero».

Aquella noche soñé con él, con su traviesa sonrisa y su preciosa mirada. En el sueño le hablé del encuentro con Carles, del dinero que su abuelo había dejado para el niño y sobre todo del miedo que me daba que su familia conociera la existencia de nuestro hijo.

«—Podría decirte que decidas tú, darte una charla rollo Paulo Coelho, pero paso, voy a ir al grano y a hacértelo fácil. Ve a ver a Neptú, que te dé todas esas cosas mías que tiene, quiero que las

tengáis vosotros, que las tenga Sei, no suplirá la ausencia, pero es más que nada. Quiero que veas mis fotos de la regata de vela que gané y los torneos de tenis, para que alucines con lo bueno que estaba y me necesites de nuevo en tus sueños, en los otros sueños, los húmedos, los que a mí me gustan. También vas a coger el dinero de mi abuelo, no quisiste el mío, pero este sí lo vas a aceptar, no pasa nada, coger dinero de los Balcells no va a suponer ningún problema. Neptú no es peligroso, él no os va a hacer daño. Aunque ha sido una extensión de papá, no tiene mal fondo. Te aseguro que no hay nada que temer. Si Sei sigue tocando, vais a tener muchos gastos, el conservatorio no es barato y surgirán otras cosas, ese dinero es del niño, cógelo y vivid de él.

—No. No voy a hacer eso.

—¿Para qué me preguntas, entonces?

—Quiero tus objetos personales, pero no pienso vivir del dinero de los Balcells, aunque ese sea de tu abuelo. No pienso vivir de lo que a ti te destruyó. Le diré a Carles que abra una cuenta a nombre de Sei. Cuando él cumpla los dieciocho, que decida qué quiere hacer con ese dinero.

—¿Has tomado drogas para dormir? El dinero que mi abuelo nos dejó a nosotros venía con la condición de que no nos lo entregaran hasta los treinta, y nosotros estábamos acostumbrados a vivir entre el lujo. No puedes darle una herencia a un chaval de 18 años, es una responsabilidad enorme, lo más probable es que la cague y se meta en líos de los que en el mejor de los casos saldrá escaldado. Abre esa cuenta y dale el dinero cuando tenga la madurez suficiente para gestionarlo. Mar, no es fácil ser asquerosamente rico, sé que creéis que sí, pero no lo es. He visto a mucha gente acabar muy mal, así que, como el que tiene experiencia en ese mundo soy yo, vas a hacerme caso: nada de herencias millonarias de regalo por la mayoría de edad, nada de *Princesas por sorpresa*. En la vida real esas mierdas siempre acaban mal. Una cosa más. Ahora que mi familia ya no es un problema, me gustaría que Sei llevara mi apellido, me gustaría ser su padre de forma oficial, que le hablaras abiertamente de mí... Si tú quieres, por supuesto.

—Es lo que más deseo en el mundo. Quiero que te conozca.

—Me conoce».



Así fue como Sei García Martín se convirtió en quien siempre había sido: Sei Balcells García, heredero de Jordi Balcells. Más tarde descubriría que también era el heredero de Neptú Balcells, el heredero de una de las mayores fortunas de España y el único heredero del imperio Balcells.

Sei empezaba a hacer preguntas sobre su padre así que, una vez resuelto el cambio de apellidos, decidí sentarme con él y explicarle su historia. Para empezar, le pondría el vídeo del concierto con la Royal Concertgebouw, me lo regaló Miriam la Navidad en que se cumplía el primer aniversario de la muerte de Sei. Quería que la primera vez que mi hijo viera a su padre fuese en su mejor momento, en la cumbre de su vida, espectacular, entregado y feliz.

Me dolía ver aquel vídeo, el brillo en su mirada, sin rastro del Maelstrom, solo confianza, seguridad y orgullo. Quizás había algo de altivez en su actitud. Era el mejor, lo sabía y lo disfrutaba, me dolía verlo tan fuerte sabiendo todo lo que vino después.

—Voy a ponerte un vídeo de una de las mejores orquestas sinfónicas del mundo, en la mejor actuación que han hecho jamás, ya verás.

—No íbamos a hablar de papá.

—Sí. Después de ver el concierto, te explicaré todo lo que quieras saber sobre él.

Los dos estábamos absortos en la música. Como siempre, yo tenía los ojos llenos de lágrimas. La cámara hacía un primer plano de las manos de Sei cuando el niño dijo:

—¿Ves, mamá? Papá cogía el arco igual que yo.

Se me heló la sangre. ¿Papá? ¿Había dicho «papá»? Jamás le había comentado su nombre ni le había enseñado ninguna foto suya, nada.

—¿Qué has dicho?

—Que cogía el arco como yo, bueno, en realidad yo lo cojo como él.

—No, ¿cómo lo has llamado?

—Él es papá, ¿no? No sé su nombre. Siempre lo llamo papá.

—Sei. Se llamaba como tú, bueno, en realidad tú te llamas como él. ¿Cómo sabes que él es tu padre? ¿La abuela Vera te ha enseñado fotos suyas? ¿Qué te ha explicado?

—La abuela no me ha contado nada ni me ha querido enseñar nunca su foto, siempre dice que eso tienes que hacerlo tú cuando llegue el momento. Lo único que me ha dicho de él es que tenía los ojos grises.

—¿Grises? No, los tenía azules; color añil como los tuyos.

—La abuela dice que me parezco mucho a él, que somos como dos gotas de agua, solo que yo tengo la mirada brillante y él siempre la tuvo gris, aunque yo ya sabía que no era así.

—¡Ah, vale! Da igual, tu padre tenía los ojos azules. Y sí, es él. Si Vera no te ha enseñado fotos suyas, ¿cómo lo sabes? ¿Cómo lo has reconocido?

—Muchas noches viene a verme, habla conmigo y se inventa cuentos. Dice que no sabe ninguno de los de verdad, así que se los inventa. Me enseñó a coger bien el arco, me ayuda a practicar, a colocarme bien, a relajar la postura y a sentir la música.

—¿Has soñado con él? Son sueños, Sei, no es real. Él no viene a verte, solo son sueños. —Que me volviese loca y creyera que podía hablar con un muerto era aceptable, que se volviera loco mi hijo, no.

Entonces, ¿cómo lo había reconocido en el vídeo? Era evidente que Vera le había tenido que enseñar alguna foto… Yo le había enseñado imágenes de su padre cuando era un bebé, cuando creía que no tenía importancia. Era posible que eso hubiera quedado en su subconsciente y por eso podía soñar con él, claro, todo tenía una explicación razonable. Se inventaba cuentos, lo había enseñado a coger el arco, lo ayudaba a practicar… por eso avanzaba tan rápido, por eso su profesora me decía sorprendida que mejoraba en aspectos que no le había explicado…

¡No! Sencillamente tenía un talento innato. ¿Me estaría volviendo loca de verdad?

—Me dijo que no te lo contara porque dirías eso, que los sueños no son reales. Papá dice que soñamos porque estamos vivos, y la vida es real, por lo tanto, los sueños son reales.

—Pues se equivoca. Para ser un experto en matemáticas, las reglas de tres se le dan fatal. La realidad es la realidad y los sueños son sueños, punto final.

Le expliqué cómo nos conocimos, que me enamoré perdidamente de su música. Y, como lo que tocaba era un reflejo de su alma, me volví loca por él. Le conté que fuimos muy felices, que también se inventó un cuento para mí y que una madrugada se le acabó el tiempo en una playa. Le comenté que quizás más adelante alguien le explicaría otra historia sobre su muerte y que no debía prestar oído a ello.

A Sei, a su padre, se le acabó la vida antes de saber que iba a tener un hijo, quizás si lo hubiera sabido… Esto último solo lo pensé, lo había pensado muchas veces y estaba segura de que de haber conocido la existencia de nuestro hijo no habría hecho lo que hizo. Sei se habría quedado con nosotros, sabía que lo habría hecho.

Algún día tendría que tratar el tema de la muerte de su padre con más profundidad, pero aún no, de momento esto era suficiente.

Esa noche volví a soñar con Sei, lo reñí por colarse en los sueños de nuestro hijo, por decirle que los sueños son reales.

«—Tú le has contado que existe Santa Claus y los Reyes Magos, que la magia es real, que un ratón le trae regalos cuando se le cae un diente. Un ratón, Mar, ¡le hiciste un fotomontaje del puto ratón en su almohada! ¿Qué me estás echando en cara?

—Sei…

—¿Puede creer en un roedor, pero no puede hablar con su padre en sueños? ¡Anda ya! ¿Cuando tenga quince años a quién crees tú que va a llamar mentiroso? Hablando en serio, llegará un día en el que se planteará si los sueños son solo sueños o son algo más y se responderá, pero lo hará él.

—Sei, esto no es normal. Hablar contigo es sueños no es normal.

—¿Qué coño es la locura, Mar? ¿Quiénes son los cuerdos? Os estoy ayudando como puedo y desde donde puedo, deja de darle vueltas a la situación. Estoy en vuestros recuerdos, en vuestros

sueños y en vuestro subconsciente… Llámalo como quieras, aun así, seguiré estando ahí mientras me necesitéis. Me iré cuando me lo pidáis, cuando ya no os haga falta.

—Siempre te vamos a necesitar, Sei. Siempre.

—Ya lo veremos, ¿de acuerdo? Sabes que no soy aficionado a planificar ni a predecir el futuro. Si es como dices, me colaré en tus sueños por toda la eternidad.

—Prométemelo.

—Te prometo estar mientras te haga falta, no mientras quieras que esté.

—¿Eso es una adivinanza?

—No. Me has entendido a la perfección. Hoy en día, es cierto que aún me necesitáis, por eso sigo aquí. Dicho esto, quiero aclararte una cosita: no soy experto en matemáticas, lo soy en finanzas. No es lo mismo. Sé hacer una regla de tres, y lo que Sei te ha dicho no es eso. Si A es igual a B y B es igual a C, entonces A es igual a C. No es una regla de tres, es la propiedad transitiva, las tres relaciones cumplen una misma igualdad, con lo cual, son equivalentes. No hace falta estudiar en Harvard para saber esto, es contenido de primaria.

—Está bien, listillo. Sigues siendo igual de arrogante muerto que vivo.

—Prepotente o no, menos mal que estoy aquí, aunque sea en sueños, porque me va a necesitar para ayudarle con los deberes sí o sí, guapa».



La conversación sobre la muerte de Sei llegó cuando nuestro hijo tenía catorce años. Volvió del instituto un día con las palabras «suicidio» y «sobredosis» grabadas a fuego en sus labios.

—¿Papá se suicidó o solo era un puto yonqui al que se le fue la mano con un pico?

—No hables así de él. Tu padre no era un yonqui, tenía problemas con los tranquilizantes, pero no se pinchaba, no lo hacía.

Sei no pudo más, no aguantó el dolor y el sufrimiento, por eso decidió ponerle fin. Sabía que no lograría vencer a sus fantasmas y no quería hacer infelices a las personas que quería. Lo hizo de forma consciente. No se le fue la mano, sabía lo que hacía.

—Así que era un cobarde que no tuvo huevos para enfrentarse a la vida y se mató. Nos abandonó.

—¡No! Te repito que no hables así de él. Sei no era así, no me abandonó, y mucho menos a ti, ni siquiera sabía que existías, no lo sabía ni yo cuando él se fue.

—¿No lo sabías mamá?¿Sabíais lo que es un condón? ¿Y tú me sermoneas sobre el sexo seguro?

—Eres el 1%. La píldora anticonceptiva es segura al 99%, tú eres el 1% que queda. No hicimos nada mal. No tuvimos sexo sin protección, no me equivoqué, no me olvidé ninguna toma y, aun así, me quedé embarazada, y es lo mejor que me ha pasado en la vida. Que tú estés aquí es mi razón para vivir. Haber tenido un hijo con Sei ha hecho que todo valga la pena. Tu padre era una persona excepcional a la que la vida trató con una crueldad terrible.

»Ven, vamos a hablar de cómo y por qué Poseidó Balcells acabó con su vida en aquella playa. Siéntate, lo que voy a contarte no es bonito, es horrible. Voy a hablarte de tus abuelos, El·ladi y Helena, y de tu tío Carles, al que adoras y que no siempre ha sido quien es para ti. Voy a acabar de contarte quién fue tu padre, quién fue el amor de mi vida. No voy a permitir que nadie, ni siquiera tú, vuelva a llamarlo yonqui y cobarde.

Hubo un antes y un después de aquella difícil conversación. Sei sufrió, se indignó, lloró, gritó y se vino abajo. Al fin y al cabo, le estaba revelando cómo su familia había destruido sin compasión a su padre. Nadie está preparado para escuchar y aceptar una historia así, menos en plena adolescencia. Cuando acabé de hablar, salió corriendo de casa. Más tarde supe que había ido a buscar a Carles y había hecho lo que su padre no hizo jamás, le partió la boca de un puñetazo y después le gritó todo lo que llevaba dentro hasta vaciarse de toda aquella rabia que lo consumía.

Acabó llorando en sus brazos mientras le preguntaba una y otra vez: «¿Por qué no lo ayudaste? ¿Por qué no lo ayudaste? Si lo

hubieras hecho, aún estaría aquí, si lo hubieras hecho… Lo echo de menos, yo tenía derecho a conocerlo, a crecer con él, tenía derecho… y entre todos me lo arrebatasteis».

Pasamos una temporada muy complicada, Sei estaba enfadado con el mundo, y era normal. Yo estaba muerta de miedo, y también lo era. Todas las noches le suplicaba a Sei, a Poseidó, que se colase en mis sueños y me ayudara con nuestro hijo, que se metiese en los suyos y lo apoyase a él.

«No puedo, Mar. Para que yo haga eso él tiene que querer, y ahora mismo no quiere ni verme. Está enfadado por lo que hice, aunque sea capaz de entender cómo llegué hasta ahí, está enfadado conmigo, y es normal. Esto pasará, solo necesita tiempo».

Así fue. Una mañana, cuando estaba a punto de cumplir dieciséis años, se sentó delante de mí en la cocina y me dijo:

—Mamá, he hablado con él, con papá. Ya sabes, en sueños. Lo entiendo, no comparto ni compartiré jamás lo que hizo, pero lo entiendo y lo respeto. Él dice que sintió que ese era su final. No puede explicarlo de una forma racional, solo sabe que lo sintió así. Dice que esas cosas pasan, que racionalmente tú nunca te hubieras fijado en él, que tan solo lo sentiste y por eso estoy aquí. Me parece bien. Yo siento que se equivocó, no sé si estoy siendo racional o es solo una emoción, lo único que tengo claro es que así es como lo siento. Lo he perdonado, de verdad, ya no estoy enfadado con él. Todo está bien, las cosas vuelven a estar bien.



Sei tenía veintidós años cuando le tocó hacer el examen final en el conservatorio. Todo el mundo alababa y se maravillaba del talento desorbitado que tenía para la música, de lo impresionante que era su manera de tocar el violín.

Quería ser músico profesional, ser primer violín en la Royal Concertgebouw. Iba a serlo, yo no tenía la más mínima duda de que iba a conseguirlo. Tocaría donde le diera la gana. Aún no había

acabado y ya se lo rifaban, era el mejor y lo sabía, como su padre, solo que nuestro Sei tenía los pies en el suelo, tenía la seguridad de Poseidó Balcells sin la altivez que este había esgrimido un día. Yo lo había educado para sentirse orgulloso de sus logros entendiendo que mejor no significa superior. Teníamos un hijo que era un genio y al mismo tiempo era humilde y muy empático.

Cuando entró, escuché a un miembro del tribunal comentar:

—Sei Balcells… Aunque lo escuche un millón de veces nunca dejará de sorprenderme, ¿habíais conocido alguna vez a alguien con tanto talento?

—Yo sí —contestó María Martí—. Una vez, se llamaba Poseidó Balcells. Con algunos de vosotros ya he hablado de él, fue alumno mío en Juilliard. Era absolutamente brillante, igual que lo es su hijo.

«María se equivoca, Sei es mejor que yo… En todo». Sentí cómo pegaba su cuerpo al mío. Mi Sei, mi amor, el padre de mi hijo estaba allí con nosotros, podía sentirlo. Me daba igual si eso significaba que estaba loca, hacía tiempo que ya no me preocupaba la cordura.

Sei, nuestro niño, se colocó, me buscó entre la gente y sonrió. Volvió a sonreír mirando al cielo y se apartó el pelo de la frente, con un gesto calcado al que solía hacer Poseidó, sin duda era la viva imagen de su padre.

—Como pieza escogida tocaré el *Capricho número 24* de Paganini.

FIN

Nota de la autora

Contiene Spoilers, no leer hasta acabar la novela.

La salud mental continua siendo una asignatura pendiente en nuestra sociedad. A pesar de que cada día se habla más sobre el tema, siguen sin destinarse los recursos necesarios para que las personas que padecen algún trastorno psicológico puedan acceder a un tratamiento efectivo y de calidad.

Centrándonos en la depresión, más de 300 millones de habitantes de todo el mundo conviven con este problema, lo que equivale a un 5% de la población adulta global. Según algunos estudios, este trastorno causa más de un millón de muertes anuales de forma directa o indirecta.

El suicidio es una de las principales causas de muerte en personas con depresión, y es importante dejar constancia de que con un buen tratamiento psiquiátrico y psicoterapia es posible controlar e, incluso, curar este trastorno.

Esta novela no pretende justificar ninguna opción, lo único que he hecho ha sido explicar una historia con unos personajes concretos que han tenido unas vivencias y se enfrentan a ellas de la manera en la que pueden. No voy a juzgar sus decisiones, de la misma manera en que no lo haré jamás con las que toman las personas reales afectadas por esta terrible lacra.

Ante cualquier indicio de estar padeciendo un trastorno depresivo, es imprescindible buscar ayuda. Si la persona afectada no se siente capaz de dar este paso, es fundamental que su entorno intente hacerlo y animarla a seguir el tratamiento, cuanto antes se diagnostique más éxito tendrá la intervención. Es importante evitar que el problema se enquiste, haciéndose más persistente en el tiempo y más profundo en el alma.

La protagonista de esta novela vive con una forma de depresión que a veces ni siquiera se detecta. La distimia es un trastorno depresivo persistente en la que los síntomas no son tan profundos como en otros tipos de depresión, por ese motivo las personas que la padecen pueden hacer una vida «normal», a pesar de sentirse tristes, vacías y cansadas. Aceptan que su vida es una sucesión de días grises y siguen adelante a pesar de ello. Muchas de las personas que conviven con la distimia han aprendido a camuflar los síntomas de forma que los demás ni siquiera saben por lo que están pasando, aunque siempre hay señales e indicios que pueden poner sobre aviso a su entorno.

La psicoterapia y la medicación, en caso de que el psiquiatra lo estime necesario, pueden ayudar mucho a las personas que padecen distimia, es fundamental que reciban el tratamiento adecuado.

Sei, en cambio, padece depresión mayor crónica, una de las formas más graves y persistentes de este trastorno. En su caso, estamos ante un problema no tratado que lleva años destruyendo su alma y su mente. La depresión mayor afecta de forma grave a la vida diaria y a las relaciones de las personas que la padecen. El tratamiento está destinado a mejorar la calidad de vida y reducir los síntomas, ya que por su carácter crónico puede controlarse, pero no curarse. Es imprescindible la intervención psiquiátrica y psicológica especializada y sistemática para ayudar a una persona que sufre esta forma tan grave de trastorno depresivo.

Nuestro protagonista jamás ha tenido esa atención, al contrario, sus decisiones han ido en contra de su bienestar una y otra vez, de forma que el problema se ha ido haciendo cada vez más profundo, persistente y grave. Hasta llegar a la convicción de que para él no hay futuro. Las elecciones de Sei son autodestructivas desde el comienzo de su problema, esto no es extrapolable a ninguna otra persona que sufra este trastorno. Sei no representa a las personas que sufren depresión mayor crónica, únicamente se representa a sí mismo, con sus debilidades, su especial sensibilidad y su forma de enfrentarse a los problemas.

Es obvio que la única opción deseable para alguien que sufre este problema es ponerse en tratamiento, aunque no sea la elección

del protagonista de la historia.

Sei decidió hace mucho tiempo que no iba a luchar contra ello, ¿se equivocó? Probablemente, pero su dolor y su forma de entender la vida lo llevan a actuar como lo hace. Conocer a Mar y el amor verdadero hace que quiera intentar salir del pozo en el que se encuentra. De nuevo lo hace a su manera y no toma la decisión más acertada, que sería buscar ayuda médica profesional. El personaje se equivoca, aunque no debe ser fácil acertar cuando se está tan roto por dentro.

Quiero insistir en que con esta novela no he intentado justificar las decisiones que toma el protagonista, de forma personal no me parecen ni acertadas ni deseables, pero tampoco lo es ignorar que el dolor profundo y la desesperación hacen que algunas personas no encuentren otra salida que las conductas autodestructivas y autolesivas. Hay muchas cosas en la realidad que no son bonitas ni deseables, cerrar los ojos ante ellas no hace que desaparezcan ni ayuda a encararlas.

Para acabar, quiero decir que ni la novela ni esta nota pretenden ser un tratado de psicología. La documentación que he utilizado proviene de distintos libros, tanto escritos por profesionales como testimonios de personas que han pasado por este calvario. También he hablado con personas que conviven o han convivido con la depresión en varias de sus formas. Pero Maelstrom es una obra de ficción, y como tal puede contener alguna información que no sea médicamente precisa. Si esto ocurre pido disculpas por ello, como ya he dicho, los personajes se han construido dando prioridad a los testimonios reales que me han aportado personas que luchan con este trastorno, y cada uno de ellos lo hace como sabe y como puede, cosa que es admirable por la dificultad que entraña plantar cara a algo tan difícil, en muchas ocasiones sin medios suficientes.

No me puedo despedir sin decir que me he peleado con esta historia durante treinta años. La primera vez que escribí sobre Sei estaba en la facultad, entonces fue solo un relato sobre un violinista que vivía en la calle y una chica que se paraba a escuchar su música cada tarde. En aquella primera versión, Mar y Sei jamás llegaban a

cruzar una sola palabra, pero el final siempre fue el que sigue escrito en estas páginas.

Durante todos estos años, cada vez que he sacado la historia del cajón he querido cambiar su final, incluso llegué a hacerlo en una ocasión, pero rompí las páginas en cuanto estuvieron escritas. Esa no era la historia de Sei. No lo es y, desde mi punto de vista, otro final no tiene sentido, no para el protagonista de Maelstrom.

Algunos lectores cero me han preguntado: ¿No has querido salvarlo? La respuesta es siempre la misma: Todo el tiempo. De hecho, aún deseo hacerlo, pero como él mismo repite mil veces, no es posible. Solo él podía lograrlo y su decisión fue «entrar al infierno por su propio pie y tirar la llave».

Sei se salva a sí mismo, a Mar, a su amor, su relación y su recuerdo de la única manera en que él puede y sabe hacerlo. No hay otro final posible, no para Sei, porque cambiar su decisión sería cambiar al personaje y entonces ya no sería él.

Estos son Mar y Sei, esta es su historia y así había que contarla.

Si has llegado hasta aquí, gracias por tu tiempo. Si te ha gustado la novela, me alegro de corazón, para mí es una historia muy íntima, personal e importante. Si no ha sido así, lo siento de verdad, y quiero darte las gracias por tu tiempo de igual manera.

Gracias a todos los que habéis estado, estáis y/o estaréis a mi lado.

De la historia de Sei y Mar me quedo con la importancia que tiene el apoyo en la existencia de cualquier persona. No podemos hacerlo todo solos, a veces la vida es un camino difícil, y en esas ocasiones necesitamos que alguien nos dé la mano y nos ayude a seguir adelante y no desfallecer.

El protagonista de esta novela no tuvo la suerte de contar con esa red para detener su caída, yo os tengo a vosotros.

Gracias, siempre gracias.

Acerca del Autor



Laura García-Martín (Lloret de Mar, 1973) es diplomada en Magisterio por la Universitat de Girona y licenciada en Psicopedagogía por la UOC. Maestra de profesión y escritora de vocación, empezó escribiendo poemas y relatos en la adolescencia, y con apenas veinte años sus composiciones se contaban por centenares. Esta prolificidad, unida a un talento innato para expresar sentimientos, le ha valido varios premios literarios en certámenes municipales.

En abril de 2022 publicó su primera novela *El firmamento en tu espalda*, en noviembre de 2022, *La luna en tu mirada*, y en agosto de 2023 *El universo en tu piel*, primera, segunda y tercera parte de una trilogía caracterizada por la frescura y el humor con que se narra y a la vez por la dureza de los temas en los que se sustenta. En 2024 publicó *El minuto incorrecto*, su cuarta obra, en la que con la agilidad y espontaneidad de su estilo narrativo nos invita a reflexionar sobre el paso del tiempo, las oportunidades vitales y la búsqueda de la felicidad. En diciembre del mismo año vio la luz *Todo es posible en Navidad*.

Maelstrom es la sexta novela de la autora y, según sus propias palabras, la más personal que ha escrito hasta el momento.

Otras Obras de Laura García-Martín

Para saber más sobre Laura García-Martín, basta con enfocar el código QR con la cámara del móvil para que automáticamente aparezca en vuestro *smartphone* **toda su historia y detalles** en su página de autor en Amazon.